
El regreso de las Ugarte
Arantzazu Viteri Garay

# EL REGRESO DE LAS UGARTE

Arantzazu Viteri Garay

Título: *El regreso de las Ugarte*

Autora: Arantzazu Viteri Garay

© del texto: Arantzazu Viteri Garay

© de las ilustraciones y la cubierta: Pifa Montgomery

Corrección y maquetación: María R. Coco

Depósito legal: D 330-2026

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio electrónico sin autorización expresa y por escrito del autor, además de cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

# Índice

I. EL CIRCO

1. La elegida
2. La hermana de las gemelas
3. La hoguera
4. El elixir
5. Hija de la luna
6. Las 22:22
7. Calamidades
8. Como pez en el agua
9. Tortura

II. KALKAHUE
10. Presentaciones
11. Sombras
12. Neptuno
13. La faz de la tierra
14. Deseo concedido
15. El encuentro
16. La auténtica Ugarte
17. Tan solo un niño
18. La nube
19. La maestra
20. La ceremonia
21. El caldo
22. La Mina
23. Una razón para quedarse
24. Las primeras gotas
25. Tan solo mujeres
26. La niña de la tormenta
27. El futuro

28. La prueba
29. Inara
30. El abismo
31. La jaula
32. La favorita
33. El túnel
34. Innombrable
35. La boda
36. El novio
37. El jarrón
38. El tesoro

III. 22:22

39. Sofía Ugarte
40. Observando
41. Constanza Ugarte
42. La llamada de la triada
43. El contrato
44. El plan
45. Productos
46. Salvar Kalkahue
47. El tío Saúl
48. La única manera
49. Elba
50. La gran tormenta
51. Martina
52. La primera de todas
53. Leo
54. Libre
55. Los Descalzos
56. Epílogo
Agradecimientos

Etxekoentzat.
Ama, aita, Txiki, Iñi.
Para los de casa.

«Tal es la estupidez del carácter de la mujer
que en todas las cuestiones le incumbe desconfiar
de sí misma y obedecer al marido».

Confucio. 551-479 a. C.

«La naturaleza hace mujeres solo cuando
no puede hacer hombres. La mujer es, por tanto,
un hombre inferior e incompleto. Debe, pues, obedecer».

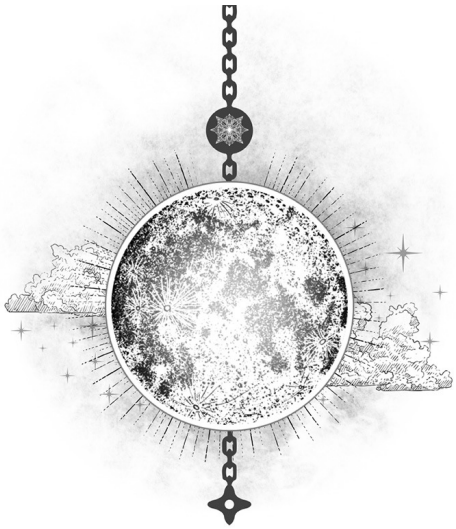
Aristóteles, 384-322 a. C.

«Toda educación de las mujeres debe de estar referida
a los hombres. Agradarlos, serles útiles, hacerse amar y honrar por ellos,
criarlos de pequeños y cuidarlos cuando sean mayores, aconsejarlos,
consolarlos,
hacerles la vida agradable y dulce: estos son los deberes
de las mujeres de todos los tiempos
y lo que ha de enseñárseles desde la infancia».

Rousseau. *El Emilio* (1762)

«Más del 80 % de quienes ardieron en la hoguera eran mujeres […].
El mundo debía ser *desencantado* para poder ser dominado».

Silvia Federici (1942-…)



# I
# EL CIRCO

# 1
# La elegida

***Año 1530***
***Reino chimú bajo el Imperio inca***

Ojalá fuera la elegida. El sacerdote inca estaba exhausto a causa del largo viaje que lo había llevado a los rincones más alejados del imperio en busca de las doncellas necesarias para ganar la guerra. ¿Cuándo podría regresar a Cuzco? Cansado, sucio y hambriento, apoyó el bastón en la pared del palacete de adobe y se acercó a la más joven de las dos niñas dispuestas en fila frente a él. La madre, de rodillas en una esquina de la estancia, se removió intranquila, pero Tupac Willka no permitió que eso lo distrajera de su tarea. Con la mano sudada por el maldito calor sofocante, elevó el mentón de la pequeña y la estudió en silencio. Suysuy apretó los labios y miró de reojo a su hermana mayor, pero no se movió. Sus ojos inquietos delataban el miedo que trataba de esconder.

El sacerdote palpó cada pliegue de la suave piel de la joven. Lo hizo con delicadeza, intentando transmitir el gran honor que supondría que la eligiera a ella. Lentamente, desató la cinta del *onka* de la niña y sintió cómo esta se estremecía bajo la túnica. El religioso no pudo evitar que el vello de los brazos se le erizara. La excitación le recorrió el cuerpo haciéndole sentirse vivo, especial. Era en aquellos momentos cuando sentía una profunda conexión con Inti, una unión que iba más allá de lo carnal y se adentraba en lo sagrado.

—Debería emprender el viaje de vuelta cuanto antes, mi señor —interrumpió Sianka, la madre de las muchachas, dando un paso al frente y abandonando así la posición que le correspondía.

Él la maldijo entre dientes por interrumpirlo en su momento más íntimo y tuvo que reprimirse para no llamar a los guardias que

esperaban fuera. Reparó en las muñecas y tobillos tatuados de la mujer: dibujos de peces, arañas y serpientes. Tupac Wilka se giró hacia la pared y observó, con el ceño fruncido, los pelícanos y peces en bajorrelieve que adornaban el palacete. En aquella ciudad enorme de adobe, de la que decían que era la mayor del mundo, era imposible olvidarse de la cercanía del mar. El sacerdote se aflojó el cinturón del *onka* esperando sentirse mejor, aunque no lo consiguió; aquel calor asfixiaba a cualquiera.

Esos pescadores no eran como ellos. Hasta hacía poco rendían culto a la luna en vez de a Inti, que iluminaba el mundo entero. Qué ciego tenía que ser un hombre para buscar cobijo en la influencia de la luna en vez de en la del sol.

—Se acercan lluvias —insistió Sianka, extrayendo de un hatillo una concha escarlata con espinas afiladas.

¡Oro rojo! El sacerdote soltó a Suysuy y tomó la concha entre sus manos. ¡El alimento de los dioses! Parecía un gran erizo cubierto de sangre. El interior, sin embargo, era blanco como la nieve. Era una señal de buen augurio: el inca Huáscar vencería a su hermano Atahualpa en la guerra.

—Si parte ahora —siguió la madre—, llegará a tiempo para la batalla.

Como si el cielo quisiera darle la razón, un trueno retumbó sobre ellos e hizo que Tupac Wilka diera un pequeño brinco involuntario. Las niñas ni siquiera reaccionaron ante el estruendo. Un nuevo trueno, más fuerte que el anterior, hizo temblar las paredes. El sacerdote se frotó las manos contra la túnica para desprenderse del maldito sudor.

Con gesto ceremonioso, la mujer volvió a envolver la concha rojiza en el hatillo y, con una reverencia, se la entregó al forastero. El sacerdote comprendió: el oro rojo a cambio de sus hijas. Si no estuvieran en guerra, puede que hubiera aceptado, pero corrían tiempos inciertos y era mejor no arriesgarse: necesitaba una Virgen del Sol, la más pura que pudiera encontrar.

Tupac Willka volvió a agarrar a Suysuy y, de forma brusca, le inclinó la cabeza a un lado: era perfecta, sería una gran ofrenda para Inti. Le levantó el cabello lacio y negro que le caía sobre los hombros

y paró en seco cuando vio el lunar con forma de manzana que tenía bajo la oreja izquierda. Aquella mancha lo estropeaba todo. Si no fuera por la guerra, aquella niña sería perfecta, pero el inca Huáscar necesitaba toda la ayuda que él le pudiera conseguir.

—La otra —exigió Tupac Willka, molesto, y el padre de las niñas le entregó, servicial, a Chimni.

El hombre se acercó a la primogénita de trece años como había hecho con Suysuy. Valoró sus facciones deteniéndose en cada rasgo. Una gota de sudor resbaló de su nariz y cayó en la frente de la muchacha, que ni pestañeó por el contacto, ni siquiera se retorció cuando sus manos pegajosas palparon por debajo de la túnica cada milímetro de su morena piel. Su madre ahogó un suspiro y el padre clavó la mirada en el suelo. Tupac Wilka se separó ligeramente de la joven y asintió aliviado: ningún lunar o mancha se interponía esta vez en su camino.

—Es ella —exclamó.

Chimni se giró hacia su madre con el miedo dibujado en el rostro y esta la apartó de forma brusca del sacerdote. ¡Qué rápido viajaban los rumores sobre los sacrificios! Convertirse en Virgen del Sol era mucho más que la ceremonia final.

—¡No puede llevársela! —Sianka se interpuso entre Tupac Wilka y su hija mientras los truenos sonaban cada vez más fuertes. La puerta de madera crujía por el viento que se había levantado de pronto. El aire que se colaba por cada rendija de la estancia ya no era asfixiante. La corriente hacía bailar el lacio cabello negro azulado de Chimni como si fueran serpientes que danzaran hacia arriba en un espectáculo turbador. El sacerdote observaba hipnotizado a la niña hasta que un nuevo rayo que cayó muy cerca lo hizo reaccionar.

—¡Soldados! —llamó, y cuatro hombres con lanzas y escudos de cuero entraron en la estancia. Forcejearon con la madre hasta arrebatarle a su hija mayor. Fuera, la tormenta empeoraba. El padre sujetó a su esposa por la espalda.

—Discúlpela, es solo una mujer, no sabe lo que hace. Es un gran honor que escojáis a nuestra hija.

—¿Qué edad tiene la pequeña? —preguntó el sacerdote sin inmutarse por el llanto de la madre.

—¿Suysuy? —contestó el padre servicial—. Cumplirá doce con la siguiente luna nueva.

—Bien, volveremos a por ella en un par de cosechas.

Y sin esperar respuesta alguna, tomó el hatillo con la concha rojiza y salió por la puerta tirando de la mayor de las hermanas, que, entre lloros y lamentos, abandonó su hogar y su familia para siempre.

# 2
# La hermana de las gemelas

***En la actualidad***
***En algún lugar al sur del continente americano***

—¿Es aquí lo de las gemelas? —preguntó el hombre trajeado fijando sus inquietos ojos en el roñoso cartel que rezaba «Las Gemelas Adivinas». Martina Ugarte, sentada en las escaleras de la vieja caravana, asintió sin dejar de lanzar las tres bolas con las que practicaba malabares. El señor de bigote y gafas anticuadas cerró el paraguas y se resguardó de la fina lluvia bajo el toldo descolorido. ¿Por qué preguntaban todos lo mismo? El cartel, aunque sucio y herrumbroso, lo indicaba bien claro.

—¿Eres una de ellas?

—¿Tienes dinero?

El hombre se apresuró a extraer la cartera y mostrar varios billetes de cien. El primer cliente del día; no estaba mal para una mañana de miércoles lluviosa. Martina dedujo que se habría desviado de la autopista camino del trabajo, las oficinas gubernamentales no quedaban lejos. ¿Funcionario? Le pegaba trabajar en algo rutinario, que le diera seguridad; no daba la impresión de ser una persona que se arriesgara.

La joven dio tres toques en la puerta a su espalda y se apartó para que el señor pudiera pasar. Él pareció dudar: se rascó la pierna mientras se colocaba bien las gafas. Valiéndose del paraguas, intentó subir el primer escalón, pero la rodilla le falló. Suspiró ruidosamente y la frente se le empezó a perlar de sudor: las dudas se abrían paso en su interior. Martina lo estudió en silencio mientras lo catalogaba como del tipo NPQV: Nunca Pensé Que Vendría.

Recibían a dos clases de personas: los creyentes, por un lado, iban

allí como si se tratara de la cita mensual en la peluquería. Solían llegar excitados y no paraban de cotorrear. Preguntaban por su porvenir como si fuera el menú de un restaurante: ¿el amor bien? ¿Y el trabajo? ¿La salud? El segundo tipo de cliente, sin embargo, el NPQV, jamás habría pensado que recurriría a una adivina, pero se encontraba desesperado, sin ninguna otra salida. Acudían a ellas como su última opción, después de haber agotado el resto de las alternativas, desde médicos a investigadores privados. Además, tan solo tenían una única pregunta cuya respuesta los aterrorizaba.

Este señor encajaba en la segunda categoría.

—Lo siento, tuve un accidente hace años; me operaron, pero no quedó del todo bien…

Sacudió la cabeza, avergonzado, y levantó la rodilla con la ayuda de la mano libre. La tela del pantalón se elevó unos centímetros por encima de los calcetines dejando entrever una piel llena de cicatrices, quemada.

—Permítame. —Con delicadeza, Martina apoyó la mano en la espalda del cliente y le dio un pequeño empujón para que pudiera ascender el último escalón.

—Gracias. —Sonrió avergonzado.

Tenía unos hoyuelos bonitos, de niño travieso; quizás no fuera tan mayor. Al fin y al cabo, y a pesar del atuendo digno de un funeral, puede que ni siquiera fuera funcionario.

Cabizbajo, entró en el oscuro interior demasiado perfumado de la caravana. La joven rodeó el tráiler y, con agilidad, se subió al techo valiéndose de las cajas que previamente había amontonado en la parte posterior.

—¡Pocahontas! —la llamó sir Robert con su desteñido atuendo de domador y un cubo en las manos—. ¿Me ayudas a dar el desayuno al viejo?

Ella vaciló: le encantaba dar de comer a Jefferson, el caballo de sir Robert, pero había prometido al tío Saúl que se mantendría en su sitio. Puede que se refiriera a la puerta de la caravana cuando mencionaba su puesto, pero desde ahí no oía nada y tenía que aprovechar ahora que Elba no estaba; seguro que se había vuelto a quedar dormida. Martina negó con la cabeza y el anciano se alejó

hacia el improvisado establo hundiendo las katiuskas en el camino embarrado. Aquel lugar era un lodazal.

No siempre acampaban en sitios tan cochambrosos, pero el Ayuntamiento les había negado el permiso para hacerlo en el parque del centro, donde sí se había instalado unos meses antes el Gran Circo Uruguayo. A ellos, a la insignificante Compañía Dorada, los habían mandado a un *parking* en desuso, cerca de la salida de la autopista que atravesaba todo el estado. Ya nadie aparcaba allí; si llovía un par de días seguidos, se inundaba. El señor Méndez, fundador de la compañía, dijo que se las arreglarían, pero la gente de la ciudad parecía reticente a pasarse por aquel vertedero. La incineradora quedaba a menos de un kilómetro, y el tufillo que desprendía llegaba hasta los carromatos.

La lluvia empezó a caer con algo más de fuerza y la joven lamentó no haberse acordado de ponerse el chubasquero que colgaba del toldo. Notó cómo se le empezaba a pegar la camiseta de manga corta a la espalda; terminaría empapada. Los pantalones vaqueros cortos tardarían más en calarse. Con cuidado de no hacer ruido, abrió levemente la ventana del techo del vehículo y el familiar olor del incienso la saludó. Una vez que sus ojos se acostumbraron a la semipenumbra del interior, alumbrado tan solo con candelabros dispuestos a lo largo de la encimera y de la pequeña mesa que cojeaba un poco, observó al cuarteto.

Su familia, disfrazada como zíngaros, se apretujaba en el lado de la ventana: el tío Saúl en el centro y sus hermanas flanqueándolo. El hombre con pinta de contable estaba sentado enfrente. Habían cubierto el suelo con alfombras llamativas y del techo colgaban todo tipo de telas, ya que la caravana no era para nada como la de los carromatos gitanos. La habían comprado de segunda mano hacía ya unos años a un matrimonio jubilado de Mendoza. Habían barnizado el parqué para oscurecerlo y el tío Saúl había llenado cada rincón con los cachivaches que adquiría en tiendas de souvenirs de escaparates polvorientos. El resultado era abrumador para los sentidos: conchas de todos los colores y formas, figuritas de llamas, cuencos de cerámica, platos de cobre… El propio Saúl bromeaba con que padecía el síndrome de Diógenes; era incapaz de deshacerse de

nada, todo le parecía interesante.

Lo mismo ocurría con los sitios que visitaban: el tío Saúl quería verlo todo y, por eso, no solían durar más de unos meses en cada lugar. Si la compañía de circo quería asentarse, ellos buscaban otra. Así de simple. Saúl encontraba algo que lo atraía en cada campamento: «Mirad, el humo de la incineradora cambia de color según la hora», «Escuchad, aquí los pájaros suenan distinto», «El pan es increíble». Su cuidadora, Elba, era justo lo contrario: no le solía gustar casi ningún sitio. «El humo de esa fábrica nos matará», «Los pájaros no me dejan dormir» o «El pan de aquí engorda más de lo normal».

—¿Quiere un té, señor? —ofreció Lucía con su habitual amabilidad, y el hombre negó en silencio.

Parecía nervioso: las manos le temblaron al extraer los billetes de la cartera que dejó desparramados sobre la mesa.

Las velas estaban colocadas de tal manera que su luz daba un aire espectral a los rostros de sus hermanas. Las jóvenes se habían pintado la raya del ojo de un negro intenso y vestían de forma idéntica: telas y gasas de colores superpuestas y corpiño negro ceñido. El tío siempre decía que eran los pequeños detalles los que hacían que el espectáculo funcionara. Los pendientes de aro de falso oro que llevaban las chicas eran idénticos y, por supuesto, también el colgante plateado con forma de media luna que escondían bajo el echarpe. Martina era la única sin colgante, hacía años que le habían quitado el suyo.

De pequeña, ella también llevaba el colgante con orgullo, pero el tío Saúl se lo quitó cuando empezó a ver el 22:22. Fue extraño cómo ocurrió: de pronto comenzó a despertarse justo a esa hora, abría los ojos como si alguien hubiera pronunciado su nombre y observaba cómo los números parpadeantes del reloj de la mesilla cambiaban del 22:21 al 22:22. Al principio, era como un juego: se imaginaba que dentro de ella había un cronómetro que le hacía erguir la cabeza y buscar los cuatro doses. Se maravillaba ante la exactitud de su reloj interno, que cada día, sin fallar ni una sola vez, la avisaba. Fue divertido hasta que su hermana Vera se percató y, siguiendo su costumbre, se lo contó al tío Saúl. A Vera no se le escapaba nada y,

si era algo que tenía que ver con Martina, tardaba entre un minuto y minuto y medio en ir con el cuento donde el tío o Elba.

—Ya no necesitas un amuleto —le explicó el tío retirándole la fina cadena de plata con delicadeza, y aunque la niña no lo entendió, lo aceptó sin rechistar. Martina sintió que le estaban quitando una parte de sí misma, pero se obligó a no protestar. No quería que Vera dijera que era una llorica.

El vacío que el colgante dejó en su cuello le servía como recordatorio de que ella no era como sus hermanas mayores. Con el tiempo, sin embargo, tuvo que admitir que, en parte, fue un alivio. Ella nunca consiguió que el metal creciera, como ocurría con el de Lucía y Vera. «Ya crecerá», decía el tío revolviendo el pelo corto de la niña, y esta agachaba la cabeza avergonzada mientras él recogía las dos bolas blancas, brillantes y llenas de vida de sus hermanas. Las medias lunas metálicas y grisáceas crecían hasta convertirse en lunas llenas, aunque, a los ojos de la pequeña, eran más como ciruelas de nieve palpitante.

Para animarla por la pérdida de su colgante, el tío compró una canasta que colgó en la parte posterior de la caravana y le enseñó a jugar al baloncesto. A Martina se le daba bien. A Lucía no le gustaba competir y Vera odiaba perder, por lo que apenas entrenaba. Martina se esforzaba como si le fuera la vida en ello: quería sobresalir en algo. Sus hermanas tenían el espectáculo, eran las enigmáticas Gemelas Ugarte, aunque en realidad ni siquiera fueran gemelas. Lucía era la mayor de las tres y Vera era un año menor, pero ¿y ella? ¿Qué tenía de especial ella? Nada. Ver el maldito 22:22. ¿Para qué servía percibir siempre los mismos cuatro dígitos? Hacía años que cerraba los ojos muy fuerte cuando notaba que la hora se acercaba, pero no conseguía dejar de advertirlo. Por mucho que quisiera ignorarlo, ella sabía, sin lugar a duda, que eran las 22:22.

En la caravana, Lucía tomó con delicadeza las manos del hombre entre las suyas y recorrió las finas líneas que las surcaban con el dedo índice. Él cabeceó un par de veces. Como siempre, su tacto los adormecía, dejándolos mansos como corderitos para que Vera hiciera su entrada triunfal. Martina no entendía cómo la gente se tragaba que fueran gemelas: las dos tenían la piel del color de los

cacahuetes tostados y el pelo largo y negro, pero ahí terminaban las similitudes. Lucía tenía la cara redondita, como un corazón. Vera, sin embargo, era toda angulosa. Aunque había más: Lucía era un sol y Vera, un bicho. Pero claro, la gente no podía saber eso a simple vista, solo podían ver la fachada.

Lucía estaba a punto de cumplir los veinte y sus ojos eran de un marrón cálido, inocentes como los de una niña. El tío Saúl no le dejaba ponerse las gafas durante el espectáculo y, a causa de la miopía, achinaba los ojos para ver mejor. Los ojos de Vera, sin embargo, estaban siempre alerta y no se perdían absolutamente nada, como los de un águila acechando a su presa. En el circo se decía que Vera era la guapa; Lucía, la responsable, y Martina, la pequeña. Solo era dos años menor que Vera y casi tenía su misma altura, pero a la gente eso le daba igual, ella siempre sería la hermana pequeña de las gemelas. Excepto para sir Robert, que no parecía distinguir a ninguna de las tres: las llamaba Pocahontas, creían que por su piel oscura y cabello negro.

—¿A qué ha venido, señor Torres? —preguntó Vera sonriendo sibilina. El hombre dio un respingo como si despertara de un plácido sueño: siempre los dejaba boquiabiertos que supieran sus verdaderos nombres y a Vera le encantaba asustarlos.

—Eh…, quería saber si mi mujer… Si ella… me va a dejar.

—¿Rosa? —volvió a sorprenderlo Vera.

El hombre asintió sin disimular su asombro. Lo tenían en el bote. Ahora era el turno del tío Saúl. Le dio las manos al señor Torres y cerró los ojos, concentrado. Se tomó su tiempo, no le gustaba precipitarse. Vera puso los ojos en blanco y sin esperar al tío, dijo:

—Rosa se mantendrá a su lado.

El tío abrió los ojos de golpe. Eso no estaba en el guion. La joven se había vuelto a saltar las normas.

—Gracias, ¡muchas gracias! —Respiró aliviado con los ojos llorosos y dejó más billetes de los debidos sobre la mesa. La buena de Lucía intentó devolvérselos, aunque él no los aceptó—. No, por favor, quédenselos.

Martina bajó del techo con rapidez y corrió a la puerta para que el cliente saliera. Esa era su función en el espectáculo familiar: portera.

Como ya no llovía, el señor Torres se olvidó del paraguas y se marchó sonriendo por el camino embarrado. El fango se adhería a sus zapatos negros, y aunque cojeaba, parecía ligero, feliz, muy distinto a como había llegado. Pobrecito, no tenía ni idea de que lo habían timado.

Por ese mismo camino, se acercaba canturreando Elba. Como si no se hubiera percatado de que había dejado de llover, su cuidadora, además del paraguas, se había embutido en su mono de pescador, con katiuskas incluidas. Por lo menos no eran amarillos, sino de un sucio verde grisáceo. A Elba le daba igual su aspecto. Cuando llovía se ponía el buzo y cuando no, una especie de túnica marrón y larga que caía sin ninguna gracia; decía que era cómoda. Distraída, le dio un mordisco al cuscurro de la barra de pan que traía bajo el brazo y ni siquiera reparó en el hombre trajeado que observaba su atuendo con curiosidad.

—Buenos días, señora —la saludó el señor Torres cuando se cruzaron—. Puede cerrar el paraguas, ya luce el sol.

—Donde entra el aire y el sol, no entra el doctor —respondió Elba dándole otro mordisco al pan.

El señor Torres abrió la boca y la volvió a cerrar sin articular palabra; Martina sonrió ante el desconcierto del hombre. Su institutriz tenía ese efecto en la gente. Los aturdía con un amplio refranero que no siempre venía a cuento. Entre las pintas que solía llevar y sus extraños proverbios, Elba parecía sacada de otra época, pero apenas rondaba los treinta. El tío Saúl era algo mayor que ella, aunque a Martina le daba la impresión de ser más joven, al menos de espíritu.

—Sí, por supuesto —se despidió Torres con una tímida sonrisa—. Que tenga un buen día.

—Lo bien dicho, bien parece, y su autor honra merece —dijo Elba cerrando el paraguas bajo la protección del toldo.

Elba detestaba la lluvia. En cuanto caía la primera gota, se cubría con todo tipo de prendas impermeables. Martina incluso había buscado trastornos relacionados con la lluvia para entender su comportamiento y había concluido que debía de tener pluviofobia o miedo incontrolable a mojarse. Otra más de sus rarezas, aunque

¿quién era normal en su familia?

Todos eran peculiares a su manera. Quizás por eso habían terminado en un circo, era cosa de familia. Sus padres, antes que ellas, también habían trabajado en el circo, aunque en uno mucho mejor, ya desaparecido. El tío Saúl les contaba lo buenos que eran. Su padre, Alberto Pietro, de origen italiano, era el mejor trapecista de la historia hasta que la cuerda se rompió y murió. Martina no había llegado a conocerlo, aunque tenía una foto de él sobre la mesilla de noche: era un hombre imponente. Era alto y sonriente y los músculos parecían querer escapar de los tirantes de su malla color rojo chillón.

Martina siempre se preguntó por qué su madre no evitó el accidente. Ella, la Gran Pitonisa Sofía Ugarte, veía el futuro de cualquiera y ¿no pudo ver el de su marido ni el suyo propio? Quizás por eso nunca se recuperó y murió poco después dando luz a su tercera hija, a Martina.

El tío Saúl decía que Sofía sí tenía el don verdadero y había tratado de enseñárselo a él, aunque nunca consiguió dominarlo como ella. Para empezar, necesitaba tocar a la persona para poder ver algo, a su madre jamás le hizo falta. Decían que, con solo mirar a alguien, ya sabía todo lo que había que saber. Nunca fallaba, jamás. Martina no la había conocido, pero eso no impedía que se la imaginara poderosa frente a una bola de cristal llena de humo. Ahora ni siquiera tenían una bola mágica —el tío insistía en que nunca la habían tenido—, y el pobre Saúl no siempre acertaba al vislumbrar el futuro. Además, cuando sí lo hacía, iba Vera y decía lo que le daba la gana. En fin, su espectáculo familiar había degenerado en una farsa.

—Muy satisfecho va ese— sentenció Elba tomando asiento en la mecedora bajo el toldo. Era bajita y sus piernas rechonchas quedaron colgando mientras las balanceaba de adelante hacia atrás —. Cuando uno está contento, ni se acuerda de su ojo tuerto. Cariño, ¿me preparas un té?

Martina puso agua a calentar en el cazo de hojalata sobre el camping gas de la mesa de plástico y, con disimulo, acercó la oreja a la ventana cerrada. Dentro de la caravana estaban discutiendo, pero no podía distinguir qué decían. Sin tapujos, pegó la oreja todo lo que

pudo. Se supone que no debía escuchar, pero, como de costumbre, Elba no perdía de vista la entrada del aparcamiento. Siempre a la espera de que llegara la desgracia o lo que fuera que la pobre temía, los ojos nerviosos saltando de un lado a otro y la fricción constante de las manos.

—¿Por qué estás mojada, cariño? —preguntó distraída sin perder de vista la espalda del señor Torres alejándose.

—He ido a montar a Jefferson.

—Ese pobre animalillo, ya no está para esos trotes. A quien muere estando bien harto, la muerte no le da espanto.

Martina se quitó la camiseta y la colgó en el tendedero. El tío no era tan inocente como su cuidadora, no se tragaría lo del paseo matutino. Descolgó una toalla tendida, se secó apresuradamente y se vistió con la primera camiseta que encontró cuando la puerta se abrió de golpe y el tío salió hecho una furia.

—¿Por qué le has mentido?

—¡Es lo que quería oír! —Vera se plantó en las escaleras—. ¿Crees que vienen aquí a escuchar la verdad?

—¡Tienen derecho a conocer su porvenir!

—¡Pues haber dicho algo! ¡Te has quedado callado durante una eternidad!

El tío Saúl se giró sobre sí mismo como si buscara algo.

—¡Elba! ¿Has intervenido? No podía ver nada…

—¿Yo? —Se sonrojó la mujer soltando el pan—. Acabo de llegar…

El tío Saúl se frotó la cabeza con ambas manos.

—¿Estás bien? —preguntó Lucía, preocupada—. A mí también me ha costado tranquilizarlo…

—¿En serio? ¿Qué hay de ti, Vera? ¿Lo has leído con facilidad?

—¡No me ha hecho falta! Ha dejado la cartera abierta de par en par. ¡Podía haberle dicho hasta los nombres de los hijos y las fechas de sus comuniones!

Todas callaron.

No era la primera vez que Vera se tomaba ciertas libertades con el espectáculo.

—Ese hombre tenía derecho a conocer su destino —susurró Saúl.

—Pero ¿qué destino? —Vera bajó las escaleras y señaló al tío con

un dedo acusador—. ¿Qué sabrás tú del destino? ¡Mira dónde vivimos!

—¿Qué quieres decir? —El tío parecía confuso.

—¡Esto es un estercolero!

—¡Somos libres! —Se ofendió Saúl abriendo los brazos como si mostrara algo más que el decadente circo de tres al cuarto que los rodeaba.

Vera se dio media vuelta y se alejó sin molestarse en contestar.

—El colgante, por favor —le recordó el tío.

Debería ser Elba quien se lo pidiera, pero a su cuidadora le ponían nerviosa las discusiones.

Vera se paró en seco y, sin darse la vuelta, se quitó el collar y lo lanzó hacia atrás. Martina saltó y lo atrapó al vuelo, pero su hermana ni siquiera lo vio. Se marchó hacia su caravana dándole una patada a un zueco del tío que encontró tirado por el suelo. Vera y Lucía compartían *roulotte* y Martina dormía en la otra con Elba. El tío dormía solo en el remolque del espectáculo, rodeado de sus trastos, incluidos decenas de zapatos que era incapaz de tirar a la basura, ni aunque tuvieran la suela gastada o un agujero del tamaño de una moneda.

—¿Otra vez espiando?

Saúl señaló el diminuto charco que se había formado a los pies de Martina, su cabello goteaba sin cesar. Estiró la mano para que depositara en ella el colgante y aunque la joven lo hizo sin dudar, le dolió desprenderse de su calor. Era como un fueguito, cálido y palpitante. Su color también se había alterado: del gris opaco y apagado a un blanco centelleante.

—¿Tengo que ir con ella? —preguntó Elba con la boca llena de miga de pan.

—Tranquila, se le pasará pronto.

El tío recogió el colgante y lo guardó junto al otro en el bolsillo superior de la túnica.

—Gato enfadado, araña hasta con el rabo —insistió Elba, mordisqueando el pan. Ya se había comido media barra.

—Vamos, iré contigo. —Se ofreció Lucía recogiendo el zueco enfangado que Vera había lanzado a un charco.

—¿Nos encierras? —preguntó Elba, aunque no hacía falta. Saúl las seguía ya con la llave en la mano. Así era más fácil para todas: Vera sabía que Elba no tenía la llave y no la volvía loca para que la dejara salir. El tío había mandado sellar las ventanas, solo se abrían desde fuera.

—¿Un partido? —propuso Martina cuando el tío regresó masajeándose las sienes. Mierda, las jaquecas. Solían tardar algo más en aparecer.

—Lo siento, me duele la cabeza —dijo Saúl entrando en la caravana—, quizás luego.

Martina se quedó sola, como siempre.

A estas alturas debería estar acostumbrada, pero se le encogía el estómago cada vez que ocurría. Todas tenían un sitio en el que estar o algo que hacer menos ella. Al terminar el espectáculo, sus hermanas se quitaban los colgantes y se los entregaban al tío. Él se refugiaba en su guarida mientras ellas esperaban junto a Elba. Todas menos Martina. Ella podía hacer lo que quisiera, siempre que no saliera del circo.

—¡Disfruta de tu libertad! —le decía Saúl, pero a la joven no se le ocurría qué hacer con ella.

La Compañía Dorada era bastante pequeña. Aparte de montar a Jefferson, no había demasiado entretenimiento. Vera ni siquiera tocaba al viejo caballo por la cantidad de moscas que solía tener alrededor de los ojos y a Lucía le daba pena el pobre animal. Un poco de lástima sí que daba; se le marcaban todas las costillas de lo flaco que estaba, y es que ya apenas comía. Y eso que sir Robert le reservaba el mejor pienso. La única que lo montaba, si es que se podía considerar montar el ir a dos kilómetros por hora, era Martina, aunque poco, para no cansarlo demasiado.

Si por lo menos hubiera acróbatas en la Compañía Dorada o aunque fuera un triste trapecio…, pero nada. En algunos de los circos anteriores había conocido a algunos equilibristas increíbles, como a los Saltimbanquis de Kiev o a los Niños Voladores, que le habían enseñado a saltar de un columpio a otro en pleno vuelo.

Martina le dio una patada desganada al balón de baloncesto haciendo que terminara embarrado dentro de un charco. En un rato,

puede que en unos minutos o en varias horas, el tío Saúl emergería del remolque con los colgantes planos y grises de nuevo. Les entregaría las dos medias lunas frías a sus hermanas y estas serían libres otra vez. Y Martina podría estar con ellas. La verdad es que nada le impedía entrar en la caravana con ellas ahora mismo, solo el escrutinio de Vera: intentaría de todo para intentar colarse en su mente. Cuando la encerraban era insoportable, le desesperaba no saber cuánto iba a tardar el tío en devolverles los colgantes y, por consiguiente, la libertad. No entendía por qué unas veces tardaba horas y otras, sin embargo, terminaba en apenas minutos. Martina sí conocía la razón. Con sigilo, pegó la cara a la ventana y miró dentro. Mierda, su tío garabateaba en su libreta, ¡no saldría en horas! La joven no sabía qué escribía exactamente en esas hojas, pero cuando Saúl agarraba el bolígrafo, entraba en trance. Ni siquiera oiría la puerta si a ella le daba por aporrearla.

Cabizbaja, se dirigió donde sus hermanas y se coló en la caravana por la ventana del baño. Se podía abrir solo desde fuera, por lo que solo servía para entrar y no para salir. Las tres mujeres estaban sentadas en la mesa con una baraja de cartas.

—¿Otra vez aquí? —preguntó Vera estirando el brazo como quien no quiere la cosa para intentar rozarle la mano.

Martina se apartó, expirando de forma controlada mientras vaciaba su mente. Tenía sus trucos para evitar el control de su hermanita y que la usara como espía involuntaria del tío.

—Ven, ponte aquí. —Sonrió Lucía repartiéndole varias cartas a ella también.

—Bien parece y bien están el asno en la cuadra y la mujer en el hogar —dijo Elba cerrando los ojos para saborear el chocolate que dejaba derretir lentamente en la boca. Emitió pequeños ruiditos mientras engullía otro par de onzas.

—¿Me estás llamando asno, Elbita?

—Las cosas claras y el chocolate espeso. —Siguió lamiendo.

—¿Claro? —cortó Vera girándose hacia ella—. ¡Nada de lo que dices tiene sentido!

—¡Se me ha ocurrido otro nombre! —Se emocionó Elba—. ¿Qué os parece Aurelio?

—¿Para tu futuro hijo? —dijo de forma maliciosa Vera.

Lucía le dio un codazo y sonrió a la institutriz:

—Es un nombre precioso.

—Sabes que preferimos Ermenegildo —insistió Vera.

—Y dale con Ermenegildo. ¡Me gusta Aurelio! —Con una caligrafía algo infantil, escribió el nombre en la cada vez más extensa lista.

—Y ¿quién será el padre? —preguntó juguetona Vera tomando una carta del montón del centro—. ¿Algún nuevo novio a la vista?

—¡Madre mía, qué mano! ¿Habéis tenido más suerte con las vuestras? —Intentó cambiar de tema Lucía.

Elba, con las mejillas rojas como el tomate de verano, se concentró en la onza de chocolate que sujetaba entre los dedos como si en vez de comérselo debiera memorizar cada grumo.

—Y bien, ¿nos escondes un pretendiente? —Vera no era de las que soltaba a sus presas a la primera.

—Para ya, ¡bruja! —se quejó Martina—. Elba, como no te centres, ¡nos va a desplumar! ¿No ves que nos está leyendo?

—Ay, perdona, cariño—dijo la institutriz, aliviada por dejar de lado el tema del novio inexistente. Que ellas supieran, nunca había tenido pareja. Aquello solía ser tabú, excepto para su hermanita, claro.

—Uy, mira por dónde… —Sonrió Vera, colocando un trío de reyes sobre la mesa.

Y así, entre chocolates, cartas y risas, pasaron las Ugarte otra tarde lluviosa.

# 3
# La hoguera

***Año 1530***
***Hondarribia, reino de Castilla***

Las tres mujeres ya no gritaban ni se removían. El inquisidor Germán de Ugarte se tapó la nariz con su pañuelo blanco de lino: le repugnaba el olor de la carne quemada, pero se recordó a sí mismo que era su obligación mantener la compostura. Recorrió la plaza con la mirada en busca de las hermanas menores de las condenadas entre la multitud de rostros iluminados por las llamas, pero no las encontró. ¿Cuántas quedaban? La más pequeña no tendría más de cinco o seis años.

Estarían escondidas en el caserío familiar.

Tendrían que vigilarlas de cerca, aunque no creía que la tarea le resultara demasiado ardua al alguacil. Por muy paganos que siguieran siendo algunos habitantes de la villa, el sambenitillo las delataría allá donde fueran. No podrían librarse del escapulario de las reconciliadas así como así. Además, ya las habían denunciado una vez; si fuera necesario, la ilustre casa de los Sánchez de Benesa, vinculada a la Corona castellana, no dudaría en volver a actuar. Si a las muchachas se les ocurría volver al bosque, él lo sabría y esta vez pagarían por sus pecados. Puede que su corta edad las hubiera salvado por el momento, pero el concejo municipal haría bien en recordar que el diablo no hacía distinciones entre niñas y mujeres: todas eran almas que mancillaba con suma facilidad.

Sobre todo en tierras vascas, tan paganas a pesar de la gran influencia de la Iglesia. La Inquisición no contaba con ningún asentamiento en aquella región debido a los fueros de los que gozaban sus gentes. A Germán de Ugarte le preocupaba tanta libertad. Incluso en su propia familia, tan cristiana y piadosa,

recordaba haber visto a sus tías ¡invocar a la luna tras salir de misa! Hoy en día, esas mismas tías no hablaban castellano ni latín, tan solo euskera.

Otros inquisidores no le daban importancia; supersticiones, decían, los llamaban gentes ignorantes. Su labor, le recordaban cuando expresaba sus preocupaciones ante la junta, era expulsar a cuantos más herejes e infieles fuera posible: judíos y musulmanes se extendían por toda la península. Las brujas eran un asunto menor. Germán de Ugarte sabía de buena tinta que en el reino de Francia o en el Sacro Imperio Germánico lo veían de otra forma y actuaban en consecuencia. Cientos, sino miles, habían sido ajusticiadas.

Las familias nobles del territorio estaban preocupadas y las Juntas Generales de Guipúzcoa habían pedido que interviniera la Inquisición para erradicar el mal que se extendía por la región.

Una fina lluvia empezó a caer, menguando poco a poco la hoguera mientras el viento helado que provenía del mar azuzaba las llamas alrededor del cuerpo del centro: ya no se distinguía su figura femenina, ni siquiera se podía afirmar que fuera humana. Germán de Ugarte pensó que podía pasar por un gran saco de patatas o, quizás, de maíz.

Kattalin era la del medio, apenas un gran fardo ennegrecido.

Recordó la primera vez que la vio: supo al instante, y sin ningún atisbo de duda, que aquella mujer había yacido con el diablo. Fue en el puerto. Ella y sus hermanas, siete en total, cosían las redes de pesca, esperando el regreso de los que habían partido al mar.

Siempre todas juntas, en manada. ¿Qué ayuda podían ofrecerles las más jóvenes? No eran más que mocosas de dedos inexpertos que no eran capaces de remendar aquellas pesadas redes de pesca. El inquisidor no entendía por qué no las dejaban en el caserío, rezando, como debían hacer las mujeres de bien. ¿Era para tentarlas hacia otros caminos a tan temprana e inocente edad? ¿Tan retorcida había sido el alma de Kattalin?

Germán de Ugarte recordó cómo se movía.

Mientras las otras se afanaban en su labor con el ceño fruncido y gesto concentrado, Kattalin bailaba con las redes. Su larga cabellera castaña se balanceaba de un lado a otro al igual que sus senos,

demasiado voluptuosos para un cuerpo tan enjuto. A cada oscilación de sus caderas, parecía que se le fuera a escapar el busto. Su holgado vestido no conseguía esconder sus lujuriosas curvas y a ella no le importaba.

Germán de Ugarte sintió el efecto que aquella descarada causaba en sus oficiales. Hombres hechos y derechos como Juan Sánchez de Benesa, escribano de Su Majestad, se atusaban la barba como si fueran chiquillos. Ella ni siquiera los había mirado y ya los había hechizado. Germán de Ugarte la odió por ello.

Mandó seguir a Kattalin.

Pronto descubrió que las tres condenadas andaban siempre juntas. Kattalin, Luzia, Ximona. Sin desposar y sin ningún familiar varón que las escoltara. Solas incluso al anochecer. Del caserío al puerto, pasando por el mercado; vendían y compraban hortalizas y ungüentos de todo tipo.

¿Cómo se les había ocurrido a los hombres de la familia dejar a siete mujeres jóvenes por su cuenta?

Todos los hermanos, sin excepción, habían partido a la mar, a pescar, y las habían abandonado a su suerte durante meses. Numerosos testigos relataron cómo ellas se habían adentrado en el bosque y danzado y cantado descalzas hasta conseguir la atención del mismísimo diablo.

Las tres habían confesado.

Al principio, lo habían negado, pero, tras mucho empeño, él había conseguido desmontar sus mentiras. Era el Santísimo quien le daba la astucia para distinguir el mal del bien. Al final, el diablo terminaba por mostrarse, no podía evitarlo. Habían encontrado la marca demoníaca en las muchachas: lunares escondidos en el bajo vientre o en las pantorrillas. Les habían realizado la prueba de la aguja en las marcas y ninguna había sangrado. Habían pactado con el diablo mientras yacían con él en los verdes prados en las noches de luna llena.

La lluvia arreció de pronto y la muchedumbre empezó a dispersarse en silencio. Germán de Ugarte se santiguó y les dio la espalda a los tres cuerpos ennegrecidos y atados a las estacas de madera.

Se despidió de los Sánchez de Benesa deseándoles suerte en la

próxima recaudación y se subió al carromato que lo llevaría hasta Calahorra, a la sede del Tribunal de la Santa Inquisición. No quería demorar más su partida: los recientes eventos debían registrarse de forma inmediata en los archivos de la diócesis.

La lluvia les dio un respiro al adentrarse en la arboleda a las faldas del monte Jaizkibel. Los frondosos robles creaban una bóveda que alejaba la tormenta: las apremiantes gotas de lluvia no conseguían alcanzar a la carreta; los sonidos del bosque, sin embargo, se colaban por cada rendija. Germán de Ugarte se sorprendió escuchando al viento, parecía hablarle a él directamente.

¿Qué le susurraba?

Luzia, Ximona, Kattalin.

No podía ser.

Luzia, Ximona, Kattalin.

El inquisidor se revolvió inquieto en su asiento. Eran imaginaciones suyas. Nadie había pronunciado sus nombres.

Luzia, Ximona, Kattalin.

Luzia, Ximona, Kattalin.

Germán de Ugarte cerró los ojos con fuerza, estrechó entre las manos la sagrada cruz que sostenía al cuello y empezó a rezar con voz grave, haciéndose oír por encima del vendaval. Cuanto más rugía la tempestad, con mayor convicción rezaba él.

Tras el bosque y cerca ya del puerto de Pasajes, la lluvia se fue debilitando hasta extinguirse del todo, dejando un cielo gris encapotado que ya no le gritaba nada.

# 4
# El elixir

***En la actualidad***
***En algún lugar al sur del continente americano***

Una semana y media después de la primera visita del señor Torres, el primer viernes de junio, el hombre regresó, pero esta vez lo hizo a medianoche, sin traje. Martina lo vio bajarse del coche dando tumbos, borracho como una cuba, desde su puesto en la taquilla del circo. Aquella noche había actuación en la Compañía Dorada: payasos con malabares. Quizás fuera porque había dejado de llover, pero se había acercado un buen número de espectadores y sus hermanas estaban dentro de la carpa ayudando.

—Quiero ver a las gemelas —dijo apoyándose en la taquilla para mantenerse en pie; apestaba a alcohol. En una mano llevaba una bolsa papel marrón de las que se usan para esconder la bebida y en la otra, una botella de ginebra medio vacía de la que intentó beber sin éxito. El líquido transparente se le cayó sobre los vaqueros holgados dándole el aspecto de haberse meado encima. Su sudadera gris con capucha estaba llena de manchas.

Pobre señor Torres.

Tenía un aspecto lamentable.

—Sígame.

Martina salió del cubículo y echó a andar hacia el remolque del espectáculo.

A veces, los clientes regresaban, y en esa segunda visita solo los atendía Saúl, quien, sentado en la mecedora bajo el toldo, los observó mientras se acercaban.

—Entre —dijo abriendo la puerta de la caravana—. Martina, vuelve a la taquilla, por favor.

La joven asintió, pero no hizo caso. Subió al techo de la caravana,

abrió el ventanuco y observó el interior: el suelo estaba cubierto de zapatos como si el tío se los hubiera estado probando y las velas estaban apagadas. Los fluorescentes iluminaban la estancia.

—¡Embustero! —dijo sollozando el señor Torres entre hipidos. Dejó caer su cabeza contra la mesa y golpeó la frente contra la superficie una y otra vez—. ¡Rosa me ha abandonado!

Se acurrucó en la silla y empezó a llorar de forma desconsolada, parecía que fuera a ahogarse con su propio llanto.

Saúl preparó té.

Si el señor Torres se lo tomaba, ellas tendrían que abandonar la Compañía Dorada para siempre.

—¡Tengo cuarenta y ocho años! ¿Qué voy a hacer?

El tío extrajo un frasco diminuto del bolsillo y vertió su contenido en la taza de té. Removió el líquido con una cucharilla, pero todavía no se lo ofreció al pobre hombre. Solía esperar a que estuvieran desesperados, aunque Martina creía que este ya lo estaba.

—Podría rehacer su vida —propuso el tío—. ¿No le gustaría viajar?

—¡Yo quiero a mi Rosa!

Con un ruido metálico, el señor Torres apoyó la bolsa de papel marrón sobre la mesa y Martina se asomó algo más para poder ver lo que llevaba dentro.

—La mataré —susurró el hombre volcando el contenido de la bolsa sobre la mesa: una pistola y varias balas que se desperdigaron sobre la superficie.

—Beba.

Saúl le ofreció el té al fin. Su voz sonaba tranquila, pero sus ojos no perdían de vista el revólver.

—¿No me ha oído? ¡Voy a matarla!

—Beba, por favor.

Le colocó la taza en sus manos y, con los labios temblorosos, dio un sorbito. Poco a poco se fue calmando. Bebió el resto de la infusión en silencio y para cuando la terminó, ya no lloraba. Sus rasgos se relajaron y se le dibujó una sonrisa bobalicona en la cara. Incluso su postura cambió: se echó atrás en la silla y abrió las piernas, ocupando más espacio del necesario.

—Quizás sea mejor así —dijo al fin—. Siempre he querido navegar,

¿sabe? Y a Rosa le da miedo el agua… Podría alquilar un barco, tengo ahorros… Un velero estaría bien. En el instituto tuve otra novia, ¿sabe?, se llamaba Almudena; puede que todavía se acuerde de mí, ¿no cree?

—Lo siento, no puedo verlo —dijo Saúl apretando las manos del señor Torres con el ceño fruncido—. No consigo ver nada…

—¡No se preocupe! Siempre estuvo coladita por mí, vendrá conmigo, seguro.

Se levantó de un brinco, dejó un fajo de billetes sobre la mesa y, olvidándose la pistola y la botella, salió de allí. Saúl, solo en la caravana, agarró la ginebra y le dio un trago largo. Ese gesto sorprendió a Martina: el tío no bebía. A la luz de los fluorescentes, a la joven le pareció que no tenía buena pinta. De pronto, lo vio viejo, pero ni siquiera tenía cuarenta años.

—¿Qué me ha dado? —preguntó Torres asomándose de nuevo en la puerta—. Volveré a por más.

Ese era el problema precisamente: todos querían más, y por eso mismo ellas tendrían que mudarse de nuevo. Martina no se sintió demasiado triste; quizás el siguiente circo fuera algo mejor y pudiera participar en alguno de los números acrobáticos. Quizás incluso hiciera amigos.

La joven bajó del techo y se dirigió a la taquilla. El señor Torres fumaba un cigarro con la espalda apoyada contra la verja.

—¿Quieres uno? —le ofreció confiado.

—Tengo quince años.

Se había bajado la capucha grasienta de la sudadera y los hoyuelos volvían a iluminarle la cara.

—¿Sabes? La vida es un abanico infinito de posibilidades.

Martina no dijo nada.

—Voy a recorrer los siete mares, ¿quieres venir?

Ella volvió a ignorarlo. El líquido del tío los volvía atrevidos, parecían olvidarse de sus problemas y creían que podían comerse el mundo a bocados.

El hombre consultó su reloj de pulsera.

—Vaya, se ha parado. Me compraré otro, ¡un Rolex! Siempre he querido tener uno.

Y sin esperar respuesta, se lo quitó y se lo lanzó a la joven, que lo atrapó al vuelo. Se fue silbando y Martina se quedó mirando la esfera del reloj. Aunque fuera pasada medianoche, aquel trasto se había detenido justo a las 22:22. Eso era nuevo para ella. Intentó no darle importancia, pero no le gustó. ¿Era una maldita coincidencia? Y si no lo era, ¿qué quería decir? Le pareció una broma de mal gusto y decidió que lo tiraría a la basura cuando vio acercarse al tío Saúl. Se lo guardó en el bolsillo del pantalón vaquero y sonrió como si no pasara nada. Como si aquella noche no fuera un nuevo final. Y otro nuevo comienzo. ¿Cuántos llevaban ya?

—Nos vamos. Hay un circo muy bueno en la costa oeste, os encantará.

—¿Ah sí?

—Ve a hacer las maletas, avisaré a tus hermanas.

—Suerte con Vera.

El tío sonrió y se alejó cabizbajo hacia la carpa. Quizás él también se estuviera cansando de tanta vuelta.

Martina abandonó la taquilla pensando en si se despediría de alguien aquella vez. Con los años había llegado a odiar las despedidas. La gente se entristecía al decir adiós, siempre había alguien que no podía contener las lágrimas. Te hacían prometer que los llamarías o que, al menos, escribirías, pero con el tiempo, todo quedaba en el olvido. No era fácil mantener la correspondencia con un circo ambulante y el tío no era partidario del teléfono. Una vez que se iban, desaparecían; ese era el trato. Los antiguos clientes podían llegar a ser muy persistentes en su búsqueda de la bebida milagrosa, como solían llamarla, y para librarse de ellos, no le decían a nadie a qué circo se unirían. A nadie.

Le dejaría una nota a sir Robert, era lo menos que podía hacer. Se había portado bien con ella e incluso le había dejado montar a Jefferson cada día, por mucho que el caballo ya no estuviera en sus mejores momentos. El tío Saúl tampoco estaba en su mejor momento. Se acordó de cómo había agarrado la botella, rendido. Se le pasaría. Volverían a empezar de nuevo, siempre lo hacían.

# 5
# Hija de la luna

***Año 1532***
***Reino chimú bajo el Imperio inca***

—Mamá, mañana vendrán a por mí —dijo Suysuy incorporándose en la cama de paja. No parecía asustada, solo anunciaba lo inevitable. Acababa de cumplir catorce años.

Su madre no se extrañó. Llevaba dos años esperando y temiendo el momento en el que el maldito sacerdote inca volviera y la reclamara tal y como había hecho con su hija mayor. Sabía que, llegada la ocasión, Suysuy la avisaría; el don era muy fuerte en ella, del todo distinto al suyo o al de su difunta hermana. Suysuy veía cosas, acontecimientos que no habían ocurrido todavía. Cuando nació, pensaron que no había sido bendecida con el don: su llegada no fue marcada por los rayos, ni siquiera por la lluvia. Después, comenzó a comportarse de forma extraña: su cabello no bailaba al son de la tormenta y empezó a señalar la puerta justo antes de que alguien llamara. Fue al aprender a hablar cuando comenzaron los sueños: le mostraban todo tipo de sucesos, incluso los que ocurrían muy lejos de allí.

Se acercó a su hija y le entregó un hatillo que había escondido tras unas vasijas. El paño estaba decorado con el dibujo de un pelícano rodeado de peces rojos, símbolo de su pueblo. Suysuy acarició con los dedos la tela antes de desenvolverlo: maíz, frijoles, manís, varios cuencos de cerámica y las conchas sagradas.

—Cámbialas por comida —dijo su madre, envolviendo de nuevo el hatillo.

Suysuy estiró la mano y la agarró por la muñeca, tatuada con arañas y serpientes: la fertilidad de la tierra junto a la riqueza del mar.

—Ven conmigo —rogó la joven con voz temblorosa, aun sabiendo que su madre no la acompañaría.

—Confía en tu instinto.

Acarició la mejilla de Suysuy y le apartó el cabello que le caía sobre los hombros, dejando al descubierto el lunar con forma de manzana escondido bajo su oreja izquierda.

—Vienen lluvias muy fuertes, mamá.

—Lo sé.

La mujer no necesitaba el don de su hija para saber que las lluvias de ese año serían terribles. Las conchas sagradas habían flotado hasta la superficie del mar tiñéndolo del color de la sangre.

Se abrazaron sabiendo que era la última vez que se verían y a duras penas la madre evitó que el llanto que la aprisionaba por dentro saliera a la superficie. Se obligó a sonreír: su hija era valiente, sabía que lo lograría; escaparía y empezaría una nueva vida lejos del maldito imperio. Ella no había nacido para ser una Virgen del Sol, era una auténtica Hija de la Luna.

# 6
# Las 22:22

***En la actualidad***
***En algún lugar al sur del continente americano***

Tras conducir durante todo el día, los tres vehículos y sus respectivos remolques de la familia Ugarte buscaban un área de acampada libre para pasar la noche. Habían atravesado varias provincias, intercalando cientos de kilómetros de distancia entre ellas y su ya antiguo circo. Otro más. Sentada al volante del coche, Martina intentó calcular qué número ocupaba este último circo en su extensa trayectoria.

—Luci, ¿este ha sido el décimo? —preguntó reduciendo la velocidad y tomando la misma salida que el tío, que abría la comitiva. Observó por el retrovisor cómo Vera también abandonaba la carretera principal y giraba hacia la arboleda.

—Sí, si cuentas el Grandius Circus Circorum —sonrió Lucía, perfilando las alas del pelícano que estaba dibujando a carboncillo.

—Ah, no, entonces es el noveno.

El Grandius Circus Circorum había sido toda una experiencia. Tan solo habían compartido con ellos un par de meses y presenciado cómo un payaso prendía fuego a la carpa porque la mujer barbuda dijo que su número hacía llorar a los niños.

—Elba, ya hemos llegado —dijo Lucía girándose hacia los asientos traseros donde su cuidadora, despatarrada a lo largo, seguía roncando plácidamente. Sonriendo, Martina pisó el freno un poco más fuerte de lo necesario y, aunque por poco su institutriz no se cayó de bruces, un nuevo ronquido les indicó que no la habían despertado. Era increíble lo que dormía.

—Estará soñando con Ermenegildo —bromeó Martina.

—No seas mala. —Lucía le pellizcó la mejilla de forma cariñosa.

A Martina le encantaba conducir. Todavía le faltaban dos años y un mes para sacarse el carnet, pero como a Lucía y a Elba no les gustaba lo más mínimo, y menos remolcando la caravana, le pasaban la documentación de su hermana y todas contentas. Apenas había controles por aquellas carreteras secundarias.

Elba solía dormirse en cuanto subía al coche y Lucía, sentada donde el copiloto, aprovechaba para dibujar. Tenía mucho talento; incluso había conseguido vender unos cuantos de sus bocetos y serían muchos más si dejara de pintar el mismo pelícano una y otra vez, pero ese bicho la fascinaba. Lo pintaba desde hacía años y cuando le preguntaban por qué, simplemente se encogía de hombros y decía que era lo primero que le venía a la cabeza. No era un pájaro demasiado bonito y siempre lo dibujaba en la misma pose: con sus crías comiendo pescado de la bolsa de la mamá. Daba la sensación de que le mordían la tripa y la devoraban por dentro. Era un poco grotesco, pero nadie se atrevía a decírselo por miedo a herir sus sentimientos.

—¿Y si retratas a personas? —La animaba Saúl, y aunque Lucía le decía que sí, al final volvía al pajarraco.

Tras aparcar junto al remolque del tío, Martina bajó del coche y estiró la espalda bostezando de forma exagerada.

—¿Puedes hacer más ruido, por favor? —dijo Vera bajando también de su coche, aparcado al lado.

—Mucho ruido y pocas nueces —dijo Elba espabilando por fin, aunque todavía dentro del auto—. ¿Dormiremos aquí?

—¡Acabas de despertarte! —Se escandalizó Vera.

—Si truena en abril, prepara la capa y échate a dormir —dijo bostezando.

—¡Ni siquiera es abril! —Perdió la paciencia Vera.

—¿A qué es maravilloso? —intentó zanjar la discusión Saúl—. El río, el bosque, las aves…

—Los mosquitos, los turistas —interrumpió Vera—. Perfecto, son italianos.

Un autocar rodeado de jóvenes ruidosos había estacionado cerca de las mesas de pícnic. Tendrían alrededor de veinte años y hablaban muy alto.

—Donde nada hay que comprar, ningún dinero puedes gastar —dijo Elba sin venir a cuento, dejando a los demás de nuevo desorientados.

—Amazona, ¿quieres montar la tienda?

El tío no estaba dispuesto a que le estropearan su buen humor.

—¡Sí!

Martina saltó de alegría. Le encantaba dormir en la tienda de campaña.

—¿Y un poco de pesca?

La joven cruzó los dedos y Saúl soltó una carcajada mientras Vera despotricaba. La última vez habían tardado horas en atrapar algo y el sabor del pescado no fue el esperado, pero valió la pena: para regocijo de Martina, el tío había resbalado, sumergiéndose en el río hasta la cintura.

—Recogeré leña para el fuego, tú saca las cañas.

Saúl echó a correr y a Martina le pareció que había rejuvenecido. ¡Ese sí era su tío y no el viejo que bebía a morro de una botella! Lo imitó y se apresuró hacia la caravana, antes de que Elba o Vera se quejaran de que no querían esperar tanto para cenar. Del entusiasmo, abrió el armario superior con demasiada energía y un montón de trastos le cayeron encima.

—¿Qué has roto? —gritó Vera desde fuera y Elba entró a echarle una mano.

Martina estaba enredada con una malla de pesca.

—Nuestro gozo en un pozo. ¿Quieres hacer el favor de estarte quietecita? —La institutriz intentó soltar la red que se le había enganchado en el bolsillo trasero del pantalón vaquero—. ¿Qué llevas aquí? —preguntó extrayendo el reloj de pulsera que le había dado el señor Torres la noche anterior. Lo miró con la boca abierta.

—No funciona —explicó la joven.

—Está parado a las 22:22 —dijo Elba con tono acusador, y Martina levantó las manos en señal de inocencia.

—¡No es mío!

—¿De dónde lo has sacado?

—Me lo dio el señor Torres.

Elba se quedó mirando la pequeña esfera y, de pronto, lo soltó

como si quemara. El reloj de pulsera cayó al suelo y el cristal se hizo añicos. Ninguna de las dos lo recogió.

—¿Cuándo? —susurró Elba.

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo te lo dio el señor Torres?

—Ayer por la noche. Vino a ver al tío.

Elba se llevó las manos a la boca.

—¿Qué pasa? —preguntó Martina, asustada.

—Nada, cariño, nada —respondió su cuidadora liberándola de la red de pesca.

Estaba claro que mentía, pero la joven no supo cómo reaccionar. Siempre pensó que algún día algo sucedería a las 22:22 y, entonces, por fin, los malditos números cobrarían todo el sentido del que carecían. Ahora, sin embargo, no estaba tan segura de querer saber qué significaban.

—¿Vienes o qué? —Saúl la llamaba desde fuera.

—¡Voy! —gritó Martina y, dejando el reloj en el suelo, salió disparada con las dos cañas de pescar. A punto estuvo de avisarle de la extraña reacción de Elba, pero al final se contuvo. Se dijo a sí misma que no quería alarmarlo por otra de las excentricidades de su cuidadora, pero era más que eso. Nunca hablaban del 22:22. Ese era el motivo por el que a ella le habían quitado su colgante lunar. Por esos malditos cuatro números la apartaban de sus hermanas. Si por ella fuera, los borraría de todas partes.

Había anochecido cuando terminaron de cenar alrededor de la hoguera, sentados sobre troncos dispuestos en un pequeño círculo. Eran los únicos que acampaban allí aquella noche; el grupo de turistas italianos se había marchado tras merendar y darse un chapuzón en un recodo del río. Hacía una noche cálida, de principios de verano, y ni siquiera era necesario ponerse una chaquetilla. Lucía le estaba aplicando pomada antimosquitos a Vera en la nuca y Martina observaba la escena hipnotizada. Las manos de su hermana subían y bajaban rítmicamente por el cuello de Vera esparciendo la crema blanca sobre su piel oscura. Había algo a la vez relajante y curioso en el movimiento, aunque no supo decir qué era. Saúl, sentado a su lado, le tocó el hombro.

—¿Crees que hay más cigarras que estrellas?

Martina rio ante la ocurrencia del tío y estiró las piernas mirando al cielo salpicado de lucecitas mientras se concentraba en el canto de las cigarras. La verdad era que resultaba atronador.

Entre Saúl y ella habían atrapado tres grandes pescados y, esta vez sí, ¡habían salido espectaculares! Lucía los había cocinado a la brasa y, durante la cena, el tío no había parado de contar historias de todos los circos por los que habían pasado; hasta Vera había soltado un par de carcajadas. La única que no disfrutaba era Elba, sentada en silencio al otro lado de la hoguera. Se había pasado toda la cena distraída y apenas había probado bocado.

—¿Estás bien? —le preguntó Lucía por tercera vez y, al fin, levantó la vista. Las otras dos veces ni siquiera parecía haberla oído.

—¿Sabéis? —respondió—. Vuestra madre nunca se equivocaba.

—Joder, ¿a qué viene eso ahora? —se molestó Saúl.

—Jamás.

Elba tomó un fino palito a sus pies y lo acercó al fuego haciendo que la punta prendiera.

—La noche en la que vuestra madre murió, nos dijo que algún día regresaríamos.

—Regresar, ¿a dónde? —quiso saber Vera, ávida.

—¿Qué estás haciendo? —El tío se puso en pie.

—Dijo que llegado el momento lo sabría —siguió Elba con la vista clavada en la punta quemada del palito—. Sus palabras exactas fueron «Mis niñas, mis niñas te avisarán», y así ha sido.

Soltó el palito, que cayó a la hoguera con un chasquido, y extrajo el reloj del señor Torres del bolsillo. Con rabia, se lo lanzó al tío, que lo atrapó al vuelo. En cuanto Saúl vio la hora que marcaba el reloj, palideció como si su corazón hubiera dejado de bombear sangre.

—¿De dónde lo has sacado? —susurró.

—¡Barba de tres colores no la traen sino traidores! —gritó Elba, confundiendo aún más a las hermanas.

—¿De dónde lo has sacado? —repitió Saúl más alto.

Martina deseó que su cuidadora no contestara. ¿Por qué no se había desecho del reloj? Vera, impaciente, se lo arrancó de las manos al tío.

—¿Las 22:22? —dijo, arrojándolo al suelo—. ¿Qué tiene que ver con nuestra madre?

—Si el 22:22 cuando no toca ves, es porque el traidor te rodea —susurró Elba con los ojos muy abiertos, como si aquella frase sin sentido lo explicara todo.

—¿Otro maldito refrán? —explotó Vera.

—¡Me lo dijo vuestra madre! —Se defendió Elba rompiendo a llorar —. ¡Y la propia Martina me ha dado el reloj! ¡«Mis niñas te avisarán», tal y como predijo Sofía!

Todos miraron hacia Martina, que enrojeció por el sentimiento de culpa que le subía desde el estómago hasta la garganta, aunque ni siquiera entendía qué se suponía que había hecho. ¿Guardar un maldito reloj estropeado? ¡No significaba nada! Todo aquello del traidor eran tonterías de Elba y, sin embargo, Saúl lloraba.

Nunca le habían visto llorar.

¿Qué estaba pasando? El tío se tragó el llanto que lo sacudía de los pies a la cabeza y, forzando una sonrisa, se acercó a Martina.

—No pasa nada, mi pequeña, siempre he sabido que este día llegaría…

—Ni siquiera es vuestro tío —le cortó Elba.

—¿Cómo? —La voz de Vera sonó más aguda de lo normal.

—Él me convenció… —Elba lo señaló—. Dijo que cualquier cosa era mejor que no saber de dónde viene uno, pero ¡todo es mentira!

Aquello fue demasiado.

Lucía se llevó las manos a la boca y Martina sintió que una arcada le subía por la garganta. Vera, embistiendo como un toro, le dio un empujón a Saúl, que se arrodilló en el suelo.

¿Su tío no era en realidad su tío?

—¿Es verdad? —preguntó Vera cerrando los puños.

—Os quiero como si fuerais mis hijas.

Vera le dio otro empujón con rabia.

—¿Y tu colgante? —preguntó el tío palideciendo aún más.

Vera se llevó la mano al cuello desnudo y sus ojos buscaron de forma inconsciente a Elba. Eso era lo que había captado la atención de Martina antes, al ver cómo Lucía le ponía la crema: Vera no llevaba el colgante lunar. Buscó el de su hermana mayor y tampoco

lo encontró.

Las pequeñas lunas habían desaparecido.

Su institutriz dejó de llorar con un fuerte hipo y, limpiándose los mocos con la manga de la camisa, extrajo los colgantes, que volvían a latir como dos lunas llenas de nieve brillante de su bolsillo. Alzó la barbilla como si desafiara al tío, que simplemente se la quedó mirando con los ojos llorosos.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Saúl de forma acelerada—. Moriré esta noche.

Todo el bosque se congeló.

El viento dejó de soplar y el cielo se nubló. O, al menos, eso le pareció a Martina. Las cigarras habían enmudecido y el sonido del agua corriendo río abajo se apagó de pronto. El mundo entero se había detenido.

—Martina, ¿me ayudarás? —dijo Saúl poniéndose en pie—. Vete a la caravana y trae el cuaderno escondido bajo la litera superior.

La joven notó que le faltaba el aire: ¿el tío iba a morir?

Se le nubló la vista y tuvo que apoyar las manos en uno de los troncos para mantenerse erguida. Todo le daba vueltas.

—Amazona, por favor.

Saúl le estaba rogando y ella no podía verlo así. Con un nudo gigantesco en la garganta, asintió sin poder decir una palabra y corrió a trompicones hacia la caravana. La alcanzó en unas pocas zancadas. Metió los brazos bajo el colchón de la litera superior y palpó con brusquedad: allí no había ningún cuaderno. Para asegurarse, levantó el jergón del todo. Nada. Confusa, se dio media vuelta y a través de la ventana vio al tío al otro lado del cristal con la palma de la mano pegada en él.

—Lo siento —dijo él. Ella no pudo escucharlo, pero le leyó los labios. Supo, sin tener que ir a la puerta, que la había encerrado. ¿Por qué? Sus hermanas y Elba seguían alrededor del fuego mirando hacia allí. ¿Por qué la apartaban solo a ella? ¿Por el 22:22? ¿Todo aquello era por su culpa?

—Te quiero —dijo Saúl, y a Martina se le heló la sangre. ¿Por qué le decía eso? Podían arreglarlo, no importaba si él no era su tío carnal, ¡era más que un padre! Confiaba en él. La joven apoyó su mano en

la ventana, a la misma altura que la de él, y las primeras lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Saúl se estaba despidiendo.

—No me dejes —dijo ella.

—Recuerda: eres libre, Martina Ugarte.

Con estas últimas palabras, se dio la vuelta y lentamente pero con paso decidido se acercó a la hoguera donde esperaba el resto de la familia. Martina golpeó el cristal, desesperada, pero ni siquiera miraron en su dirección.

Una vez más, se habían olvidado de ella.

La joven notó cómo se aproximaban las 22:22, sabía que ya faltaba poco, pero se negó a mirar ningún reloj. Fuera lo que fuera, sucedería a esa hora. Abrió el armario de las cazuelas y, tras agarrar la más grande, la golpeó con todas sus fuerzas contra la ventana. El ruido fue ensordecedor, pero ni siquiera le hizo un rasguño al cristal. Lloró de impotencia.

—¡Sacadme! —Volvió a golpear la pared una y otra vez.

De pronto, Martina sintió la llamada. Eran las 22:22. No tenía dudas. Temblando, se volvió hacia la ventana. Al principio no vio nada y la esperanza se abrió paso en ella. Quizás no ocurriera nada. El tío seguía junto a la hoguera intentando razonar con Vera, que continuaba gritando a pleno pulmón. Ojalá oyera lo que decían. Algo hizo que todos se giraran hacia la carretera. Varios automóviles oscuros aparecieron en el área de acampada. Martina sintió cómo se le aceleraba el pulso. Unos cuantos hombres vestidos de negro de arriba abajo descendieron de los vehículos y se colocaron alrededor de la parcela, como si acordonaran la zona. Iban armados y sus cabezas estaban cubiertas por cascos desproporcionados, ligeramente más grandes que lo habitual.

Rodearon a su familia sin prisa pero con eficiencia.

La escena era tan surrealista que Martina incluso se había olvidado de respirar.

Una mujer menuda, ataviada con un hábito gris y velo blanco, descendió de uno de los vehículos dando un brinco. Se alisó el delantal impoluto mientras comprobaba que el parche que le cubría el ojo derecho seguía en su sitio. ¿Una monja? Podría pasar por una

religiosa si no fuera por aquel parche negro. Pegándose al cristal de la ventana, Martina buscó un distintivo que le indicara quiénes eran aquellas personas. No llevaban nada, ni placas ni números… Nada.

Caminando de forma saltarina, la mujer se acercó a Saúl y le tendió la mano con una sonrisa, pero él la rechazó. En su lugar, abrazó a sus hermanas mientras hundía la cabeza en sus largas cabelleras. Parecía decirles algo. ¿Se estaba despidiendo también de ellas?

Sin dejar de sonreír, la recién llegada apoyó la mano en la espalda de Saúl y este comenzó a retorcerse hasta caer de rodillas al suelo. ¿Qué le estaba haciendo? Con otro saltito, la mujer se agachó frente a él y volvió a apoyar la mano, esta vez en su estómago, haciendo que gritara de dolor. Saúl quedó tendido en el suelo, sus piernas se agitaban como si estuviera sufriendo un ataque epiléptico.

Sus hermanas, llorando histéricas, se arrodillaron junto a él. De un empujón, Vera apartó a la mujer e intentó sujetar la cabeza de Saúl, que se sacudía de forma descontrolada y de su boca salía espuma blanca. Lucía intentaba impedir las convulsiones de las extremidades, pero las piernas parecían tener vida propia y chocaban con fuerza contra el suelo. La recién llegada aplaudía encantada, como si el tío se retorciera de forma graciosa. Giró sobre sí misma y reparó en Elba sollozando sin consuelo junto al fuego. Dando saltitos, la mujer se dirigió hacia su cuidadora, que, pálida como la leche, abría y cerraba la boca como un pez fuera del agua. ¡Elba no! Martina se lanzó contra la ventana con tal fuerza que, aunque no consiguió romperla, la caravana se balanceó.

Sus hermanas seguían ocupadas tratando de ayudar al tío y no veían el avance hacia su institutriz. Martina tomó carrerilla y volvió a arrojarse contra el cristal. El impacto fue tan fuerte que el ruido hizo que aquella sádica mirara en su dirección. Inclinó la cabeza a un lado y entornó su único ojo, intentando descubrir qué había causado aquel estruendo. Cuando se percató de la joven en el interior de la caravana, la saludó con una mano, aunque pronto perdió el interés y siguió avanzando hacia su presa. Volvió a lanzarse contra la ventana y cuando la monja, con el ceño fruncido, se giró de nuevo para mirarla, la insultó con todas las obscenidades que se le ocurrieron.

Martina vio cómo la mujer enrojecía y cómo, olvidándose de Elba, se dirigía a grandes zancadas directamente hacia ella.

Martina se abalanzó sobre el cajón de los cubiertos y rebuscó ansiosa el cuchillo más afilado. Lanzó varios al suelo y escogió el más grande. Lo sujetó entre sus manos temblorosas mientras echaba un último vistazo por la ventana. La monja estaba a punto de alcanzar la puerta. Ella intentó calmar su respiración: inspira, expira. Saúl la había enseñado a defenderse y aquella mujer no parecía muy fuerte, era pequeña y flacucha. Pero, entonces, ¿cómo había tumbado al tío con una simple palmada? Martina apretó aún más el cuchillo y lo levantó frente a su pecho, a modo de escudo. Sacudió la cabeza con fuerza con la esperanza de librarse del miedo. Fue en vano. Nunca antes había peleado con nadie de verdad.

Alguien tocó la puerta con suavidad haciendo que saltara hacia atrás, asustada. Se había preparado para un golpe violento y aquella delicadeza la desconcertó.

—Cariño —oyó que decía la mujer desde el otro lado—, es de mala educación hacer esperar a tus invitados.

Martina carraspeó, no tenía sentido alargar más aquella situación:

—La llave está fuera, bajo el felpudo —dijo, y su voz le sonó demasiado aguda.

La puerta se abrió poco a poco. Definitivamente, parecía una monja. Llevaba una especie de vestido gris largo de felpa que le llegaba hasta los tobillos y un velo blanco con el que se cubría el cabello. Bajo el velo se podía adivinar una cabellera rojiza y rizada que intentaba escapar por encima de las orejas. El parche, que le tapaba el ojo derecho, le daba un aire siniestro y su único ojo visible, verde o quizás azul, saltaba de su rostro al cuchillo como si estuviera calculando algo.

—Cielo, suelta eso.

Martina la ignoró. No pensaba deshacerse de lo único que la protegía de aquella sádica. La mujer levantó las manos mostrando las palmas vacías.

—Suéltalo, vamos.

—¿Quién eres?

—Sor Agustina —dijo estirando la mano como si se la quisiera

estrechar.

—¿Qué quieres?

—Llevaros a casa. ¿Cuál de ellas eres, cariño? —Pronunció la palabra *cariño* como si quisiera decir todo lo contrario.

—Martina.

—El número, vamos, el número.

La joven guardó silencio, no entendía a qué se refería.

—Veo que no eres la más avispada. ¿Eres la mediana?

Al ver que no contestaba, la mujer rio.

—No quieres decírmelo, qué mona. ¿Quieres que lo adivine? —Rio como si se tratara de un juego—. No sabías quién soy, por lo que no puedes ser la mediana, ¡tonta de mí!

Sor Agustina subió el escalón de la puerta y la joven dio un paso atrás. Estaba perdiendo terreno. Aquella mujer debía de conocer las habilidades de sus hermanas. ¿Cómo si no sabría que Vera averiguaría quién era ella?

—Tampoco eres la mayor. Si no, el traidor te hubiera querido junto a él viendo la que se le venía encima… ¡Ah! ¡Eres la pequeña! ¡Por fin nos conocemos!

Aplaudió encantada consigo misma y dio un paso más hacia ella. Martina retrocedió y chocó con la pared, estaba atrapada.

—¿Qué sabes hacer? Muéstramelo.

No era una petición, sino una orden. Levantó el cuchillo frente a su cara dispuesta a atacar, pero la mujer fue mucho más rápida: le dio una patada en la rodilla haciendo que Martina cayera y soltara la navaja. La joven maldijo su torpeza, el combate había terminado incluso antes de empezar. Sor Agustina lanzó el cuchillo lejos con un puntapié, se le acercó sonriendo y le acarició la mejilla.

—¡Déjala! —gritó Elba desde fuera. Estaba pálida y temblaba de forma evidente, pero se mantuvo firme—. Es una Ugarte, no la puedes tocar.

—Solo quería saber cuál es su habilidad —contestó sor Agustina, girándose—. Os la llevasteis antes de que la inscribiéramos en el registro, es todo un misterio.

—Ella no… no puede hacer nada, ¡déjala!

—¿Nada? —Sor Agustina rio encantada—. ¿Es eso cierto, encanto?

¿Una Ugarte sin habilidades?

Martina enrojeció y la mujer rio todavía con más ganas. Salió de la caravana dando saltitos y Elba se apartó de su camino de inmediato. La monja la ignoró y se dirigió hacia la hoguera donde Martina vio lo que había temido: el tío seguía tendido en el suelo y no se movía.

—¿Estás bien? —dijo Elba entrando en la caravana.

Martina apoyó las manos en el suelo, no podía respirar. No había suficiente aire en la caravana.

—¿El tío… está…? —No pudo terminar la pregunta y Elba la estrechó entre sus brazos con fuerza. No hizo falta que lo dijera: había muerto. Fue como si la hubieran golpeado con un mazo justo en la mitad del pecho. Martina negó con la cabeza. No, no, no. Su tío no.

—Llora tranquila —le susurró su cuidadora al oído mientras la mecía como a una niña y le deslizaba los colgantes palpitantes dentro del bolsillo del pantalón.

# 7
# CALAMIDADES

***Año 1531***
***Hondarribia, reino de Castilla***

Juan Sánchez de Benesa, escribano de Su Majestad, releyó la carta dirigida al Tribunal de la Santa Inquisición y la dobló con sumo cuidado. Esperaba que mandaran a alguien cuanto antes. No podrían aguantar mucho más; las habían subestimado y ahora les estaban haciendo pagar.

Las desgracias empezaron con la terrible tormenta del día de la ejecución. El techo de una capilla de la iglesia había cedido bajo la presión del aguacero. Los hombres corrieron para intentar mitigar los daños, pero poco pudieron salvar. Cuando dejó de llover, los cuerpos de la plaza habían desaparecido. El alguacil había mandado registrar el caserío de las brujas, pero no había ni rastro de los cadáveres.

—La riada habrá arrastrado los cuerpos —dijo la que había pasado a ser la mayor de las hermanas.

¿Creía esa mocosa de no más de trece o catorce años que eran unos cretinos? Ninguna inundación podía haber soltado esas cuerdas. Habían maniatado a las condenadas a conciencia; las habían amarrado a las estacas de madera de pies, cuello y manos. Era imposible. Alguien las había soltado y dejado los postes quemados clavados en mitad de la plaza.

—Si les habéis dado sepultura, volveremos a por vosotras —amenazó el alguacil, pero la muchacha no se amedrentó y le clavó la mirada con fiereza. Extrajo el sambenitillo que le colgaba del cuello de debajo del sayo y ¡lo mostró con orgullo! ¡La prueba de su delito! ¡Maldita pecadora! Era igualita a Kattalin. La misma actitud rebelde, desafiante. ¿No se daba cuenta de la situación en la que se

encontraba ella y toda su maldita familia?

Puede que ahora esa mocosa salvaje fuera la cabeza de lo que quedaba de aquella prole, cuatro niñas andrajosas vestidas con harapos, pero con los hermanos pescando lejos de casa y las mayores ajusticiadas, ni siquiera aguantarían el invierno. Tendrían que mendigar para sobrevivir. Eran Luzia, Ximona y Kattalin las que se encargaban de los ungüentos y del mercado.

—Algún día ellos volverán —le dijo la joven al alguacil.

¿Se refería a sus hermanos? Y ¿qué podrían hacer tres pescadores contra todos ellos? ¿Pensaban enfrentarse a la Inquisición? El alguacil la apartó de un empujón y mandó a sus hombres registrar las tierras alrededor del caserío. No encontraron nada.

Aquellas niñas conocían el bosque como la palma de su mano, pero, aun así, carecían de la fuerza para transportar tres cuerpos adultos. ¿Las habrían ayudado otras brujas? ¿Cuántas más habría? Y ¿qué pasaría cuando volvieran los pescadores? La cría tenía razón, no se quedarían de brazos cruzados. No eran solo los hermanos, Kattalin había tenido muchos pretendientes. El alguacil se santiguó y maldijo todo aquel asunto. ¿Por qué había tenido que elegir el diablo precisamente a su aldea? ¿Qué infortunios les depararía el porvenir? No tardaron en descubrirlo, ya que el destino no les quiso hacer esperar y las fatalidades llegaron con premura.

Al día siguiente de la desaparición de las acusadas y del destrozo en la parroquia, empezaron las enfermedades.

El niño de la casa solariega Batxillerrenea había amanecido temblando y empapado a causa de los sudores fríos: la repentina fiebre lo consumió en tan solo siete días.

Su padre había sido el primero en denunciar a las ajusticiadas.

Después, fueron las ovejas de los Garaikotxea: las encontraron apiladas, formando un montículo de lana revuelta. No había signos de violencia, salvo en que todas y cada una de ellas estaban muertas.

Los hijos varones de la familia Garaikoetxea habían sido testigos durante el juicio.

Más tarde les llegó el turno a los del caserío Elisazpi: una noche de luna llena, las aves enloquecieron y picotearon todas sus hortalizas

de manera frenética. No se libró ni una. El huerto quedó salpicado de los vivos colores de las calabazas y las coles. Era un espectáculo dantesco.

Los chicos de Elisazpi habían apilado la madera para las hogueras de las condenadas.

Los habitantes de la villa acudían al secretario de Su Majestad con historias cada vez más perturbadoras. Perros que huían durante la noche y vacas que dejaban de dar leche de un día para otro.

Nadie había visto nada por el estilo.

Juan Sánchez de Benesa se lamentaba por no haber actuado antes, no debería haber esperado tanto. Aquella mañana, un gato negro se había cruzado en su camino. Al principio, no le prestó atención, pero cuando salió a almorzar, vio de nuevo al felino, esta vez en su portalón, como si lo esperara. Juan intentó darle un puntapié, pero falló. Sin ni siquiera almorzar, decidió escribir la carta que había estado posponiendo. No quería que la Santa Inquisición los tomara por una villa que no podía gobernarse a sí misma, pero estaba claro que las brujas los habían maldecido con saña.

Con decisión, estampó el sello real sobre el lacre bermellón y llamó al sirviente. Apostado en la ventana, Juan observó con aprensión la partida del mensajero: esperaba que no fuera demasiado tarde.

De pronto, un bulto oscuro chocó con la ventana.

El súbito golpe hizo que el escribano saltara hacia atrás, despavorido. Receloso, estiró el cuello para ver qué había causado ese estruendo. Era un cuervo, el ave de las brujas, que venía a anunciar la proximidad de una muerte.

¿A quién se llevaría esta vez?

# 8

# Como pez en el agua

***En la actualidad***
***En algún lugar al sur del continente americano***

—¿Es el páramo de Kalu? —preguntó Martina, pero el soldado sentado a su lado en el asiento trasero del coche ni siquiera se giró en su dirección. No se había quitado el casco en todo el viaje, por lo que la chica no tenía ni idea del aspecto que tenía. Por si fuera poco, un cristal oscuro la separaba del conductor, dejándola completamente aislada.

La tímida luz del amanecer le mostraba un paisaje opuesto al del campamento con el riachuelo. Estaban atravesando un desierto de rocas cobrizas y rojizas. Apenas había vegetación, excepto por algún que otro cactus bajito. Martina intentó averiguar por dónde iban; al principio le pareció que iban hacia el norte, hacia los lagos helados, pero ya no estaba segura. Elegían siempre caminos de tierra, alejados de pueblos o ciudades que le pudieran dar alguna referencia.

—Necesito ir al baño.

El soldado a su lado ni se inmutó. La joven calculó que debían de llevar varias horas en los coches, quizás más. Se había despertado ya dentro del auto y no se acordaba de haber entrado. Ni siquiera sabía dónde estaban sus hermanas, aunque supuso que las llevaban en los dos todoterrenos que iban delante.

Lo primero que notó al despertarse fue el olor, un hedor a quemado que provenía de su propio cuerpo. Después, sintió el dolor, los pinchazos agudos que le atravesaban el brazo derecho. El simple hecho de pensar en remangarse la camiseta la estremecía. ¿Qué demonios le habían hecho?

El recuerdo la asaltó de pronto: el cuerpo del tío tendido boca

abajo sobre la tierra. Ni siquiera le habían dado la vuelta.

—Ahora que ya estamos todas, gracias por quitaros los colgantes. —Sor Agustina les había hecho una reverencia como si aquello fuera un teatro—. ¡Dieciséis años! Os habéis tomado vuestro tiempo, ¿eh? Bien, ¿dónde están?

—Se me cayeron al río —había respondido de inmediato Martina ante las miradas asustadizas de sus hermanas y Elba. La mentira había brotado de forma automática. No pensaba entregarle nada a la asesina de su tío.

—No me gusta que me mientan, cielo.

—Vale, no se me cayeron, los tiré. Me quitaron el mío de pequeña y no podía soportar que mis hermanas todavía conservaran el suyo.

—Entonces…, ¿sabes que eres la razón de que os hayamos encontrado?

Por poco Elba se arrancó la uña de cuajo al oír aquello. ¡No tenía ni idea de lo que había provocado al quitarles los colgantes a sus hermanas!

Riendo, sor Agustina le había propinado un puntapié al cuerpo del tío y Martina dio un paso atrás como si la hubieran abofeteado. A pesar de que el aire nocturno era ya algo fresco, el sudor le empapaba la nuca y se sentía mareada.

—¡En marcha! Soldados, una Ugarte en cada coche y…

—¡No podemos dejar a nuestro tío aquí! —Martina no pensaba abandonarlo.

—Sssshhhh, cielo, hablarás solo cuando yo te lo diga, ¿me entiendes?

Sor Agustina se había llevado un dedo a los labios y, con delicadeza, le apartó un mechón de pelo y se lo colocó tras la oreja. Martina sintió repulsión por su cercanía, pero no se había atrevido a moverse. De repente, un pinchazo agudo le atravesó la cabeza y un olor a pelo quemado lo impregnó todo. Se llevó una mano al cabello. ¿Le había quemado el pelo aquella bruja? Percibió un mechón más corto justo detrás de la oreja, las puntas abrasadas. ¡Lo había calcinado con las manos!

—¡Es una Ugarte! —había chillado escandalizada Elba—. ¡No puedes tocarla!

—¡Calla! —Sor Agustina respiraba de forma entrecortada mientras se relamía los labios con las pupilas dilatadas fijas en Martina. Parecía un vampiro que intentara resistirse a un cuello prohibido. ¡Deseaba quemarla!

Sin pensarlo dos veces, Martina se había remangado el antebrazo y lo había estirado hacia la mujer, a modo de ofrenda.

—A cambio de enterrar al tío.

—¡No! —había gritado Lucía.

La tentación fue demasiado para la sádica: se había abalanzado sobre la joven, que sintió cómo una corriente eléctrica le atravesaba el brazo. El dolor fue insoportable, nunca había experimentado algo así. Tuvo que morderse la lengua para aguantar… Uno, dos, tres… Se concentró en contar los segundos mientras la sangre salada empapaba su boca y el olor a quemado que desprendía su piel lo impregnaba todo. Cuatro, cinco… Se lo debía al tío, no podían dejarlo allí… Seis, siete… Oía a sus hermanas llorar tras ella… Ocho, nueve… Había empezado a ver borroso… Diez… El cielo estrellado había empezado a dar vueltas… Once… No pudo aguantar, se desmayó, y ahora ni siquiera sabía qué había pasado con el cuerpo del tío. Estuvo a punto de dejar que el llanto saliera, pero se contuvo.

—Tu jefa es una psicópata.

El soldado a su lado siguió sin reaccionar. Aquello era desesperante, ni siquiera conseguía una mínima reacción en él. Intentó ignorarlo y volver a dormir, pero el escozor del brazo se lo impedía. A ratos, creía que incluso tenía fiebre. Maldita monja, la había marcado a fuego. Sintió cómo el odio le subía por el esófago y le calentaba las mejillas. Cerró los puños en un gesto inconsciente y el picor del brazo hizo que se le escapara un gemido. No podía aplazarlo más, tenía que echar un vistazo a la quemadura. Con cuidado, empezó a remangarse, aunque tuvo que parar, el dolor era insoportable.

Bufando y con los dientes apretados, observó la herida: la piel se había levantado, estaba enrojecida y llena de pequeñas ampollas, algunas de un color azulado. ¿Se estaban infectando? Tenía que curar aquello como fuera. Pero ¿cómo? No tenía medicamentos y al

soldado parecía no importarle que llorara o se muriera allí mismo.

Intentó calmarse, ponerse nerviosa no la iba a ayudar. Tenía que encontrar la forma de hablar con sus hermanas, Lucía podía curarla con solo tocarla. De pronto se acordó de los colgantes. Elba se los había escondido en el bolsillo del pantalón. Era lo más cercano que tenía de sus hermanas. Con disimulo, extrajo las bolitas palpitantes y notó su latido encerrado en su puño, como sujetar dos corazones diminutos. Poco a poco, su respiración se fue calmando y el dolor empezó a remitir. Una neblina cálida la envolvía. Oía el rumor de un riachuelo a lo lejos y percibió el olor del pan recién hecho. Los párpados le pesaban cada vez más y, sin darse cuenta, apoyó la cabeza en el cristal de la ventana. Los colgantes se iban enfriando y encogiendo, pero a ella le daba igual, se sentía tan ligera como una pluma.

El coche se detuvo y el soldado que no respondía bajó de él. ¿Otra parada más? ¿Cuántas llevaban? Martina había perdido la cuenta de las horas, quizás incluso varios días. Estaba desorientada. Había pasado la mayor parte del tiempo dormitando. Los colgantes resultaron ser un somnífero de lo más potente.

La puerta se abrió de golpe y la joven entrecerró los ojos por la claridad. Debía de ser mediodía y el sol en lo alto del cielo alumbraba de forma excesiva.

—Sal —dijo el soldado con una voz algo aflautada para un hombre tan corpulento y, sin esperar ni siquiera un segundo, la tomó por el brazo y la empujó fuera, a un campo con cuatro hierbajos amarillentos y alguna que otra piedra suelta. El aire era abrasador y era imposible mantener los ojos abiertos con tanta luz.

—¡Cuidado! —Se soltó, temiendo que aquel bruto le hubiera explotado las ampollas del brazo, pero, cuando se remangó para comprobarlo, su piel estaba suave y sin ninguna marca, nada, como si nunca la hubieran quemado. ¿Cómo…?

Martina palpó el bolsillo del pantalón con disimulo y percibió las dos medias lunas. Habían vuelto a su forma original, planas y metálicas, sin rastro de la vida que las llenaba.

¡Los colgantes la habían curado!

—Vamos, andando —dijo sor Agustina a sus espaldas. Elba, pálida

a su lado, se colocó la mano a modo de visera en la frente para intentar que el sol no la cegara.

—¿A dónde nos lleváis?

Vera le dio un puntapié al soldado que la sacaba del coche, levantando polvareda del suelo arcilloso. Lucía, saliendo de otro vehículo, corrió donde Martina, tiró de la manga y se quedó con la boca abierta al ver que la piel estaba perfecta.

—¿Cómo…?

—¿Qué dijimos sobre hablar sin permiso, cielo?

—Lo siento, sor Agustina.

Martina se bajó la manga con rapidez. Los coches arrancaron y dieron media vuelta, dejándolas allí. ¿Por qué habían parado en mitad de ninguna parte? Allí no había nada: ni un cruce o letrero, ni siquiera un camino que seguir, tan solo kilómetros de polvo y calor.

Sor Agustina echó a andar por medio del campo con paso decidido como si supiera a dónde se dirigía. Las hermanas y Elba la siguieron sin rechistar y los soldados cerraron la comitiva; como los seis eran iguales con aquel uniforme y las pistolas, Martina perdió al suyo de vista, no había forma de distinguirlos.

Más o menos a una veintena de pasos, la monja giró a la derecha; otros veinte o quizás treinta pasos más adelante, cambió de rumbo de nuevo, esta vez a la izquierda. Andaban en zigzag. De repente, se paró en seco y, antes de agacharse, miró a ambos lados, como si se asegurara de que nadie los siguiera.

—Adentro —dijo la religiosa levantando una escotilla cubierta de hierbajos. Para cualquiera que no supiera su localización exacta, sería imposible encontrar aquella apertura en la tierra. De allí abajo salió una especie de vaho maloliente que hizo que las hermanas se taparan la nariz con la mano. ¡Menuda peste!

—La Mina —susurró Elba.

—Shhh, cariño, no les estropees la sorpresa —la cortó Agustina—. Nosotras subiremos en la Pecera.

—¿La Pecera? —preguntó Elba con los ojos muy abiertos, y las hermanas se miraron, claramente nerviosas. ¿Sabía a dónde las llevaban?

Los soldados empezaron a bajar por la escotilla uno a uno y

cuando la cabeza del último hubo desaparecido por el agujero, sor Agustina cerró la tapa de nuevo. El hedor y el humo cesaron tan pronto como habían llegado.

—Vamos. —Sonrió la monja. Volvieron a seguirla sin decir nada, aunque Lucía agarró de la mano a sus dos hermanas; no era buena señal que aquella sádica sonriera.

—Tranquilas —les dijo, intentando parecer calmada. Apretó más fuerte las manos de sus hermanas, pero su propio temblor la delataba. Estaba asustada, todas lo estaban.

Sudando bajo el implacable sol, caminaron en silencio durante un par de horas, siguiendo un camino empedrado que Martina ignoraba en qué momento habían encontrado; aquella calzada polvorienta discurría junto a un riachuelo que se fue ensanchando a cada paso que daban hasta convertirse en un río ancho y profundo de rápidas corrientes, imposible de atravesar. El paisaje alrededor seguía siendo yermo, ni siquiera un pobre cactus, pero, con semejante río, ¿no debería estar lleno de vegetación?

Al fondo se vislumbraba una montaña cornuda. No había mejor forma de describirla. Se elevaba desde un lago de agua cristalina hasta dos picos nevados que parecían la cornamenta de un alce.

—¿Te gustan las Agujas, cielo?

La monja se había detenido a beber agua de la cantimplora sin molestarse en compartirla.

Las Agujas no era el nombre que Martina hubiera elegido para esas dos cimas elevadísimas. Las ramificaciones redondeadas que crecían a cada lado de un collado nevado de donde surgía una catarata imponente eran copias perfectas de los cuernos de un ciervo. Era, cuando menos, una vista impresionante.

—¿O prefieres los circos de mala muerte en los que vivíais con vuestro querido tío? —preguntó guardando la cantimplora.

Martina miró cómo se alejaba mientras el odio le carcomía las entrañas. Se vengaría aunque fuera lo último que hiciera, esa bruja pagaría.

Un codazo de Vera hizo que retomara la marcha.

La ruta se fue estrechando hasta que tuvieron que caminar pegadas a la pared rocosa, agarradas a una cadena de hierro que

colgaba de ella. En ese punto el camino era tan estrecho que los dos pies juntos no cabían en él, por lo que avanzaron con precaución. La monja caminaba confiada como si no viera el maldito desfiladero a un lado.

Al cabo de diez minutos, el camino desembocaba a orillas del lago. El agua estaba tan limpia que se podían ver peces nadando cerca del fondo. Sor Agustina iba directa hacia la catarata. Ojalá se la tragara.

—Seguidme y no dudéis, es peor.

En un segundo, atravesó el agua que caía con fuerza.

¿Cómo demonios lo había hecho? Si la seguían, se las llevaría la corriente. Para sorpresa de las chicas, Elba, con la cabeza gacha, atravesó la catarata sin titubear. Lucía apretó con más fuerza la mano de sus hermanas y las tres se quedaron paralizadas frente al ensordecedor manto de agua que caía sin cesar. Vera dio un paso hacia allí e intentó dar otro, pero se detuvo y gritó de rabia.

—Esto es de locos —se quejó, negando con la cabeza.

—¿Queréis que vaya a buscaros, cielos? —La voz de la bruja les llegaba nítida desde el otro lado.

Martina decidió no pensar: cerró los ojos, avanzó hacia la catarata y tiró de sus hermanas con ella. El ruido las envolvió completamente y la joven temió que las arrastrara la corriente, pero en un segundo más estaban al otro lado, ¡secas! Las chicas se palparon la ropa sin entenderlo.

—¡Imposible! —dijo Vera tocándose el pelo como si no creyera que siguiera seco.

—¿Estáis bien? —Lucía las abrazó fuerte como para asegurarse de que siguieran de una pieza.

Estaban en una cueva amplia con un lago del que no se vislumbraba el final y cientos de estalactitas color esmeralda colgaban del techo. Era un baile de colores, azules, verdes, turquesas, danzado desde el techo hasta el fondo del agua. Aquel lugar no parecía de este mundo.

—Adentro —ordenó sor Agustina.

Al principio, no entendieron a qué se refería. ¿Adentro de qué? Entonces lo vieron: suspendida en el aire a unos pocos centímetros

del agua, en mitad del lago, había una especie de bola de cristal transparente sin cables ni cuerdas que la sostuvieran. ¿Flotaba? Martina se agachó para mirar qué había debajo de la esfera; algo tenía que sustentarla, una plataforma o lo que fuera, pero ahí no se veía nada. En la parte superior había una abertura redonda como la de una pecera y en el centro, una barandilla metálica la atravesaba en horizontal. Aunque la bola fuera de cristal transparente, no lo parecía: reflejaba los colores verdes y azules del agua y las estalactitas, convirtiéndola en una esfera de cientos de reflejos. ¡Era todo un espectáculo!

Sor Agustina apoyó la mano en la pared y la bola de cristal empezó a moverse por el aire hacia la orilla mientras giraba sobre sí misma, de forma que la apertura superior se acercó en horizontal hacia ellas.

—¿Cómo…? —empezó a decir Martina, pero una mirada de la monja le bastó para callar.

—¿No me habéis oído? ¡Adentro! —La muy bruja estaba disfrutando de aquel momento, viendo el miedo en los ojos de las chicas. ¡Cómo la detestaba! Martina no pensaba darle esa satisfacción. Si había que saltar, ¡lo haría! Sin esperar a que la bola tocara la orilla, respiró hondo, tomó carrerilla y con un gran impulso, quizás demasiado, se lanzó hacia la apertura de la Pecera. ¡Cómo se balanceaba! Era difícil mantener el equilibrio ahí dentro y terminó cayendo de rodillas. ¡Veía los peces del lago a sus pies! El suelo parecía tan frágil que temió que se rompiera y se cayera al agua. Notaba la vibración de aquel fino cristal bajo las palmas de las manos; aquello no daba la impresión de ser muy resistente.

—No era necesaria tanta efusión —dijo Sor Agustina mientras la esfera tocaba la orilla con suavidad y se subía a ella con un pequeño saltito. Sus hermanas y Elba, dándose la mano, la imitaron—. Agarraos fuerte —les dijo aferrándose a la barandilla metálica que rodeaba toda la circunferencia de la bola—. Y, sobre todo, bajo ningún concepto, NO abráis los ojos.

La esfera empezó a vibrar girando de nuevo sobre sí misma hasta que la apertura volvió a encarar el techo.

—¡Inti todopoderoso, ten piedad! —Elba, con los ojos cerrados y

pegando el cuerpo a la barandilla para no caerse, rezaba vete a saber a qué dios pagano. Lucía y Vera se aferraron a la barra metálica y consiguieron mantenerse en pie mientras Martina rodaba por la superficie de cristal como un hámster en su rueda. Sor Agustina, bien sujeta, reía viendo cómo la joven era incapaz de levantarse. La bola se balanceaba demasiado.

—¡Levántate! —gimió Lucía intentando darle la mano a su hermana pequeña.

—¡Arriba! —gritó la monja, eufórica, y aquel trasto despegó como si fuera un cohete.

Martina esperaba chocar con las estalactitas de la cueva, pero, sin saber cómo, de repente estaban en cielo abierto subiendo a toda velocidad. A causa de aquel brusco arranque, se golpeó duramente contra el cristal. La fuerza de la gravedad era demasiado fuerte, por lo que desistió en su intento de incorporarse; tendría que seguir tumbada boca abajo viendo cómo se separaban del suelo a una rapidez vertiginosa. Su estómago dio un brinco tan grande que le pareció que se había salido de su cuerpo. Era aterrador y maravilloso, todo a la vez; estaba asustada, quería cerrar los ojos, pero no podía dejar de contemplar aquel espectáculo. Notaba el latido de su corazón a mil por hora. Nunca se había sentido tan aterrada ni tan viva al mismo tiempo.

—¡Por Quillapa! —gritó Elba llorando. Sus hermanas gemían y pedían que parara.

—¡Ca-ca-llaos! —respondió sor Agustina. Su voz temblaba; podía ser a causa de la vibración de la bola, pero a Martina le pareció percibir miedo en ella.

En unos pocos segundos, la esfera frenó de golpe en el aire y volvió a rotar sobre sí misma hasta que su apertura rozó tierra firme, cubierta de nieve. Se encontraban en el collado entre las dos cimas redondeadas, lo que a lo lejos le había parecido el cráneo del ciervo gigantesco. Desde esa perspectiva, sin embargo, se toparon con dos picos verticales a cada lado, dos muros infinitos de los que no se apreciaba el final debido a las nubes que lo escondían.

Las Agujas.

Desde allí arriba, el nombre no podía ser más apropiado.

Los dos picos estaban separados por unos cien metros y en aquel hueco, bajo la Pecera suspendida, nacía la catarata que desembocaba en el lago, cientos, quizás miles, de metros por debajo. El pantano se veía diminuto. A esa distancia, se veía más bien una charca microscópica.

Aprovechó la parada para sentarse en el suelo de cristal y, con la respiración agitada por la emoción, observó la meseta ante ellas. Había mucha gente allí: mujeres con hábitos y velos y hombres con túnicas y barba de otra época.

Sor Agustina se soltó de la barandilla con arrogancia, como si hasta un segundo antes no se hubiera aferrado a ella con todas sus fuerzas, y salió de la bola asegurándose de que el parche del ojo no se le hubiera movido. Elba lloraba y sus hermanas tiritaban de los pies a la cabeza. Seguían con los ojos cerrados y el soldado tuvo que empujarlas para sacarlas de la esfera.

—¿Y aquella? —preguntó un señor con un bigote blanco larguísimo, enrollado en las puntas hacia arriba, una barriga prominente y un vozarrón que hacía temblar el cristal—. ¿Por qué no está agarrada a la baranda?

Todos miraron a Martina mientras la joven apoyaba las manos contra el suelo de la bola para levantarse. Lo hizo despacio. Impresionaba caminar sobre un cristal tan fino.

—¡Ha mirado hacia abajo! —gritó un hombre del grupo allí reunido.

—¡No ha cerrado los ojos! —respondió una mujer.

—No he mirado —mintió Martina de forma instintiva al salir de la Pecera y pisar la nieve, extrañada. No hacía nada de frío. Era como un día de verano con una ligera brisa agradable.

—Da mal fario asomarse desde las Agujas: quien osa mirar hacia abajo, encontrará la más violenta de las muertes —dijo el hombre barrigudo de blancas cejas extremadamente pobladas y mal peinadas.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha, desorientada.

—¿Cómo que por qué? —bramó él con aquellos rugidos que le recordaban a los berridos de sir Robert durante su actuación de circo —. ¡Por la gloria de Inti! ¡Ni siquiera un Descalzo es tan tonto como para mirar hacia abajo!

El hombre frunció el ceño y, tras negar enérgicamente con la cabeza, dio la espalda a las hermanas y alzó los brazos al cielo. Con su gran vozarrón se dirigió a la muchedumbre allí congregada:

—Hijos e Hijas, con ustedes, ¡las Ugarte!

Martina y sus hermanas no pudieron evitar abrir la boca de par en par; no por las personas que las señalaban y cuchicheaban entre ellas o por las que se tapaban los ojos para no verlas, si no por la gran escultura que había detrás de todas ellas. Tras el gentío se erguía orgullosa la figura de un pelícano gigante, un ave con la tripa llena de peces que alimentaba a sus crías. Era un calco exacto del dibujo de Lucía.

# 9
# TORTURA

***Año 1532***
***Reino chimú bajo el Imperio inca***

—¿Dónde está tu hija? —volvió a preguntar el sacerdote Tupac Willka rozando delicadamente con el cuchillo la cara de la mujer, que ya no era capaz de sostenerse en pie. Si no fuera por las cuerdas que iban de sus muñecas magulladas al techo de la casa de adobe, haría tiempo que se hubiera desplomado. Sus pies, medio colgando en el aire, arañaban la arena cobriza. Los moratones cubrían su rostro y su cuerpo.

—En nombre del inca Atahualpa, dímelo y todo esto acabará —intentó de nuevo el hombre, suavizando su tono de voz y bajando el cuchillo—. Tu hija es una de las elegidas, no la prives de su destino.

—¿Destino? —respondió con voz ronca la prisionera—. Hace dos años me robasteis a mi hija mayor para otro inca. No os sirvió de mucho, ¿no?

Hasta allí habían llegado las noticias de la derrota del inca Huáscar. Nadie esperaba que perdiera la guerra contra su hermano, pero Inti había favorecido a Atahualpa, y ahora Tupac Willka necesitaba una Virgen del Sol para contentarlo.

El hombre la estudió durante unos segundos: el sudor le bajaba por la frente y se mezclaba con la sangre que le brotaba por la nariz. El *onka* desgarrado dejaba a la vista trozos de esa piel morena y dura como el cuero, salpicada por tatuajes de serpientes y arañas en muñecas y tobillos. Estaba perdiendo el tiempo; jamás le revelaría el paradero de su hija.

—Guardias, ¡afuera! —El sacerdote no quería testigos de lo que iba a hacer. Los dos soldados con lanzas salieron sin hacer preguntas. Se desató el cinturón o *chumpi* y lo dejó caer al suelo polvoriento.

Notaba el poder que emanaba de ella. Era una de las hijas de la tempestad, mucho más poderosa que la muchachita que se había llevado consigo la última vez. El latido de la madre palpitaba al ritmo del viento.

Ella era la tormenta.

Y él deseó poseerla, como lo había hecho con la hija.

La joven no había sufrido durante la Capac Cocha: igual que a los otros dos niños ofrecidos a Inti, le habían suministrado chicha para que se durmiera. El niño ni siquiera llegó a la cima del volcán; por mucha coca que le dieron, sus pequeños pulmones no aguantaron el ascenso. Las muchachas sí, y se durmieron en paz ante la mirada de los dioses. Lo que ocurrió después fue toda una sorpresa para él.

A medida que la vida abandonaba a la doncella, una especie de chispa escapó de ella y se coló como una descarga en el cuerpo del sacerdote. Todo su ser ardió. ¡Se estaba quemando desde dentro hacia afuera!, de las piernas hasta la cabeza, pasando por cada uno de los dedos de las manos y los pies. El dolor fue insoportable. El hombre se rindió ante la arrolladora energía que lo perforaba y cayó al suelo retorciéndose como una cucaracha. Cuando ya no podía más, aquel raudal de energía salió disparado de su interior e impactó contra la tumba de la niña más pequeña. Las piedras salieron disparadas por los aires y la agonía abandonó súbitamente al sacerdote, llenándolo del placer más absoluto: percibió la esencia, el alma de la chiquilla, dentro de sí mismo.

Él la poseía.

Era suya.

Desde entonces, sentía las tormentas antes de que llegaran y, una vez, incluso consiguió invocar a la lluvia. Fueron tan solo unas gotas, pero en un cielo azul claro, sin ninguna nube. La sensación de poder fue absoluta, maravillosa. Mejor que encontrar a las muchachas. Incluso mejor que ofrecérselas a los dioses. Pero apenas duró unos segundos; tuvo que parar por el tremendo dolor. Empezó con un repiqueteo en las sienes y la intensidad aumentó hasta paralizarlo del todo. Se pasó horas tirado en el suelo hasta que lo encontraron; la fiebre lo estaba devorando. Tuvo que guardar cama durante semanas.

Mandaron buscar a los mejores chamanes que lo velaron sin descanso para liberarlo de los malos espíritus. Le contaron que estuvo al borde de la muerte en un par de ocasiones.

Al final, los dioses se habían apiadado de su alma.

Se había prometido que nunca volvería a invocar a la tormenta, el precio era demasiado alto. Había sido fiel a su palabra hasta ese momento. Había resistido la tentación de sentir el poder atravesar su cuerpo, encenderlo, pero aquella mujer era pura provocación.

—Por la gracia de Inti, ¡acude a mí! —Tupac Willka levantó los brazos hacia el techo mientras el aire de la estancia se enfriaba poco a poco. Era una sensación embriagadora mandar sobre el viento.

Lejos de la reacción que buscaba, la mujer no se amedrentó por la amenaza, sino todo lo contrario: sus ojos chisporrotearon. ¿Reconocía en él la presencia de su difunta hija? Ella reunió fuerzas y casi logró incorporarse del todo. Cuando habló, lo hizo tranquila, sin rastro del dolor que le había atenazado unos minutos antes.

—Tú no sabes nada, hombre. —Pronunció esta última palabra con el mismo desdén con el que él la había llamado «mujer» previamente—. La luna tiene muchas caras y vosotros, tan cegados por el resplandor del sol, nunca la entenderéis. Es mucho más fácil iluminar el día que la noche. Solo sus hijas conocemos su poder y tú nunca llegarás a poseerlo. Tu preciado imperio, el de los Hijos del Sol, ese al que adoras y sirves con tanta dedicación, pronto desaparecerá. Unos hombres venidos de muy lejos, tan orgullosos o incluso más que vosotros mismos, destruirán vuestro pueblo como vosotros lo hicisteis con el mío. Está escrito en las estrellas.

—¿Qué sabrás tú? No eres más que una traidora —atacó él, pero no pudo evitar pensar en los extraños hombres barbudos que se decía habían llegado hace poco a sus costas. ¿Serían los mismos de los que hablaba la mujer? Imposible. Aquellos barbudos, como los llamaba su gente, no eran más que un puñado de soldados, no podrían derrocar a su gran imperio. Era verdad que la recién terminada guerra los había dejado debilitados, pero el inca Atahualpa había tomado el mando y se trataba de un guerrero experimentado en mil batallas. Aquella estúpida no sabía de lo que hablaba y ni siquiera alcanzaba a entender el gran honor que había

recaído sobre su hija. No merecía ni un segundo más de su valioso tiempo.

Cerrando los ojos de nuevo, levantó aún más los brazos y el aire frío comenzó a silbar a su alrededor. Sonrió eufórico: la mujer se equivocaba. Él terminaría por controlar su don, llamaría a las lluvias como lo hacía con sus siervos. Ella, sin embargo, estalló en una carcajada y empezó a balancearse colgada de las cuerdas, como un péndulo. Su cabello negro se elevó ondeante hacia el techo como si bailara. Tupac Willka ordenó al viento que se detuviera, pero, lejos de obedecer, lo zarandeó como si se tratara de una hoja caída del árbol. ¡Era ella quien invocaba a la tormenta!

Sin darle tiempo a que lo atacara, el hombre empuñó el cuchillo que seguía en su mano y, sin dudar, lo introdujo en el estómago de la prisionera. Mientras se retorcía de dolor, el aire quedó suspendido y el cabello de la mujer volvió a caer lacio, sin vida. El sacerdote se le acercó hasta rozarle la cara y le susurró:

—Encontraré a tu otra hija aunque sea lo último que haga.

—Que así sea —pronunció la moribunda—. Vuela mi niña, vuela. —Y expiró.

El hombre ni siquiera tuvo tiempo de pensar qué había querido decir con aquello. El dolor que lo había atravesado con la muerte de la hija no fue nada comparado con lo que sintió. Un rayo lo golpeó de lleno y se coló por cada una de sus venas, abrasándolas. Aulló, suplicó y lloró, pero no sirvió de nada. El espíritu de la hija fue reemplazado por el de la madre, que se instaló en su cuerpo en forma de tortura.

Tupac Willka deseó morir.

Gritó a los dioses que se lo llevaran, y cuando estos no respondieron, buscó desesperado la daga que seguía clavada en el estómago de la mujer. La arrancó y se disponía a terminar con su suplicio cuando un fuerte viento que se colaba por el ventanuco lo obligó a modificar la trayectoria del arma. El puñal parecía tener vida propia y se acercaba peligrosamente a sus ojos.

No, no, no, su ojo no.

Nunca supo que llegó antes, la oscuridad o el tormento.

Unos meses más tarde, en noviembre de 1533, el inca Atahualpa

fue capturado por los extraños hombres barbudos. A pesar de entregar a sus captores la gran cantidad de oro y plata que habían acordado para dejarlo en libertad, los conquistadores españoles, encabezados por Francisco Pizarro, no cumplieron su palabra y lo mataron, acusándolo de traición. El método escogido fue la hoguera, pero al comprender Atahualpa lo que pensaban hacer con él, cedió a la petición de los españoles de aceptar la cristiandad y, a cambio de bautizarse, lo ejecutaron utilizando el garrote, una técnica menos dolorosa o, al menos, más rápida.

La suerte que corrió el inca fue parecida a la que padeció el resto del imperio. Los Hijos del Sol, tal y como se conocía a sus habitantes, no pudieron hacer frente a aquellos conquistadores, que, cegados por las riquezas que les deparaba el Nuevo Mundo, arrasaron con toda una civilización que se extendía por el enorme territorio de lo que acabaría por conocerse como Sudamérica.



# II
# KALKAHUE

# 10
# PRESENTACIONES

***En la actualidad***
***Kalkahue***

Varios soldados con puntiagudas lanzas de madera condujeron a las hermanas y a Elba por estrechas calles adoquinadas que ascendían por la colina. Un muro de piedra bordeaba el camino por la izquierda y sencillas casas de paredes blancas y flores de vivos colores en las ventanas se erguían a la derecha. No pegaban en lo alto de la montaña. Toda esa mezcla de tonalidades parecía digna de un desfile de carnaval.

Había algo que no encajaba: debían de estar a muchísima altura, habían pisado nieve bajo la cima de las Agujas, y, sin embargo, a unos cientos de metros hacia el sur, habían alcanzado a divisar unas praderas verdes infinitas con todo tipo de verduras plantadas, así como frutas tropicales de todos los tamaños y formas. No se podía sembrar tan alto, el frío debería matar los cultivos, pero la temperatura, contra toda lógica, era cálida.

—¿Habéis visto la estatua del pelícano? —preguntó Martina a sus hermanas—. ¡Era igual que tus dibujos, Lucía!

—¡Las veo! ¡Es verdad! ¡Las Ugarte han vuelto! —Las señaló una niña pequeña subida al muro.

Aunque aquella pared no alcanzaba la altura de una persona adulta, no estaba claro cómo se las había arreglado aquella flacucha despeinada de no más de ocho años para trepar hasta arriba. Iba descalza, tenía el pelo rubio corto y muy rizado, la cara cubierta de cientos de diminutas pecas y unos ojos azules que estaban abiertos como platos.

De pronto, uno de los soldados la atizó con la lanza y la pequeña cayó al suelo, golpeándose la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó Lucía, agachándose frente a ella.

La niña, llorando, se tapaba la cabeza con ambas manos; se había rasguñado.

—No pasa nada, tranquila —le dijo Martina y se arrodilló junto a ella—. ¿Cómo te llamas?

—¡Es una Descalza! —gritó uno de los soldados, levantando a Martina de un tirón.

—¿Has tocado a una Hija de la Luna? —dijo de pronto una anciana rechoncha vestida con un hábito y velo marrón de felpa que bajaba por el sendero. Con la túnica manchada de tierra, parecía una campesina, pero su forma de hablar era la de alguien acostumbrado a mandar. Sus dientes eran su rasgo más distintivo: le faltaban unos cuantos y los que conservaba no tenían muy buen aspecto. ¿No tenían cepillos de dientes en aquel lugar?

La acompañaba una joven de piel pálida de grandes mofletes redondos y ojos rasgados que también vestía un hábito marrón, algo tirante en la cintura. A diferencia de la anciana, ningún velo cubría el pelo de la chica, de unos veinte años. Lo llevaba recogido en un moño del que salían mechones negros disparados en todas direcciones. Y aunque conservaba todos sus dientes, estos tiraban más hacia el color ocre que hacia el blanco.

—Lo siento, Legión —se disculpó el soldado.

—Dime, aprendiz Lin, ¿cuál es el castigo por hablarle así a una Ugarte? —preguntó la anciana a la joven de ojos rasgados.

—¿Hoguera?

—El Guardián nos ha ordenado que las llevemos ante el Consejo y…

—¿Acaso no es la Legión de los Suspiros parte del Consejo? —lo cortó la vieja de forma brusca—. Seguidme.

—¿A dónde? —preguntó Martina.

—Oír, callar y ver hacen buen hombre y buena mujer —susurró Elba mordisqueándose las uñas, nerviosa. Como siguiera así, se iba a quedar sin dedos. Parecía aterrorizada. ¿Era por cómo la miraban esas dos? Martina se fijó en que la túnica marrón de su cuidadora, con la que se vestía casi siempre, a excepción de cuando llovía, se asemejaba al hábito de esas mujeres, que era de la misma tela y

color.

—¿Sois monjas? —preguntó señalando su indumentaria.

—Eres muy curiosa, ¿verdad, Martina? —La anciana la observó con interés.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Aquí todos sabemos vuestros nombres, os estábamos esperando.

—Tenemos que irnos —las apremió Vera mirando calle abajo, inquieta—. Ya vienen.

—Los veo, allí abajo —señaló Lin, y echó a andar cuesta arriba.

—¡Espere! —gritó Lucía, haciendo que todas se giraran—. ¿Podemos llevarnos a la niña? Está herida…

—¿Puede caminar? —preguntó la vieja, impaciente.

Lucía se arrodilló ante ella y le susurró que se levantara, pero la chiquilla estaba enrollada como un ovillo en el suelo.

—No podemos perder más tiempo, tenemos que irnos.

Y, sin más miramientos, echó a andar.

—Déjala —dijo Lin—. Los Descalzos son muy resistentes, se pondrá bien.

—¿Qué es un Descalzo? —quiso saber Martina, pero nadie se molestó en contestar. Para su asombro, Vera caminaba ya al frente del grupo.

—Vámonos —insistió Lin, y a Martina le hirvió la sangre. ¡Querían dejar a una niña herida y asustada sola en la calle!

Se agachó y, con ambos brazos, levantó a la pequeña con facilidad, estaba tan flaca que no pesaba demasiado. Se la colocó a la espalda y echó a andar. La chiquilla no se resistió, aunque temblaba muchísimo. Lucía apoyó la mano en su temblorosa espalda y poco a poco se fue calmando. Su hermana era como un bálsamo para la gente.

El camino se volvió más empinado y las viviendas a ambos lados, cada vez más escasas y más señoriales: palacetes de tonos pastel y jardines con palmeras reemplazaron a las casitas blancas. Martina apenas levantaba la vista del suelo empedrado; con la cuesta, la niña a la espalda y el paso al que iban ya tenía suficiente. Elba se estaba quedando rezagada: sudaba muchísimo y le costaba respirar, tantos años sin casi moverse y comiendo chocolate a todas horas le

estaban pasando factura. Lucía tiraba de ella como podía.

—Ya falta poco —dijo la señora mayor con la respiración entrecortada.

De repente, se oyeron unas trompetas y tambores a lo lejos.

—¡Ya vienen! —gritó Lin.

—¿Quiénes? —preguntó Martina, pero, una vez más, no obtuvo respuesta alguna.

Aun así, imitó al resto y aceleró el paso: aquel sonido de trompetas le hizo pensar en una cacería y se imaginó a sor Agustina, sonriente, yendo a por ellas. Sus hermanas la imitaron.

Sudadas y jadeando, llegaron a un gran portón rústico de madera con herrajes artesanales. La puerta emitió todo tipo de ruidos chirriantes mientras se abría. Unas cuantas mujeres con hábito marrón los ayudaron a entrar y la portezuela se cerró de nuevo. Se encontraban en una especie de claustro: un patio cuadrado con una galería de arcos que lo rodeaba por completo. Había un pozo en el centro y un cuidado jardín a su alrededor.

—¿Dónde estamos? —preguntó Lucía frenando de golpe y apoyando las manos en las rodillas.

—¿Un convento? —dijo Martina mirando alrededor: había monjas con hábito marrón por todas partes y todas parecían tener prisa. ¿Sería por las trompetas?

—¡Seguidla! —gritó Vera, casi sin respiración, y echó a correr tras Lin, que se había adentrado en los arcos de la galería.

Las trompetas y los tambores se oían cada vez más cerca y Lucía corrió tras ellas. Maldiciéndolas, Martina también las siguió y, tras atravesar la puerta, se encontró con unas escaleras en espiral que subió de dos en dos, llegando a una habitación redonda con un gran ventanal y tres puertas en la pared opuesta. Vio a sus hermanas junto a tres mujeres con hábito y velo marrón de pie frente a cada una de las puertas. Parecían clones. Era imposible distinguirlas: monjas regordetas de túnicas raídas a las que les faltaba algún que otro diente.

—Ya era hora —dijo una de las clones con impaciencia. Agarró a Vera por los hombros y la metió por la puerta más cercana.

—¡Ey! —gritó Martina—. ¿A dónde la llevas?

Por toda respuesta, dieron un portazo y otra de las mujeres empujó a Lucía por la segunda puerta.

—¡Haz lo que te digan! —le gritó su hermana mayor antes de desaparecer.

Martina se abalanzó sobre la puerta por la que había entrado, pero estaba cerrada; probó con la de Vera, y lo mismo.

—Es por aquí —dijo la monja que quedaba en la estancia señalando la tercera puerta.

Resignada, la siguió por la tercera puerta y se encontró con una habitación luminosa con una bañera redonda de cerámica, llena de agua humeante, en el medio y una cama enorme contra la pared totalmente cubierta de tapices. Sobre el tocador había cremas en tarros de cristal con filigranas plateadas, pasta y cepillo de dientes e incluso maquillaje. Parecía un hotel de lujo de otra época o la sala de un museo, quizás.

—Señorita, el baño y la ropa están listas, dese prisa —dijo la monja.

—¿Dónde estamos?

La mujer enarcó las cejas de forma apenas perceptible y salió de la estancia sin molestarse en contestar.

A Martina le dolía la cabeza, los brazos, las piernas… Fue cuando intentó estirarse que notó que la niña continuaba a su espalda. Con las prisas, nadie la había visto o no habían dicho nada. Con cuidado, dejó a la muchacha en el suelo. ¡Qué alivio desprenderse del peso! Le miró la herida en la cabeza. Seguía sangrando, había que limpiarla.

—¿Quieres bañarte?

La pequeña puso cara de miedo.

—¿Cómo te llamas?

La chiquilla negó con la cabeza y, con timidez, señaló sus pies descalzos. Descalza, la habían llamado antes. ¿Qué demonios significaba eso?

—¿Te llamas Pies?

La niña negó con mayor efusión y se agarró uno de los sucios pies descalzos.

—¿Pies Sucios? —probó Martina, pero ella volvió a negar con

vehemencia—. ¿Cómo te llama la gente si no tienes nombre?

La pequeña señaló sus pies de nuevo. Martina se negaba a llamarla Descalza. ¿Qué clase de nombre era aquel para una persona?

—Escoge un nombre, el que quieras —rogó la joven, y la niña se tapó los oídos como si la hubiera insultado—. Entonces, lo haré yo misma… Eres una buena escaladora y le tienes miedo al agua… ¡Eres como una gata! Gata, Galilea, Gaia… Te llamaré Gaia, ¿te gusta?

En ese momento volvieron a sonar las trompetas y los tambores, ¡qué cerca se oían! Martina se acercó a la ventana y vio a una especie de ejército medieval ante el portón por el que habían entrado. No eran como los soldados con pistola que las habían llevado en los coches. Algunos iban montados a caballo y otros llevaban lanzas y estandartes con un sol amarillo bordado. Era como si, al subir en aquella bola de cristal, hubieran retrocedido en el tiempo a algún momento de la Edad Media.

El regimiento lo formaban unos cincuenta reclutas y unos veinte o treinta jinetes. Reconoció al hombretón bigotudo que las había recibido en las Agujas a la cabeza del pelotón.

—¿Quién es esa gente? —preguntó Martina al aire, ya que la niña seguía sentada en el suelo con cara de miedo. ¿Por qué demonios tenía que darse un baño justo en ese momento? Tenía que hablar con sus hermanas y pensar cómo huir de allí, ¡ya!—. Tú quédate ahí, ¿vale?

Abrió la puerta sigilosamente: no había nadie en el cuarto redondo. Enfrente, otra escalera de caracol que no había visto antes. ¿Podrían escapar por allí? Decidió ver a dónde conducía. Empezó a bajarla pegada a la pared cuando algo le rozó la pierna. Se giró sobresaltada y vio a Gaia.

—No me dejes sola, por favor.

—Vale, vale, ven conmigo; no hagas ruido.

Se dieron la mano y las dos descendieron juntas. Salieron a un patio parecido al anterior, pero sin pozo en el centro. Por si acaso, se mantuvieron al pie de la escalera, pegadas a la pared. Había cinco caballos en fila y un chico de unos quince o dieciséis años los estaba ensillando. Pasaba de un corcel a otro con confianza: los acariciaba

entre los ojos y estos se arrodillaban mansos para que los ensillara. Cuando terminaba, el animal volvía a levantarse sin ni siquiera bufar. Los tenía bien amaestrados. El joven tenía la piel morena y el pelo negro y lacio le llegaba hasta los hombros.

—¡Marcado! —gritó Lin, saliendo de la galería corriendo, rodeada por numerosos niños que brincaban descalzos a su alrededor.

—¿Es verdad que has visto a las Ugarte, Lin? —preguntó un niño gordito de unos cuatro años.

—¿Han vuelto? —dijo otro que abultaba la mitad que el anterior.

—¡Callaos! —gritó Lin propinándole una colleja al delgaducho—. ¡Marcado! Date prisa, los quiero a todos preparados en el claustro ¡ya!

—Están listos, aprendiz —dijo el muchacho bajando la cabeza. El pelo le caía a ambos lados de la cara, como si fueran cortinas que escondieran su rostro.

—Uno, dos, tres, cuatro y cinco caballitos —contó Lin lentamente —. Y ¿el mío? ¿O acaso quieres que camine?

El chico corrió a los establos y salió con un corcel pequeño gris moteado.

—¿En serio? Sabes que me han asignado a las Ugarte, ¿no? —se quejó Lin, apartándole con el dedo índice el pelo del rostro. El chico se tapó la mejilla derecha con ambas manos y, aunque Martina se puso de puntillas y alargó el cuello todo lo que pudo, no consiguió verle la cara—. Quiero aquel. —Señaló a un caballo negro, enorme y fuerte; era precioso.

El chico se giró hacia donde indicaba la joven y negó con la cabeza.

—Neptuno es demasiado nervioso, el ruido de los tambores lo encabritaría.

—¿No se puede montar? —insistió Lin quitando la mano de la cara del muchacho y dejando al descubierto su mejilla arrugada y oscurecida. ¿Por eso lo llamaba Marcado? A Martina le recordó su brazo chamuscado. ¿Le habría quemado sor Agustina?

—Todavía no está preparado —se disculpó él.

—Lo quiero.

—Es peligroso, podría tirarla al suelo y…

—¿No me has oído? Quiero a Neptuno, y no se hable más.

Lin se dio media vuelta dando la discusión por zanjada, pero el chico tragó saliva y, rascándose las quemaduras de la cara, se armó de valor para volver a hablar:

—No creo que sea buena idea.

—No me importa lo que tú creas —dijo Lin—. Llévalos al claustro, ¡ahora!

Se marchó por dónde había venido llevándose consigo a los niños, que la vitoreaban y la aplaudían. El mozo del establo, ruborizado y cabizbajo, metió al animal marrón dentro y ensilló al negro. Martina entendía por qué Lin lo había escogido: era imponente. Aunque eso no le daba derecho a tratar al chico de esa forma. Se había comportado como una auténtica imbécil.

—Se-se-ñorita —dijo Gaia, temblando a su lado—. La están buscando.

—¡Martina Ugarte! —Se oía desde lo alto del torreón. ¡Tenían que ser las monjas buscándola!

—¡Mierda! Vamos.

Subieron a todo correr.

Con un gesto, la joven indicó a Gaia que se quedara en las escaleras y salió ella sola a la habitación circular.

—Pero, señorita, ¿de dónde viene? —dijo una de las monjas cuando entró en el salón. ¿Era la misma de antes? Todas se parecían tanto: mismo hábito marrón con pinta de campesinas. Ni siquiera el cabello quedaba a la vista para poder distinguirlas.

—Me he perdido… Buscaba a mis hermanas.

—¡Estamos aquí! —dijo Lucía, en una túnica de seda azul.

Vera, a su lado, estaba espectacular con la misma túnica azul de su hermana y el pelo reluciente y largo hasta la cintura, una diadema de perlas y ¿maquillada? Martina no se lo podía creer. Las habían raptado y su hermana ¡se había puesto guapa!

—¿Por qué no te has cambiado? —preguntó Vera con el ceño fruncido—. ¿Ni siquiera te has lavado?

Martina se percató entonces de que llevaba varios días con los mismos pantalones vaqueros y una sudadera bastante sucia. Se la quitó rápidamente, aunque la camiseta de debajo olía a sudor. Palpó

los colgantes lunares, seguros en el bolsillo del pantalón.

—Me cambio en un momento…

Los tambores y las trompetas cesaron de pronto y el silencio que se produjo resultó más inquietante que el ruido que hacían hasta entonces.

—¡No hay tiempo! La Diosa Madre está esperando —dijo una de aquellas mujeres, y salió disparada hacia el claustro.

Sus hermanas la siguieron, apuradas, y Martina buscó a Gaia en las escaleras.

—La Diosa Madre me da miedo —susurró la niña.

¿La Diosa Madre? Pero ¿qué tipo de secta era aquella? ¿Sería Agustina la diosa esa? Se la podía imaginar escogiendo un nombre tan pomposo y entendía que cualquiera se asustara con una maldita psicópata que electrocutaba a capricho. A ella también la atemorizaban aquellas condenadas manos.

—Escóndete en el cuarto —le dijo, y corrió tras sus hermanas.

El atrio estaba repleto: muchísimas mujeres con hábito marrón, algunas con velo, otras sin él; niñas y niños de todas las edades, algunos con túnica y sandalias, otros bastante harapientos. En el centro, alrededor del pozo, se erguían los seis caballos, incluido el negro imponente llamado Neptuno, el mozo de los establos y una anciana muy llamativa rodeada por un séquito de diez monjas.

—¿Es su reina? —susurró Martina al alcanzar a sus hermanas.

—¡Cállate! —Vera le dio un codazo.

No era solo la ropa, sino también la actitud. Su blusón, de un blanco plateado que podría verse a un kilómetro de distancia por lo resplandeciente que era, y su velo blanco brillaban. ¿Tenía perlas incrustadas?

La anciana llevaba el velo un poco hacia atrás, mostrando parte de su cabello plateado, casi blanco, que contrastaba con su piel morena y ojos negros. Tenía que haber sido muy llamativa de joven y se notaba que era una mujer guapa, pero, sobre todo, no había duda de que era poderosa: su comitiva de diez sirvientas lo dejaba bien claro.

Manos y brazos ásperos de mujeres que no conocía empujaban a las hermanas hacia el centro, hasta que quedaron frente a la

anciana y se hizo el silencio. Todas las miradas estaban fijas en ellas. Martina intentó peinarse el flequillo con los dedos y al notarlo alborotado, se dio por vencida. Quizás el baño no habría sido tan mala idea, al fin y al cabo. Sus hermanas, limpias y con aquella túnica fina de seda, parecían princesas. De pronto, los tambores y las trompetas volvieron a sonar desde el otro lado del gran portón de madera.

—¿Abrimos? —preguntó una de las monjas mirando con los labios apretados hacia el portón.

—Todavía no —respondió la anciana. Acercándose a Vera, le tendió ambas manos—. Bienvenidas a Kalkahue. Soy la Diosa Madre, Constanza Ugarte.

—Lo sabemos, abuela —dijo Vera, estrechándole con fuerza las manos.

# 11
# Sombras

***Año 1531***
***Hondarribia, reino de Castilla***

El inquisidor Germán de Ugarte se despertó sudado y asustado en mitad de la noche. Palpó desorientado la cama de su caserío natal. ¿Qué lo había despertado? La lluvia golpeaba la ventana con fuerza. ¡Menuda tormenta! Notaba la boca seca y se apoyó en un codo para servirse un vaso de agua de la jarra de la mesilla. ¡Bendita tía Jesusa! Había reemplazado el agua por vino. Le vendría mejor. Desde que había vuelto a casa para tratar el brote de brujería de Fuenterrabía, sus nervios estaban a flor de piel.

Los habitantes de la villa juraban que los espíritus de las brujas quemadas en la hoguera los habían maldecido y no pasaba un día sin que una nueva desgracia aconteciera. Además, los hermanos de las ajusticiadas ya habían vuelto de la mar terminada la temporada de pesca y las buenas gentes temían represalias. Tendrían que arrestarlos. Ya había escrito a Calahorra para que mandaran más soldados; decretaría el secuestro de los bienes de la familia y trasladaría a los presos a la sede. El ambiente estaba demasiado crispado para celebrar el juicio allí.

Había subestimado el influjo que Kattalin tenía sobre los pescadores. ¿No se daban cuenta de que los había embrujado? Juan Sánchez de Benesa, escribano de Su Majestad, creía que eran las esposas quienes los azuzaban para buscar venganza. Al parecer, Luzia, Ximona y Kattalin les conseguían ungüentos que no podían lograr de otra forma. ¿De qué clase de pócimas se trataba? Germán de Ugarte sospechaba que aquellas hembras diabólicas habían alterado los designios del Señor interrumpiendo embarazos no deseados. ¡Santo cielo! Y ¿si todo el pueblo estaba confabulado con

el diablo? Al menos las mujeres, más impías por naturaleza. Se habían dado casos en Europa, él los conocía. Se carteaba con inquisidores de todo el continente, incluso con algunos del Nuevo Mundo: no había rincón del planeta que escapara a los influjos del maligno.

Se sirvió más vino y percibió su efecto calmante. Se volvió a recostar en la cama y cerró los ojos. Necesitaba unas buenas horas de sueño antes de enfrentarse a los infieles.

Cuando, minutos más tarde, se despertó intranquilo de nuevo, un muchacho estaba sentado en la silla frente a su cama. Germán de Ugarte intentó gritar, pero no salió ningún sonido de su garganta. Trató de moverse, pero ningún músculo lo obedeció.

Estaba paralizado.

—¿Sabéis quién soy? —preguntó el muchacho—. Mi familia me llama Josetxo, soy el menor de los Arregi.

Germán de Ugarte empezó a temblar: era uno de los hermanos de las ajusticiadas. La vista se le empezó a nublar y la boca se le llenó de un sabor amargo y metálico. Se esforzó con toda su alma en hablar y su garganta solo pudo emitir un sollozo.

—Es la cicuta —explicó Josetxo—. Te ahogará poco a poco. Mis hermanas se han asegurado de que tu tormento sea largo e intenso. Cuando te encuentren mañana, todavía seguirás vivo, pero tu agonía será tal que desearás estar muerto.

Josetxo se levantó y guardó la botella de vino y el vaso en su hatillo. Se detuvo en el escritorio y ojeó la correspondencia del inquisidor. Listas y más listas de mujeres sospechosas. Las apiló todas y se las guardó. Se llevó también la ropa y los pocos enseres personales del moribundo.

No quedó ni rastro de Germán de Ugarte.

Tan solo su cuerpo, apagándose poco a poco.

Sin girarse ni siquiera a mirarlo, abrió la ventana y salió por donde había venido.

# 12
# Neptuno

***En la actualidad***
***Kalkahue***

—¡Abrid la puerta! —rugió un vozarrón capaz de hacerse oír sobre los tambores. ¡Clonc, clonc, clonc! Para provocar semejante ruido, tenían que estar golpeando el portón del patio del convento con algo enorme como un tronco. Las monjas o lo que fueran aquellas mujeres de hábito marrón situadas cerca de la entrada lo miraban atemorizadas y retrocedían cuanto podían, aunque, con lo lleno que estaba el claustro, no conseguían alejarse demasiado. Se pisaban las unas a las otras murmurando nerviosas como una colmena agitada. A los caballos, colocados en fila en el centro, sobre el césped bien cuidado, tampoco les gustaba aquel escándalo y el chico de los establos los iba acariciando uno a uno para que se calmaran.

Constanza Ugarte, sin embargo, que parecía ejercer de abeja reina, estaba tan tranquila en mitad del enjambre abrazando a Vera, que la había llamado abuela.

¡Abuela!

Martina no sabía ni por dónde empezar a preguntar. Más que curiosidad por conocer a aquella mujer, se sentía engañada. Su hermana Vera sabía que tenían una abuela y nunca les había dicho nada. ¡Les habían hecho creer que no tenían familia y era mentira!

—Acercaros —dijo Constanza alargando el brazo hacia Lucía, quien le tendió la mano llorando. Las tres mujeres se fundieron en un abrazo y Martina sintió un agujero donde antes estaba su estómago. ¿Lucía también lo sabía? No podía ser, su hermana mayor se lo habría contado. Sin embargo, ahí estaba, sollozando en el hombro de una desconocida. ¿Era ella la única tonta que ignoraba quién era toda aquella gente? Se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que

apartar la mirada para que no se le escapara ninguna lágrima.

—¡En nombre del Consejo, abrid la puerta o la echaremos abajo! —volvió a tronar la voz incluso por encima de las ensordecedoras trompetas que se habían sumado a los ya cansinos tambores.

—¿Diosa Madre? —preguntó la monja que parecía estar al cargo con gesto nervioso.

—Abrid —dijo Constanza sin ni siquiera alzar la voz y, al instante, una monja con gafas de cristal grueso corrió hacia el portón agitando un montón de llaves antiguas que colgaban de un aro metálico, giró varias cerraduras y se hizo a un lado. La puerta emitió una especie de quejido, como si se desperezara, y por fin cesaron los malditos tambores y trompetas, reemplazados por los chasquidos y crujidos que provenían del interior del portón como si numerosas piezas se estuvieran recolocando en sus profundidades.

Lentamente y sin que nadie la empujara, la puerta de madera se abrió hacia adentro y por ella entró el hombretón barrigudo de bigote blanco que habían visto en la cima de las Agujas.

—Oye —se agachó Martina para colocarse a la altura de una monja bajita y de cara amable que estaba a su lado—, ¿quién es ese?

—Aquel es el Guardián —susurró la mujer poniéndose de puntillas para hablarle al oído—, monta guardia frente a las Agujas para protegernos del exterior. Nadie ha conseguido entrar bajo su tutela.

¿Y salir?, quiso preguntar Martina, pero se lo guardó.

—¿Dónde están las Ugarte? —rugió el Guardián avanzando hacia el centro del claustro con grandes zancadas.

—Saludando a su abuela, mi querido amigo —dijo la anciana de hábito plateado soltando a sus nietas y alzando la mano al aire.

—Diosa Madre, no esperaba encontrarla aquí —farfulló el Guardián acercándose con torpeza para besar la mano que le ofrecía.

—¿A que son preciosas? —dijo Constanza sonriendo y señalando a sus nietas como si no hubiera un ejército a las puertas del convento.

—Por supuesto —respondió el Guardián y carraspeó incómodo antes de continuar—: Las están esperando en el Consejo. Lo siento, son las normas.

—¿Y si lo celebramos en el convento esta vez? ¡Aquí mismo, en el patio, delante de toda la Legión de los Suspiros! Al fin y al cabo,

ellas también son parte del Consejo, ¿no? —dijo la anciana, divertida.

El Guardián palideció y las monjas aplaudieron tímidas al principio, orgullosas después; a la abeja reina le gustaba avivar a su colmena. Las diez mujeres que la rodeaban, su séquito personal, permanecieron impasibles con la mirada al frente.

—Las normas indican que los consejos han de tener lugar en el Templo del Sol y…

—¡Las normas! —dijo la anciana rodeando despacio al Guardián y despeinándole el pelo como si fuera un niño—. Querido, qué aburrido te has vuelto. Recuerdo un tiempo en que no te importaba tanto romper las normas.

A Martina le recordó a un gato cazando un ratón, mareándolo antes de comérselo; estaba jugando con él delante de toda aquella gente, se trataba de una demostración de poder. Miró a sus hermanas para ver cómo reaccionaban ante aquello: Lucía seguía llorando emocionada y Vera sonreía envanecida; cómo no, le gustaba ver cómo su abuela asustaba a la gente. De tal palo, tal astilla.

—El Supremo Sacerdote Solar, representante de Inti en la Tierra y presidente del Consejo, nos está esperando —dijo el Guardián intentando recuperar su habitual vozarrón—. Por favor, mi señora —suplicó después apenas susurrando.

—¿Todo eso hay que llamar a Su Majestad el señor Ferrer? —ironizó la anciana haciendo que las monjas a su alrededor rieran—. Está bien, terminaremos antes yendo allí que repitiendo su nombre, ¡vamos!

Las mujeres del patio volvieron a reír y Martina no pudo evitar pensar que era, cuando menos, curioso que alguien a la que llamaban Diosa Madre pudiera meterse con el nombre de otra persona por mucho Supremo Sacerdote Solar que se hiciera llamar.

Lin, como si hubiera estado esperando esa orden, se apresuró a colocarse frente a Neptuno, el semental.

—¡Mozo de los establos! —gritó, aunque no hacía falta. El joven ya estaba acariciando al corcel que, obediente, se arrodilló para que ella pudiera montar, no sin esfuerzo. El chico tuvo que auparla para

que pudiera levantar su enorme culo. ¿Qué les daban de comer a las monjas? ¿Era su impresión o estaban todas algo obesas? Las mujeres de túnica azul, sin embargo, la misma con la que habían vestido a sus hermanas, eran todo lo contrario; sus brazos tonificados parecían el resultado de horas de gimnasio.

Desde luego, esos dos grupos no podían comer lo mismo. La diferencia era llamativa, sobre todo en el séquito de la Diosa Madre. Estaba claro que la anciana se cuidaba, pero sus monjas… Los holgados hábitos no les quedaban para nada anchos, sobre todo alrededor de la cintura.

El chico de los establos siguió con su cometido y posó la mano sobre la frente del caballo de al lado, uno castaño más pequeñito, y una anciana de hábito marrón se acercó para montarlo. ¿Era la misma que las había acompañado al convento? Parecía algo más joven, aunque también estaba algo entradita en carnes… Entre el hábito y el velo era difícil distinguirlas. Eran idénticas.

—¿Vamos a caballo? —susurró Vera intentando sonreír para que no se le notara el miedo que sentía. Nunca había montado a Jefferson, decía que el pobre diablo estaba moribundo.

—Tranquila —le dijo Constanza dándole la mano y conduciéndola hacia un caballo blanco, bastante pequeño y muy bonito. Estaba claro quién era la favorita de la abuela, pensó Martina, resentida, y se sintió fatal por siquiera pensar eso. ¿Eran celos lo que sentía? Por otro lado, era normal que estuviera molesta, ¿no? Su recién descubierta abuela ni siquiera la había mirado. ¿Acaso ella no era su nieta? ¿Sabía que no era como sus hermanas? ¿Por eso no la había saludado?

Sacudió la cabeza para quitarse esas ideas y se puso en marcha; necesitaba moverse, no aguantaba que toda esa gente las estuviera observando y cuchicheando. Mientras el mozo de los establos volvía a colocar la mano entre los ojos del caballo blanco para que se arrodillara, Martina se acercó a uno gris moteado e imitó al joven: con cuidado, apoyó la mano entre los ojos del animal.

—Hola, bonito —le susurró—, eres precioso, ¿lo sabes?

Para su sorpresa, este se arrodilló como el resto y Martina, sin dudarlo, se montó en él. Comparado con el viejo Jefferson, este

debía ser un pura sangre o quizás, simplemente, joven. La abuela ayudó a montar a Vera, que no estaba del todo segura; agarraba las riendas con más fuerza de la necesaria, lo que hacía que su montura se revolviera inquieta. Instintivamente, Martina tiró de las riendas y avanzó hacia su hermana con seguridad; cuando estuvieron a la par, alargó el brazo y acarició el cuello del corcel blanco.

—Tranquila, bonita, tranquila —le susurró, y el animal pareció relajarse.

—¿Cómo sabes que es hembra? —preguntó Vera, incómoda.

—¿Cómo sabes que tenemos una abuela? —escupió Martina con rencor. Al ver que Vera ni siquiera se dignaba a contestar, empezó a frotarle las orejas a la yegua—. ¿Cómo te llamas, bonita?

—Princesa —contestó el chico de los establos y pareció arrepentirse, ya que enrojeció de pronto.

—El mío es macho, ¿verdad? —quiso saber Martina.

—Sí, se llama Manchado —respondió él tapándose la parte quemada de la cara con el pelo y ayudando a montar a Lucía.

—¿Manchado? ¿A que no te gusta? —La joven acariciaba a su caballo cautivada, como si fuera lo más hermoso que hubiera visto nunca—. ¿Pintado? ¿Prefieres Pintado? ¿Pinto?

—¿Quieres parar quieta? —la pellizcó Vera, molesta—. Todos nos miran.

La abuela montó la última en un precioso semental blanco plateado y nadie se movió hasta que se colocó a la cabeza del grupo, rodeada en todo momento por su séquito de diez monjas. Después iban las hermanas Ugarte y, tras ellas, Lin montada sobre el enorme Neptuno, que relinchaba agitado de vez en cuando. El chico de los establos los seguía al trote. Las monjas se hicieron a un lado y dejaron un pasillo para que saliera la comitiva que cerraba el Guardián a pie. Al atravesar la puerta, los soldados también se apartaron y esperaron a que pasaran todas para unirse ellos con tambores y trompetas incluidas. Menudo escándalo. Quien quiera que los estuviera esperando los oiría llegar de lejos.

Al principio todo iba bien, la calzada empedrada era bastante ancha y la comitiva avanzaba de forma ordenada, pero a unos cien metros, la cuesta empezó a volverse más empinada y Vera y Lucía

comenzaron a tener dificultades manejando a sus caballos. Martina se colocó entre las dos, soltó sus riendas y puso las manos en los cuellos de los corceles.

—Pero ¿qué haces? —dijo Vera.

—Los tranquiliza, mira —dijo Lucía.

Era verdad. Martina estaba encantada consigo misma. Para algo le servía haber paseado a Jefferson cada día durante el último año, sabía exactamente qué tenía que hacer. Su pequeña Amazona, la llamaba Saúl. El recuerdo del tío le sacudió las entrañas y le recordó la situación en la que se encontraban.

—¿Dónde está Elba? —preguntó alarmada. Hacía mucho que no la veían, se había quedado atrás cuando corrían hacia el convento.

—¿Consiguió llegar al portón? —se preocupó Lucía.

—¿Qué más da? —dijo Vera—. Ya no es nuestro problema.

—Vera, no digas eso, nos ha cuidado todos estos años —la regañó Lucía.

—¿A eso le llamas cuidar? ¡Nunca nos contó nada!

A Martina se le escapó una risa amarga. ¿En serio iba a quejarse porque no le habían contado nada?

—Como que tú cuentas mucho. ¿Cuándo pensabais decirme que tenemos una abuela? —Martina arqueó las cejas. Sus hermanas se miraron entre ellas y no dijeron nada ¡una vez más!

—¿Así que no sabes nada de la maldición? —dijo tras ellas Lin.

—¿Qué maldición? —Martina se giró en su silla.

—¡No le digas tonterías de maldiciones! —se enfadó Lucía, y Martina supo que no podía perder aquella oportunidad. Les dio un par de palmadas a los caballos de sus hermanas y estos, mansos y obedientes como eran, avanzaron con paso ágil dejándola atrás. Se colocó al lado de Lin. Sus hermanas no pudieron evitarlo; no sabían cómo girar o cambiar el ritmo, bastante tenían con no caerse.

—¿Has cabalgado antes? —le preguntó sorprendida Lin tambaleándose un poco en su silla; su semental parecía nervioso, pero Martina no pensaba permitir que cambiara de tema.

—¿Qué maldición?

Lin suspiró como si no tuviera otro remedio que contarlo, aunque a Martina le pareció que estaba impaciente por hacerlo.

—Dicen que las Ugarte, a cambio de vuestras habilidades, condenáis a muerte a vuestros maridos; así es como murió vuestro abuelo.

—¿La Diosa Madre lo mató?

—No funciona así. Ellos se mueren por la maldición y así vosotras mantenéis vuestras habilidades; un gran poder conlleva un gran sacrificio —dijo Lin con solemnidad. Aquello parecía una frase salida de las galletas de la fortuna chinas—. ¿Cuál es tu habilidad? —preguntó con curiosidad—. Ya sé las de tus hermanas, ellas pasaron la Prueba al nacer, pero tú no.

—¿Qué Prueba? —preguntó Martina para ganar tiempo: no quería decirle que ella no tenía ninguna habilidad especial. Hacía ya tiempo que sabía que no era normal que Vera acertara siempre lo que le rondaba por la cabeza a la gente o que los masajes de Lucía hicieran que se te olvidaran todos tus males; daba igual que te doliera la cabeza o una muela, con tan solo tocarte con las manos, pam, la sensación era increíble. Siempre había sospechado que era eso lo que hacía que sus hermanas convirtieran los colgantes de medias lunas plateadas del tío en bolas blanquecinas parpadeantes. ¿Los llenaban con su «habilidad»? Nunca lo había entendido del todo y ni siquiera sabía si sus hermanas lo comprendían, pero había decidido hacía tiempo que no importaba: ¡ella no era menos por no poder hacer que un estúpido colgante creciera!

—¿No te han dicho nada de la Prueba? —preguntó Lin haciendo que a Martina se le formara un nudo en el estómago—. Al nacer, todos tenemos que pasarla y así sabemos lo que somos: Bloqueadora, Detectora, Conservadora, Hija de la Luna, Hijo del Sol o, bueno, Descalzo.

—¿Tú de qué… grupo eres?

—Soy miembro de la Legión de los Suspiros —dijo Lin sacando pecho, y cuando Martina la miró sin entender, siguió hablando orgullosa—: La Legión se conforma de mujeres que detectamos y bloqueamos las habilidades.

—Y la anciana que iba contigo antes, ¿es tu jefa?

—No tenemos jerarquía alguna, somos todas una.

Martina no la creyó. Aquella mujer era la que mandaba. Aunque

era cierto que no estaba segura de que la que cabalgaba por delante junto a su abuela y la que las había conducido al convento fueran la misma.

—Ni siquiera tenemos nombres y…

—Tú te llamas Lin.

—Porque todavía soy una aprendiza. Como te iba diciendo, somos todas una y…

—Y ¿qué pasa cuando te asciendan? ¿Perderás tu nombre?

—¡Seré parte de la Legión de los Suspiros! —Perdió la paciencia Lin.

—¿Y cómo te llamarán? ¿Legión?

Lin miró al frente y no contestó. ¿Se había enfadado? Martina no tenía tiempo para tonterías, necesitaba entender aquel lugar.

—Y yo… —empezó, pero no supo cómo continuar. ¿Por qué era diferente? ¿Por qué no llenaba los colgantes? ¿Por qué la apartaban siempre?

—Tú eres una Ugarte, por lo que ni siquiera habría que hacerte la Prueba para saber que eres una Hija de la Luna, pero sí para conocer tu don. ¿Qué es lo que haces?

Giraron a la izquierda y ante ellas apareció una pirámide de piedra muy alta con cientos de escalones hasta la cima donde se veía una especie de templo cuadrado. A Martina le recordó a las pirámides de los mayas o de los aztecas que había estudiado en los libros de texto.

—¿Qué es eso? —preguntó para cambiar de tema de conversación. No quería seguir hablando de su inexistente habilidad.

—El Templo del Sol.

A ambos lados de las escaleras centrales estaban apostados cientos de soldados que, al ver aproximarse la comitiva, empezaron a tocar una especie de flauta aguda. ¡Lo que les faltaba! Entre las trompetas, los tambores y las flautas, el ruido era ensordecedor. Neptuno, el semental de Lin, empezó a moverse inquieto y la joven, en vez de tranquilizarlo, empeoró su estado clavándole las espuelas:

—¡Para, estúpido!

Lin se aferraba a las riendas con todas sus fuerzas mientras espoleaba al caballo, haciendo que este se encabritara cada vez

más. Martina intentó agarrar los correajes de Neptuno, pero se movía demasiado y se le escapaban.

—¡Aparta de ahí! —le gritó un soldado tras ella, retrocediendo tanto como podía para alejarse del semental desbocado.

—Martina, ¡aléjate! —le gritó Lucía, asustada, intentando que su montura girara sin éxito. Estaban unos cuantos metros por delante.

Neptuno empezó a ponerse de manos y a relinchar cada vez con más fuerza. Lin no aguantaría mucho más. De seguir así, se caería.

—Shhh, tranquilo, bonito. —Martina saltó al suelo y desde ahí intentó tranquilizar a Neptuno lo más calmada que pudo, pero no surtió ningún efecto sobre el corcel enloquecido.

—¡Aparta! —gritaron varias personas a la vez.

Lin había cerrado los ojos y se aferraba al cuello del animal con todas sus fuerzas. El chico de los establos apareció corriendo e intentó hablarle a Neptuno, pero nada.

Martina tuvo una idea.

—¡Ayúdame! —gritó y se acercó a Manchado—. ¡Saltaré de un caballo a otro!

—¡No es una buena idea!

—¡Sube!

El chico, tan obediente como sus caballos, montó de un salto sobre Manchado y le dio la mano a ella para que subiera tras él. Con agilidad, Martina se colocó en cuclillas sobre la grupa del animal apoyando en él las plantas de los pies. «No es tan difícil». Inspiró. «No es tan difícil». Expiró, perdió el equilibrio y se agarró a la espalda del mozo. Lo había hecho cientos de veces con los Saltimbanquis de Kiev, nunca con un semental encabritado.

—¡Acércate! —A duras penas, la muchacha consiguió ponerse casi por completo de pie sobre Manchado con las manos apoyadas en los hombros del joven—. ¡Acércate más! Uno, dos… —Y sin esperar al tres, saltó con todas sus fuerzas, aterrizando tras la espalda de Lin. Ambas se tambalearon, aunque consiguieron mantenerse, y ejerciendo presión con los muslos y sujetando las riendas con las manos, Neptuno fue tranquilizándose. Cuando por fin se calmó, el mozo de los establos ayudó a bajar a Lin y, en cuanto tocó el suelo, la Bloqueadora lo empujó y lo tiró al suelo.

—¡Tu caballo está poseído! —Lin temblaba de los pies a la cabeza —. ¡Exijo que lo sacrifiques!

—¡No! —gritó Martina, ¡El animal no tenía ninguna culpa! Fue por todo aquel escándalo, ¡lo habían asustado!

—Mi vida por la de Neptuno —dijo entonces el joven, y Martina sintió cómo algo en su interior se rompía. ¡Dios mío! ¿Qué era aquel maldito lugar?

# 13
# La faz de la tierra

***Año 1531***
***En algún lugar del océano Atlántico***

Qué poco pesa, pensó Josetxo el Vasco mientras transportaba el cadáver de otro compañero por la cubierta del galeón. Isidoro lo agarraba por los brazos y él por los tobillos. Lo habían envuelto en un trapo que antaño había sido blanco. El sol del mediodía pegaba con fuerza y el hedor era horrible: los orines de rata impregnados en la tela se mezclaban con la putrefacción del muerto. Antes de lanzarlo por la borda, Luis el Largo se santiguó y le asestó varias puñaladas en el abdomen. Había que asegurarse de que el cuerpo no regresara a la superficie al hincharse por la descomposición.

—Uno, dos y tres —dijo Isidoro, y lo arrojaron al mar.

Los tres marineros se quedaron un buen rato en silencio, observando cómo se hundía el cuerpo.

—¿Llegará alguno vivo al Nuevo Mundo? —preguntó el Largo metiéndose el dedo sucio en el hueco que habían dejado tres dientes. Le sangraban las encías. Josetxo se preguntó cuánto aguantaría. El escorbuto estaba haciendo estragos en la tripulación.

La muerte negra, lo llamaban.

Primero, les dolía todo. Después, se les caían los dientes y el pelo. Seguido, llegaban la fiebre y las convulsiones. Al final, los arrojaban por la borda.

Hacía mucho que se les había terminado la comida. Ni siquiera quedaban ratas. Ya solo tenían los pedazos de cuero con los que habían forrado la verga. Los sumergían varios días en el mar y, una vez blanditos, ¡a la brasa! Menos era nada.

Josetxo se había quedado solo en cubierta. Hacía demasiado calor.

—*Goian bego* —susurró en su lengua natal, despidiéndose del

difunto.

¿Dónde quedaba su casa? Se giró hacia proa y trazó una línea imaginaria desde el medio del océano hasta el caserío familiar abandonado en las faldas del monte Jaizkibel. ¿Lo habría embargado ya la Inquisición? Seguro que sí, la Iglesia no perdía tiempo para apropiarse de lo que no era suyo.

Josetxo escupió al mar. Se pasó la lengua por los dientes, todavía intactos. Aquella no era su primera travesía larga; junto a sus hermanos, había participado en varias expediciones a Terranova para cazar ballenas.

¿Seguiría junta su familia? ¿Habrían encontrado un lugar seguro?

La última vez que los vio fue en el bosque.

La tormenta había amainado y dos de sus hermanos lo esperaban alrededor de una hoguera, en el hayedo. Josetxo llegó corriendo, con la respiración entrecortada, y nada más verlos, lanzó el hatillo con los enseres del inquisidor al suelo.

—¿Se lo ha bebido? —preguntó en euskera Mitxel, el mayor de los hermanos. Era, también, el más grande: medía casi dos metros de alto y puede que uno de ancho. Su envergadura le había granjeado el mote de Txiki, pequeño.

Josetxo asintió.

—Sufrirá —dijo satisfecha Madalen.

Apenas tenía catorce años, pero ahora, tras el asesinato de Luzia, Ximona y Kattalin, era la mayor de las chicas.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó Mitxel revolviendo el contenido del zurrón.

—Son listas de mujeres —explicó Josetxo.

—¡Mecagüendios! —gritó Mitxel, y le propinó una patada al árbol más cercano—. ¿A cuántas más quieren quemar?

Madalen examinó las pertenencias del inquisidor en silencio.

—Tenemos que pararlos.

—Está muerto —dijo Josetxo—, no va a matar a nadie más.

—No me basta, quiero borrarlo de la faz de la tierra.

El odio que emanaba de ella era palpable. Josetxo solo podía imaginar lo que habría sentido cuando se habían llevado a sus hermanas mayores, quedándose ella sola a cargo de las más

jóvenes. Les habían colocado el sambenitillo, el escapulario de las reconciliadas, para que nadie las ayudara, para condenarlas a ellas también.

En contra de todo pronóstico, no solo habían sobrevivido hasta la llegada de los hombres de la familia, que se encontraban lejos pescando, sino que se habían tomado la justicia por su mano. Cuatro mocosas harapientas habían conseguido terminar con los testigos del juicio. Todo aquel que hubiera declarado contra los Arregi estaba ahora muerto, arruinado o enfermo.

—El inquisidor era el último, ¿no? —dijo nervioso Mitxel—. Ya no queda nadie más, ¿no?

Madalen volcó el contenido del hatillo y lo observó durante un rato. Escogió la sotana y cerró los ojos.

Los hermanos se miraron extrañados.

—¡Germán de Ugarte! —gritó de pronto, y las ramas de los árboles parecieron plegarse hacia ella—. ¡Yo te maldigo!

Empezó a balancearse de atrás hacia adelante mientras recitaba algo ininteligible. Josetxo reconocía las palabras en euskera, pero no entendía el conjunto. Sonaba… raro, como si no fuera su hermana la que hablara. El aire a su alrededor se alborotó y las llamas crepitaron con fuerza; cuando por fin lanzó la tela al fuego, la hoguera se avivó por encima de sus cabezas. Mitxel retrocedió un par de pasos blasfemando y a Josetxo se le erizó el vello.

—Vámonos ya —pidió Mitxel—. Peru nos espera en el puerto. Pronto amanecerá y descubrirán al muerto.

—¡Germán de Ugarte! —cantaba Madalen cada vez más alto—. ¡Yo te maldigo!

—¡Mecagüendios! —dijo Mitxel inquieto—. Josetxo, nos tenemos que ir…

—Madalen… —lo intentó este, pero su hermana no lo escuchaba, estaba en trance.

Se oyeron relinchos a lo lejos.

—¡Lo han encontrado! —se asustó Mitxel, y zarandeó a Madalen sin ningún resultado.

—Madalen… —lo intentó de nuevo Josetxo y tomó su rostro entre las manos—. Las pequeñas te esperan.

Su hermana abrió los ojos, completamente blancos.

—José Agirre —pronunció ella con voz ronca—, de aquí en adelante te apropiarás del nombre del hombre que has matado y empezarás una nueva vida muy lejos de aquí.

—¡Están allí! —gritó una voz masculina a lo lejos.

Los habían descubierto.

—¡Marchad! —gritó Josetxo—. ¡Los llevaré hacia la gruta!

Echó a correr ululando para que lo siguieran. Se conocía cada recodo de esa ladera. No le fue difícil conducirlos hacia la cueva. Una vez dentro, se escondió en la hendidura en la que se ocultaba de pequeño cuando jugaba al escondite.

Los soldados encendieron las antorchas y entraron de dos en dos en la gruta.

No lo vieron, pero para cuando abandonaron la búsqueda, ya era tarde. La luz del alba empezaba a despuntar y el barco que iba a transportar a su familia partía al amanecer.

Esperaba que Mitxel y Madalen lo hubieran conseguido.

Mientras el sol se alzaba perezoso, Josetxo lloró por la familia que no volvería a ver. El barco en el que embarcaron era de unos pescadores amigos de Mitxel. No les habían revelado hasta dónde los llevarían.

Josetxo salió de la cueva y sopesó sus opciones. Los pescadores tardarían meses en volver. Podría refugiarse con sus primos. Aunque la Inquisición fuera a buscarlo, se escondería…, pero y ¿si lo encontraban? Condenarían también a sus tías. Ni hablar.

La mar.

Era lo más parecido a un hogar que conocía.

Se iría lejos. Volvería a empezar. Lejos de la Iglesia y sus mentiras.

Y lo haría incluso con un nuevo nombre: Josetxo Ugarte.

Tal y como le había pedido Madalen, le robaría hasta el apellido al asesino que les había arrebatado a sus hermanas.

Volvería a empezar por ellas.

Luzia, Ximona, Kattalin.

De eso hacía ya más de tres meses. Llegó a Sevilla, donde embarcó en uno de los muchos galeones que partían hacia el Nuevo Mundo.

Josetxo observó el horizonte y lo que vio le aceleró el pulso. Allí, a lo lejos, rodeado del azul añil del mar, avistó un trozo de tierra.

Su nuevo hogar.

# 14
# Deseo concedido

***En la actualidad***
***Kalkahue***

—¿Qué pasa aquí? —dijo la Diosa Madre llegando a galope sobre su corcel plateado desde la cabeza de la comitiva. Ya no quedaba ni rastro del humor que había mostrado en el convento. Las diez monjas de su séquito corrían hacia ella con la respiración entrecortada. ¿Qué tipo de guardaespaldas eran aquellas?

—Su nieta… —balbuceó un soldado.

La Diosa Madre dirigió una rápida mirada a Martina, que, montada sobre Neptuno, le acariciaba el cuello para que no volviera a alterarse, y otra al chico tirado en el suelo.

—Tú, levanta. El resto, en marcha.

Sin esperar a nadie, se dio media vuelta, espoleó a su montura y regresó a su posición liderando la procesión. Su cortejo de diez monjas volvió a correr tras ella hasta rodearla por completo. Todos los soldados las siguieron sin rechistar y Martina aprovechó la ocasión para alargar el brazo hacia el chico.

—¡Sube!

Lin los miró con los ojos rojos, llenos de rabia, pero no dijo nada, y el joven montó en Neptuno tras Martina.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella haciendo que el caballo avanzara despacio para no alcanzar a sus hermanas, que giraban la cabeza hacia ella. Lucía estaría preocupada y Vera enfadada. Pues ¡ella estaba harta! Harta de que no le explicaran nada y harta de obedecer sin rechistar.

—Mozo de los establos —contestó él.

—Eso no es un nombre —se quejó Martina—. ¿Eres un Descalzo?

—No, soy un Marcado —dijo él tapándose las cicatrices de la

mejilla con su melena.

—¿Por la cara quemada?

Asintió sin decir nada con la vista perdida en la pirámide maya o lo que fuera, que estaba cada vez más cerca. Sus hermanas estaban a punto de llegar a la base.

—¿Te la quemó la monja Agustina?

Él negó esta vez, todavía en silencio.

—Entonces, ¿qué pasó?

Se encogió de hombros.

—Nací así.

Martina esperó unos instantes una explicación que, sin embargo, no llegó.

—No voy a llamarte mozo de los establos, así que elige un nombre.

—Leo —dijo él al instante, sin dudar, como si lo hubiera decidido hacía mucho. Martina se extrañó, no esperaba que tuviera ya un nombre pensado; la pequeña Gaia no había querido elegir un nombre para sí misma. Quizás los Descalzos y los Marcados no fueran exactamente lo mismo.

—¿Qué es un Marcado?

Él la miró sin comprender y se señaló la cara chamuscada. Qué manía tenían todos con señalar, ¿acaso no les dejaban hablar?

—Sí, sí, ya veo tu cara, pero ¿los Marcados tenéis nombres? —Se volvió a encoger de hombros—. Vamos, ¿no lo sabes?

—No hay muchos Marcados, dan mala suerte —dijo Leo, cabizbajo.

—¿Como un gato negro?

—Haces muchas preguntas —se quejó él, arrepintiéndose al momento—. Lo siento, no quería decir eso…

—Tranquilo, tienes razón, mi hermana Vera dice que soy como una mosca cojonera. —Sonrió orgullosa—. Solo una cosa más: ¿qué es este sitio?, ¿dónde estamos?, ¿te van a matar?

Leo la miraba abrumado: puede que fueran demasiadas preguntas para alguien tan callado.

—¿Te van a matar o no? —La paciencia nunca había sido el punto fuerte de la muchacha.

—Las Normas dicen que, si un ciudadano de Kalkahue sufre daños de cualquier tipo, el agresor debe pagar con su vida.

—Kalkahue… ¿Es ahí donde estamos? ¿Dónde queda?

No le sonaba de nada. Él se encogió de hombros de nuevo.

—¿En qué país? —Se desesperó Martina.

—Nunca he salido de aquí, no sé qué hay fuera.

—¿Quieres escapar con nosotras?

El muchacho puso cara de susto.

—No se puede huir —susurró palideciendo—, nadie lo ha logrado. Bueno, solo vosotras.

Así que ellas se habían fugado de allí.

Lucía había dibujado un millón de veces la estatua del pelícano con la que se habían topado al llegar; la gente gritaba que habían vuelto y ahora Leo le decía que ellas eran las únicas que habían logrado escapar. Por lo que la única conclusión lógica era que ellas, aunque no se acordara, ¿habían nacido allí? Vio a sus hermanas detenerse en la base de la pirámide y desmontar de los caballos rodeadas de soldados.

—¿Sabes a dónde nos llevan? —susurró Martina.

—Ante el Consejo —murmuró él—. Pregunten lo que te pregunten, di la verdad.

—¿Por qué?

—Mentir va en contra de las Normas. —Leo miraba a izquierda y derecha como si contarle aquello también fuera contra las malditas leyes—. Tienen Detectores, siempre saben que alguien miente.

—Tranquilo, estoy bien entrenada, no conoces a mi hermana Vera; si la puedo engañar a ella, ¡ninguna máquina de la verdad va a pillarme!

Llegaron a los pies de la pirámide donde se había detenido toda la comitiva y vieron cómo los soldados clavaban los estandartes con el dibujo del sol amarillo a ambos lados de la escalinata. La Diosa Madre empezó a subir las escaleras a buen ritmo. ¿Qué edad tendría? Desde luego, no podía negarse que estaba en forma, a diferencia de las diez monjas que la rodeaban, que empezaban a quedarse atrás. Para ser guardaespaldas, no estaban demasiado en forma… A las pobres no les vendría nada mal perder unos cuantos kilos.

—Te están esperando —dijo Leo, inquieto.

Seguro que esas normas de las que empezaba a estar más que harta también prohibían hacer esperar a su Alteza el Sumo Sacerdote o como se llamara el señor al que iban a ver.

Sus hermanas aguardaban nerviosas en el primer peldaño y le hacían gestos para que se diera prisa.

—¿Estarás bien aquí? —Martina saltó del caballo y él asintió.

La muchacha corrió hacia sus hermanas y, antes de alcanzarlas, Vera estiró el brazo y la agarró, tirando de ella escaleras arriba.

—¿A qué juegas? —explotó mientras subía los escalones de dos en dos.

—¿Yo? ¿A qué juego yo? ¿Hablas en serio? —Martina se paró en seco.

—No me encuentro bien… —Lucía se llevó la mano a la frente sudada, estaba muy pálida.

—¿Qué te pasa?

—¿Estás bien?

—No es nada, me duele un poco la cabeza —se lamentó apoyándose en sus hermanas, que se miraron con preocupación. Lucía nunca se quejaba, jamás.

—¿Puedes seguir? —le preguntó Vera con suavidad, y Lucía asintió mientras subía otro peldaño.

Poco a poco, y con paradas regulares para que Lucía descansara, llegaron hasta arriba.

—¿Algún problema, señoritas? —preguntó un guardia vestido como un gladiador, con cara de besugo y cuerpo de gorila, apostado a un lado de la puerta—. Armando Ferrer, para servirlas.

—Encantada —se apresuró a decir Vera, extendiendo la mano para que se la besara.

El joven, claramente atontado por su belleza, lo hizo encantado, y Martina sintió ganas de vomitar: ¡las habían raptado y su hermana estaba ligando!

—¡Avanzad! —gritó el Guardián subiendo el último escalón y empujándolas con suavidad hacia dentro.

Antes de entrar, las hermanas alcanzaron a ver un sol dibujado en la parte superior de la pared, parecido al de los estandartes que portaban los soldados que se habían quedado abajo.

—¡Espero volver a verla, señorita! —exclamó el gladiador, y Martina no pudo evitar poner los ojos en blanco.

Dentro del templo en lo alto de la pirámide, el ambiente era fresco y estaban en semipenumbra. Después de la claridad del exterior, costaba acostumbrarse. Accedieron a un salón ovalado con gradas que lo rodeaban por completo, como si fuera un anfiteatro, y con una especie de estrado con cuatro plazas. Había un señor con una peluca blanca de pelo rizado y largo, de esas que llevaban los ingleses en la Cámara de los Lores, y túnica negra sentado en el centro. Llevaba un mazo de madera como el de los jueces y lo agitó en el aire en cuanto las vio.

—¡Por fin! —dijo carraspeando—. ¡Bienvenidas al Templo del Sol! Sentaos, por favor.

En el centro había tres sillas de madera. Vera escogió la del medio, ayudó a Lucía, todavía pálida y claramente mareada, a sentarse a su derecha, y Martina se quedó con la silla que sobraba.

Frente a ellas, cubiertas con sábanas de seda blanca, había numerosas estatuas. Parecían tener forma de mujer. Martina se imaginó esculturas grecorromanas de mármol, aunque el estilo arquitectónico no encajaba con la pirámide en la que se encontraban.

La Diosa Madre, una anciana rolliza de hábito marrón y el Guardián ocuparon los asientos contiguos al juez. Las diez monjas del séquito de la Diosa Madre permanecieron de pie tras ella. ¿La seguían a todas partes?

—¡Traedla! —dijo el juez golpeando la tarima con el mazo.

Inmediatamente, una puerta lateral de madera se abrió y dos mujeres de hábito gris escoltaron a una tercera vestida con hábito marrón y la cabeza cubierta por una bolsa de tela negra. Martina se revolvió inquieta en su silla: ¿quién era la encapuchada? Una de las guardianas tenía un parche en el ojo. Mierda, era Agustina, la monja psicópata, que, sin perder el tiempo, le arrancó la capucha a la prisionera. La cara aterrorizada de Elba apareció ante ellas: tenía los ojos hinchados de tanto llorar y le habían rapado el pelo. Las hermanas pegaron un brinco al verla.

—Prisionera Elba —dijo el juez con tono ceremonioso—, en nombre

del Pueblo Sagrado de Kalkahue y como su representante máximo, yo, Supremo Sacerdote Solar, la acuso de traición y rapto de tres de nuestras hijas más preciadas.

—Yo no he hecho nada —sollozó Elba, negando con la cabeza.

—Mentira —dijo la mujer de la túnica gris que acompañaba a Agustina. Su voz era metálica e inexpresiva, como de robot.

—No puedes engañar a nuestro Detector y ya sabes que las Normas no permiten mentir —dijo el Supremo Sacerdote Solar como si le hablara a una niña pequeña.

—¡Fue idea de Sofía Ugarte! —gritó Elba desmoronándose y cayendo al suelo.

—Verdad —dijo la mujer robot.

¿Aquello era el Detector sobre el que la había prevenido Leo? ¿Una monja?

—¿Osas acusar a nuestra difunta Oráculo? —gritó la monja de la tarima, abandonando el asiento junto a la abuela.

Descendió los cuatro escalones y pasó frente a las esculturas envueltas en sábanas que parecían inclinarse hacia ella. Martina pegó un respingo, aunque nadie más se asustó. ¿Qué se escondía bajo aquellas telas? Las figuras humanas se giraban al paso de la monja.

—Legión de los Suspiros —le dijo el Sacerdote con tono apaciguador—, ustedes mejor que nadie saben que no se puede engañar a un Detector, al menos no una simple Bloqueadora como ella…

—Elba no es una simple Bloqueadora, era la mejor de entre nosotras. Por eso la asignamos a Sofía Ugarte, a nuestra Oráculo, todo un honor, y ella nos traicionó.

Elba agachó la cabeza avergonzada.

—¿Y si fue ella quien la mató? —preguntó la monja, acercándose a la acusada.

—¡Yo no he matado a nadie! —se defendió Elba llorando.

—Verdad —dijo la mujer robot sin ni siquiera parpadear.

A Martina le costaba seguir lo que decían: ¿acusaban a Elba de haber matado a su madre? ¡Pero si su madre murió al darle a luz a ella! ¿O eso también era mentira?

—Basta ya —dijo la abuela, bajando también de la tarima seguida de sus diez monjas habituales. La representante de la Legión se hizo a un lado y dejó que Constanza y su séquito rodearan a Elba.

—¿Durante todos estos años ha sido fácil bloquear a mis nietas?

—No —dijo gimoteando—, son muy poderosas.

—Verdad —dijo la mujer robot.

—¿Las tres? —insistió la abuela.

—Sí.

—Verdad.

—¿En serio? —dijo la abuela acercándose a sus nietas.

Martina se puso más tensa de lo que ya estaba y se irguió todo lo que pudo en la silla: aquello no le gustaba nada, pero no pensaba amedrentarse como un ratoncito para que la maldita gata se la comiera.

—¡Sí! —gritó Elba y se ganó un codazo de Agustina. Cayó al suelo y continuó hablando de forma atropellada—: Su madre me dijo cómo hacerlo. La mayoría del tiempo llevaban los colgantes lunares y, así, no tenía que bloquearlas. Aprovechaba esos ratos para recuperar fuerzas, dormía casi todo el tiempo. Cuando Saúl les quitaba los colgantes, las bloqueaba para que no nos pudieran encontrar. Un poder así de fuerte es muy fácil de localizar. ¡Su poder es arrollador! Me consumían.

—¿Incluso la pequeña?

La pregunta pilló desprevenida a Martina. ¿Sabía su abuela que ella era incapaz de rellenar los colgantes lunares? ¿Que nunca en toda su vida había conseguido hacer nada fuera de lo común?

La abuela se giró entonces hacia ellas.

—Vera, querida, alguna vez, aunque sea una sola vez, ¿ha realizado algo extraordinario o siquiera fuera de lo normal tu hermana Martina?

—No —dijo su hermana con la vista fija en el jurado—, nunca ha demostrado ninguna habilidad de ningún tipo; no ha destacado en nada, ni siquiera comparada con las personas ordinarias.

Fue como si le hubieran propinado una patada en todo el estómago.

Martina sabía que aquello era cierto; aun así, escocía oírlo. ¿Así la

veían?

—Verdad —repitió el robot.

—¡Eso no es cierto! —gritó Elba—. Martina puede engañar incluso a la propia Vera.

—Verdad.

—Bueno, bueno —dijo el Supremo Sacerdote levantándose y frotándose las manos—, puede que, al fin y al cabo, el Detector no nos sirva en esta ocasión. ¿Quién miente y quién dice la verdad? —Volvió a sentarse y empezó a susurrar algo al Guardián, que asentía en silencio.

—¡Elba es inocente! —gritó Martina levantándose, pero su abuela tiró de ella hacia abajo.

—Calla, es por tu bien —le susurró.

El Supremo Sacerdote Solar apenas levantó una ceja y siguió discutiendo algo con los otros miembros del Consejo. No se oía lo que decían.

Puede que Martina no tuviera una habilidad especial, pero habiéndose criado con sus hermanas, sabía exactamente cuándo alguien mentía: nadie fingía tan bien como Vera ni tan mal como Lucía. Vera siempre había tenido un don para hacer todo tipo de trastadas y después salirse con la suya tan campante, y ahora sabía de quién lo había heredado: su abuelita era toda una maestra en el arte de manipular.

—Tenemos un veredicto —carraspeó el Supremo Sacerdote Solar—. Ya que, a diferencia de sus hermanas y de todos los ciudadanos de Kalkahue, no se pudo hacer cuando nació, se someterá a Martina Ugarte a la Gran Prueba para comprobar si ha sido bendecida con el Don. Para ello escogerá a alguien de la Legión de los Suspiros como supervisora y una sirvienta para su preparación…

—Eso no será necesario —lo interrumpió la abuela con condescendencia—. No permitiré que mi nieta pase por esa humillación. Aunque no tenga ninguna habilidad, sigue siendo un miembro de nuestra familia y como tal la defenderé.

—¡Lo haré! —gritó Martina, poniéndose en pie.

—¡Cállate! —le dijo la abuela perdiendo la paciencia—. No sabes lo que dices, ¡siéntate!

Martina la ignoró, no necesitaba que la Diosa Madre la defendiera. Se valdría por sí misma, siempre lo había hecho.

—Haré la prueba y escojo a Elba como mi supervisora y al chico de los establos como sirviente.

—¡Eso es imposible! —se quejó la monja rolliza.

—¡No digas estupideces! —gritó su abuela.

—Concedido —dijo el Sacerdote Supremo sonriendo, y golpeó la tarima con el mazo.

# 15
# El encuentro

***Año 1542***
***En algún lugar del virreinato del Perú***

El muchacho de pelo castaño y piel pálida se acurrucó tras uno de los árboles de la frondosa selva y, con la mano en el trabuco que le había robado a un soldado español, aguzó el oído. Debería ir descalzo como los indios, causaría menos ruido. No oyó nada; parecía que había vuelto a escapar de los militares. De un manotazo, espantó a uno de los muchos mosquitos que lo rodeaban. No terminaba de acostumbrarse a aquel calor húmedo, pesado.

Echaba de menos el sirimiri, la fina lluvia que caía sin parar en su tierra. En la selva no llovía así: diluviaba. Todo era distinto, hasta el mar. Él, que había pasado casi más tiempo en barcos pesqueros que en el caserío familiar, no era más que un ignorante en este lugar indómito. Llevaba once años vagando, sin asentarse en ningún lugar. Los conquistadores españoles avanzaban en todas direcciones y no tenían escrúpulos en proclamarse dueños y señores de todo lo que encontraban a su paso. Cambiaban los nombres de las aldeas y hasta de sus gentes. Moldeaban su Nuevo Mundo a imagen del antiguo y él no tenía cabida en ninguno de los dos: proscrito en uno y exiliado en el otro.

El joven sacudió la cabeza. No tenía sentido seguir acordándose de lo que había dejado atrás. Él nunca volvería, jamás dejarían de buscarlo, no después de lo que había hecho, aunque no se arrepentía lo más mínimo.

Un rugido animal hizo que saltara asustado. ¿Otro puma? Aceleró el paso. Aquella zona era demasiado peligrosa para él y no solo por los depredadores. Tanto oro y plata habían atraído a muchísimos españoles. Debería abandonar el virreinato de Perú y seguir hacia el

sur. Se comentaba que una nueva expedición partiría hacia Nueva Extremadura. No había demasiados voluntarios. Se decía que era un territorio maldito que no poseía riqueza alguna y que solo daba sufrimientos. Además, había que atravesar un desierto para llegar allí y, una vez alcanzada la meta, uno no veía más que el amplio mar a un lado y unas enormes montañas que rozaban el cielo al otro. Eso no era todo: los indios de la zona no eran como los yacanonas, acostumbrados desde siempre a obedecer a alguien, y atacaban sin cesar los asentamientos recién creados por los conquistadores.

Un chasquido lo puso en alerta. Se paró en seco y contuvo la respiración; no vio nada. Su estómago rugió, así que decidió que había llegado la hora de comer. De la maltrecha bolsa en la que guardaba sus escasas pertenencias sacó la carne en salazón con la que había subsistido los últimos días. Pronto se quedaría sin nada. Apartando ese funesto pensamiento de su mente, se disponía a dar el primer bocado cuando la vio. A diferencia de los ruidosos españoles, esta muchacha se movía de forma sigilosa. Apenas pudo distinguir sus rasgos, ya que se escondía tras unos arbustos, pero su tez morena dejaba claro que se trataba de una india. La chica se levantó poco a poco y, tras lanzarle una mirada furtiva, se empezó a alejar.

Al caminar, él pudo observar su alta figura y quedó alarmado por su extrema delgadez; aquella muchacha se estaba muriendo de hambre. Tras sopesarlo unos segundos, le dijo que se acercara:

—*¡Chaskiq hamuy!*

Aunque todavía no dominaba el quechua, el idioma de la mayoría de los nativos de la zona, había aprendido algunas frases. A veces sus sonidos le resultaban extrañamente familiares, como si compartiera musicalidad con la lengua de su tierra, el euskera, tan distinta al castellano que la rodeaba por todas partes.

—*¡Allin chayamusqa uyansa!* —insistió él. Aunque, exactamente, ¿a dónde le estaba dando la bienvenida? La joven ni siquiera se inmutó y siguió caminando. Entonces, José supo lo que tenía que hacer y, con decisión, lanzó su último alimento hacia ella. Muerta de hambre, se abalanzó sobre el trozo de carne y empezó a devorarlo como si no hubiera comido en días. El chico ignoró las quejas de su

estómago y, levantándose con esfuerzo, se alejó de la escena. No avanzó demasiado, ya que notó que alguien lo seguía. Era la muchacha, alargando hacia él la mano en la que portaba la carne.

Lo miraba con ojos asustados y él tampoco conseguía relajarse a su lado. ¿Y si era una trampa? ¿Y si la habían enviado para atraparlo al fin? Si fuera una espía, seguramente estaría mejor alimentada, pensó él. La pobre estaba en los huesos y sus ropas no eran más que harapos. Tenía diversos tatuajes en muñecas y tobillos: pelícanos, arañas, serpientes… Extraños dibujos para pintarlos en la piel. A pesar del hambre o las dificultades, sus ojos marrones casi negros brillaban con fuerza. Sintió la necesidad de hablarle, de decirle que todo saldría bien, que todo se arreglaría, pero probablemente ella no le entendería.

—No te haré daño —dijo al fin—. Te lo prometo. Me llamo José. José Ugarte.

—Suysuy —respondió ella sonriendo, y el joven, a pesar de estar a miles de kilómetros de su casa, sintió algo parecido a la calidez de su añorado hogar.

# 16
# La auténtica Ugarte

***En la actualidad***
***Kalkahue***

Nada más emitir el veredicto, y en mitad de las quejas y gritos de la abuela, sus hermanas y el Guardián, el Supremo Sacerdote Solar con pinta de juez se escabulló a su despacho, contiguo a la sala donde se había celebrado el proceso, sujetándose la peluca de lord con una mano e indicándole a Martina que le siguiera con la otra.

—Se nota que eres una Ugarte, ¿eh? —le dijo cerrando la puerta de madera tras ella—. ¡Qué heroico ofrecerse voluntaria para la Gran Prueba!

Más que valiente, Martina se sentía cada vez más estúpida. ¿A qué demonios había accedido? Quizás su abuela estuviera intentando protegerla; al fin y al cabo, se suponía que eran familia. ¿Y qué había hecho ella? Indignarse porque habían dicho que no tenía ninguna habilidad. ¿Acaso era mentira? No. En toda su vida, ni siquiera había logrado llenar ni uno solo de aquellos colgantes de media luna que sus hermanas completaban cada mes. Había vuelto a actuar de forma impulsiva. Tenía que darle la vuelta a la situación.

—Señoría, no quisiera darle más trabajo del que seguro tiene, mejor me retiro…

—No soy un magistrado, querida, soy el Supremo Sacerdote Solar, máximo representante de Inti en Kalkahue —dijo él secándose las gotas de sudor que le bajaban por la frente con un pañuelo bordado con soles amarillos. Tenía la cara maquillada de blanco—. Me temo que ya no puedes echarte atrás. Tienes exactamente hasta la próxima luna llena para prepararte.

—¿Prepararme para qué?

—¡Para el mayor de los torneos! Cada miembro del Consejo

diseñará su propio ejercicio especialmente para ti, por lo que te enfrentarás a cuatro retos y todo Kalkahue estará presente para apoyarte.

—¿La prueba es delante de la gente?

—¡Claro! Nadie se la querrá perder. —El sacerdote dio pequeños golpes a la mesa con el mazo, sin ni siquiera darse cuenta de lo que hacía—. Hace mucho tiempo que se celebró la última Gran Prueba, no es algo que se vea todos los días.

—¿Pero no ha dicho que todo el mundo pasa la prueba al nacer?

—Oh, querida —rio el hombre—, de verdad que no te han contado nada, ¿eh? La Gran Prueba y la ceremonia de nacimiento no son para nada la misma. Cuando nace un ciudadano, la verificación a la que se le somete es más bien un trámite para ver que todo está bien, cuestión de segundos, pero lo tuyo, bueno, va a ser algo mucho más grande. ¡Va a ser histórico!

Martina dejó de escuchar lo que decía aquel viejo y, rendida, se dejó caer en la silla. ¿En qué lío se había metido? El anciano estaba tan entusiasmado que ni siquiera pareció percatarse cuando ella se levantó para marcharse.

Una vez de vuelta en la sala circular, comprobó que allí ya no quedaba nadie. Perfecto. El día no hacía más que mejorar.

Las sábanas blancas que antes cubrían las estatuas humanas estaban tiradas en el suelo, desperdigadas. Tan solo quedaban las peanas doradas. Martina recordó cómo durante un momento del juicio le pareció que las figuras se movían. ¡No eran estatuas! ¿Por qué habían cubierto a personas? ¡Aquel lugar cada vez tenía menos sentido!

—Tranquila —se dijo en voz alta—, piensa, piensa.

Lo primero era encontrar a sus hermanas. Salió de la sala y miró hacia abajo: ni rastro del ejército que las había conducido hasta allí. Se concentró en las vistas desde lo alto de la pirámide. Aquella tenía que ser la mejor panorámica de Kalkahue. Desde luego, no se podía subir más arriba.

A lo lejos, el sol se estaba poniendo entre los ondulados picos de las Agujas, que desde esa perspectiva eran, sin duda, la cornamenta de un alce gigantesco. Bajo su falda se extendían los enormes

campos llenos de árboles frutales. Vio cómo el camino empedrado y amurallado ascendía por el valle como un meandro serpenteante, rodeado de las diminutas casas blancas en la llanura y las mansiones elegantes situadas más arriba, cerca del convento. No había demasiados edificios de ahí en adelante, solo algunos palacetes, un par de lagos, una especie de anfiteatro romano y un bosque muy frondoso que lo cubría casi todo.

La chica rodeó el edificio tras ella para ver qué había al otro lado y, nada más girar, la vista la dejó sin respiración. ¡Aquello parecía el mismísimo Himalaya! Las Agujas eran una nimiedad frente a estos otros montes. Avanzó un par de pasos hasta que un repentino aire gélido la frenó en seco. Desconcertada, volteó la cabeza para asegurarse de que los campos de frutas tropicales siguieran a su espalda. ¿Cómo podía ser? A un lado de la pirámide, el clima era suave y agradable, y al otro… ¿el Ártico?

Se pegó todo lo que pudo a la pared a su izquierda y avanzó con dificultad a causa del vendaval que regresó nada más girarse hacia la cordillera nevada. Temblando por el intenso frío, caminó, pero cada dos pasos el viento le hacía retroceder uno. Mirara donde mirase, solo veía montes altísimos cubiertos de nieve y un cielo nublado y oscuro que amenazaba con una inminente tormenta.

—¿Qué demonios? —se aferró a la pared para no caerse debido a la ventolera.

Le castañeaban los dientes; allí no podía quedarse. Deshizo sus pasos y volvió a la cara principal de la pirámide. Fue como pasar de un invierno glacial a una primavera exquisita. Apenas veinte metros separaban las dos estaciones y esos dos mundos. Dio pequeños saltos para sacudirse el frío que se le había metido hasta dentro. Le picaban los ojos. Se los tocó y descubrió que ¡tenía hielo en las pestañas!

Oyó voces animadas a su espalda y, al girarse, descubrió a un grupo de mujeres jóvenes desnudas que caminaban hacia ella, aunque todavía no parecían haberla visto. Todas tenían el cabello largo y suelto y eran muy llamativas, auténticas bellezas. Pelirrojas, rubias, morenas…, totalmente opuestas entre ellas y a la vez muy similares: eran perfectas. El tipo de mujer que salía en las revistas

de moda, aunque más ligeras de ropa; lo único que llevaban puesto eran joyas pomposas: pulseras, pendientes y collares que les llegaban hasta el ombligo o les rodeaban los senos, haciendo que sus pasos fueran acompañados de un suave tintineo. Martina no sabía dónde meterse, su desnudez la había desencajado.

—Hola —dijo sonrojándose.

El grupo se paró en seco y, tras unos segundos en los que parecieron congelarse, echaron a correr hacia la sala circular.

—Lo siento, ¡no quería asustaros! —Las siguió para disculparse, pero, al acceder al salón, vio cómo las mujeres recogían las sábanas del suelo y se las echaban por encima tapándose por completo. ¡Ellas eran las estatuas del juicio!

—Disculpad si os he molestado… —Ninguna dijo nada, ni siquiera se percibía su respiración bajo las telas—. No era mi intención incomodaros…

Más silencio.

Tras varios intentos, se rindió y decidió bajar de la pirámide. Tenía que encontrar a sus hermanas. Descendió las escaleras saltando de dos en dos; el movimiento la ayudaba a pensar. ¿Cómo podían huir de allí? Por aquellas montañas, imposible; tendría que ser por las Agujas. Cuando ellas llegaron no había nadie en el lago subterráneo, tan solo la Pecera vacía.

«¿Cómo bajaremos hasta allí?». Martina se paró en seco para intentar ordenar sus pensamientos. Tendría que averiguarlo. Tenía que trazar un plan, escaparían de allí y no tendría que pasar ninguna estúpida prueba ni ver cómo ejecutaban a personas inocentes. Retomó la marcha saltando las escaleras de tres en tres y, al llegar a la base de la pirámide, vio que allí todavía quedaba alguien: Leo y Neptuno la esperaban. El chico estaba sentado en el suelo, al lado del caballo.

—Buenas noticias —dijo Martina intentando mirar todo aquello por el lado positivo—, no pueden castigarte, ya que eres mi ayudante para una especie de examen que tengo que hacer.

—¿La Gran Prueba? —dijo él abriendo mucho los ojos—. ¡Así que es verdad! No me lo podía creer. ¿Tu abuela lo ha permitido?

—Vaya, ¿ahora te pones a hablar? —dijo ella buscando a sus

hermanas con la mirada.

—Las han llevado al Palacio Lunar.

—¿Lunar? ¿Aquí todo es solar o lunar? —Martina empezó a andar sin rumbo. Estaba hasta las narices de tanto astro—. ¿Por dónde queda ese palacio?

Leo no se movió mientras miraba fijamente sus pies.

—Y ahora, ¿qué?

—La Legión de los Suspiros ha dicho que te lleve al convento —se disculpó él.

¿Querían separarlas? Martina metió la mano en el bolsillo de su pantalón vaquero y palpó el frío metal de los colgantes lunares. Era lo único que le quedaba de su familia. Quiso llorar, gritar y patalear, pero ya no le quedaban fuerzas. Exhausta, alargó el brazo hacia el muchacho para que la ayudara a montar. Una vez montada, volvió a alargar el brazo para que Leo subiera también.

—Las Normas prohíben que…

—Sube.

—Las Normas…

—¡Qué les den! —explotó ella.

—No digas eso —susurró aterrado, mirando hacia la pirámide—, podrían oírte.

—¿Y qué me van a hacer? —bufó—. ¿Mandarme a la puñetera Gran Prueba? Ya me he presentado voluntaria yo solita, así que… ¡Venga, sube!

El chico seguía negando con la cabeza, aunque con menor convicción. Martina mantuvo el brazo estirado hacia él hasta que, todavía negando con la cabeza, lo tomó y montó tras ella. Ninguno dijo nada mientras Neptuno los llevaba directamente hasta el portón del convento.

Una ventana protegida con barrotes de acero se abrió en la parte inferior del portón y una mujer con gafas de cristal grueso, que aumentaban el tamaño de sus ojos, asomó la cabeza. Le daban aspecto de insecto. Los miró unos segundos, dio un respingo y, cerrando el ventanuco de golpe, gritó:

—¡Abriendo ala norte!

La enorme puerta de madera empezó a emitir todo tipo de

sonidos: parecía que dentro de ella hubiera cientos de barreras que se estuvieran apartando para dejarlos pasar.

—¿Cómo la han dejado sola, Hija de la Luna? ¡No puede andar sola por la calle y menos a estas horas! —Se alarmó la monja rechoncha, haciéndose a un lado para que entraran al claustro desierto. ¿Sola? ¿Acaso no veía a Leo a su lado?

—¿Dónde están las otras monjas?

—Orando, señorita, es muy tarde. —La religiosa introdujo una llave descolorida y antigua en la cerradura del portón y este empezó a cerrarse con lentitud. Ni siquiera había anochecido del todo.

—¿Qué hora es? —quiso saber la muchacha.

—Ya se lo he dicho, tarde —dijo la monja con aspecto de libélula ayudando a desmontar a Martina—. Marcado, llévate el caballo al establo.

Leo hizo una especie de reverencia y empezó a retirarse.

—¡No le llames así! Su nombre es… —Martina iba a protestar, pero una mirada de súplica de Leo la detuvo: le estaba pidiendo que no dijera nada. Se tuvo que morder la lengua para callarse. La monja, que no parecía tener mala intención, miraba de uno a otro sin entender nada.

—Sígame, señorita, hace tiempo que debería estar inmersa en la Rutina del Ocaso.

La monja se dirigió hacia las escaleras y Martina la siguió, despidiéndose de su amigo en silencio. La verdad era que necesitaba dormir, estaba agotada. Atravesaron el salón ovalado y llegaron a la habitación con bañera y grandes ventanales de aquella tarde. ¿Aquella tarde? ¡Parecía que hubieran pasado días desde entonces!

—Su cena está sobre la mesa, señorita. Si desea algo, toque la campanilla.

—Gracias… ¿Cómo te llamas?

—Soy miembro de la Legión de los Suspiros —sonrió la monja, orgullosa.

—Ya, pero tendrás un nombre, ¿no?

La monja la miró sin comprender y se dirigió de forma apresurada hacia la puerta.

—Buenas noches y que Quillapa Huillac ilumine su camino.

—¿Quién?

—Quillapa Huillac, señorita.

—¿Qué?

—La luna, señorita, la luna.

¡Otra vez con la luna! La luna o el sol, en aquel lugar no parecía haber otra opción. Ella ya había tenido su porción de luna con los malditos colgantes de su infancia.

La monja la dejó sola y ella se acercó a la cama, ¡por fin! Se tumbó sobre ella con la ropa puesta y cerró los ojos cuando su estómago rugió. ¿Cuánto hacía que no comía? Abrió un ojo y vio una bandeja de cerámica con comida sobre la mesa. Volvió a cerrar el ojo, estaba demasiado cansada para levantarse, pero su estómago protestó de nuevo. Suspirando, se levantó y se acercó a la mesa: ensalada, pollo con verduras y un bol de frutas peladas y troceadas ¡cubiertas con chocolate negro y frutos secos! La chica se abalanzó sobre el postre cuando reparó en la niña acurrucada en una esquina.

—¡Gaia! ¿*Haz comidu*? —dijo con la boca llena. La niña asintió con la cabeza, pero su estómago rugió delatándola; parecía un ratoncito asustado y hambriento—. ¡Ven aquí!

La niña empezó a llorar. ¿Qué les hacían en aquel lugar para tenerlos a todos así de atemorizados? Martina se sentó junto a ella en el suelo y con su propia boca llena de comida, volvió a hundir la cuchara en el bol.

—Abre la boca, ez una *ozden*.

La niña cerró los ojos y abrió la boca, temblando de arriba a abajo. Martina le introdujo la cuchara en la boca y esta abrió los ojos de golpe.

—¡Qué rico! —Se le escapó y se tapó la boca con las manos como si no tuviera que haber dicho nada.

—Te *guzta*, ¿eh? —Martina dio un nuevo bocado y le dio otra cucharada a la niña, que esta vez no se resistió.

—¿Qué *ez*? —preguntó Gaia, examinando atentamente un trocito entre los dedos.

—¿*Cocolate*? —Martina tragó otro gran bocado para poder hablar —. ¿Nunca habías comido chocolate antes?

Negó con la cabeza y abrió la boca sin que se lo ordenara. Martina

sonrió orgullosa. La niña aprendía rápido, seguro que Leo no le habría pedido más chocolate. ¡Leo! ¿Le habrían dado algo de comer al pobre?

—Vamos —dijo poniéndose en pie—, abre la puerta.

Gaia se levantó de un salto y se tapó la boca con las manos.

—No podemos salir, señorita. —La niña señaló la oscuridad que ya lo inundaba todo al otro lado de la ventana.

—¿Por qué?

Ella volvió a señalar al cielo como si aquello lo aclarara.

—Gaia, ¡explícate!

—¡Es de noche! ¡Las mujeres no pueden salir de noche!

¡Lo que le faltaba! ¿Quién había creado esas estúpidas reglas y en qué siglo? Martina recogió la bandeja con la comida, abrió la puerta con el codo inclinando peligrosamente los platos y salió de la habitación seguida por la pequeña. Bajaron las escaleras de caracol y llegaron al establo sin cruzarse con nadie; Leo estaba barriendo.

—¿Alguna vez has probado el chocolate?

—¡No podéis estar aquí! —Dejó de limpiar la cuadra y se asomó a la puerta para comprobar que no las hubieran visto.

—Prueba. —Martina sostuvo la cuchara a rebosar de fruta y chocolate frente a la boca del muchacho y este negó con la cabeza. Las empujó dentro del establo y cerró la puerta tras ellas.

—¡No puedes salir de noche! Las Normas…

—Que pruebes —insistió Martina—. Gaia, dile lo rico que está.

—Está muy bueno. —La niña volvió a abrir la boca a ver si le tocaba más y ella le acercó la cuchara, que la pequeña engulló de golpe.

—Esto es para Leo. —Llenó la cuchara con lo que quedaba en el bol y se lo ofreció—. Pruébalo, por favor.

El chico abrió la boca y, con timidez, comió un trozo de piña con virutas de chocolate. Abrió los ojos como platos, como si nunca hubiera degustado algo así, y seguramente así fuera, aunque, como de costumbre, no dijo nada.

—Gaia, este es Leo y me va a ayudar con la Gran Prueba, que es una especie de reto que debo pasar…

—Para demostrar que eres una verdadera Ugarte y volver con tus

hermanas —dijo la niña dando lengüetazos a la cuchara, que brillaba como si la hubieran lavado.

—¿Cómo sabes tú eso? —Odiaba cómo sonaba aquello de la verdadera Ugarte. ¿Cómo se podía no ser miembro verdadero de una familia? La niña se asustó por su reacción y se tapó la boca con las manos.

—Lo si-siento —empezó tartamudeando—, oí cómo lo decía la Legión cuando trajeron la comida, yo solo…

—Tranquila, está bien —la tranquilizó—. ¿Dijeron algo más?

Gaia se miraba los pies descalzos y Martina le dio un muslo de pollo con la esperanza de soltarle la lengua. Funcionó: la niña agarró con avidez la carne y le dio un par de mordiscos mientras decía:

—¡Mmmm! ¿Y esto qué es?

—¿Pero qué demonios os dan de comer en este lugar?

—Papillas —dijo Gaia con la boca llena.

—¿Papillas? —Iba a preguntar de qué tipo cuando una mirada de Leo le recordó la situación en la que se encontraba—. Es pollo y te lo puedes comer todo. ¿Qué han dicho las monjas, Gaia?

—¿Todo? —La niña se chupó los dedos ruidosamente—. La Legión dijo que nadie ha superado la Gran Prueba desde Killari la Valiente, hija de Sysy, fundadora de Kalkahue… ¿Entero para mí?… Fue hace muchísimos años, en el tiempo de las primeras lunas, hace cinco mil años y…

—Quinientos —susurró Leo.

—¿Quinientos qué? —quiso saber la muchacha.

—Killari la Valiente vivió hace quinientos años y su madre se llamaba Suysuy, no Sysy —Leo lo dijo bajito, como si temiera molestar a la niña.

—¡Eso! ¡Suysuy! —dijo Gaia dándole otro mordisco al pollo—. La Legión dijo que no tienes de qué preocuparte porque solo una auténtica Ugarte como tú puede pasar la Prueba.

Martina, lejos de tranquilizarse, notó cómo se le encogía el estómago y se acordó de los colgantes lunares que jamás consiguió completar, y las palabras «auténtica Ugarte» le parecieron más dolorosas que nunca.

# 17
# Tan solo un niño

***1544***
***En algún lugar de la Patagonia***

—Tan solo necesitáis un niño para derrotar a los españoles —dijo Suysuy sentada sobre una roca alrededor de la hoguera. Hacía rato que había anochecido y el crepitar de las llamas dibujaba sombras que danzaban en los rostros de los ancianos.

Todos miraban expectantes a la joven, pero ninguno la apremió. Formaban un círculo alrededor del fuego sentados muy juntos uno junto al otro para que el cortante viento no se colara entre ellos. Aun así, encontraba huecos por los que infiltrarse. José Ugarte, arrodillado en el suelo al lado de Suysuy, dio un pequeño sorbo al tazón de caldo humeante. El vendaval sopló con vigor y él arrugó el cuello para esconder la cabeza en el capote que cubría su cuerpo.

En lo que le parecía una vida muy lejana, casi como si la hubiera vivido otra persona, José había sido pescador. ¡De ballenas nada más y nada menos! Estaba acostumbrado al frío, a la lluvia, al hambre, a vivir en un barco a miles de kilómetros de casa… Aquella vida no era para los débiles, muchos no la aguantarían, pero estaba convencido de que los mapuches sí. Los conquistadores españoles los habían subestimado y ahora pagaban el precio. La guerra no tardaría en embrutecerse para todos.

Los europeos habían dado por hecho que el sur caería con la misma facilidad con la que se había derrumbado el norte. El gran Imperio inca apenas supuso una lucha para las armaduras y caballería de los hombres barbudos, como los llamaron los nativos al verlos por primera vez, pero los españoles habían olvidado que los incas nunca llegaron tan al sur. El imperio nunca abarcó toda la región de los mapuches. Habían dominado el norte, cierto, y prueba

de ello era que los mapuches conocían el quechua, pero ellos no eran como los dóciles yanaconas; eran guerreros y estaban acostumbrados a luchar.

Virreinato del Perú. Así habían bautizado los españoles a su Nuevo Mundo. Nuevo, como si hasta su llegada aquellas tierras no hubieran existido. ¡Qué arrogancia! José esperaba que aquella soberbia fuera la perdición de los colonizadores. Suysuy decía que no, que su maldito imperio perduraría siglos, aunque ellos también sufrirían bajas y perderían batallas.

—El niño de las visiones deberá criarse en su casa, servirlo directamente a él, es importante que así sea —dijo Suysuy levantándose con agilidad pese a su abultado vientre. Lanzó un par de troncos al fuego, que crepitó con renovado aliento. Acercó las manos a la hoguera para entrar en calor y los tatuajes de peces y pelícanos de sus muñecas parecieron cobrar vida por un momento.

Ella no era mapuche, sino una chimú del cálido norte, y ese frío afilado le era desconocido. Suysuy cerró los ojos y se quedó de pie frente a la hoguera como si no hubiera nadie más a su alrededor. José temió que entrara en trance y se quedara horas allí de pie. Cuando las visiones la visitaban, la consumían por completo y era imposible apartarla de ellas.

La anciana Aliwen se levantó y, con delicadeza, rodeó a Suysuy por la cintura. Le palpó la voluminosa tripa con las arrugadas manos. Era la *machi* de aquella comunidad, la consejera y protectora.

—Tienes que descansar, tu hijo no tardará en llegar.

—Mi hija llegará con la próxima luna llena.

—Entonces, la llamaremos Killari.

—Luz de luna —sonrió—, me gusta.

José sonrió al oír el nombre en mapudungún de su futura hija, aunque no era la primera vez que lo escuchaba. Hacía ya meses que Suysuy le había explicado que elegirían ese. Decía que era bueno para su hija que le pusieran un nombre mapuche, que la protegería. Ella ya no sería ni chimú ni vasca, se alejaría de sus tías y abuelas, todas muertas. Asesinadas. Chimni, Sianka, Luzia, Ximona, Kattalin. Nunca las olvidarían, pero no querían aquello para Killari.

Ella sería libre y nadie la condenaría.

Suysuy no creía que fuera tan fácil librarse de las maldiciones, pero él se negaba a aceptarlo. Si no, ¿qué tipo de vida tendrían? Las pesadillas de Suysuy empeoraban día tras día. Soñaba con el sacerdote inca que había sacrificado a su hermana y torturado a su madre. José le imploraba que intentara olvidarlo, que nada bueno le llegaría reviviendo aquello, pero su mujer decía que no podía controlarlo.

—¿Con quién tiene que criarse el niño de tu visión, Suysuy? —preguntó Aliwen con dulzura.

—Con el gobernador Pedro de Valdivia.

Los ancianos chasquearon las lenguas; aquel hombre era despiadado y la causa de todas sus ruinas. Se decía que no había nacido quien lo pudiera derrotar.

—Lo matará —negó la anciana.

—No —respondió Suysuy sin ningún atisbo de duda—. No lo hará. Lo acogerá en su casa y le enseñará todo lo que sabe. Cuando el niño crezca, será vuestro líder y os entregará al gobernador en bandeja: brazos y piernas por un lado, la cabeza por otro. —Los ancianos se miraron sorprendidos—. Preparará cinco paquetes con sus pedazos y los enviará a cada rincón del imperio.

Los detalles.

Eran los detalles los que daban verosimilitud a las visiones. Nadie olvidaría lo del desmembramiento y aquella historia llegaría hasta el niño que se convertiría en hombre y mataría a Valdivia.

Pero ¿y si Suysuy no lo hubiera contado?

José se preguntó una vez más qué era lo primero: la visión o el destino.

# 18
# La nube

***En la actualidad***
***Kalkahue***

—Mira, ahí, la de azul.

—¿Dónde?

—Ahí, caminando entre el Marcado de los establos y la Descalza flacucha.

—¿Es verdad que va a someterse a la Gran Prueba?

Dondequiera que fuera en Kalkahue, los murmullos perseguían a Martina: grupos de monjas, soldados o niños juntaban las cabezas y susurraban a su paso; al principio, incluso la señalaban. Imaginaba que les pasaría lo mismo a sus hermanas, pero no lo sabía, ya que no las había visto desde el juicio de Elba.

—Necesito verlas —le pidió a la monja más anciana que encontró durante su primer día en el convento.

Se había dado cuenta de que, aunque la Legión de los Suspiros no tuviera jerarquía, las más jóvenes seguían e imitaban a las mayores. Cuanto más arrugada la piel, menos dientes y mayor panza, más poder parecían tener. Así que Martina se dedicó a buscar a la más vieja y oronda de todas ellas.

La encontró en el huerto.

La mujer, vestida con un viejísimo hábito marrón y un delantal gastado y sucio, estaba trabajando la tierra junto a cinco novicias que la ayudaban y ni siquiera levantó la vista del suelo cuando la abordó.

—Madre superiora de la Legión, ¿dónde están mis hermanas?

—En la Legión de los Suspiros ninguna es más que otra, Hija de la Luna. Recuerda que te quedan veintisiete días para la prueba. —La anciana introdujo un bulbo rosado en un agujero que parecía haber

hecho ella misma con las manos por lo sucias que tenía las uñas—. No puedes permitirte perder el tiempo. Ni el tuyo ni el nuestro.

Y siguió trabajando el huerto. Martina, terca como era, le había hecho la misma petición durante los siguientes siete días y había obtenido exactamente la misma respuesta. Tan solo cambiaba el número de días que faltaban para la prueba. Veintiséis, veinticinco, veinticuatro… ¿Cómo demonios querían que preparara algo de lo que no le decían nada? Cada vez que preguntaba por la Gran Prueba, las monjas se cerraban en banda. Tan solo sabía que serían cuatro retos, uno por cada integrante del Consejo, incluida su recién descubierta abuela, que no se dignaba a recibirla. Su palacio tenía más soldados que el Templo del Sol, y ninguno de ellos había sido tan amable como para abrirle la puerta.

Por lo menos, la maldita prueba le servía como excusa para explorar cada rincón de aquel extraño lugar. Pensaba encontrar una salida, costara lo que costara. Cada día, sin excepción, Martina, Leo y Gaia recorrían todos los caminos de Kalkahue. Ya debían de haber inspeccionado una cuarta parte del territorio y todavía nada.

Y cada noche, bajo la luz de las velas, perfeccionaba el plan de escape con Gaia. Las chicas compartían cuarto mientras Leo dormía en el establo con los caballos. Habían intentado convencerlo de que fuera con ellas, pero él dormía solo en la cuadra. Seguía sin decir demasiado y obedecía a cualquiera sin rechistar, más dócil que un animal amaestrado. Las monjas le pedían de todo: «Marcado, limpia el abrevadero»; «Marcado, lleva el heno»; «Marcado, arregla el portón». Incluso algunos de los niños Descalzos que correteaban por el patio le daban órdenes que el muchacho cumplía a rajatabla. Y él accedía sumiso, todo con tal de no colaborar en el plan de huida:

—¡Tenemos que prepararte para la Prueba! —decía siempre pasándole un libro viejísimo y gordísimo de cuero que guardaba entre la paja del establo: *Ilustre historia de la Comuna de Kalkahue y el tratado por la que fue fundada*. Solo el título le daba sueño. ¿Qué esperaba encontrar en un libro de historia? Martina lo había hojeado por encima y no entendía la ayuda que podía ofrecerle. El lenguaje era muy arcaico y estaba lleno de poemas y mapas con todo tipo de iconos y símbolos. Era un ejemplar curioso,

seguramente tendría un gran valor para los eruditos y Leo lo conservaba como oro en paño, pero ¿en qué la ayudaba para superar unos retos que ni siquiera conocían?

Cada noche, Martina y Gaia inventaban vías de escape que al día siguiente contaban a Leo para que este buscara posibles errores que siempre encontraba: el Guardián nunca abandona su puesto de centinela, la Pecera solo se pone en marcha con una monja en su interior, las Montañas Heladas son infranqueables, y así hasta el infinito.

—¡Leo! Deja de decir que es imposible —se enfadó un día Martina.

—Es que lo es —dijo resignado.

—¿Y cómo nos escapamos mis hermanas y yo?

—Nadie lo sabe, solo Elba.

Pero su cuidadora no estaba siendo de gran ayuda: en las escasas visitas que le habían permitido, no paraba de llorar y no había podido sonsacarle nada de información.

—Leo, ¿me das tu chocolate? —preguntó Gaia con aire inocente una mañana en la que iban los tres de camino a visitar a Elba a su celda en lo alto de la pirámide. El muchacho sacó con mucho cuidado, como si se tratara de un tesoro, las onzas de chocolate negro que le había dado Martina la noche anterior y alargó el brazo hacia la niña, que daba saltos de alegría con la boca abierta, lista para engullir el dulce.

—Gaia, deja de aprovecharte de él, y tú —dijo Martina señalando al muchacho— tienes que aprender a decir que no.

Leo negaba con la cabeza.

—A ti sí que te dice que no. —Rio Gaia chupando el chocolate, contenta.

Al contrario que Leo, la niña no callaba ni debajo del agua. Estaba resultando una fuente inagotable de información, aunque no del todo fiable, tenía bastante imaginación. Una vez se le pasó el susto, fue como si hubieran quitado el tapón de una catarata: bastaba con darle algo de comer, cualquier cosa, y empezaba a hablar atropelladamente. Funcionaba incluso con apio que las monjas incluían en todas las comidas que le daban. Ellas no podían comer lo mismo, era imposible estar tan gordas con tanta verdura y pollo a la

plancha. Para Gaia, sin embargo, todo lo que no fuera la papilla insípida reservada para los Descalzos era un manjar. Martina había probado esa especie de gacha sosa por curiosidad y le había sabido horrible.

—¿Vamos por el atajo? —dijo la niña—. Una vez vi un pájaro de colorines desde allí. Era morado y rojo y amarillo…

A Martina le gustaba aquella verborrea, era como tener una radio encendida todo el tiempo. Además, gracias a ella, empezaba a entender algo de aquel lugar que seguía pareciéndole una maldita secta.

—A ver, listilla, ¿ya te has enterado de cuándo se celebró la última Gran Prueba? —preguntó, y la niña agitó los brazos emocionada, encantada con su papel de informadora.

—El Descalzo gordito que vive en la herrería… —empezó.

—¿El gordito rubio o pelirrojo?

—¡El pelirrojo no vive en la herrería!

—¿No ves que sería mucho más fácil si tuvierais nombres?

—El Descalzo gordito vive con el grupo de abajo, donde la muralla se agranda…

—Al grano —la cortó Martina acelerando el paso para evitar a un grupo de tres hombres con túnica negra que murmuraban.

Los de negro, le había explicado Gaia, eran miembros de la Casa Solar, soldados en su mayoría y, por lo tanto, armados, aunque fuera con lanzas de madera o de un material de nombre extraño similar a la cerámica. Al parecer, en Kalkahue estaba prohibido el metal. Decían que daba mal fario. Martina sospechaba que la verdadera razón era despojarlos de armas reales con las que defenderse. ¿Qué iba a hacer un atajo de supersticiosos con lanzas de *kimchi*, como llamaban a la arcilla que ellos mismos fabricaban?

Las monjas de hábito marrón, por otro lado, conformaban la Legión de los Suspiros y, una vez que pasaban de aprendices a legionarias, les rapaban el pelo, les cubrían la cabeza con un velo y ¡perdían su nombre! Se suponía que tenían que olvidar que alguna vez lo habían tenido. Como si eso fuera posible.

Por último, las Detectoras o las de hábito gris, grupo liderado por la sádica de sor Agustina, era una especie de policía: descubrían si

alguien mentía o desobedecía alguna de las mil normas y los castigaban. Estas también se cubrían la cabeza, pero no se rapaban el pelo; las Hijas de la Luna tampoco. En cuanto al velo, las Hijas de la Luna empezaban a llevarlo cuando las casaban.

Martina, por el momento, iba de azul, es decir, la consideraban una Hija de la Luna aunque todavía no hubiera pasado la Prueba. Había preguntado a las monjas qué se suponía que ocurriría si no la superaba, pero tan solo se limitaban a recordarle que era la nieta de la Diosa Madre y la hija de la Gran Oráculo.

Sin presiones.

Su túnica era de seda fina y le llegaba hasta los tobillos, tapándole las sandalias de cordeles que le habían entregado en el convento. El vestido era bonito, elegante, y aquel color resaltaba su piel morena, pero no era práctico para andar a caballo ni para correr o saltar. De todas formas, las Hijas de la Luna no podían hacer nada de eso, ¡ni tan siquiera podían andar solas por la calle! Ni acompañadas de noche. Aquellas estúpidas Normas lo prohibían. Seguro que las había escrito un hombre. Ellos sí podían hacer de todo, incluso había una especie de escuela que llamaban el Coliseo donde se entrenaban, aunque no entendía exactamente para qué se preparaban. Las mujeres tenían prohibida la entrada, cómo no.

Gaia no supo explicarle quiénes eran las mujeres desnudas del Templo Solar, las que se escondieron bajo las sábanas al verla. ¿Las habría ofendido?

—No las ofendiste —le explicó Leo—, eran barraganas.

¿Lo había preguntado en alto?

—¿Las Innombrables? Dicen que son muuuuuuyyyyy guapas —añadió Gaia—, aunque nadie las ha visto, claro.

—¿Innombrables? ¿Qué quieres decir con que nadie las ha visto?

—Son mujeres pecadoras y lujosas y, si las ves, te quedas ciego para siempre.

—¿Pecadoras y lujosas? —Martina enarcó una ceja.

—Pecaminosas y lujuriosas —la corrigió él—. Son concubinas y solo pueden mostrarse ante los Hijos del Sol, no pueden abandonar la pirámide.

Martina pensó qué pasaría si alguien descubriera que ella las había

visto.

—Las castigarían —dijo Leo sencillamente.

Esta vez estaba convencida de que no lo había dicho en voz alta. ¿Tan evidente era lo que pensaba?

—El gordito rubio ha visto cómo fabrican espadas de *kimchi* para la prueba —dijo Gaia, recuperando la atención de la joven.

—¿Espadas? ¡Nunca he peleado con una espada!

—¡Pues claro que no! Eres una señorita —dijo la niña entornando los ojos—. No son para luchar, son para adornar a los soldados, ¿verdad, Leo?

El chico se encogió de hombros, tan hablador como siempre.

—También me han dicho —siguió la niña chupando ruidosamente el chocolate— que nadie se ha enfrentado a la gran prueba desde Mildred el Ciego.

—Willfred el Ciego —la corrigió Leo.

—¿Quién?

—Un señor de las Casas Altas —siguió Gaia.

—¿Superó la prueba?

—Casi —dijo la Descalza—. Murió en el tercer ejercicio.

Martina se paró en seco.

—No murió —dijo Leo, y las dos chicas se le quedaron mirando para que se explicara—. Se quedó ciego, de ahí su nombre.

—¡Ya sé! —saltó emocionada Gaia—. Le pusieron delante a una barragana y ¡pof! ¡Ciego!

Martina evitó mirar a Leo. Sabía que había aprendido todo aquello del ladrillo de libro que ella ni había tocado; le resultaba indescifrable.

—Yo puedo ayudarte a interpretarlo —se ofreció él—. Podrías empezar por la historia de Killari la Valiente, la primera en superar la Gran Prueba.

La muchacha abrió la boca y la cerró de nuevo sin decir nada. ¿Había dicho en alto que no entendía aquel mazacote?

Habían alcanzado las escaleras de la pirámide del Templo del Sol. De ahí en adelante, Martina debía seguir sola, no permitían la entrada de Descalzos ni Marcados, tan solo de ciudadanos, y en aquella ocasión lo agradeció, necesitaba intimidad. Subió corriendo,

necesitaba poner distancia entre sus pensamientos y Leo. ¿Era como Vera? ¿Él también dominaba la telepatía?

Para cuándo llegó arriba, estaba sin respiración: eran nada más y nada menos que doscientas cuarenta y una escaleras. Como cada vez que iba a visitar a Elba, se arropó con una capa de lana marrón que había tomado prestada del convento y que guardaba en su bolso de cuero, también prestado. La razón de no haber informado a las monjas de sus nuevas adquisiciones se debía a que no habrían entendido para qué querría abrigarse en Kalkahue. La temperatura no cambiaba del día a la noche, era siempre la misma, y nunca llovía ni se levantaba la más mínima brisa. El sol brillaba desde el alba hasta el anochecer y entonces llegaba una luna preciosa y muy brillante sin ninguna nube, excepto en el cielo que se veía desde el ventanuco de Elba, que siempre estaba nublado. En las Montañas Heladas, a las que siempre se asomaba, caía una tormenta.

Un nuevo intento: pegada a la pared de piedra, caminó despacio al otro lado.

Al igual que en las ocasiones anteriores, el aire empezó a cambiar y notó que se le erizaba el vello. Se tapó la cabeza con la capucha de la capa y siguió avanzando decidida: ahí estaba, otra vez el maldito Himalaya y otra vez en mitad de una tempestad. Según Leo, era imposible atravesarlo, pero Martina estaba decidida a encontrar la manera, tenía que haber una ranura, ¡algo! Asomó la cabeza hacia el precipicio para ver si había alguna forma de bajar al otro lado, pero un fuerte vendaval la lanzó contra la pared. El insistente viento le cerraba el paso. Colocándose el bolso de cuero frente al rostro, volvió a acercarse al acantilado. Había escondido los colgantes lunares de sus hermanas en el forro interior. Apretó sus congelados dedos contra la alforja, en parte para sentirlos y en parte también para intentar activar los amuletos. «¡Vamos, ayudadme!». Una nueva ráfaga la volvió a lanzar contra la pared. Los colgantes habían perdido su fuerza, ahora no eran más que dos medias lunas metálicas. Aun así, eran lo único que la unía a Lucía y a Vera. Maldiciendo, volvió al cálido verano de la cara sur de la pirámide y entró al Templo del Sol guardando la capa en el bolso.

—¿Cómo está Vera? —preguntó como siempre el guardia gorila.

—Bien, yo también me encuentro bien, gracias por preguntar —respondió ella, aunque el joven no dio muestras de percatarse del sarcasmo.

—Dale recuerdos de parte de…

—Armando Ferrer, sí, lo sé —contestó harta la chica. Le repetía su nombre cada vez que la veía.

Él estaba lanzando varias manzanas al aire y a la muchacha le dio la impresión de que tardaban en bajar, parecían quedar suspendidas frente al gorila, pero el gesto de arrogancia de Armando hizo que no le preguntara por el truco, era un chulo. Se creía un gladiador con esa lanza y escudo que yacían olvidados en el suelo.

Martina le dio la espalda y subió las treinta y tres escaleras de caracol que la separaban del pequeño calabozo de Elba. Se trataba de una celda circular de altas paredes de piedra con varias grietas por las que se colaba el aire. Ni siquiera le habían dejado una vela, por lo que pasaba las noches a oscuras. El único ventanuco de la habitación, una estrecha ranura con forma de herradura sin cristal, ubicado sobre un montón de paja que hacía las veces de cama, mostraba un cielo azul, como en el resto de Kalkahue, pero con una notoria excepción: una única nube en el centro. Un nubarrón que solo se veía desde aquella abertura, lo había comprobado. Cada vez que salía al exterior, Martina escrutaba el cielo en busca de alguna mancha que enturbiara el firmamento y nunca la hallaba. Nada. Otra rareza más de aquel extraño lugar. Para su sorpresa, ya no intentaba buscarles una explicación lógica a las anomalías de Kalkahue. Una más para la lista, se decía.

—Te lo contaré todo —dijo Elba sentada en el suelo, sobre la paja, nada más entrar la muchacha. Algo había cambiado en su actitud. En sus anteriores visitas, su cuidadora lloró sin parar y fue imposible hablar con ella. La chica se fijó en los vendajes de sus brazos: ¡la monja Agustina la había quemado!

—¿Estás bien? —preguntó arrodillándose junto a ella.

—Tranquila, no me duele.

Elba intentaba reprimir el hipo sin éxito, tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Martina intentó tragarse sus propias lágrimas, pero el dolor de su institutriz la desarmó sin poder contenerse.

—Ey, pequeña, no llores.

—¡Es una sádica! Nos las pagará…

—Tiempo perdido, para siempre ido —dijo señalando un hueco a su lado—. Siéntate.

Martina se secó las mejillas con la túnica y cruzó las piernas, obediente.

—Tu madre nos ofreció la libertad a cambio de ayudarnos a escapar.

Sin darse cuenta, la joven había dejado de respirar. Por fin sabría cómo habían huido de aquel lugar.

Y cómo había muerto su madre.

No podía desperdiciar aquella oportunidad.

—¿A quién? —susurró.

—A Saúl y a mí. Nos dijo que dejaríamos de ser esclavos. Yo no quería, tenía miedo; no conocía lo que había fuera de aquí, ¡este era mi mundo! —suspiró Elba poniéndose de pie—. Saúl me convenció: estaba harto de ser un Descalzo.

—¿El tío Saúl era un Descalzo?

—Gallina ponedora y mujer silenciosa, valen cualquier cosa —dijo Elba, y la chica asintió en silencio. Ahora entendía lo de la fijación por el calzado del tío. Coleccionaba todo tipo de zapatos como si fueran su bien más preciado—. Tu madre estaba embarazada de casi nueve meses cuando nos lo propuso, embarazada de ti. —Acarició la barbilla de Martina—. Nos dijo que no había tiempo, que no era seguro quedarse y que teníamos que marcharnos aquella misma noche. Recuerdo que lloré, lloré mucho. —Se quedó callada mirando un punto invisible de la pared. Parecía que no fuera a añadir nada más, pero tras respirar profundamente continuó—: La última vez que la vi descansaba en su cama tras dar a luz. Dijo que tenía algo que hacer y que vendría en un par de días. Nos había dibujado el camino en un mapa, sabía cuántos guardias habría y dónde, y así pudimos escapar. Cuando llegamos al lago con la Pecera, una furgoneta nos esperaba y nos llevaron hasta Mendoza.

Una lágrima cayó de la mejilla a la mano de Martina y esta la miró extrañada, ni siquiera se había dado cuenta de que estaba llorando. Poco a poco, soltó todo el aire que había retenido.

Su madre no había muerto al dar a luz.

No había sido culpa suya.

Elba le acarició el rostro con ternura.

Un guardia golpeó la puerta cerrada:

—¡Cinco minutos!

La chica se puso de pie de un salto y le pareció ver algo por la ventana, algo negro que se movía fuera. Se acercó y apoyó las manos en ambos lados del ventanuco, pero no encontró nada.

Solo la nube solitaria.

—Martina, tienes que prepararte para la prueba, es importante.

—Elba, sabes tan bien como yo que no tengo habilidades —dijo enjugándose las lágrimas—. ¡El tío me quitó el colgante!

—No sabes controlarlo, pero eres una Ugarte, incluso puede que más que tus hermanas: Lucía nunca ha podido engañar a Vera. ¿Hace cuánto que no sabe lo que realmente piensas? ¿Cuántos años desde que no conoce tus secretos?

—¡Porque no la dejo que me toque!

—Ay, pequeña, Vera no tiene que tocar a una persona para saber lo que piensa, le basta con mirarla y ¡pam!, conoce todo lo que pasa por su cabeza.

Martina empezó a caminar en círculos. ¿No hacía falta que te tocara? Cada vez que Vera había averiguado algo sobre ella, la había agarrado bien fuerte.

—Solo lo hacía contigo porque, desde niña, te le resistías. Hace años que intenta descifrarte y no puede. Sabe que eres especial.

—No lo soy, ¡no sé hacer nada! —Volvió a acercarse a la ventana—. No alivio a los enfermos como Lucía y no sé, ni de lejos, lo que piensa la gente. ¡Yo no soy especial!

—Cariño, escúchame con atención. Tu madre sabía que eras especial y te quería fuera de este lugar. Hazlo por ella.

—¿Cómo? —se desesperó.

—Tienes que averiguar quién ha superado la Gran Prueba y…

—La primera fue Killari la Valiente —contestó con rapidez. Menos mal que tenía a Leo.

—¿Te están ayudando las monjas del convento? —preguntó Elba, extrañada.

—No, tengo un amigo, trabaja en los establos, tiene un libro muy antiguo…

—¿El Marcado sabe leer? Eso no es posible… ¡Al burro viejo, poco engaño! —Elba se puso de pie de un salto—. ¿Acaso tiene habilidades?

¿Debería contarle sus sospechas sobre Leo?

—Bueno, él…

Martina miró por el ventanuco y esta vez lo vio con claridad: era la cabeza de alguien la que asomaba por la ranura. ¿Cómo podía ser? ¿A qué altura estaban? Sin pensarlo dos veces, estiró ambos brazos y agarró aquellos rizos negros.

—¡AAAAHHH! —gritó un chico levantando unos brazos morenos que asomaban por una túnica negra con soles bordados. Tan solo se veía su rostro de ojos verdes algo rasgados. Tendría su misma edad, quizás un año más.

—¿Quién eres?

—¡Suéltame! —gritó él intentando zafarse, pero la muchacha no aligeró la presión con la que tiraba del pelo—. ¿Quieres ver a tus hermanas? ¡Suéltame!

Era corpulento, podría soltarse fácilmente si quisiera, aunque no lo hizo.

—¿Qué sabes de ellas?

—Hoy, a la caída del sol, en la Estatua del Pelícano. ¡Ven sola!

Y desapareció como si hubiera saltado. La ventana era demasiado angosta para que pudiera sacar la cabeza y ver a dónde había ido.

—¡Ni se te ocurra ir! —Elba la arrancó de la ventana de un tirón—. Martina Ugarte, desde hoy en adelante ¡te vas a preparar para la Prueba!

—Fin de la visita —anunció uno de los guardias entrando en la estancia lanza en mano.

Martina aprovechó la aparición para zafarse de su institutriz, darle un rápido beso en la mejilla y salir disparada.

—¡Que no vayas! —Oyó que le gritaba Elba cuando ya había alcanzado el primer tramo de escaleras.

Sonrió para sí misma. ¿Cuánto faltaba para la puesta del sol?

# 19
# La maestra

***Año 1550***
***En algún lugar de la Patagonia***

—Papá, mejor utiliza este jarro —dijo Killari acercándose a él con una sencilla vasija de cerámica en las manos. Con delicadeza, la niña de seis años le quitó el *ketrumetawe* que José Ugarte sostenía en las manos—. No lo quieres para ninguna ceremonia, ¿verdad?

Killari depositó el cántaro con forma de pato en la repisa que colgaba sobre el fogón central donde se afanaba su padre. La niña encontró un hueco junto a la carne y las cebollas envueltas por el humo que desprendía el caldero humeante. La olla, al igual que la repisa, también pendía del techo de paja de la ruca.

—Es para tu madre, le estoy preparando una infusión para alejar a los malos sueños —dijo José hundiendo la vasija que le acababa de dar su hija en el líquido caliente—. ¡No! Me faltan las flores de colihue, ¿dónde las he puesto?

Se giró de forma brusca y tropezó con su propio *wangku*. El pequeño banco de madera labrada salió disparado hacia el telar situado al lado de la puerta de la casa y a duras penas consiguió no caerse él. El recipiente que sujetaba en la mano no corrió la misma suerte y se rompió en pequeños trozos que se esparcieron por el suelo de la ruca. Antes de que José se recuperara del susto, Killari ya recogía los pedazos de arcilla arenosa esparcidos por la tierra. Su padre se la quedó mirando, aturdido.

—Lo sabías —dijo observando el destrozo que había causado su torpeza—, sabías que lo rompería.

—No pasa nada, papá, es solo un jarro.

—¿Qué ha ocurrido? —les preguntó Suysuy desde uno de los laterales de la estancia, donde se encontraba tumbada en la cama

de paja.

—Nada —contestaron padre e hija a la vez. No querían molestarla; las fiebres que sufría eran cada vez más altas y estaba muy débil. La mujer intentó incorporarse, pero un ataque de tos repentino se lo impidió. Killari soltó los trozos de greda que había recogido del suelo y corrió al lado de su madre.

—¿Es el sacerdote inca? ¿Nos ha encontrado al fin? —preguntó delirando Suysuy.

—No, cariño, he sido yo, he roto una vasija, lo siento —se disculpó José acercándole un cuenco con agua—. Estás a salvo.

—No bajes la guardia, José, nos encontrará. Lo veo todas las noches en mis sueños.

—Dame tus manos, mamá. —Killari envolvió las manos cada vez más huesudas de su madre entre las suyas y empezó a canturrear una nana que le había enseñado de pequeña. Poco a poco, Suysuy volvió a dormirse.

—¿Qué le has hecho, Killari?

—Hago que olvide, papá.

—¿Olvidar al sacerdote?

—A él, a la hermana que le robaron, a las tías quemadas en la hoguera…

—¿Cómo sabes tú eso? —se alarmó José. Nunca lo habían comentado delante de ella.

—Todas visitan a mamá en sueños.

José observó a su hija. Era increíble que tuviera tan solo seis años. No era solo por sus dones, cada día más desarrollados. Las pesadillas que afligían a su madre no le afectaban de la misma manera. Era capaz de distanciarse de sus visiones, incluso de las que le atañían directamente.

—¿Me puedes enseñar a calmarla?

Killari lo estudió en silencio durante largos segundos.

—Mamá dice que los hombres no tenéis los dones de la luna.

José se maldijo en silencio. No era justo que las almas condenadas de sus hermanas atormentaran a Suysuy. Suyo era el pecado de haberlas dejado solas a merced de aquellos desalmados que proclamaban actuar en nombre del Señor, suya la culpa de no haber

llegado a tiempo y solo suyo debería ser el castigo.

—Creo que mamá se equivoca —añadió la niña—, pienso que todo el mundo podría aprender.

—Enséñame, por favor.

Killari le dio la mano a su padre y lo condujo al exterior de la ruca.

—Para hacer sitio a los malos sueños de mamá, primero tienes que aprender a hacerles un hueco en tu interior. Tienes que vaciar por completo tu mente.

La niña se dio media vuelta y se dispuso a regresar donde su madre.

—¡Espera! ¿Cómo…?

—Respira, papá. Tú solo respira.

Y así, durante semanas, José Ugarte se dedicó a extraer sus propios pensamientos a la sombra de una araucaria joven con forma de pirámide. Cerraba los ojos, inhalaba hondo y ¡zas!, el primer pensamiento se colaba por su cabeza. ¡Era imposible! Pensaba sin cesar en cómo empeoraba la salud de su mujer, en todo lo que sobrellevaba sin quejarse su hija… Aunque solo tuviera seis años, ya no era una niña. Era la nueva líder de su asentamiento mapuche.

Era a ella a quien recurrían cuando querían saber qué les deparaba el porvenir, y José ni siquiera tenía que explicarle que había cosas, como la propia muerte, que era mejor no revelar. Killari les decía justo lo que necesitaban para seguir adelante.

Por milésima vez, se preguntó si su hija le avisaría cuando Suysuy les fuera a dejar. Se le cortaba la respiración de solo pensarlo. ¿Ya lo habría visto en sus visiones? ¿Habría visto morir a su propia madre? A veces se preguntaba si aquel don no era más bien una maldición. ¿Quería saberlo él? ¿Quería conocer de antemano el dolor?

—Papá, así no conseguirás vaciar tu mente.

José abrió los ojos, sobresaltado: no la había oído llegar.

—Lo siento. ¿Cómo está mamá?

—Mejor —dijo Killari, y José supo que era mentira. La niña lo miró sorprendida—. Estás aprendiendo, papá, te has adentrado en el camino de la luna.

José lo entendió. Killari le había mentido y él lo había descubierto, había sido capaz de penetrar su mente. Lejos de sentirse satisfecho

por su avance, la angustia se abrió paso en su interior: su mujer se estaba muriendo, aquella era la única verdad que le importaba. Percatándose de la escrutadora mirada de su hija, apartó ese pensamiento con rapidez y la abrazó con fuerza.

—Eres una gran maestra. ¿Vamos a ver a mamá?

# 20
# La ceremonia

***En la actualidad***
***Kalkahue***

Martina acariciaba el muro de piedra que le quedaba a la izquierda con la mano mientras descendía por el camino adoquinado. No se cruzó con nadie, era mediodía, la Hora de la Comunión con el Sol o algo por el estilo. Todos los días, antes de comer, había que realizar la Rutina del Movimiento Fluido. Se trataba de inspirar y exhalar en posturas incómodas. La verdad, era parecido a una clase de yoga. Por las noches tocaba la Rutina del Ocaso, respirar sobre una pierna, respirar sobre la otra. Vamos, pilates.

Había dado esquinazo a Leo y Gaia. La esperaban como siempre en el bosque contiguo a la pirámide. Se sintió mal por no avisarles, pero sabía que no la dejarían en paz. «¡Va contra las Normas!», dirían. «¡No podemos!», repetirían.

Ella necesitaba respuestas.

Y las necesitaba ya. No dentro de un mes.

Y si el chico del ventanuco las tenía, pensaba ir a su encuentro.

Llegó a la estatua del pelícano sin contratiempos y se sentó sobre el muro a observarla. Desde allí, las cimas de las Agujas cubiertas de nieve volvían a verse puntiagudas.

¿Cuánto faltaba para que se ocultara el sol? Sin reloj, le era imposible saber qué hora era. Por no saber, no sabía ni el día. Allí daba igual que fuera lunes o sábado, marzo o abril, todos los días eran idénticos: las monjas rezaban, comían e iban al huerto. Los Hijos del Sol estiraban, comían y entrenaban y las Hijas de la Luna estiraban, comían y bordaban o pintaban. O eso le decía Gaia.

Escuchó risas a su espalda, ¿quién andaba ahí?

De un salto, aterrizó al otro lado del muro. El suelo no estaba

pavimentado, era una especie de arena anaranjada. Unos arbustos cercanos se agitaron y Martina vio un par de ojos que la observaban.

—¿Quién eres?

Un niño harapiento, de unos cuatro o cinco años, salió corriendo, alejándose de ella, y al pasar por unos matorrales más altos, otros niños y niñas se le unieron. Todos iban descalzos. ¿Cuántos niños había en aquel lugar? El mayor no tendría más de diez o doce años; no estaban desnutridos pero sí delgados y sucios, sobre todo los pies.

—¿Dónde están vuestros padres? —preguntó, y más niños huyeron en estampida, parecían salir hasta de debajo de las piedras—. Encantada de conoceros —susurró.

Se había quedado sola.

Se tumbó en el suelo y miró al cielo totalmente despejado.

Siempre igual: temperatura ideal y cielo vasto y sereno. Martina empezaba a aburrirse de tanta perfección. ¿Nunca llovía? ¡Quién diría que iba a echar de menos la lluvia! Aquel sitio le resultaba fabricado, eso sí, en algún siglo pasado, en la Edad Media o el Imperio romano: velas en vez de electricidad, monjas por todos lados, lanzas en vez de pistolas… y no tenían televisión ni móviles. No sabían nada del mundo exterior, estaban aislados.

Esperó hasta que el cielo cambió de color y fue adquiriendo un tono rojizo.

Se levantó por fin y observó la estatua: no había nadie.

Saltó el muro con agilidad, corrió agazapada hasta la escultura del pelícano y se escondió tras las crías.

—Has venido —dijo el chico arrodillado tras la mole de piedra, sorprendido.

—¡Joder, qué susto! —se le escapó a ella poniéndose en guardia. Estaban muy cerca el uno del otro—. ¿Qué hacías en la celda de Elba?

Su voz sonó más aguda de lo normal. ¿Qué edad tendría? No parecía mucho mayor que ella. Sonreía confiado, enredando y desenredando con el dedo uno de sus muchos rizos negros.

—Quería verte —dijo él mirándola con atención e inclinándose hacia ella. ¡Sus narices estaban a centímetros de distancia! Martina

podía ver las motas marrones y amarillentas que adornaban su iris verde.

—¿Por qué? —preguntó apartando la mirada e intentando sonar firme sin éxito. Su voz volvió a chirriar como una flauta desafinada.

—Para elegir.

—¿Elegir? —La chica empezaba a impacientarse. ¿Por qué no hablaba claro la gente de aquel pueblo?

—Soy Sebastián Ferrer.

Los dos se quedaron en silencio. Martina supuso que sería hermano del guardia del Templo del Sol Armando Ferrer, pero, aparte de eso, a ella el nombre no le decía nada.

—Soy hijo del Supremo Sacerdote Solar —explicó, confuso.

—¿De ese anciano? —Se le escapó y al ver la cara ofendida de Sebastián se mordió la lengua, ¡maldita boca!—. Lo siento, quería decir que tu padre es algo… mayor, ¿no?

—Solo la mujer ha de preocuparse por la edad —explicó Ferrer como si fuera algo obvio. No parecía enfadado, sino más bien perdido—. ¿No tenías curiosidad por verme? ¿No querías ver qué aspecto tenía?

La pregunta la pilló desprevenida y no pudo evitar sonrojarse. ¿Se había dado cuenta de cómo lo había estudiado?

—¡Solo quiero encontrar a mis hermanas! —Se defendió—. Las tienen encerradas en…

—No están encerradas, las veo todos los días en la Ceremonia, solo me faltabas tú. —La rodeó andando en cuclillas y mirándola fijamente—. Tienes el pelo corto para ser una chica.

Martina se palpó la melena que le llegaba por debajo de las orejas y pensó que hacía años que no lo tenía tan largo.

—Y tú, largo para ser un chico.

—¿Siempre contestas lo primero que se te pasa por la cabeza? —Sebastián río achinando aún más los ojos ya de por sí algo rasgados, y sus rizos bailaron al son de su carcajada. Parecía que ella le hacía gracia.

Se acercó todavía más. Si Martina sacara la lengua, podría tocarle la punta de la nariz. A ella le empezaron a sudar las manos, pero no quería delatar su nerviosismo. Sebastián estaba totalmente relajado.

Cuando estiró los dedos hacia su mejilla, Martina no pudo aguantarlo más y giró la cara de forma brusca.

—¿Has oído eso? —mintió, alejándose de él.

La muchacha miró entre las patas de las crías de pelícano que los protegían y vio a un grupo de unas cinco mujeres con hábito y velo que se acercaban por el camino: no eran de la Legión. Iban de azul, como ella.

—¿Quiénes son? —preguntó girándose hacia el chico, pero este había desaparecido: ni rastro de Sebastián Ferrer. ¿Dónde se había metido?

Las mujeres se acercaron a la escultura y una de ellas tocó con la mano un pescado que yacía junto a las crías de pelícano y que tenía un color distinto al resto del bloque de piedra, más claro, casi gris, como si lo hubieran desgastado de tanto sobarlo. Martina oyó un clic y las mujeres desaparecieron bajo la estatua. Debía de haber un pasadizo secreto. Miró calle arriba: nadie. Era su oportunidad. Se disponía a salir de su escondite cuando una mano se posó en su hombro: la habían descubierto.

—Va en contra de las Normas —susurró Leo agazapado tras ella. Gaia sonreía a su lado.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Leo dijo que tardabas mucho en volver —empezó la niña, contenta—, que era mejor ir a buscarte.

—¿Y cómo sabíais dónde estaba?

—Leo lo sabía. ¿Tienes chocolate?

La muchacha sacó un par de chocolatinas que siempre llevaba en la mochila y se las dio mientras estudiaba a su amigo.

—¿Me has seguido?

Leo negó en silencio, con la vista fija en el suelo.

—Y, entonces, ¿cómo me has encontrado?

El chico se encogió de hombros. ¿No le pensaba decir nada más?

—¡La Diosa Madre! —señaló Gaia hacia la calle.

Efectivamente, por uno de los huecos que formaban las patas de las crías del pelícano vieron cómo se acercaban la abuela con su habitual séquito de diez monjas que la rodeaban por completo. La aprendiza Lin y sus hermanas cerraban la comitiva. A Martina le dio

un vuelco el corazón y se agachó aún más.

Iban acompañadas de Armando Ferrer, el gladiador-gorila que siempre le preguntaba por Vera, que, por cierto, estaba espectacular. Se la veía radiante, parecía una princesa; Lucía, sin embargo, estaba pálida. ¿La echaría de menos?

La abuela tocó el pescado descolorido, de nuevo se oyó el clic, y todo el séquito desapareció bajo la estatua.

—Voy a entrar —dijo Martina, y sin esperar respuesta, salió de su escondite, pulsó el pez como si fuera una tecla y, al abrirse una cavidad en la tierra bajo la estatua, entró por ella accediendo a una cueva bastante oscura, tan solo alumbrada por antorchas colgadas de las paredes cada varios metros. Una vez dentro, se detuvo para que su vista se acostumbrara a la penumbra cuando alguien se chocó con ella por detrás.

—Vamos contigo —dijo Leo entrando al túnel con Gaia. La muchacha dudó: ¿podía fiarse de él?

—No veo nada —se quejó la niña.

—Es por allí —dijeron Martina y Leo a la vez señalando hacia el fondo de la caverna donde la negrura era total. Los dos se miraron extrañados. ¿Cómo podían saberlo?

—¿Conoces este sitio? —preguntó ella, y el chico negó con la cabeza. Tenían que moverse, y rápido, cualquiera podría llegar tras ellos. Avanzaron con cuidado, ya que no se veía demasiado. Pasados unos segundos, vieron algunos destellos al fondo de la gruta, la luz parpadeante de varias antorchas. Giraron a la derecha para evitarlas y se encontraron con otra gruta que parecía discurrir de forma paralela a la primera e igual de oscura que aquella. La senda empezó a ascender y el techo a descender, por lo que se agacharon para continuar. El túnel se fue estrechando cada vez más hasta que tuvieron que avanzar agachados.

A lo lejos, se oía un murmullo y se adivinaba una tenue claridad. Avanzaron torpemente hasta que el camino terminó de forma abrupta sobre una cavidad enorme. A unos diez metros por debajo, mujeres en hábitos azules y hombres con túnicas negras, que sostenían antorchas y susurraban algo ininteligible, formaban siete círculos concéntricos alrededor de una gran piedra ovalada. Martina

se hizo a un lado y dejó espacio para que Leo y Gaia se tumbaran junto a ella y pudieran ver aquello. Habían encontrado el mirador perfecto.

A la muchacha el corazón le latía a mil por hora y esperó a que se calmara para poder oír lo que decía toda aquella gente, pero los sonidos les llegaban mezclados: era imposible entender lo que decían, como si cada uno fuera a su propio ritmo o recitara lo que le diera la gana. Tenían los ojos cerrados, por lo que no había peligro de que los descubrieran.

En el centro de todo aquello, en la circunferencia más estrecha que rodeaba a la gran roca gris, tan solo había cuatro personas, los cuatro miembros del consejo que estuvieron en el juicio de Elba: su abuela o Diosa Madre, una de las monjas de la Legión, el Guardián y el Supremo Sacerdote Solar o padre de Sebastián. Era viejísimo para ser su padre, ¿cuántos años tendría? ¿Setenta? ¿Quién sería su madre? Tendría que ser, por lo menos, treinta años más joven. A Martina le disgustó la idea de aquel viejo con una mujer mucho más joven.

Buscó ávidamente a sus hermanas y las encontró en la última circunferencia, en la más amplia, junto con niños y adolescentes todavía sin barba y chicas con el pelo suelto y sin velo. Sebastián y Armando Ferrer también estaban en ese círculo con sus túnicas negras bordadas con soles amarillos. ¿Serían de verdad hermanos? Compartían apellido, aunque Armando era un gorila y Sebastián era… diferente.

El listillo de Armando no había cerrado los ojos y observaba, sin que ella se percatase, a Vera. No, no era el único: Sebastián también la miraba. Claro, cómo no, Vera estaba guapísima, siempre había sido la más llamativa de las tres. Lucía, con sus gafas de búho, solía pasar más desapercibida y a ella, la más pequeña, los chicos directamente solían ignorarla. Era difícil que te miraran estando al lado de Vera, pero a ella le daba igual. Nunca le había molestado antes y no iba a empezar ahora. De todas formas, no había nada que ella pudiera hacer: Sebastián quedaría prendado de su hermanita y ella lo manejaría a su antojo. Pues que les fuera bien. Como si quisiera darle la razón, Vera abrió los ojos y giró la cara,

coqueta, hacia Sebastián. Martina sintió que sus mejillas ardían. Leo la estaba observando en silencio. ¿Qué demonios hacía pensando en esas tonterías cuando tenía una secta enfrente de sus narices?

—Están rezando —susurró Leo—. Mira la piedra.

La gran roca ovalada del centro estaba cambiando de color, se iluminaba cada vez más y, al mismo tiempo, se estaba volviendo transparente, asemejándose a una gran bola de cristal. ¡Estaba creciendo! Ya no era una roca corriente, ovalada y gris, sino una gema viva, una piedra preciosa que se expandía por momentos. A Martina le dio un vuelco el corazón: aquel pedrusco le recordó a los colgantes lunares del tío, a cómo se llenaban cuando sus hermanas utilizaban sus habilidades.

De pronto, las mujeres callaron y solo los hombres siguieron con el rezo o lo que fuera aquello: «Sol que iluminas nuestros días, te devolvemos aquello que nos das, pues nunca fue nuestro, mas siempre fue tuyo». Lo repitieron tres veces y, al terminar, fueron ellos los que guardaron silencio y las mujeres alzaron la voz: «Luna que nos muestras el camino, recoge la cosecha que tú misma has sembrado». La piedra se había vuelto de un blanco intenso y muy brillante. Parecía palpitar, flotando en el aire.

—Ciudadanos de Kalkahue… —empezó a hablar con voz solemne el Supremo Sacerdote Solar cuando la Diosa Madre lo interrumpió.

—Y ciudadanas.

—Claro, por supuesto, sí —dijo enrojeciendo el anciano—. Es un honor liderar a nuestra ilustre comunidad en esta magnífica tradición que…

—Acaba de finalizar con esas preciosas palabras —la cortó de nuevo.

Antes de que el anciano pudiera reaccionar, la Diosa Madre rompió la formación y el resto de los asistentes empezaron a abandonar la cueva, sus hermanas incluidas. La abuela las rodeó por la cintura y las tres salieron juntas, abrazadas.

Martina se las quedó mirando.

Parecían una familia. Unida. Completa.

Sin ella.

—No tienen elección —le susurró Leo a su lado.

—Claro —consiguió articular antes de que el llanto la poseyera. No se había desmoronado así desde la muerte del tío.

Leo le tocó el hombro con suavidad, pero ella no quería parar. ¡Todo era un desastre!

—Mira eso.

Algo en el tono de Leo hizo que levantara la cabeza. La cueva, hasta hace poco llena de gente, estaba vacía excepto por seis soldados ¡armados con pistolas! Parecían los soldados que las habían traído hasta allí en los coches. ¿Por dónde habían entrado? Se acercaron a la piedra luminosa, que flotaba a un metro por encima del suelo, y la empujaron hasta la pared, donde tocaron un botón y se abrieron ¡las puertas de un ascensor!

Adiós a la Edad Media.

# 21
# El caldo

***Año 1567***
***En un lugar remoto de la Patagonia***

El día en que iba a morir, José Ugarte se levantó temprano. Salió del chamizo y se sacudió el frío de los huesos frotándose el maltrecho cuerpo con las manos callosas. Rebuscó en sus bolsillos hasta tocar el cristal en el interior del chaleco de piel y suspiró aliviado. El vaho que expulsó de su boca formó una pequeña nube frente a él.

Un águila solitaria sobrevoló el cielo azul de principios de primavera, alejándose hacia los picos níveos de las montañas. Le gustaba pensar que el espíritu de su querida Suysuy se colaba en el águila que escudriñaba el horizonte en busca de peligros para mantenerlos a salvo o en el reflejo de la luna que los iluminaba por las noches. No pasaba un día sin que la echara de menos: «Ya no queda nada, *maitia*».

Con el paso de los años, José se había convertido en un hombre algo encorvado a causa del dolor, aunque la enfermedad todavía no había podido doblegarlo. A pesar de no superar los sesenta años, su apariencia desmejorada le daba el aspecto de un anciano, su cabellera nevada contribuía a adjudicarle más edad de la que en realidad tenía y su piel, antaño tan pálida, estaba cubierta por manchas rojizas y pardas. Su hija le pedía que descansara, que ya se encargaría ella de arar el escaso campo, pero no había manera. «El día que deje la huerta, será el día en el que me muera», solía decirle con la azada en la mano. «No digas tonterías, *aita*», le reprochaba Killari.

Con dificultad, José se agachó a por la azada que descansaba junto a la olla humeante y un dolor agudo le atravesó la parte inferior de la espalda. Ignorándolo, agarró con determinación la vieja

herramienta y caminó con esfuerzo hacia las patatas que a duras penas crecían en aquella tierra helada. Más de una vez los habían salvado de morir de hambre.

—*Emaiok, mutila* —se animó a sí mismo en su lengua materna, y comenzó a golpear el terreno cubierto de escarcha. Por muchos años que llevara en aquel continente lejano que ya sentía suyo, y aunque se hacía entender en varios idiomas indígenas, él continuaba pensando en euskera, la lengua de su niñez. Su hija se burlaba de él llamándolo Josetxo el Vasco, pero a él le gustaba. No había que olvidar de dónde venía uno, aunque allí ya no quedara nadie que se acordara de él.

Ignoraba si alguno de sus hermanos vivía todavía. ¿Habrían conseguido escapar como lo hizo él? De ser así, ¿a dónde habrían ido? En el caserío familiar en las faldas del monte Jaizkibel, frente al indómito mar Cantábrico, no podían estar. Después de lo ocurrido, no les dejarían volver, aunque aquellas tierras hubieran pertenecido a su familia durante siglos. ¿Se las habría quedado la Iglesia como pago por sus delitos?

José sacudió la cabeza para librarse de los recuerdos. ¿Qué sentido tenía rememorar aquello ahora?

Se acercaba el final y él quería irse en paz. ¿En paz con quién? Él no creía en Dios, pero creía en su hija y estaba dispuesto a todo con tal de protegerla.

Bendita Killari.

Ella le había enseñado a vaciar la mente para hacer sitio a los malos sueños de su madre. Killari decía que eso era lo que lo había enfermado, pero a él le daba igual. No había podido ayudar a sus hermanas, pero, por lo menos, había conseguido aligerar el dolor de su mujer durante sus últimos meses de vida.

Tenía que estar atento; llegarían por el norte.

Con la mano a modo de visera, atisbó el horizonte: Killari había dicho que serían solo dos, a caballo y armados. Echó un último vistazo a la olla: el caldo ya estaba listo, desprendía un aroma dulzón que te hacía la boca agua.

—Se están acercando y esta vez nos encontrarán —le había avisado Killari hacía ya algunos meses, aunque él había seguido

sorbiendo la sopa sin inmutarse.

—Ya era hora —dijo él al terminar, y fijó los cansados ojos en el crepitar de las llamas.

Los dos sabían que estaba muy enfermo y que no aguantaría mucho más. Además, ya no podían ir más al sur: solo encontrarían hielo y glaciares en esa dirección y el norte estaba tomado por los conquistadores españoles. Los mapuches los mantenían alejados por el momento, pero, al final, ellos también sucumbirían al gran imperio. Así lo predijo Suysuy hacía ya muchos años.

José se preguntaba a veces si su mujer podría haber evitado su propia muerte. Fue el día de Navidad, el mismo día en el que los mapuches vencieron al general español Pedro de Valdivia.

Suysuy vio el cuerpo desmenuzado del conquistador años atrás y así se lo hizo saber a los mapuches: «Tan solo necesitáis un niño para derrotarlos».

Lautaro fue el elegido. Desde pequeño, vivió junto a los españoles sirviendo a Valdivia. Cuando creció, huyó, organizó a su pueblo y atacaron. ¡Vaya si lo hicieron! Fue una batalla feroz. El gran guerrero Lautaro mató y troceó a Valdivia: cabeza, brazos, piernas. Mandó cada una de sus extremidades a distintos lugares de Nueva Extremadura como aviso a los conquistadores, pero la guerra no terminó.

Suysuy no murió en la brutal batalla. Los mapuches nunca la pondrían en peligro de esa forma, sus visiones eran demasiado valiosas. Murió por el miedo, miedo a aquello que nunca llegó a ocurrir.

—José, ¿estás ahí? —decía al despertar sobresaltada, palpando la cama a oscuras. Empapada en sudor y temblando, él la abrazaba con fuerza e invocaba a la luna para que le permitiera llevarse las pesadillas. Al final, conseguía que Suysuy se sumiera en un sueño placentero. Dormida, susurraba su nombre o el de su hija y sonreía feliz, en paz. Esa sonrisa bien valía soportar el dolor que se pagaba por utilizar los dones de la luna. José lo veía como una transacción: era capaz de extraer el miedo que atenazaba a su mujer, pero, a cambio, tenía que hacerle un hueco en su interior.

Con el tiempo, ese miedo acogido en sus carnes se tradujo en

dolores: calambres en las piernas al despertar, pinchazos en la espalda al acostarse, y un constante zumbido tras los ojos, como si una abeja se hubiera colado en su cerebro. No le importaba. Soportaría cualquier suplicio con tal de que Suysuy no sufriera.

Funcionó durante un tiempo, pero, al final, Suysuy cedió a las pesadillas.

José no dejaría que le ocurriera lo mismo a Killari. Su hija no temería lo que pudiera pasar. Su don era al mismo tiempo una bendición y una maldición. Los había salvado infinidad de veces, siempre un paso por delante de sus perseguidores, pero ¿quién quería ver una y otra vez la muerte de un ser querido? ¿Y si se pudiera cambiar? ¿Y si las visiones no siempre se hicieran realidad? ¿Habría hecho pedazos Lautaro a Valdivia si su difunta esposa no hubiera visto su cuerpo desmembrado?

Killari le había dicho que él moriría pronto, enfermo en su cama. No pensaba darle la razón, lo cambiaría. Alteraría su destino, aunque fuera un poco.

El relincho del corcel hizo que José abandonara la azada sobre la tierra y se acercara torpemente a la olla que colgaba del fuego a la entrada del chamizo. Se sirvió el caldo humeante y dejó que el líquido le calentara las entrañas mientras esperaba sentado contra el muro.

Los dos jinetes se apearon de los caballos frente al hombre que sorbía la sopa.

—¿Dónde está la mestiza? —preguntó uno de ellos. Los españoles de tez blanca vestían sotanas negras y llevaban pequeños crucifijos de oro al cuello, bien visibles.

—¿Estás sordo? —intervino el otro—. Sabemos lo de tu hija, hemos venido a llevárnosla.

José sorbió de forma ruidosa y uno de los forasteros le arrebató el cuenco del que bebía.

—Tengo frío… —se quejó.

El religioso le dio un trago al caldo y se lo pasó a su compañero, que lo terminó en un par de sorbos. Se sirvieron de nuevo y apuraron la bebida caliente; era una mañana especialmente gélida.

—No le haremos daño a tu hija —suavizó el tono uno de ellos.

—Ya no las quemamos —añadió el otro, conciliador.

—La llevaremos a un convento donde vivirá tranquila con otras… personas como ella.

—¿Estaba bueno el caldo? —tosió el anciano.

Si se lo hubiera ofrecido, ellos nunca hubieran aceptado, pero a la Iglesia le encantaba tomar lo que no le pertenecía. Los hombres se miraron espantados y lanzaron el cuenco al suelo, aunque ya era demasiado tarde: no podían parar de toser mientras el miedo se abría paso en su interior.

José extrajo un diminuto frasco de cristal transparente del bolsillo interior del chaleco y se bebió el líquido rojo de un trago.

—¿Es el antídoto? —gritó uno de los religiosos. Estiró el brazo hacia el anciano, pero un repentino ataque de tos lo dobló en dos y cayó de rodillas con las manos alrededor de la garganta. El otro intentó alcanzar el trabuco que colgaba de la montura de su caballo, pero un estornudo fulminante se lo impidió. Con horror, vio que expulsaba sangre por la boca y, abatido, quedó tendido sobre el suelo.

José sonrió: no había antídoto para lo que habían tomado. Tampoco para él, aunque él no sentiría dolor, su hija se había asegurado de ello. Notó el peso de sus párpados y se giró hacia la puerta: tan solo había una cosa que quería hacer antes de marcharse.

Killari salió al patio con el hatillo colgado a la espalda y se sentó junto a su padre. Lo abrazó con fuerza y, a pesar de todo, no lloró. Ella podía haber evitado que él acabara con su vida, pero en todo momento había respetado su voluntad y se había mantenido a su lado. José sonrió orgulloso; su hija era una mujer muy fuerte.

—Recuerda, Killari, eres libre.

—Es cuestión de tiempo que otros me encuentren, *aita*.

—La vida es cuestión de tiempo, *maitia*. Busca tu propio camino.

José cerró los ojos en paz y Killari lo besó en la frente.

Los dos hombres se retorcían en el suelo mientras Killari lloraba en silencio, no por ellos, sino por su padre y por su madre antes que él, perseguidos durante toda su vida.

Se había quedado sola en el mundo. Siempre huyendo.

Algún día tendría que enfrentarse a sus perseguidores, pero eran

demasiados y muy poderosos. En sus visiones, ella siempre perdía. Secándose los ojos con un pañuelo ajado que conservaba de su madre, Killari le dio un puntapié a uno de los cuerpos inmóviles. Rebuscó bajo la sotana y encontró papeles amarillentos con dibujos a carboncillo de rostros de mujeres: reconoció el suyo, pero había más, muchos más.

—Quizás no estés tan sola, brujita —murmuró para sí, y se guardó las ilustraciones.

Algo parecido a la esperanza empezó a crecer en su interior. Montó en uno de los corceles y, echando una última mirada atrás, se marchó a galope hacia el norte. Puede que su padre tuviera razón y que, al fin y al cabo, el futuro no siempre estuviera escrito.

# 22
# La Mina

***En la actualidad***
***Kalkahue***

—Se los ha tragado la tierra —dijo Gaia, asustada, en cuanto los soldados y la gran piedra flotante desaparecieron por el ascensor.

—Volved al convento. —Martina se limpió los ojos húmedos por el llanto con el dorso de la mano y se dio media vuelta en el hueco en el que yacían los tres para descender de cara a la pared. Agarrándose al muro a ciegas, bajó como pudo, ya que, sin las linternas de los soldados, la oscuridad era casi completa.

—Ven. —Leo ayudó a Gaia a desandar el camino por el que habían entrado y llegaron a la gran sala sin destrepar la pared.

Martina los oía avanzar con torpeza en la oscuridad, pero no los llamó; buscaba el botón del ascensor.

—¿Dónde está?

Oyó la voz temblorosa de Gaia, tan solo unos metros por detrás.

—¡Estoy aquí! —gritó sin dejar de palpar la pared

—Viene alguien —susurró Leo.

La luz parpadeante de varias antorchas se asomaba por el pasillo. La muchacha agarró a sus amigos y se pegaron contra la pared, agazapados tras uno de los muchos salientes de la roca.

—¿Es la primera vez que bajas a la Mina, querida? —Era sor Agustina, la monja psicópata.

Mierda. Si los encontraba allí, seguro que los electrocutaría. Miró los rostros iluminados a intervalos de sus amigos y con el dedo índice sobre los labios les indicó que no hicieran ruido.

—No, he bajado muchas veces —respondió una voz de mujer.

Martina se asomó con mucho cuidado a un lado de la roca que los tapaba y vio que era Lin, vestida con su hábito marrón y velo del

mismo color. La última vez que la había visto llevaba el cabello a la vista. ¿Ya era parte de la Legión?

—Sí, pero nunca sola, sin tus legionarias protegiéndote. —Sor Agustina se colocó bien el parche sobre el ojo derecho y empezó a jugar con la toca de la joven—. ¿Qué se siente al ser, por fin, una hermana con su preciosa mantilla, querida?

—Es un gran honor, por supuesto.

—Por supuesto —la imitó como si le molestara su respuesta entusiasta—. ¿A ti también te han dejado calva?

—Mi aspecto no me importa. —Lin se colocó el velo por encima de las orejas—. Mi único propósito es bloquear a las Hijas de la Luna para mantener el equilibrio en…

—Vamos —la interrumpió, molesta—. Vosotras no hacéis nada por el maldito equilibrio, solo bloqueáis.

—No es fácil obstruir una gran mente como la de la Diosa Madre —dijo Lin, altanera.

—¡Ja! Más difícil soy yo, cielo —susurró Agustina, y Martina vio desde su escondite cómo la monja psicópata agarraba por los brazos a la joven, que, para su sorpresa, ni siquiera se movió o gritó. Se quedó quieta con los ojos cerrados, parecía concentrada. Al cabo de unos segundos, la sádica la soltó. ¿No había podido electrocutarla?

—Eres buena, no cualquiera puede bloquearme —dijo entrecerrando los ojos, calculando—. ¿Te asignarán a las Ugarte?

—Espero que a Vera, es la más poderosa.

—Estupideces. Fui yo la que encontró a las Ugarte y ninguna de ellas me impresionó…

—Son hijas de una Oráculo y… ¡AAHH! —Lin no pudo terminar la frase, ya que la monja le retorcía el brazo con saña.

—¿Te atreves a interrumpirme, cariño?

—Tenemos una a punto. —Se escuchó entonces de un *walkie-talkie* que portaba la monja a la cintura.

—Bajamos —respondió la religiosa soltando a Lin. Pulsó un trozo de pared a la altura de su hombro y entró en el ascensor que se abrió frente a ellas. Lin la siguió a una distancia prudente y las dos mujeres desaparecieron como antes habían hecho los soldados, dejando a los tres amigos a oscuras de nuevo. Martina salió de su

escondite y a tientas buscó el botón: palpó y palpó hasta que dio con él.

—Esperadme en el convento —dijo fingiendo una seguridad que en realidad no sentía. No quería bajar sola, pero tampoco quería obligar a sus amigos a acompañarla.

—Gaia, por favor, vuelve por el túnel y sal por la estatua del pelícano —susurró Leo, indicándole el camino de salida a la niña.

—¿Estás seguro de que quieres bajar? —se sorprendió Martina.

—Yo también quiero escapar de aquí —dijo bajito, como si temiera que lo escucharan.

—No vayáis… No quiero quedarme sola —sollozó la niña.

—No tardaremos —la tranquilizó Leo—. Aprovecha la luz para regresar, es por ahí.

—¿Volveréis a por mí?

—Claro que sí —dijeron Leo y Martina a la vez. Pulsaron el botón para que la luz del ascensor iluminara la cueva y la niña pudiera salir. Cuando la perdieron de vista, entraron al montacargas y apretaron el único botón que había. Martina esperaba que el aparato empezara a traquetear, pero, sin emitir sonido alguno, los bajó suavemente durante cerca de un minuto, quizás más. Ni siquiera se notaba el movimiento de lo moderno que era.

Martina no podía quitarse de la cabeza la escena entre Agustina y Lin: la monja sádica no había podido electrocutar a la joven, por eso le había retorcido el brazo. ¿Eso era bloquear? ¿Detener la habilidad del otro? Les vendría bien ese poder en caso de toparse con la sádica. ¿Podría enseñarle Elba?

—Tú no puedes bloquear —le explicó Leo, sin ni siquiera disimular que le leía la mente. ¡Aquello tenía que parar!—. Las personas con habilidades no pueden hacerlo.

Las puertas se abrieron al fin y ante ellos apareció un largo pasillo blanco iluminado con luces fluorescentes con diversas puertas y cristaleras a ambos lados, como un hospital. Cada pocos metros había carros metálicos con numerosas toallas blancas. El olor era penetrante, a desinfectante mezclado con algo que no podía identificar.

De repente, una de las puertas, a unos cinco metros de donde se

encontraban, se abrió y un médico con bata y mascarilla verde salió portando a un recién nacido en brazos. Sin ni siquiera atreverse a respirar, se quedaron congelados donde estaban: si el hombre miraba hacia el ascensor, los vería, pero, por el momento, estaba ocupado con el bebé que lloraba de forma estridente. En los pocos segundos en los que aquella puerta permaneció abierta, se oyeron los gritos histéricos de una mujer:

—Es mío, ¡devuélvemelo!

A Martina se le pusieron los pelos de punta. El doctor agarró una de las toallas blancas del carro más cercano, envolvió al bebé con ella y se fue por otra puerta. Avanzaron con cuidado hasta detenerse detrás de uno de los carros; allí estaban protegidos por si alguien más aparecía de pronto. Justo a tiempo. El médico, o lo que fuera el hombre con bata, volvió a salir al pasillo sin el bebé y regresó a la habitación donde seguía gritando la mujer:

—¡Dame a mi hijo! ¿A dónde lo has llevado?

Los gritos cesaron en cuanto se cerró la puerta. Apenas unos segundos después, se abrió de nuevo y Lin, con el hábito y los brazos llenos de sangre, salió llorando de la habitación.

—¡Estúpida, lo único que tenías que hacer era bloquearlo! —gritó sor Agustina saliendo tras ella y dándole una sonora bofetada.

—¡No ha sido culpa mía! —se defendió sollozando—. ¡Ya estaba muerto! ¡Yo no he hecho nada!

—Si no puedes ni con un bebé, quizás deberías replantearte tu profesión. —La monja se le acercó aún más y le pasó el dedo índice por la mejilla—. Con esa carita tan bonita, serías un buen Contenedor, ¿no crees?

—¡Déjame! —gritó Lin, histérica.

—No ha sido su culpa —dijo el hombre quitándose la mascarilla e interponiéndose entre las dos—. El Contenedor era defectuoso.

—¿Defectuoso? —se enfadó Agustina—. Ese Contenedor ha generado más de diez Productos.

—Por eso mismo —dijo el hombre—, los Contenedores también tienen un límite. Volved arriba.

Agustina y Lin empezaron a andar hacia el ascensor. Pasarían justo por su lado. ¡Los iban a pillar!

¡Mierda!

¡Que se dieran la vuelta, por favor! ¡Que se dieran la vuelta!

—Esperad —dijo el hombre de pronto—, ¿ya han casado a las nuevas?

—Todavía no —respondió Agustina girándose.

—No tardarán. Venid, os daré sus vitaminas.

Martina suspiró aliviada: por qué poco. El médico sostuvo abierta una de las puertas y Agustina entró por ella. Lin la siguió sollozando.

—Si no puedes controlarte, este no es lugar para ti —le advirtió el hombre, impidiéndole el paso.

—No…, no quiero ser un Contenedor… No…

Él suspiró impaciente.

—Tú no puedes ser un Contenedor, eres una Bloqueadora.

—Ya, pero sor Agustina ha dicho que si fallo…

—Nunca serás un Contenedor, es imposible.

El hombre habló de forma tajante y con la cabeza le indicó que entrara en la habitación. En cuanto se cerró la puerta por la que desaparecieron, Martina, que había esperado ese momento ansiosa, agarró a Leo de la mano y, corriendo de forma sigilosa, entraron al cuarto donde se habían escuchado los gritos.

La visión a la que se enfrentaron parecía salida de una película de terror, tuvieron que taparse la boca para no chillar: era una sala de operaciones y en el centro había un sillón de ginecología y, desnuda sobre él, con las piernas abiertas, una mujer muerta. Había un bulto sobre ella.

Era un bebé.

Un recién nacido, y estaba morado.

Dios mío.

La mujer no tendría más de treinta años. Ambos parecían haber muerto durante el parto, había mucha sangre en el suelo.

Martina reparó en los pies de la mujer: estaban llenos de callos, como si nunca se hubiera calzado. ¿Era una Descalza?

—Es un Contenedor —susurró Leo.

—¿Qué? —preguntó ella mirando alrededor. No encontraba la caja a la que se refería su amigo, tan solo podía ver la cara azulada de la joven. ¿Qué había pasado? Las mujeres ya no morían dando a luz,

¿no? Aquel hospital o lo que fuera era moderno. ¿No habían podido salvarlos?

—Ella, ella es el Contenedor —susurró Leo, y la muchacha sintió arcadas—. Lo ha dicho el hombre: los Contenedores también tienen un límite.

—Ella no es un Contenedor, ¡es una persona! —Martina sintió ganas de vomitar—. La psicópata ha dicho que había generado diez… ¿cómo los ha llamado?

—Productos.

—¿Los Productos son… niños? —Le costó pronunciar la palabra. La cabeza y el estómago le daban vueltas y le costaba respirar. Apoyó ambas manos sobre sus rodillas y, aunque intentó aguantarse, terminó por vomitar en el suelo. Estaba empezando a hacerse una idea de dónde salían todos los Descalzos de Kalkahue, pero ¿para qué querían tantos niños? ¿Para abandonarlos y dejarlos correr asalvajados por el bosque? Aquella mujer no llegaba a los veinticinco. Si había dado a luz a diez niños…, ¿cuándo tuvo al primero?

—¿Con quince años? —susurró Leo.

—¡Eso es inhumano!

—Por favor, vámonos.

—No podemos —dijo ella irguiéndose y limpiándose los labios sucios por el vómito con la manga del vestido. El hombre había mencionado unas vitaminas para sus hermanas. ¡Tenían que averiguar qué eran!

—Tienes razón, tenemos que alertar a tus hermanas.

—¿Ni siquiera vas a disimular que me lees la mente? ¡Ya vale!

—¡Lo has dicho en alto!

—¡No! ¿En serio no te das cuenta? Haces lo mismo que mi hermana Vera, pero sin tocarme.

Leo abrió la boca y la volvió a cerrar y la volvió a abrir otra vez

—Eso es imposible, solo las mujeres pueden jugar con la mente.

«Si tú lo dices», pensó alto y claro Martina señalándose la boca cerrada con el dedo, y por la cara del chico comprendió que la había *oído*.

—No puede ser, no puede ser… —repetía Leo como si hubiera

entrado en bucle—. Solo soy un Marcado… y ¡soy un chico! ¡Un chico!

Leo no lo hacía adrede, ni siquiera era consciente de sus habilidades. Lo habían tratado como si no fuera nadie durante toda su vida y había terminado por creérselo.

—Sshhh, no pasa nada —lo tranquilizó—. Vamos, quiero encontrar al otro bebé, al que sobrevivió.

Se oyeron voces en el pasillo y los dos se agacharon de golpe; podrían verlos a través del cristal. Se escondieron tras la puerta y vieron cómo Agustina y Lin regresaban arriba portando cada una una bandeja con cubetas transparentes llenas de líquido morado. Las dos mujeres desaparecieron por el ascensor.

Martina entreabrió la puerta con sumo cuidado y miró hacia el pasillo desierto: enfrente tenía tres puertas. ¿En cuál de ellas se había metido el hombre?

—Por la de la izquierda —susurró Leo a su lado.

—A la una, a las dos y ¡ahora! —Alcanzaron la puerta en un par de zancadas y entraron en una sala enorme repleta de camas de hospital donde dormitaban o descansaban decenas de mujeres embarazadas.

—¡Joder! —se le escapó a Martina. Aquello no era un hospital: las mujeres con batas blancas estaban hacinadas como ratas de laboratorio y la luz del techo era demasiado fuerte para poder descansar. Además, había un ruido constante de maquinaria, una especie de zumbido pesado. A un lado, una hilera de incubadoras y, al otro lado, varias filas con cunas llenas de bebés entre las que había un hombre con bata que se los quedó mirando con la boca abierta.

—¡No podéis estar aquí!

Salieron de forma atropellada de vuelta al pasillo y se abalanzaron hacia el ascensor que ¡seguía ocupado! Leo tiraba nervioso de la manga de Martina.

—¿Qué hacemos?

—Psss, por aquí —les dijo una voz tras una puerta a su derecha y, sin dudar, la joven arrastró a su amigo hacia allí.

—¿Tú? —se sorprendió al ver que su rescatador no era otro que

Sebastián Ferrer, el hijo del Supremo Sacerdote Solar con el que se había reunido unas horas antes en la estatua del pelícano.

—¡Rápido! —El chico esquivó varias filas de cajas metálicas apiladas casi hasta el techo y corrió, seguido de los otros dos. Sin mirar atrás y apretando el paso, atravesaron puertas, pasillos y almacenes; el muchacho parecía saber hacia dónde iba, aunque el lugar era un auténtico laberinto.

De pronto, frenó en seco en mitad de un almacén polvoriento y Martina se chocó con él.

—¡Sube! —le dijo girándose hacia ella y ofreciéndole la rodilla para que alcanzara el conducto de ventilación que atravesaba el techo de lado a lado—. ¡Presiona la compuerta!

Sin dudarlo, la chica se apoyó en la rodilla de Sebastián y, al ver que no llegaba al tubo, escaló hasta sus hombros.

¡Ahora sí!

Martina golpeó la trampilla y se impulsó con fuerza para introducir el cuerpo por el conducto. A continuación, se dio media vuelta tumbada y, sacando los brazos hacia afuera, ayudó a subir a los otros dos.

# 23
# Una razón para quedarse

***Año 1569***
***Convento de Kalkahue***

—No es usted tan mayor, todavía puede casarse y formar una familia —dijo el jovencísimo cura de piel pálida y mejillas rosadas ofreciéndole un cuenco de cristal lleno de dulces.

Killari lo rechazó examinando el recipiente con piedras preciosas incrustadas: era una delicada pieza de artesanía. Todo en aquella estancia rezumaba ostentación y riqueza: espejos de cuerpo entero con pesados marcos dorados, grandes pinturas de religiosos engalanados, sillones tapizados con terciopelo y una biblioteca con más libros de los que había visto en toda su vida. Se contuvo para no levantarse y tocar uno a uno sus lomos de cuero. No podía dejarse llevar. Aquello no era más que una jaula dorada.

El joven, en un gesto inconsciente, se llevó una de las confituras a la boca y enrojeció al instante. Ruborizado, se giró hacia la puerta mientras se tragaba la golosina de golpe y, con la frente perlada de sudor, apoyó el cuenco en el escritorio de roble macizo que lo separaba de ella mientras se quitaba las lentes de forma nerviosa, como si fuera un niño asustado al que fueran a reprender. Quizás lo habían elegido por su ingenuidad, para que se confiara y olvidara que aquello era una cárcel.

No funcionaría.

Llevaba meses observando aquel lugar desde el bosque que lo rodeaba. Conocía las caras de todos los guardas y había comprobado que las que entraban ya nunca volvían a salir.

Había sido bastante fácil encontrar el convento. Tan solo tuvo que seguir el rastro de las desaparecidas. Sus madres, hijos y esposos la

guiaron.

«Se la llevaron de noche», «Los seguimos hasta el acantilado», «Los perdimos en el río Petrohue».

Hacia el norte primero, al este después.

Una vez que vio la cordillera, lo supo.

Era allí donde las tenían, escondidas tras las montañas que parecían dibujar la ornamenta de un gran alce.

—¿Qué es este lugar? —preguntó de pronto mirando por primera vez al cura con pinta de monaguillo.

—Su nuevo hogar, señorita —respondió él, ruborizándose aún más —. Aquí estará segura y, como le decía, le buscaremos un esposo, un hombre decente y…

—No quiero casarme.

La miró extrañado.

—Pensé que no querría tomar los votos…

—Tampoco quiero ser monja.

El cura guardó silencio. En su mente no parecía haber más opciones que esas dos para la mujer de veinticinco años que tenía delante.

—Usted no se ha casado.

—Soy un monje y, bueno… —contestó, confuso—, nosotros no tenemos que…

La puerta del estudio se abrió y otro religioso, de barriga prominente rodeada por una faja de color púrpura, entró en la estancia. Lo envolvía un fuerte olor a lavanda. El jovencito se levantó de un salto y con una reverencia algo exagerada le ofreció su silla. El recién llegado lo ignoró y se sentó junto a Killari. Rondaría los cincuenta. El bajo de su sotana estaba adornado con ribetes de encaje y sus dedos regordetes lucían numerosos anillos de oro.

—Disculpe que la haya hecho esperar. ¿Está todo a su gusto? —preguntó con cierto aire amanerado.

—No permitiré que me casen.

Era mejor dejar las cosas claras desde el principio.

—Señorita, no le puede hablar así a monseñor… —El jovencito palideció, pero al otro no pareció importarle y lo mandó callar con un ademán displicente.

—Queremos que aquí se sienta a gusto, querida. —El religioso alargó el brazo y tomó un dulce—. Mmm, delicioso. Los hermanos los hacen aquí mismo, ¿no quiere? —dijo tomando otra confitura—. Tengo curiosidad. Tras años buscándola, al fin la encontramos en nuestro propio bosque, ¡qué casualidad! ¿Pasaba usted por allí?

Monseñor la examinó con descaro mientras Killari permanecía impasible. Prefería que fuera él quien hablara: todavía no entendía qué era aquel lugar. Se había saltado todas sus normas acercándose tanto, pero no se había podido aguantar.

En cuanto vio que habían apresado al sacerdote inca que había torturado y matado a su tía y abuela maternas, su único deseo había sido enfrentarse a él.

No era cómo se lo había imaginado.

En las pesadillas que habían atormentado a su madre hasta llevarla a la muerte, Tupac Willka era fuerte y despiadado. El hombre que habían capturado los españoles no era más que un despojo humano: le faltaban un brazo y parte de una pierna. Llevaba un parche que le cubría el ojo izquierdo y cada pocos pasos parecía dar brincos involuntarios.

Killari dejó de lado su habitual cautela y, saliendo de los arbustos que le daban cobijo, permitió que los guardas la encontraran.

El religioso barrigudo extendió los brazos abarcando toda la estancia.

—Querida, todo esto es para usted y para otras personas…. especiales que iremos encontrando.

—¿Ya no nos llaman brujas?

—Eso son errores del pasado, pero ahora estamos en el Nuevo Mundo, donde todo es posible.

Killari tomó un dulce y el hombre sonrió confiado. ¿Cómo podían llamar Nuevo Mundo a una tierra que ya existía mucho antes de que ellos llegaran?

—Los Santos Soldados de la Sabiduría tan solo queremos aprender de usted desde la más absoluta humildad.

Probó la confitura con la punta de la lengua y la saboreó de forma consciente mientras el hombre se llenaba la boca con palabras grandilocuentes como justicia, ciencia y educación. La mujer sopesó

sus opciones: no se fiaba de ellos. Por mucho que se cambiaran de nombre, aquellos hombres eran los herederos de la Inquisición española, pero no podía ignorar lo que había visto mientras los espiaba.

¿Qué hacían con las mujeres que capturaban? Ninguna había vuelto a salir.

—¿Dónde viviré?

Monseñor le dio unas palmaditas en la rodilla complacido, aunque retiró la mano de inmediato como si temiera que la mujer le pegara un mordisco o puede que la lepra.

—Tobías, muéstrele sus aposentos —ordenó pasándose un pañuelo de tela bordado por la mano que la había tocado. Killari reprimió un gesto de repugnancia y salió tras el cura.

Todos los monjes con los que se cruzaron por el pasillo vestían sotana y tenían la piel pálida y, a pesar de fingir no verla, se apartaban a su paso.

¿Dónde lo tenían? No dejarían que un piel oscura luciera sus remilgados hábitos ni que tocara sus preciados libros. Si fuera ella, tampoco lo metería en la cocina, ya que podría envenenarlos. Lo había visto encadenado, por lo que debían de tenerlo en los calabozos.

—¿Dónde está la prisión?

—Señorita, esto no es una cárcel.

La mujer enarcó las cejas.

—Y ¿dónde si no ponéis a los prisioneros?

—Nuestros pri… invitados… eligen cómo contribuir a la comunidad: las mujeres en la lavandería, los hombres en la herrería… ¿Quiere la señorita que le muestre el convento?

Killari sacudió los hombros en señal de indiferencia. ¿Por qué era tan amable el monaguillo? El joven no se apartaba de ella como el resto y no la miraba con desprecio. Sin prisa, Tobías la condujo por laberínticos pasillos hasta la enorme biblioteca que hizo que sus ojos se humedecieran de emoción. ¡Había más libros de los que una persona pudiera leer en toda una vida!

De allí fueron al claustro. Atravesaron sus cuidados jardines con un pozo en el centro y se dirigieron a la parte posterior de la bodega.

Agachados sobre la tierra, varios hombres y mujeres de piel de todas las tonalidades sembraban la huerta. El pulso de Killari se aceleró.

A pesar de no haberlo visto nunca en persona, lo reconoció al instante. Los recuerdos de su madre seguían vivos en ella. Lo habían despojado de su túnica de sacerdote inca, pero era él. El mismo hombre que había torturado y asesinado a su tía y a su abuela y había llevado a su madre a la locura. El mismo que las había maldecido. Ahora ya tenía una razón para quedarse.

# 24
# Las primeras gotas

***En la actualidad***
***Kalkahue***

Aunque apenas había amanecido, hacía rato que Martina yacía despierta en su cama del convento mientras Gaia dormía a su lado. La niña se removía inquieta en sueños. No tenía que haberla dejado entrar en la cueva de la Ceremonia, era todavía muy pequeña. ¿Ella también habría nacido en un laboratorio de la Mina? Sintió odio hacia los que trabajaban en ese criadero de niños. ¡Ni siquiera les daban nombre! ¡Productos los llamaban! No podía tratarse de médicos.

La noche anterior habían escapado por los pelos de los laboratorios subterráneos gracias a la ayuda de Sebastián Ferrer. El chico los había sacado por el conducto de ventilación hasta alcanzar otro montacargas por el que habían regresado a Kalkahue.

—Sed buenos —les había dicho sonriendo al dejarlos frente a la puerta trasera del convento.

—Espera —le había cortado el paso ella—. ¿Qué hacías en la Mina?

—¿Y tú? —dijo dando un paso en su dirección.

—¿Qué hacen con los bebés?

Sebastián dio otro paso más.

—No estaba allí por eso, solo me interesa el Prisma. —Dio un último paso colocándose apenas a unos centímetros de distancia.

Martina mantuvo la posición y la frente erguida. No se dejaría intimidar tan fácilmente.

—¿Y bien? —Sonrió él.

—¿Qué Prisma? —No podía pensar con su cara tan cerca.

—Creía que te habías colado en la Ceremonia —dijo él, riendo—. ¿Acaso no viste una roca gigante que cambiaba de tamaño, forma y

color?

—¡Claro que sí! —Se indignó ella girándose de forma brusca y aproximándose a Leo. Necesitaba espacio para pensar.

Con todo lo que había pasado después de la Ceremonia, se había olvidado de la maldita piedra flotante. Es verdad que habían bajado a la Mina siguiendo a los militares que se la llevaron, pero ya no le importaba el pedrusco; ahora solo podía pensar en los pobres Descalzos que parecían criar allí abajo, como si fueran conejos o ratas de laboratorio. Descalzas más bien, porque allí abajo eran todas mujeres. ¿Dónde estaban los chicos? Había montones de niños Descalzos corriendo asilvestrados por las callejuelas de Kalkahue, pero ¿qué pasaba con ellos cuando crecían? ¿A dónde los llevaban?

—Por cierto —siguió él—, todavía no me has agradecido el haberte sacado de allí…

—Muchas gracias —se apresuró a decir Leo, y Martina le dio un codazo.

—Es la segunda vez que me espías, Sebastián Ferrer —dijo fingiendo autoridad.

—Lo sé, Martina Ugarte —respondió él y, sin más despedida, echó a correr entre los árboles.

La joven dio media vuelta en la cama, aunque no lograba conciliar el sueño: debería pensar en su plan de huida, que no tenía, en cómo contactar con sus hermanas, que parecían tan felices sin ella, o incluso en cómo superar la Prueba, pero lo único que le venía a la cabeza era Sebastián. Tapándose los ojos con las manos, se obligó a concentrarse en la Mina. Le extrañaba que todavía no hubieran ido a buscarlos.

Alguien golpeó la puerta con suavidad.

—Ya están aquí —susurró resignada y se levantó a abrir.

Gaia se dio media vuelta en la cama y siguió durmiendo.

—¿Te he despertado? —preguntó Leo nada más abrir la puerta. Se mordía las uñas mientras miraba a ambos lados del pasillo desierto.

—¿Ha pasado algo?

—Tenemos que huir —susurró nervioso—. Vendrán a por nosotros. La Mina. La Mina vendrá.

Martina sintió lástima, parecía a punto de desmoronarse.

—No te preocupes, entra y…

—¿Te importaría preguntarle a Elba por dónde escapó?

Martina no daba crédito: su amigo, el que obedecía sin rechistar todas y cada una de las Normas, estaba dispuesto a saltarse el conjunto entero.

—He preparado el carro —dijo Leo bajando aún más la voz—. Si nos paran, diremos que llevamos patatas para los guardas.

¡Leo había preparado un plan de huida! Aquello fue suficiente para Martina.

—Vamos, te sigo.

Neptuno tiró de la carreta y los llevó sin ningún incidente hasta el Palacio Solar. Todavía era muy pronto y no se toparon con nadie.

—Te espero aquí —susurró Leo deteniendo el carro en el bosque frente a la pirámide—. No tardes mucho, por favor.

Martina echó a correr y subió las doscientas cuarenta y una escaleras lo más rápido que pudo. Llegó reventada a la cima. Calmó la respiración antes de saludar a los soldados, que la dejaron pasar sin decir nada. Menos mal que el pesado de Armando Ferrer no había empezado su turno todavía. No quería más preguntitas sobre su hermana Vera.

—Elba.

Su cuidadora estaba dormida sobre la paja del suelo.

—¿Qué hora es? —Se despertó sobresaltada—. ¿Qué…, qué ha pasado?

—Nada, tranquila. —La muchacha se sentó a su lado en el suelo—. ¿Qué sabes de la Mina?

—¡No vayas! —gritó incorporándose de golpe y agarrándola por los hombros—. ¡Es muy peligroso!

—¿Por qué?

—Porque es peligroso y punto—susurró mordisqueándose una uña —. Prométeme que no irás.

—No iré —respondió seria. No hacía falta que le contara que ya había ido—. Una pregunta más: ¿cómo huisteis?

—Mi niña —le dijo acariciándole la mejilla con una mano—, tu madre lo preparó todo: no había centinelas, las puertas estaban abiertas…. No podemos escapar, cariño. Mejor céntrate en superar la

Prueba y…

—¡No sé cómo! —Se desesperó alzando la voz—. ¿No te acuerdas de lo que dijo Vera en el juicio? ¡Ordinaria incluso entre los ordinarios!

—He estado dándole muchas vueltas —susurró Elba mirando de reojo la puerta. Incluso allí seguía vigilando la entrada. ¿La visitaría alguien más? ¿Habrían ido sus hermanas? Quizás no las dejaran. Elba era lo más cercano a una madre que tenían. Lucía no la abandonaría.

—Creo que eres una Detectora.

—¿Qué? —La pilló desprevenida—. ¿Como la monja psicópata Agustina?

—Shhhh, ¡habla más bajo! —le rogó—. Piénsalo, puedes esconderle lo que piensas a Vera y siempre sabías cuando te mentía. Además, no eres mala mentirosa. Esos son rasgos de una Detectora.

Martina sopesó lo que le decía unos segundos y después negó con la cabeza.

—¡Más terca que una mula! —se desesperó Elba. Hizo el gesto de tirarse del pelo, pero recordó que se lo habían afeitado y simplemente levantó los brazos al aire como si espantara moscas—. La mula es mula, aunque la carguen los santos.

—Sabes que no soy como mis hermanas. ¿Y si soy como tú? Agustina no pudo electrocutar a Lin porque la bloqueó. Quizás yo podría aprender…

—Lo siento, cariño, no se puede elegir: cada uno nace como nace —dijo con suavidad—. Las Hijas de la Luna no pueden bloquear, iría en contra del equilibrio.

—¿Pero qué equilibrio?

—Cuando una niña nace en Kalkahue, se la somete a la ceremonia que decidirá su destino: Hija de la Luna, Legión de los Suspiros, Detectora o Descalza.

—¿Y los niños?

—Hijos del Sol, Protectores o Descalzos.

—¿Protectores?

—Los seguidores del Guardián, los que vigilan las fronteras de Kalkahue.

—¿Para que nadie salga?

—¡Para que nadie entre! —bufó Elba.

La joven se levantó y fue a la ventana. Quería observar los límites de Kalkahue, pero solo vio un trozo de cielo azul y la única nube de aquel lugar. Estaba segura de que, una vez en el exterior, la solitaria mancha gris se habría evaporado. ¿Cómo podía ser que se viera desde la celda pero no desde la base de la pirámide o desde el convento?

—¿Ya está? ¿Has terminado el interrogatorio?

—Sigo sin entender lo del equilibrio.

—Inti, ¡dame paciencia! —se desesperó Elba.

—Cuando fuiste martillo no tuviste clemencia; ahora que eres yunque, ten paciencia —contraatacó Martina.

Elba enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Creías que no te hago caso cuando me sermoneas? —Sonrió.

A su pesar, su institutriz le devolvió la sonrisa.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—¿El equilibrio es otra de las Normas? ¿Está prohibido que las mujeres sean soldados y que los hombres lean la mente?

—¡Por Quillapa! ¡Los hombres no pueden adentrarse en los misterios del pensamiento!

Martina pensó en Leo.

—¿No pueden o no deben? —insistió.

—¡Martina Ugarte! ¡Vas a terminar conmigo!

La muchacha se acordó de las jóvenes bellezas que correteaban desnudas por el Palacio Solar.

—Y ¿las Innombrables?

—¿Cómo sabes tú…?

—Las vi en el juicio cubiertas por las sábanas. —Mejor no mencionarle que las había visto desnudas.

—Antes de convertirse en barraganas, las Innombrables fueron Descalzas que cometieron algún acto impuro, como quedarse a solas con un hombre, y…

—¡Gaia! ¡Mi amiga! —Se alarmó—. ¿La pueden convertir en barragana?

—¡Martina Ugarte! —Golpeó con la palma el suelo de paja—. Deja

de dar nombres a los Descalzos, solo los meterás en un lío…

—¿En un lío? ¿Qué puede ser peor que el que te entreguen como esclava sexual a un viejo?

—Que te bajen a la Mina.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la muchacha.

Contenedor: así llamaron a la mujer que murió dando a luz.

¡Por eso no había Descalzas adultas! Una vez que crecían, las inseminaban en la Mina o las entregaban a los Hijos del Sol.

Era espantoso.

Martina se levantó de un salto y le dio un beso apresurado a Elba. A punto de alcanzar la puerta, volvió sobre sus pasos y se refugió en los brazos de su cuidadora. Hundió la cara en su cuello mientras respiraba el aroma familiar.

—Te sacaré de aquí —le susurró al oído—. Te lo prometo.

Percibió la emoción de Elba.

—Dios aprieta, pero no ahoga.

—¡Volveré!

Bajó las escaleras de tres en tres.

Leo.

Se suponía que los hombres no podían leer la mente, pero el chico lo hacía sin ni siquiera darse cuenta. ¿Era una excepción o era lo del equilibrio otra de las farsas de aquella gente? ¿Y si todo era mentira? Y si ella pudiera aprender a bloquear, a detectar…

Se adentró en el bosque y encontró a Leo sentado en el suelo arenoso leyendo el mazacote de historia que ella ni siquiera había tocado. ¿Siempre iba con el libro a todas partes?

—Vamos a hacer un experimento —le dijo Martina a modo de saludo.

—¿Sabes cómo huir?

«Quiero aprender a bloquear», pensó ella lo más claro que pudo.

—¡No puedes bloquear! —se alteró él.

—Te das cuenta de que no lo he dicho en alto, ¿verdad?

El muchacho se tapó las orejas y después la boca.

—Tienes una habilidad, creía que eso era bueno, ¿no? —No entendía por qué le daba tanto miedo. A ella le encantaría poder meterse en la cabeza de la gente.

«Es imposible, soy un chico».

—¿Imposible porque eres un chico? ¡Creo que lo del equilibrio es un embuste!

—¿Có-cómo has…? —tartamudeó él—. No lo he dicho en alto…

—¿El qué?

—Que es imposible…

—Claro que lo has dicho, te he oído alto y claro…

Él negó con la cabeza y ella se levantó de un salto.

—¿Yo también puedo oír lo que piensas? ¡Noooo!

Martina corrió de un lado a otro, eufórica. Leo, sin embargo, se levantó tapándose la cabeza con ambas manos y huyó en dirección al carro.

—Piensa algo, lo que sea. ¡Quiero oírte pensar! —La chica lo seguía dando brincos—. ¡Más despacio! No puedo distinguir todo eso… ¿Matar? ¿Nos van a matar por esto? Pero ¿qué dices?

—¡Shhhhh! —le rogó él—. ¡Baja la voz, por favor!

—¡Yo también soy una Ugarteeeee!

No pensaba callarse algo así. Llevaba toda la vida esperando una señal de que ella también era como sus hermanas.

—Mira lo que hay por aquí —dijo el gorila de Armando Ferrer apareciendo frente a ellos.

El escándalo que habían montado lo había desviado del camino principal rumbo a su puesto de centinela en la pirámide y, con toda la emoción y el alboroto, no lo habían visto llegar.

—¡Marcado! ¿A quién le has robado el libro?

En un par de zancadas, Armando se colocó junto a Leo y le arrebató el tomo, que lanzó contra un árbol sin ningún miramiento.

—¡Déjalo en paz! —gritó Martina.

El joven levantó a Leo unos cuantos palmos del suelo con una sola mano.

—¿Es tu mascota? —Sonrió Armando—. ¿Tu juguete?

Leo temblaba, pero no hizo ademán de defenderse. Los brazos le colgaban inertes a los lados del torso. Armando lo zarandeó en el aire como si fuera un muñeco de trapo y lo colocó contra el tronco de un árbol mientras cerraba el puño. ¡Lo iba a golpear!

Eso sí que no.

Martina tomó carrerilla y se abalanzó contra él asestándole una patada en la parte posterior de la pantorrilla. Sobresaltado, el gorila soltó a su presa en un acto reflejo.

—¡Muévete, Leo! —gritó subiéndose a la parte posterior de la carreta de un salto—. Tenemos que irnos, ¡ya!

—Te he subestimado —dijo Armando colocándose frente al carro—. Eres una perra furiosa, ¿eh?

Mierda, tenía que haberle golpeado más fuerte.

Martina cogió un par de patatas del carro y se las lanzó lo más fuerte que pudo, pero los tubérculos no llegaron a impactar contra él. A unos veinte centímetros de la cara del chico se pararon en el aire, flotando. Chasqueó los dedos y las patatas se dieron media vuelta y golpearon a la chica en el pecho. Ni siquiera tuvo tiempo de protegerse con los brazos, no esperaba algo así. Se dobló de dolor y tosió apoyándose en el carro. ¿Cómo había hecho eso?

—¿Qué te pasa, furcia? —Rio Armando, y la muchacha cogió dos patatas más y se las volvió a lanzar, aunque tampoco le dieron. Volvieron a quedar suspendidas frente a él, y esta vez, con otro chasquido de dedos, se dirigieron hacia Leo, golpeándole en la cara.

—¡No lo toques! —gritó ella viendo cómo su amigo sangraba por la nariz.

—¿Cuántas patatas hay en el carro? —preguntó el gorila levantando las palmas de las manos y elevando los brazos a la altura de sus hombros.

Cientos de tubérculos abandonaron los sacos en los que estaban metidos y flotaron alrededor de Martina cada vez más rápido. Zumbaban como si fueran abejas furiosas. Ella se cubrió la cara con los brazos. Las patatas giraban cada vez más cerca, formando un torbellino a su alrededor.

—¡Para! —gritó, pero el joven reía, no pensaba detenerse, por lo que ella intentó saltar del carro, aunque las patatas le cortaron el paso golpeándola en todo el cuerpo. A esa velocidad, ya no eran simples tubérculos, sino proyectiles, y notó los arañazos en brazos y piernas—. ¡Paraaaa!

De repente, se escucharon varios truenos de forma simultánea y empezó a llover muy fuerte. Las patatas dejaron de dar vueltas

alrededor de Martina y cayeron todas de golpe, esparciéndose por el suelo. Parecía que el chaparrón las hubiera detenido.

—¡Por todos los barbudos! —dijo Armando Ferrer tapándose con los brazos la cabeza como si, en vez de agua, fueran gotas de ácido lo que caía de aquel cielo encapotado.

Martina levantó la cara hacia el firmamento y abrió la boca para respirar. Le faltaba el aliento por los golpes recibidos.

Era la primera vez que veía llover en aquel lugar.

—¿Qué habéis hecho? —gritó Armando, y echó a correr asustado —. ¡Habéis alterado el equilibrio!

Leo miraba al cielo como si no creyera lo que veían sus ojos. Levantó las palmas de las manos y dejó que las gotas las salpicaran.

—¿Esto es lluvia? —preguntó, y Martina supo, sin ningún lugar a dudas, que era la primera vez que veía llover en toda su vida.

# 25
# Tan solo mujeres

***Año 1570***
***Convento de Kalkahue***

—¿Me has traído lo que te pedí? —preguntó Killari sentada con las piernas cruzadas sobre el frío suelo de la celda. Tobías, el joven cura con pinta de monaguillo que le llevaba el almuerzo una vez al día, apoyó la bandeja con el cuenco humeante sobre la paja amontonada en un rincón y extrajo una tiza de su bolsillo.

—Gracias, eres un buen chico.

—Arrepiéntase, por favor, señorita, puede que así la indulten.

Killari se guardó la tiza y probó el caldo con patatas y carne guisada; le convenía comer, aunque no sabía si los nervios se lo permitirían. Observó el cielo a través del ventanuco: las nubes empezaban a encapotarlo y el aire había cambiado de dirección, pero todavía no era suficiente. Temió no conseguirlo. Influir en las nubes no le salía de forma natural: no era como descifrar qué le deparaba el futuro. Tenía que esforzarse con todo su cuerpo para invocar una simple brisa. ¿Era quizás demasiado mayor para aprender una nueva habilidad? Tuvo visiones incluso antes de poder hablar. Sacudió la cabeza para ahuyentar sus temores. Era un don familiar. Le pertenecía. Al menos, más que al sacerdote inca. Ella lo había recuperado.

Se lo debía a sus padres. Ellos siempre creyeron en ella. Tenía que intentarlo.

Se tomó su tiempo para comer y Tobías tuvo que apremiarla un par de veces para no hacer esperar al Consejo. Con un último vistazo al cielo, Killari se levantó al fin y los guardas, dos monjes con espadas que colgaban del cinturón, la condujeron al claustro. Allí se habían reunido todos los habitantes del convento, aunque en dos grupos

separados.

Por un lado, frailes armados de hábito marrón y piel pálida se apilaban a la derecha del pozo, y, por otro, indígenas de túnica gris se apretujaban a la izquierda. Aimara, Sayen, Ailin. Killari había llegado a conocer a la mayoría en los meses que había pasado allí. Rostros del color del cacao, la almendra, la miel o el cacahuete. Parteras, sacerdotisas, chamanes, hechiceras, videntes y hasta alguna que otra embaucadora. También había algunos hombres, aunque menos. Parecía que la brujería era una profesión mayoritariamente femenina o quizás fuera que la de inquisidor era una actividad masculina.

En el centro, junto al pozo, la aguardaba monseñor con su habitual indumentaria: sotana negra, faja morada y anillos de oro. Él era el único miembro de lo que denominaban el Consejo: juez y verdugo. Sus dedos regordetes tamborileaban impacientes sobre el púlpito con ornamentos dorados que habían construido para la ocasión: ángeles alados se asomaban a ambos lados del atril. Tras él, un solitario tronco dispuesto en vertical sobre una pila de madera no dejaba dudas respecto al veredicto: la hoguera.

Killari notó cómo su pulso se aceleraba y se obligó a calmarse. Los monjes con espada la colocaron frente al púlpito y, ante un gesto del religioso, se alejaron dejándola con Tobías.

—Que la suerte la acompañe, señorita —susurró el joven cura desapareciendo entre el mar de rostros pálidos.

—Sin más demora —proclamó monseñor—, da comienzo el juicio contra Killari Ugarte por el asesinato de Tupac Willka, sacerdote del derrotado Imperio inca. ¿Cómo se declara la acusada?

Como un animal salvaje, Killari cerró los ojos y olisqueó el aire, dejó que el viento que anunciaba tormenta le levantara el largo cabello que bailó suelto alrededor de su cabeza. Su túnica gris también empezó a ondear junto a sus piernas creando una danza hipnótica. Sus pies descalzos y sucios se colocaron de puntillas. Todo su cuerpo vibraba, sentía cómo la tormenta la llamaba.

—Culpable —dijo entrando en una especie de trance.

Los murmullos llenaron el claustro y el primer rayo iluminó el oscuro cielo. Todavía no había caído ni una gota y la carga eléctrica

se percibía en el ambiente. Monseñor observó el cielo con el ceño fruncido.

—Dada la gravedad de los hechos, en nombre de los Santos Soldados de la Sabiduría, la sentencio a morir en la hoguera.

—A menos —lo interrumpió Killari abriendo los ojos— que Dios Todopoderoso interceda por mí.

Un relámpago atravesó las nubes encendiendo el rostro de la mujer y monseñor dio un respingo involuntario. Ella aprovechó su desconcierto para darle la espalda y, lentamente, caminó descalza en dirección contraria contando sus pasos. De pronto, se detuvo y, con la tiza que extrajo del bolsillo, marcó el suelo empedrado con una gran X. Regresó frente al púlpito. El público congregado la observaba hipnotizado.

—Dios Todopoderoso me ha hablado —dijo—. Desea que Kalkahue sea un hogar para las personas a las que él mismo ha dotado de un don especial. Todo aquel que no tenga un don deberá vivir al otro lado de la muralla y los habitantes del convento, mujeres y hombres, formarán su propio gobierno.

Monseñor enrojeció de rabia y sus manos rollizas se cerraron en puños diminutos.

—¡Blasfema! —escupió—, ¿cómo osas hablar en nombre de nuestro Señor?

Un nuevo rayo perforó las nubes y cayó cerca, tras las murallas. El estruendo fue atronador y la estampida, instantánea. Los espectadores se resguardaron en los soportales del claustro. Todos excepto monseñor, que se aferraba a la tribuna como si le fuera la vida en ello.

—Sus monjes protegerán Kalkahue —continúo Killari— y, a cambio, les perdonaremos la vida por siglos de persecución.

—Soldados, ¡apresadla!

Los monjes, arremolinados en los pórticos, se miraron temerosos, empujándose los unos a los otros. Uno de ellos, fornido y pelirrojo, desenvainó la espada y dio un paso al frente hacia la acusada, pero se detuvo en cuanto la mujer levantó el brazo y señaló hacia donde había dibujado la X.

No era Dios quien le hablaba, sino los propios rayos. Nunca había

sentido algo así y, aun sabiendo que podía terminar con ella, era una sensación maravillosa.

Peligrosa, sí, pero embriagadora.

Todo ese poder recorriéndola de los pies a la cabeza, haciéndola sentir viva y poderosa. No había nada que se le pudiera comparar.

Nada.

Lo experimentó por primera vez cuando sus manos se cerraron sobre la garganta de Tupac Willka. A medida que la vida del sacerdote se escurría entre sus dedos, la electricidad se fue apoderando de ella.

Intentó parar cuando el sacerdote sonrió aliviado por la cercanía de su propia muerte, pero ya era tarde.

La energía que corría rauda por las venas de Tupac Willka envolvió a Killari, aguijoneando cada centímetro de su piel.

Todas las células de su cuerpo estaban en llamas.

Intentó soltar el cuello del sacerdote, pero ya no era ella quien controlaba sus manos.

Su cuerpo había dejado de pertenecerle.

—Por fin —susurró Tupac Willka con un último suspiro, y todo se volvió negro.

Killari no recordaba qué pasó después.

Siete días tardó en abrir los ojos.

Una semana en la que, si no hubiera sido por las otras prisioneras, habría muerto. Su cuerpo alcanzó tal temperatura que los soldados ni siquiera osaron tocarla. Las manos de Ailin, Sayen y Aimara se llenaron de ampollas tras introducirla en la bañera de agua helada que tenían que rellenar sin parar para que no hirviera.

Durante esos días, el don de la tormenta que había pertenecido a su abuela se apropió del cuerpo de Killari y recorrió cada recoveco haciéndolo suyo. Parecía evaluarla: ¿era digna de invocar a la tempestad? El sacerdote no lo había sido. El don, como si se tratara de algo vivo, le había mostrado los recuerdos de Tupac Willka. Tras el asesinato de su abuela, el sacerdote se había hecho con su poder, pero nunca llegó a controlarlo. La tormenta no se había dejado domar y le había arrebatado partes de su cuerpo cada vez que había intentado utilizarla en su favor.

—¡Es una hereje! ¡Quemadla! —La señaló, rojo de ira, monseñor.

De pronto, y sorprendiendo incluso a la propia Killari, el relámpago impactó de lleno en la X del suelo. Hizo que las piedras saltaran por los aires y dejó un agujero de varios metros de profundidad. La muchedumbre gritó atemorizada y algunos monjes escaparon corriendo.

—¡No huyáis, cobardes!

Aunque monseñor se estaba quedando solo, no daba su brazo a torcer. Los Santos Soldados de la Sabiduría lo habían puesto al mando. ¿Qué le harían cuando vieran que había perdido el botín que llevaban años atesorando? Todavía le quedaban algunos monjes fieles y, a pesar de que temblaban de arriba abajo, empezaron a rodear a Killari con el pelirrojo a la cabeza.

La acusada percibió movimientos a sus espaldas. Quiso girarse, pero las piernas le flaquearon y la visión se le nubló. ¡No! El esfuerzo la había dejado sin fuerzas para luchar. ¡No, no, no! No estando tan cerca de la libertad.

Unas manos suaves la sostuvieron por la cintura y la voz de Aimara gritó tras ella:

—¡Marchaos! ¡Ahora Kalkahue nos pertenece a nosotras!

Otras prisioneras las envolvieron a modo de escudo y los monjes se detuvieron a la espera de las órdenes de monseñor:

—¡Son solo mujeres! ¡Apresadlas! —gritó.

Con esfuerzo, Killari levantó el dedo y señaló al hombre como lo había hecho con la X del suelo. Ya no sentía la electricidad a través de su cuerpo, se había vaciado por completo, pero él no podía saberlo. Monseñor palideció, pero no huyó.

—¿No me habéis oído? —volvió a gritar.

—¡Rendíos o el fuego os atravesará! —Killari señaló al pelirrojo esta vez, ya que el resto parecía seguirlo. El hombre se detuvo, aunque mantuvo la posición de ataque. Un nuevo trueno lo sobresaltó y, soltando la espada al fin, corrió hacia el gran portón. El resto no tardó en seguirlo, incluido monseñor. Conservando su pose altanera, el sacerdote dio la espalda a las mujeres y se alejó caminando.

¡Habían ganado! Las prisioneras de Kalkahue gritaron de alegría y se abrazaron entre ellas. Varias mujeres se apresuraron a cerrar el

portón.

—Señorita —Tobías emergió del claustro—, me gustaría servirla, si le parece bien.

El chico se arrodilló y por poco tocó el suelo con el rostro.

—Levanta, Tobías —susurró Killari, mareada—. Ayúdame.

El monje se incorporó de un salto y la sostuvo para evitar que cayera.

—La llevaré a los aposentos de monseñor.

Las mujeres se apartaron para dejarlos pasar. El camino estaba repleto de pequeñas piedras que habían saltado en todas direcciones con el impacto del rayo y una de ellas rozó el pie desnudo de Killari. Tobías se detuvo y, desprendiéndose de sus zuecos, se los ofreció a ella, que los aceptó agradecida.

Así, siguieron caminando: él descalzo y ella saboreando la libertad recién adquirida.

# 26
# La niña de la tormenta

***En la actualidad***
***Kalkahue***

Leo, de pie en la entrada de la caballeriza, estudiaba cómo caían las gotas de lluvia. Tras dieciséis años sin chispear siquiera, en los últimos cuatro días el cielo se había vaciado. No había parado de diluviar ni un segundo.

—¡Árboles con frutos de chocolate! —gritó Martina, eufórica, sentada en el suelo del establo con las piernas cruzadas.

—¡Sí! —Rio Gaia, de pie frente a ella—. Nunca fallas, ¿cómo lo haces?

No era cierto que jamás se equivocara (de hecho, fracasaba más de lo que acertaba), pero le gustaba que Gaia pensara eso.

Ni siquiera sabía cómo lo hacía, era como si la tormenta la hubiera encendido. Sabía que eso no era del todo correcto, ya que había *oído* a Leo por primera vez un poco antes de que empezara el aguacero, justo antes de que Armando Ferrer los atacara.

Más tarde ese mismo día, al volver al convento, había escuchado también a Gaia, pero no siempre lo conseguía: durante las comidas, había intentado colarse en la mente de las monjas y no había funcionado. A veces, de camino al establo, le parecía oír lo que pensaba la monja del portón, pero otras le daba la impresión de que la mujer chocheaba un poco y hablaba en voz alta.

Cuando, al anochecer, Gaia y ella se metían en la cama, tampoco conseguía oír a la niña. Puede que al terminar el día ya estuviera demasiado cansada. Después de entrar en una mente se le quedaba un ligero dolor de cabeza, como un zumbido que iba de oreja a oreja.

Con Leo era distinto: cada día que pasaba lo percibía con mayor claridad. Ya no tenía que esforzarse para introducirse en su cabeza, sino todo lo contrario: no había manera de ignorarlo. El hecho de escucharlo era tan inconsciente y natural como el acto de respirar. Con el resto no era así; tenía que concentrarse y, entonces, los oía o veía lo que se les pasaba por la mente en aquel preciso instante. A veces, era solo una palabra o una imagen y, otras, más bien como un batiburrillo del que no sacaba nada en claro.

—Depende de la forma en la que piensa la persona a la que intentas acceder. —Leo se giró hacia ella—. Si está en calma, se la puede escuchar con mayor claridad.

—¿Cómo es mi forma de pensar? —quiso saber ella.

«Extenuante», pensó Leo y, acto seguido: «Lo siento, no quería decir eso; es más bien como un torbellino».

La muchacha sonrió al oírlo. Le recordaba a Lucía, siempre tratando de no ofender.

—¿No va a parar? —Gaia se asomó a la puerta del establo agarrándose con fuerza a la bisagra del portón como si temiera que el viento se la fuera a llevar: llovía con intensidad y no se veía un alma en el patio del convento. La huerta estaba embarrada y las flores de los jardines, marchitas; era imposible caminar sin pisar algún charco y el pozo del centro escupía agua de lo lleno que estaba—. ¿Cuándo llegará la desgracia? —preguntó dirigiendo su carita pecosa hacia el cielo oscuro.

—No hagas caso a las monjas, son unas supersticiosas. No es más que agua —dijo Martina bostezando de forma ruidosa.

—No es solo agua, es una advertencia —dijo Leo sin dejar de observar las nubes con el ceño fruncido.

—No empieces —le avisó Martina.

Si fuera por ella, ya podía llover todos los días. La borrasca los había salvado del loco de Armando y, si seguía diluviando así, puede que suspendieran la Prueba, de la que apenas la separaban unos pocos días.

«No la van a cancelar», pensó el chico.

—Calla, por favor. —Lo último que quería Martina era hablar sobre la maldita Prueba.

Cada vez que escuchaba esa palabra, su estómago le daba un vuelco y sentía náuseas. Había prohibido a Leo que la mencionara, pero no hacía falta que lo dijera en alto, le bastaba con pensarlo, cosa que hacía al menos cien veces al día.

—Vamos, te toca. —La muchacha se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y colocó los dedos de las manos, apoyadas en las rodillas, hacia arriba, como si se dispusiera a meditar.

«¿Otra vez?», pensó el chico colocándose donde había estado Gaia. Llevaban días practicando y no habían avanzado nada.

—¿En qué número estoy pensando? —dijo ella con los ojos cerrados.

—El 7.

—Mierda. —Abrió los ojos y los volvió a cerrar, tapándoselos con ambas manos como si, cubriéndolos, pudiera cerrar su mente—. ¿Y ahora?

—El 567.

Necesitaba una nueva estrategia.

—Leo, si tú quisieras bloquear… —Él abrió la boca para protestar, pero Martina levantó la mano para hacerlo callar—. Lo sé, lo sé. Es imposible y, además, va contra el equilibrio, pero imagina por un momento. Solo imagina, nada más, que sí se puede. ¿Cómo lo harías?

Leo reflexionó un momento.

—Si fuera mujer y fuera de la Legión —empezó de forma pausada —, y no quisiera que alguien se adentrara en mi cabeza…

—¿Sí?

—Protegería mi mente.

—¿Cómo?

—Creando un muro.

—Y, solo hipotéticamente, ¿cómo lo harías? Quiero decir, paso a paso.

Elba decía que Martina llevaba años bloqueando a Vera, pero, si eso era cierto, no lo había hecho de forma consciente. Necesitaba entender cómo funcionaba.

Leo cerró los ojos.

—Primero, vaciaría mi mente. —Respiró de forma pausada y ella lo

imitó—. Después imaginaría que mi cabeza es un tablero vacío, liso e infinito. —Expiró durante largo rato—. Dibujaría una fina línea recta en la mitad, de lado a lado. —Movió el dedo índice en el aire, de izquierda a derecha—. Despacio, colocaría los ladrillos, uno a uno. Arcilla, ladrillo, arcilla. Una fila, y otra y otra… —Leo seguía dibujando líneas imaginarias en el aire.

Martina respiró hondo y empezó a construir su propia muralla.

Despejó su mente y preparó el mortero, movió las manos como si de verdad estuviera mezclando el cemento con agua y, con cuidado, concentrada, edificó el tabique más alto que pudo imaginar.

Después, eligió un número.

—¿Qué número estoy pensando?

Silencio.

—¿Número?

—No puedo verlo.

Martina abrió los ojos y rompió a reír.

—El 117 312 —dijo él de inmediato—. ¡Tienes que mantener la concentración! ¡Has dejado caer la pared!

—Sí, pero también la he levantado. ¡Se puede aprender a bloquear!

Como si el cielo los hubiera estado espiando, un rayo atravesó el firmamento y, a los pocos segundos, estalló un trueno imponente que los hizo saltar.

Martina se levantó decidida.

—¿Puedo acompañarte a visitar a Elba? —preguntó Leo.

—Yo mejor monto guardia—dijo Gaia, mirando al cielo con temor.

No se cruzaron con nadie en el camino hacia la pirámide. Ni Descalzos ni ciudadanos se atrevían a salir debido al diluvio.

—Leo, ¿cómo funcionan los dones? ¿Por qué sé lo que piensas, pero no lo que piensan las monjas? O no siempre.

—Las habilidades femeninas suelen ser más volubles que las masculinas.

—¿Por qué?

—Por la naturaleza más emocional e inestable de las mujeres.

Martina no se enfadó, solo repetía lo que le habían enseñado.

—¿Y las masculinas?

—Los hombres tienen un mayor control de la fuerza.

—¿Pero nada mental?

Leo negó intentando evitar los charcos.

—Entonces, ¿cómo explicas que Armando nos lanzará patatas con la mente?

—Es una habilidad de movimiento, no mental.

A Martina le pareció una distinción sin ningún sentido.

—¿Y tú? ¿Por qué crees que puedes leerme?

—¿Podría conocer a Elba? —Cambió de tema Leo—. Solo si te parece bien, ya sé que va contra las Normas…

—¿Y si Armando está de guardia? —se sorprendió ella.

—Tienes razón, mejor me quedo…

—No, no, no. —Lo agarró del brazo y tiró de él hacia las escaleras —. Al mendrugo ese le da miedo la lluvia. No estará, tranquilo.

Al llegar arriba, la chica le indicó que se quedará fuera y asomó la cabeza para ver quién estaba de guardia. No era Armando, ni siquiera otro hombre; sentadas en el primer escalón que conducía hacia la celda de Elba estaban sus hermanas.

—¡Martina! —gritó Lucía, y corrió hacia ella para abrazarla llorando —. ¿Estás bien? ¿Te tratan bien?

—Déjala respirar —le dijo Vera, acercándose también—. ¿Qué tal estás?

Martina ni siquiera pudo contestar. Se abalanzó al cuello de Lucía y lloró con la cara escondida en su pelo. ¡Las había echado tanto de menos!

—¿Te han hecho daño? —se preocupó Lucía.

—No tenemos mucho tiempo —la interrumpió Vera. Miraba por encima de su hombro como si en cualquier momento fuera a aparecer algún guardia—. Presta atención, hemos venido a decirte que no te preocupes por la Prueba. Cuando falles, la abuela anunciará que te acepta en su palacio aunque no…

—¿Aunque qué? ¿Aunque no sea una verdadera Ugarte como vosotras?

—¡Yo no he dicho eso!

—Cariño —Lucía le agarró ambas manos—, la abuela nos está ayudando. ¿Te tratan bien?

Martina abrió la boca y negó y asintió de forma alterna con la

cabeza. Sentía demasiadas emociones a la vez para poder articularlas con claridad.

—Estamos intentando averiguar qué le pasó a mamá. Ella quería que… —empezó Vera, pero paró en seco cuando Sebastián apareció de golpe por uno de los grandes ventanales. Martina pegó un grito por el susto. ¿Cómo demonios? ¡Estaban a muchísima altura!

—Vera, te dije un rato, tenéis que marcharos. —El chico rodeó con el brazo la cintura de su hermana y empezó a alejarla de ella.

Martina sintió una punzada en el estómago: su hermana y Sebastián eran… ¿amigos?

—¡Rápido! ¡Ya vienen! —gritó él y empujó a sus hermanas hacia el tragaluz sin ni siquiera echar un vistazo en su dirección.

—¡No hagas tonterías mañana! —gritó Vera antes de desaparecer por la abertura.

—¡Ten cuidado! —le rogó Lucía, y se esfumó también.

—¡Esperad! —Lloró de impotencia—. ¡No me dejéis sola!

Un estornudo tras ella la asustó de pronto. Asomó la cabeza con cuidado y vio a Leo cabizbajo y empapado bajo la lluvia. ¡Se había olvidado de él!

—Suben unos guardias —susurró él, temblando.

Tiró de él hacia el interior y lo condujo hacia la celda. Una vez dentro, se dejó caer sobre la paja llorando.

—¿Qué ha pasado? —se alarmó Elba, sentándose junto a ella y abrazándola.

—Se ha encontrado con Lucía y Vera —dijo él tapándose la mejilla quemada con el pelo.

—¿Eres Leo? —preguntó estudiándolo mientras con una mano acariciaba el cabello de la muchacha. Este asintió y bajó la cabeza.

—¿Cuántos años tienes?

—Creo que dieciséis, señora.

La Bloqueadora lo estudió de arriba abajo: el moflete derecho rugoso, quemado y lleno de cicatrices, el ojo derecho medio cerrado y sin ceja, la cabeza gacha y los pies descalzos.

—¿Tu cara?

—Nací así.

Elba se quedó callada unos instantes.

—Leo, bonito nombre. ¿Quién te lo dio?

—Mi madre.

—¿Tienes madre? —se sorprendió Elba, y Martina dejó de llorar: no sabía que su amigo tuviera madre. No se le había ocurrido preguntarle sobre eso. Había dado por hecho que era otro huérfano de la Mina.

—Murió, pero me dio un nombre antes —susurró.

Un relámpago, seguido de un trueno ensordecedor, iluminó el cielo y los tres miraron hacia el ventanuco. La tormenta parecía empeorar por momentos y Elba sacudía la cabeza como si aquello no le gustara nada.

—Señora —se atrevió tímidamente Leo—, ¿usted sabe por qué ha empezado a llover?

—Es una advertencia —murmuró Elba lanzando miradas furtivas a la puerta—. Helada sobre lodo, agua sobre todo.

Leo la miraba hipnotizado.

—¡Dejaos de chorradas, par de supersticiosos! —se desesperó Martina dando un suave golpe a su institutriz para que dejara de frotarse las manos con tanto ahínco—. ¡Es solo agua! La prueba de mañana, eso sí que es una maldita advertencia, ¿qué voy a hacer?

—¿Sabes cuándo llovió por última vez, cariño? —Elba se levantó y se dirigió a la claraboya en la que rebotaban las gotas furiosas.

—¡Sí! Todo el mundo lo repite: hace dieciséis años y ¿sabes qué? ¡No me importa!

—Hace dieciséis años no lo entendí —siguió la Bloqueadora, ignorándola—, pero cuanto más lo pienso, no puede ser una casualidad.

—¿Qué no es una casualidad?

—«Mi niña de la tormenta» te llamó tu madre cuando naciste. —Elba se remangó las mangas del hábito y se rascó las quemaduras de los brazos, obsequio de sor Agustina—. Al principio, pensé que el parto la había dejado algo tocada…, pero no, debería haberme dado cuenta, Sofía no se equivocaba, nunca.

—¿A dónde quieres llegar? —la interrumpió, inquieta.

—Tu madre me rogó que me llevará a tus hermanas y que ella vendría después —sacudió la cabeza Elba—, ya te lo conté.

—¿Y? —Martina le dio un golpe en la mano para que dejara de morderse las uñas, la estaba poniendo cada vez más nerviosa—. ¿Qué es lo que no me has contado?

—Seguimos el camino que nos había indicado tu madre y llegamos al coche. Tú estabas en mi regazo. La niña más bonita que jamás he visto. Estiraste tu manita hacia el cristal, lo juro, parecía que quisieras tocarlo…, y en ese preciso momento… una gota de lluvia rozó el cristal.

—¿Una gota? —La chica no entendía nada. ¿Tanto cuento por una gota?

—Eran las… —A Elba se le cortó la voz y la muchacha, entre desesperada y excitada, le hizo un gesto para que continuara—. Las diez y veintidós minutos de la noche. Fue entonces cuando empezó la tormenta.

22:22.

Los malditos cuatro números de siempre otra vez.

# 27
# El futuro

***Año 1578***
***Convento de Kalkahue***

El niño de piel morena como el cacahuete corría por el claustro anegado todo lo veloz que le permitían sus cortas y rechonchas piernas. Aun así, la niña larguirucha lo alcanzó antes de llegar al pozo del centro.

—¡Ríndete, inquisidor! —gritó Mailen Ugarte, apuntándolo con su espada de madera.

—¿Por qué *ziempre zoy* yo el *inquizidor*? —se quejó Tahiel levantando los brazos en señal de rendición—. ¡Tú *erez* más blancucha que yo!

En un rincón del patio, dos mujeres vestidas con hábito gris que resaltaba su piel del color del cuero tendían sábanas blancas recién lavadas. El niño las vio y sonrió travieso.

—No —susurró Mailen—, acuérdate de lo que pasó la última vez.

—¡Ahora ya *zé* cómo *ze* hace! —El chico se agazapó y se alejó del tendedero. Cada vez se apartaba más y más, parecía querer probarse a sí mismo. Las mujeres, charlando animadamente, ya casi habían terminado.

—¡Tahiel! —dijo la niña utilizando la autoridad que le otorgaba ser la mayor de los dos, aunque fuera por unos pocos meses—, ni se te ocurra…

Demasiado tarde.

Con una rapidez pasmosa, Tahiel hundió sus dedos regordetes en uno de los numerosos charcos del huerto y, hurgando en la tierra, formó varias pelotas de barro que lanzó con los ojos cerrados. Como siempre, y a pesar de encontrarse a una distancia enorme, ambos proyectiles dieron de lleno en el blanco, justo en el medio de la

sábana tendida. Los niños se escondieron tras los setos conteniendo la risa, aunque las mujeres no necesitaron verlos para saber de quiénes se trataba.

—¡Salid de ahí! —gritó una de las lavanderas—. ¡Tahiel y Mailen! Sé que habéis sido vosotros. Ya veréis cuando se lo cuente a vuestros padres.

En cuanto las mujeres abandonaron el claustro, los niños corrieron hacia la ropa tendida.

—¡Arréglalo! —lo apremió Mailen.

—*Zabana zucia*, ¡límpiate! —ordenó Tahiel dando palmadas. El lienzo blanco frente a ellos seguía embarrado—. Oh, oh.

—¿No decías que ya sabías hacerlo?

—*Zabana zucia*, ¡límpiate! —repitió el niño dando saltitos además de las palmadas, pero no tuvo ningún efecto sobre la mancha. Frotó el lamparón con sus sucias manos, empeorando el borrón—. ¡Tu mamá *noz* matará! *¡Vamoz* donde el cura!

—¡No lo llames así! —Se quejó la chica, y salió disparada hacia la biblioteca.

Subieron las escaleras de dos en dos, Tahiel resoplando por detrás, y entraron en la biblioteca del convento estrepitosamente.

—¡Papá! ¡Papá! —llamó la niña.

—¡*Zeñor* cura! ¡*Zeñor* cura! —coreaba el niño.

—¿Qué habéis hecho esta vez? —preguntó Tobías sonriendo y levantando la vista del libro que estaba leyendo.

El bibliotecario vestía una larga túnica negra muy parecida a la de los religiosos españoles. De hecho, ese jubón era su antigua sotana. Le habían quitado el alzacuello para diferenciarse de los curas y las mangas por una cuestión práctica: hacía demasiado calor para ir tan cubierto.

A esa hora, la biblioteca estaba desierta. No todos los habitantes de Kalkahue sabían leer y algunos no querían que un antiguo monje español les enseñara. Mailen no entendía por qué les importaba tanto que su padre hubiera servido a monseñor. ¡Lo habían obligado! Además, él nunca participó en los castigos de la Inquisición y, en cuanto las mujeres liberaron Kalkahue, se quedó con ellas.

Su padre le contaba aquella historia cada noche: cómo su madre,

la valiente prisionera Killari Ugarte, condenada a muerte, había dibujado una X en el suelo y cómo la tierra había volado por los aires cuando un rayo dio de lleno justo allí. ¡Y ni siquiera había tormenta!

De entre todas las personas de Kalkahue, su madre era la más poderosa. Incluso los Santos Soldados de la Sabiduría, que los tenían rodeados al otro lado de la muralla, la respetaban. La temían, más bien.

Mailen no podía hacer nada por el estilo, todavía; tan solo veía cosas, aunque la mayoría del tiempo ni siquiera las entendía. La noche anterior, por ejemplo, soñó que le trenzaba el pelo a otra niña igualita que ella, pero ella era la única niña del convento. De pronto, los soldados las rodeaban y se llevaban a su amiga. Ni siquiera se había molestado en escribirlo en el cuaderno de sueños, pero, por si acaso, había subido al torreón norte. El batallón de ahí abajo seguía como siempre, no tenían ninguna prisionera con ellos. Al menos, ella no podía verla desde el estrecho ventanuco. ¿Había más soldados? A la niña le pareció que la milicia había crecido. Tendría que avisar a su madre para que invocara a la tormenta y los alejara, aunque la última vez no salió del todo bien. Un relámpago cayó dentro del patio y la gente de Kalkahue se asustó. Algunos dijeron que su madre ya no podía controlar su don.

No eran solo los rayos. Las lluvias tampoco llegaban como antes, moderadas y justo sobre la huerta y el pozo. Ahora, el cielo rugía y derramaba el contenido de todo un río sobre la abadía haciendo que el aluvión se colara incluso por las claraboyas de las torres. Era como si volcaran sobre ellos un balde gigantesco lleno de agua. Ya ni siquiera limpiaban el claustro: siempre estaba inundado.

Su madre no había nacido con el viento y las lluvias dentro de ella. Ese era el don de su tía y de su abuela, la bisabuela de Mailen.

Su padre le había explicado que Killari adquirió el don de la tormenta al castigar al sacerdote inca, pero ¿cómo exactamente? Eso nunca se lo contaban, y Mailen no conseguía descubrir cómo se perdían y recuperaban los dones: ella también quería invocar a las nubes o lanzar objetos como su amigo Tahiel, pero su madre no quería ni siquiera oír hablar de ello.

—¡Mailen! —El grito de su madre, acompañado de varios truenos,

le heló la sangre—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no molestes cuando están trabajando?

Killari vestía el mismo hábito gris que las lavanderas que la seguían, y sus cabellos, antaño tan negros, dejaban entrever hebras plateadas junto a las sienes. Se la veía más cansada que enfadada: bajo los ojos se le habían formado un par de bolsas de color ligeramente violáceo. Aunque la túnica fuera holgada, se le marcaba un poco alrededor de la cintura. Con el embarazo, había ganado algo de peso.

Nahuel, el papá de Tahiel, apareció tras ella ondeando su túnica negra con paso apresurado. Debían de haberles interrumpido durante una de las eternas reuniones del Consejo.

—Son solo críos, doña. —Se apresuró Nahuel, interponiéndose entre la mujer y los pequeños.

Los presentes miraron a Killari, pues era por todos conocido que odiaba que la llamaran doña. Sus mejillas adquirieron un tono rojizo y apretó los puños, pero no dijo nada. ¡Ella no era una de las señoras europeas que habían desembarcado tras sus maridos en Nueva Extremadura!

—Como miembro del Consejo —carraspeó Nahuel—, he de advertirle que no debe perder el control, doña.

Mailen Ugarte aguantó la respiración. ¡El padre de Tahiel lo estaba empeorando! Si seguía llamándola doña, ¡su madre explotaría!

Ajeno al drama que él mismo había creado, su amigo Tahiel le dio un codazo en las costillas y, sonriendo, le mostró siete dedos. Se dedicaba a contar las veces que su padre mencionaba que era miembro del Consejo.

—Sabemos que son jóvenes —intervino Tobías—, pero estamos rodeados por el enemigo y tienen que aprender a comportarse. ¿Lo entiendes, cariño?

Mailen agachó la cabeza abochornada. ¡No dejaría que Tahiel la liara en sus juegos nunca más! Su madre sonrió agradecida, pero Nahuel no parecía satisfecho.

—¿El enemigo? —preguntó acercándose al bibliotecario—. Hasta hace poco tú eras uno de ellos, cura.

De pronto, un escalofriante trueno sonó sobre ellos haciéndoles

saltar a todos.

—Lo siento —dijo Killari con los puños apretados y los ojos cerrados.

El pequeño Tahiel corrió a refugiarse tras su padre. Durante unos instantes nadie habló.

—Si los de fuera se dan cuenta de que ya no puede manejarlo, doña —dijo Nahuel—, entrarán a por nosotros y no podremos hacerles frente…

—Ya los echamos una vez —le cortó Tobías— y lo volveremos a hacer.

—¡Estamos en un convento lleno de mujeres! —se lamentó Nahuel, y Mailen no entendió qué quería decir con aquello.

Eran las mujeres las que habían vencido a la Inquisición, eran ellas las que podían invocar tormentas, curar a los enfermos y predecir el futuro. Su amigo Tahiel tan solo podía lanzar objetos muy lejos y el propio Nahuel brincaba muy alto. ¿Qué iba a hacer? ¿Derrotar a los soldados saltándolos por encima?

—Por hoy hemos terminado, Nahuel, llévate a los niños. Deberían estar estudiando.

El tono de Killari no dejaba lugar a dudas: por mucho que los dos estuvieran en el Consejo, era a ella a la que habían elegido líder. Nahuel hizo una mueca de fastidio, pero obedeció y acompañó a los pequeños hasta el pasillo.

—Regresad a vuestros aposentos, señorita —le dijo a Mailen, y padre e hijo partieron hacia las escaleras. La niña fingió tomar rumbo al ala sur y se escondió tras una columna observando cómo se alejaban.

—No vuelvas a avergonzarme, hijo—oyó que decía el hombre—. Como miembro del Consejo…

Cruzando los brazos a la espalda, Tahiel mostró ocho dedos. Seguía jugando, ¡no tenía remedio!

Sigilosamente, Mailen se coló en la biblioteca. Sus padres estaban al fondo. Protegida por las altas estanterías de libros, se acercó a ellos sin que la vieran. Su padre palpaba la abultada tripa de su madre.

—No puedo dominarlo —se quejó Killari.

—Es por el bebé —la tranquilizó él—, estás cansada.

—¡He inundado el huerto cuatro veces! —se lamentó rascándose la barriga—. La niña que está en camino no me deja ver con claridad… ¡Estamos rodeados por un ejército! ¿Cuánto más podremos aguantar?

—Ven aquí. —Tobías se sentó frente a su mujer y tomó sus abultados pies en las manos. Le quitó las sandalias con habilidad y le empezó a masajear las doloridas plantas.

—Gracias. —Sonrió—. ¿Te has parado a pensar que puede que Nahuel tenga razón?

—¿En qué?

—En que algún día tendremos que pactar con la armada de ahí fuera.

—¿Lo has visto en tus visiones?

—¡Ya te he dicho que la niña no me deja ver! —Varios truenos cruzaron el cielo sobre ellos—. Lo siento, lo siento… No puedo…, no sé cómo controlarla… ¡Esta niña es pura electricidad!

Killari se agarró el vientre y Tobías la abrazó con dulzura.

—Tienes que enseñarme a compartir tu carga.

—¿Qué?

—Como hiciste con tu padre. Enséñame.

—¿Estás loco? ¡Eso fue lo que lo mató!

—¡No es justo que sufras tú sola! —gritó él de pronto, levantándose como un resorte.

Mailen pegó un brinco involuntario y por poco tiró un libro de la estantería al suelo. Su padre nunca levantaba la voz.

—José Ugarte, que en paz descanse, consiguió aligerar el dolor de la mujer que amaba. ¿No podría yo hacer lo mismo? ¿Quitarte parte de la carga para que puedas ver lo que nos depara la luna?

Ella negaba con la cabeza.

—¿Es porque soy un hombre?

—¡No digas sandeces!

—¿Es porque fui uno de ellos?

Se levantó sujetándose el vientre con una mano y abrazó a su marido.

—Es porque te quiero.

—No lo entiendo.

—Librarme de este peso te consumiría por dentro, no pienso dejar que enfermes.

Tobías le dio la espalda.

—He oído lo que dicen las otras mujeres sobre el parto.

Killari no dijo nada.

—Nuestra niña —dijo Tobías dándose la vuelta—, esta que es pura electricidad, mostrará todo su poder al nacer y, si no me enseñas a bloquearla, un trueno te alcanzará.

Mailen se tapó la boca para no gritar. No lo permitiría.

Lo cambiaría. Cambiaría el futuro.

# 28
# La prueba

***En la actualidad***
***Kalkahue***

Martina sacó la cabeza por la apertura de la jaima con la esperanza de que el cielo azul sin una sola nube se oscureciera de pronto y volviera la lluvia, que había parado sin más el día anterior.

Nada. El sol brillaba en todo su esplendor.

—Tú concéntrate en lo tuyo y estate tranquila, pronto te llamarán —dijo Elba apartándola de la entrada de la tienda para protegerla del griterío de los espectadores, que esperaban eufóricos.

¿Estar tranquila? ¡Y se lo decía alguien a quien no le quedaban uñas de tanto morderlas! Su corazón latía al ritmo de los bramidos de fuera, tenía la boca seca y un regusto amargo en la garganta.

«Respira», pensó Leo a su lado. «No mires fuera».

¿Que no mirara?

En el exterior, habían colocado gradas de madera frente a la pirámide formando un hemiciclo, pero había tantas personas que algunas se habían instalado a los pies de la tribuna: túnicas negras, azules, marrones, soles, lunas…, todas las familias de Kalkahue parecían haberse reunido para presenciar la Gran Prueba, incluso los Descalzos habían salido de sus escondites y correteaban alterados por todos lados; no cabía un alfiler en el improvisado anfiteatro y ¡qué ruido! ¿No podían, al menos, bajar la voz?

Su estómago emitió un rugido. No había podido probar bocado durante el desayuno. Era como si su vientre y su garganta se hubieran encogido.

—¿Tienes hambre, cariño? —Su cuidadora le acercó un cuenco de cerámica con frutas ya troceadas, pero ella negó con la cabeza y, harta de esperar, volvió a asomarse al semicírculo: necesitaba saber

qué estaba pasando.

El jurado, compuesto por los cuatro miembros del Consejo, estaba en el centro de la tribuna, sobre un escenario cubierto por una tela de terciopelo violeta y dibujos de soldados batiéndose en una justa que había conocido tiempos mejores.

—Es el mismo tapiz que se utilizó en la prueba de Killari la Valiente —explicó Leo asomando también la cabeza y entrecerrando los ojos por la claridad; era casi mediodía.

—¿Hace quinientos años?

—El libro asegura que pertenecía a los conquistadores españoles.

Los espectadores miraban al centro, a una plaza de arenisca que habían colocado allí para la ocasión y que en ese momento estaba ocupada por unos soldados que formaban varias filas.

—Ponte esto. —Leo le tendió un casco de hierro con visor incluido y ella lo apartó nerviosa.

—Más vale prevenir que curar —insistió Elba mordiéndose las uñas —. Y deja el bolso, te va a molestar.

Martina cruzó la bolsa de cuero a modo de bandolera, ahí guardaba los colgantes sin vida de sus hermanas; eran su amuleto y no pensaba desprenderse de ellos justo ahora.

Los tambores empezaron a sonar de pronto y dio un paso atrás escondiéndose tras la tela; el corazón le latía a mil por hora. Dos soldados entraron en la jaima y anunciaron:

—Es la hora.

Elba dio un respingo y volvió al ataque con sus uñas mientras Leo se colocaba al lado de la muchacha. «Puedes hacerlo», la animó, y, dándole la mano, los dos tomaron aire lentamente.

La chica temblaba de arriba abajo, pero poco a poco los dos corazones fueron acompasándose. Le dio la mano libre a Elba, y bien erguida la cabeza, respiró hondo una última vez y salió.

Las gradas estallaron: cientos de personas de pie corearon lemas que desconocía; algunas, hombres la mayoría y alguna que otra mujer, la abuchearon; otras, sin embargo, parecían animarla con ¿rezos? Sus detractores eran mucho más ruidosos.

—¡Silencio! —gritó su abuela desde el trono en el que estaba sentada en mitad del escenario y todos callaron. Sería una anciana,

pero estaba claro que la Diosa Madre imponía.

Su escolta real, las diez monjas habituales, se habían situado de pie tras ella, aunque en esa posición parecían más sus carceleras que sus guardaespaldas.

La representante de la Legión de los Suspiros ocupaba la silla al lado de la Diosa Madre. Juraría que a esa mujer en concreto no la había visto nunca, pero no pondría la mano en el fuego. Hábito marrón, kilos de más, piel arrugada y dientes que faltaban. ¿Cómo demonios decidían quién hacía qué?

Colocaron a Martina y a sus ayudantes en mitad del coso, frente a la tribuna con los miembros del Consejo.

—¡Bienvenidos a la Gran Prueba! —anunció el Supremo Sacerdote Solar atusándose la peluca blanca de lord inglés que, más que darle un aire distinguido, le daba un aspecto ridículo—. Gracias al Todopoderoso Inti por habernos librado de la Tormenta de los Siete Días. —El público, esta vez todos unidos, estalló en gritos de júbilo —. Estamos aquí para que Martina Ugarte, hija de Sofía Ugarte, demuestre que es de los nuestros —siguió el anciano, sentado en el trono contiguo a la abuela.

Mencionó la ilustre historia de Kalkahue y las grandes casas que la componían, y la muchacha buscó a sus hermanas entre el público. Estaban en la primera fila, a la derecha del tablado. Cuando sus miradas se cruzaron, sonrieron conteniendo el llanto y Martina no pudo aguantarlo; apartó la vista y analizó los rostros de los allí congregados. Todos atendían al viejo que mencionaba a Killari la Valiente, fundadora de Kalkahue.

Todos no.

Sebastián, sentado en la última grada, la miraba directamente a ella.

Su estómago dio un vuelco involuntario y notó cómo el calor le subía por el cuello hasta las mejillas.

«Por favor, ahora no». Ya tenía bastante con la dichosa Prueba.

Sacudió la cabeza como si así pudiera desprenderse del rubor.

—¡Un paso al frente, señorita Ugarte! —gritó el anciano.

Martina dio un paso atrás, involuntario. Sentía las miradas de todos aquellos desconocidos fijos en ella. No podía moverse, estaba

paralizada.

—¡Un paso al frente! —repitió el sacerdote, y Martina dio otro paso atrás. Los labios le temblaron y los ojos se le humedecieron.

No podía hacerlo. No era capaz.

—No es necesario —interrumpió la abuela—. La Bloqueadora y el Marcado, aquí debajo, contra la pared. Legión de los Suspiros, empiece con el primer reto.

«Sí puedes», se despidió Leo. «Respira», y caminó junto a Elba, que hipaba del susto que tenía encima; los soldados los colocaron en una esquina, delante de las gradas.

—Ahí no, ¿no veis que molestan a nuestro público? —Se quejó la abuela, y un soldado nervioso los fue moviendo hacia el escenario mirando hacia arriba, a la Diosa Madre, para saber dónde dejarlos. Al final los colocó justo debajo del Consejo.

—¿Están bien ahí? —preguntó el Sumo Sacerdote Solar sin poder esconder su irritación.

—Ya puede empezar —dijo la abuela ignorándolo.

—Una auténtica Hija de la Luna ve en la oscuridad tal y como lo hace la propia Quillapa Huillac —explicó la monja poniéndose en pie y acercándose al borde exterior de la tarima—. ¿Qué ves aquí?

La anciana levantó una cartulina blanca con ambos brazos y la colocó sobre su cabeza. Martina no veía nada en el papel. ¿Y ahora qué?

«Una serpiente mordiendo una manzana», pensó Leo. ¡Estaba justo debajo de la monja y podía ver el otro lado de la tarjeta!

—Una serpiente mordiendo una manzana —dijo ella sin vacilar, y la anciana abrió los ojos, sorprendida. Le dio la vuelta a la cartulina mostrándole al público expectante el dibujo del reptil; la audiencia explotó entusiasmada.

—¡Es una auténtica Hija de la Luna! —gritaban emocionados, y la muchacha empezó a relajarse. Quizás no fuera tan difícil.

De todas formas, ¿qué tipo de reto era aquel? Lucía no podría superarlo y la consideraban una de ellas. Una vez más, lamentó haberse presentado voluntaria.

—¿Qué ves aquí? —repitió la monja con otra cartulina.

—Un pelícano alimentando a sus hijas.

—¿Y aquí?

—Las Agujas cubiertas de nieve.

—¿Y aquí?

—El Templo del Sol.

Tras diez cartulinas, se sentía confiada.

—Esta es la última —anunció la anciana dando un paso atrás—, ¿qué ves aquí?

Leo levantó la cabeza e intentó ver lo que escondía la última tarjeta, pero la monja había retrocedido en el escenario y se había situado fuera de su vista. «No la veo», se alarmó él, y la muchacha notó cómo le empezaron a sudar las manos. ¿Ahora qué?

—¿Qué ves? —insistió la anciana.

¡Nada! ¡No veía nada! No todas las Hijas de la Luna podían leer la mente. Echó una mirada a sus hermanas, que la observaban abrazadas. Martina palpó la bandolera con los colgantes para sentirlas más cerca y abrió mucho los ojos al percatarse de que ¡emanaban calor! ¡Se habían llenado! ¿Lo había hecho ella?

Se aferró al bolso y dejó que los colgantes la irradiaran. «Vamos, concéntrate». Fijó la mirada en la monja que sujetaba el cartel.

«Está tardando mucho», pensaba.

Mierda, no le servía.

Cambió el foco y se concentró en el séquito de la abuela.

Las voces inundaron su cabeza.

«¡Por Quillapa! Hoy me está costando más bloquear a la Diosa Madre».

«Constanza está inquieta. ¿No cree que su nieta vaya a superar la prueba?».

«No es tan difícil, una mujer ardiendo en la hoguera».

¡Lo tenía!

—Una mujer ardiendo en la hoguera.

—¡Prueba superada! —anunció la Legión, y las mujeres del público aplaudieron poniéndose en pie.

La muchacha suspiró aliviada. Temblaba de arriba abajo, pero empezaba a ver la luz al final del túnel. Dejó escapar una pequeña risa nerviosa hasta que reparó en Leo, tosiendo de forma violenta bajo el estrado. ¿Qué le pasaba? El chico estaba muy pálido y se

agarraba la garganta como si se fuera a ahogar.

—¡Lucía! —gritó la Diosa Madre—. Llévate a este pobre desgraciado antes de que nos haga enfermar a todos.

Su hermana se apresuró hacia él y, nada más abrazarlo, la tos desapareció.

Sin esperar a que la anciana se sentara, el Guardián se levantó y con su voz atronadora proclamó:

—No es suficiente con ver a través de la oscuridad, no todo está en la cabeza; para superar la Gran Prueba es necesario ser fuerte y valiente como un hombre.

Esta vez fueron los varones de la audiencia los que se levantaron; a Martina le recordaron a los hinchas de los partidos de fútbol. El Guardián y su temible vozarrón la ponían nerviosa. Ella era fuerte, pero si la hacía enfrentarse físicamente a un hombre mucho más grande…

—Un ciudadano de Kalkahue debe ser… —bramó el Guardián, pero se calló de pronto. La Diosa Madre lo mandó llamar mediante un gesto y él tardó unos segundos en reaccionar y acercarse a la anciana. Al regresar al borde del escenario, su voz no tronaba tanto —: Un ciudadano o una ciudadana… —hizo una pausa, la interrupción le había hecho perder el hilo— ha de ser fuerte y veloz y, por eso, Martina Ugarte deberá subir y bajar el Templo de Sol más rápido que uno de sus centinelas.

¿Correr? ¿Correr era el segundo reto? No se podía creer su suerte, ¡había subido y bajado esas escaleras un montón de veces! Podría hacerlo incluso con los ojos cerrados; se sabía los doscientos cuarenta y un peldaños de la pirámide de memoria y casi siempre los bajaba saltando.

—¿Algún voluntario? —preguntó el Guardián a los soldados con lanzas que custodiaban el coso y Armando Ferrer dio un paso al frente.

No, no, no. Él no.

Estudió al gorila: era muy corpulento, puede que no fuera tan rápido, aunque prefería a cualquier otro. Furcia la había llamado el día de las patatas, y quién sabe qué hubiera pasado si la tormenta no hubiera estallado.

—¡Ferrer! ¡Ferrer! —coreaban los hombres del público.

Elba corrió hacia Martina y le entregó el casco:

—Nadie prueba la profundidad del río con ambos pies.

—Esto está chupado —intentó sonreír ella, nerviosa, y cuando no pudo, se puso el casco. El orangután era muy capaz de empujarla escaleras abajo.

Leo seguía junto a Lucía, que la observaba con un gesto de preocupación.

Armando se dirigió hacia la muchacha en la base de la pirámide y, una vez que la alcanzó, se quitó su túnica negra lanzándola al suelo: su pecho desnudo estaba tan abultado como el de un culturista. El muy mendrugo quería intimidarla.

—Tienes más tetas que yo —le dijo ella dando pequeños saltos para calentar, y el joven enrojeció de rabia. Si era tan lento corriendo como lo era con la palabra, todo iría bien.

—¿Tienes miedo, ramera?

—¿De que me lances una patata, gilipollas?

Los tambores empezaron a sonar y la voz del Guardián resonó en todo el anfiteatro:

—Preparados, listos, ¡ya!

Armando comenzó a subir los escalones de cuatro en cuatro, ¡era muy rápido! A Martina se le escapó un lamento: intentó seguir su ritmo, pero pronto empezó a quedarse rezagada. Apretó puños y dientes y aceleró con todas sus fuerzas. Le ardían los pulmones y sentía que el corazón se le iba a salir por la boca, pero la distancia que los separaba seguía creciendo.

—¿Eso es todo lo que puedes hacer? —Rio el joven, girándose, y ella apretó aún más los dientes y subió lo más veloz que pudo, con los muslos y los pulmones al límite. Él alcanzó la cima el primero y empezó a bajar los peldaños de cinco en cinco. Así llegaría a meta incluso antes de que ella tocara la cumbre.

—¿Todavía aquí? —le dijo cuando se cruzaron, él bajando y ella subiendo.

De pronto, el muy cabrón estiró el brazo y ¡la empujó! Martina saltó a un lado para evitarlo, pero su pie derecho resbaló y cayó de bruces contra el suelo, golpeándose el hombro de lleno. El impacto

se propagó por todo el brazo. «¡Joder, qué dolor!». Apretó la bandolera donde palpitaban los colgantes contra su costado izquierdo y se aferró a los escalones con la mano libre para no rodar hacia abajo.

—¡AAAAHHHHH! —El grito de Armando la pilló desprevenida.

¡Había tropezado!

Vio cómo daba vueltas de campana hacia abajo. Joder. No podía mirar. Giró la cabeza y se obligó a levantarse y seguir.

Ignorando el dolor del brazo, se puso en marcha de nuevo y, apretando la bandolera con fuerza, sintió cómo sus piernas cobraban vida como si les hubiesen inyectado adrenalina. ¡Parecía que volara en vez de correr! Sus músculos la propulsaron hacia arriba con facilidad. Alcanzó la cima en unas pocas zancadas y se dio media vuelta: su rival estaba tirado en medio de los escalones y no se movía. Cuando estaba a punto de alcanzarlo, empezó a incorporarse: el zoquete era más duro que una piedra. Saltó por encima y siguió bajando lo más rápido que pudo.

—Aquí estoy, furcia. —Lo tenía literalmente pisándole los talones. Podría lanzarla escaleras abajo con tan solo estirar el brazo—. ¿Últimas palabras antes de morir?

¡Lo iba a hacer! ¡La iba a empujar! La caída desde allí podía ser mortal. Tres, dos, uno. Esperó y, cuando lo notó justo sobre ella, volvió a apretar la bandolera contra su pecho y saltó a la derecha. Por poco perdió el equilibrio de nuevo, pero aguantó. Con el rabillo del ojo, vio cómo el brazo de Armando se estiraba hacia donde había estado ella; ¡lo había esquivado! El joven se desestabilizó y perdió unos segundos valiosos que ella utilizó para sacarle ventaja.

Ya quedaba poco, ¡podía lograrlo! ¡Iba ganando! Se dejó llevar y empezó a saltar los peldaños de cinco en cinco. ¡Estaba a punto de llegar! A falta de unos pocos escalones, tropezó y se cayó hacia delante. Dio una, dos y hasta tres vueltas de campana y su cuerpo quedó tendido a los pies del gran monumento con el casco de hierro partido en dos. La audiencia aguantó la respiración mientras Armando, que llegó apenas unos segundos después, se agachó para ver si respiraba.

—¿Estás muerta?

—Vete al infierno, capullo —dijo ella, incorporándose poco a poco. Elba corrió hacia ella y la ayudó a levantarse.

Martina se palpó el cuerpo esperando encontrar algún hueso fuera de lugar, pero, aparte de alguna que otra magulladura, estaba ilesa. ¡Era un milagro! Abrió la ranura del bolso para echar un vistazo a los colgantes y lo volvió a cerrar con rapidez antes de que alguien más se percatara del brillo que emanaban. ¿No habían menguado? Cuando los usó para curarse la quemadura de sor Agustina, las lunas llenas se encogieron volviendo a su forma original. Y ahora, ¿la habían vuelto más rápida sin menguar?

—¿Estás bien? —le preguntó la Diosa Madre desde el estrado.

¿Su abuela se preocupaba por ella? Esto era nuevo.

—Tú —dijo la anciana levantándose y mirando fijamente a Armando Ferrer.

El orangután palideció y un hilillo de sangre le brotó por la nariz.

—¡Constanza! —gritó el Sumo Sacerdote Solar—. ¡No puedes atacar a un ciudadano!

La Diosa Madre bajó del estrado despacio, sin dejar de observar a Armando, que temblaba de los pies a la cabeza.

—¡Legión! ¡Bloqueadla!

Las diez monjas del séquito de Constanza corrieron tras ella, pero cuando las dos primeras la alcanzaron, cayeron fulminadas al suelo. A cada paso de la anciana, dos monjas más caían. Parecían fichas de dominó que tumbaba el viento. El silencio se apoderó de la plaza. Los cuerpos tendidos de las bloqueadoras formaron una hilera tras la abuela que se posicionó frente a Armando.

—¿Quién te crees tú que eres para ponerle una mano encima a mi nieta?

De pronto, el joven empezó a gemir y a retorcerse como si le doliera todo el cuerpo; se rascaba la piel de forma frenética y suplicaba a la Diosa Madre que parara. ¿Qué le estaba haciendo?

—¡Legión! —gritó el Supremo Sacerdote Solar—. ¡Las sustitutas! ¡Traed a las sustitutas!

Armando cayó de rodillas sollozando mientras la sangre le brotaba a borbotones por la nariz. Los ojos… no eran unos ojos normales. La pupila ya no era negra, ni siquiera gris. En medio del iris se veía una

mancha completamente blanca. Pegó un brinco incorporándose de golpe y empezó a correr a toda velocidad hacia las gradas. Si no paraba, ¡se estamparía! Martina vio con la boca abierta cómo chocaba de frente con la primera fila y caía al suelo inconsciente. Un par de soldados trotaron hacia él e intentaron reanimarlo.

Numerosas monjas aparecieron por todos los rincones y rodearon a la Diosa Madre, aunque ninguna la tocó. La muralla de cuerpos de sus compañeras y puede que también el miedo que reflejaban sus rostros lo impedían.

—¡No puedes atacar a un Hijo del Sol! —pataleó el Supremo Sacerdote Solar.

—En el momento en el que se ha ofrecido voluntario para la prueba, el jurado puede… ¿cómo diría…? Usar, sí, usarlo como mejor nos convenga. —Sonrió la anciana—. ¿No te ha gustado mi demostración? Eso mismo le espera a mi nieta si no consigue detenerme.

El viejo enrojeció y cerró los puños, pero no dijo nada más.

—Vamos a ver si puedes soportarlo —continuó la anciana—, ¿preparada para que entre en tu mente?

—¡Noooo! —gritó Martina tapándose las orejas con las manos, a la desesperada.

La anciana regresó, rodeada de más de veinte monjas, a la tarima. Lo hizo despacio, tomándose su tiempo.

Un muro. «Construye un muro, vamos».

«No te resistas, solo quiero hablar», escuchó de pronto en su cabeza.

Y una mierda. No se fiaba. Levantó la muralla mental que había ensayado con Leo, desde la base hasta el tejado. «Por favor, aguanta, por favor».

PUM.

Sintió el embiste.

«Joder».

Construyó otro tabique detrás del primero. Justo a tiempo. La abuela echó abajo la primera pared como si fuera un castillo de naipes.

Y tanto que era poderosa.

Le temblaba todo el cuerpo y no podía dejar de rechinar los dientes. Su temperatura corporal ascendió varios grados de golpe y el sudor le perlaba la frente. Le flojearon las piernas y cayó de bruces, pero el dique aguantó. No la dejaría entrar. No cedería.

—Reto superado —pronunció la abuela al fin, y Martina abrió los ojos, aliviada. Habían sido los segundos más largos de su vida.

La Diosa Madre la observaba con una mueca extraña y la mitad de la audiencia estalló en aplausos. La otra mitad no parecía demasiado convencida.

—Muy conveniente, Constanza, que los poderes de la mente no puedan verse —se quejó el Supremo Sacerdote Solar a su lado.

—Por eso he hecho una demostración con uno de tus nietos o, perdona, ¿ese también es hijo tuyo? Tienes tantos que pierdo la cuenta. —Le sonrió mientras saludaba con la mano al público.

—Antes de pasar al último reto —anunció el sacerdote levantándose y haciendo que todos callaran—, me complace enormemente informaros que, si nuestra valiente Martina no supera la Gran Prueba, no será desterrada ni castigada. En Kalkahue, todos cumplimos una misión y por las venas de ella corre la sangre de las Ugarte. Si no desea saltar el Abismo, podrá retirarse sin deshonra alguna y tendrá el grandioso placer de convertirse en mi adorada esposa.

# 29
# Inara

***Año 1578***
***Convento de Kalkahue***

—Mailen, ¡ven! Te presento a tu nueva hermanita, ¿a que es preciosa? —Tobías se agachó para que su hija mayor pudiera ver el rostro arrugado y enrojecido de la recién nacida, Inara. La habían envuelto en un mantón de lana de alpaca y el orgulloso padre se la quería mostrar al mundo entero: su hija. ¡Su segunda hija!

—Sí, papá, es preciosa. —Mailen intentó sonreír, pero lo único que consiguió fue una extraña mueca.

Tobías la observó con el ceño fruncido: estaba muy pálida y temblaba. ¿Habían hecho mal en dejarla presenciar el parto? La niña había insistido tanto que al final habían cedido, pero quizás los gritos, la sangre… fuera demasiado para una criatura de seis años.

—¿Estás bien, cariño? —Le palpó la frente. ¡Estaba ardiendo!

—No es nada, papá. Me tumbaré un rato.

Mailen se acercó al lecho donde descansaba su madre y se acomodó a su lado. Killari, sudada y cansada pero sonriente y feliz a la vez, la abrazó con ternura y pidió con un gesto a su marido que le trajera al bebé. Inara gorgoteó en sus brazos y Tobías respiró aliviado.

¡Cuánto habían temido este momento!

Y, a fin de cuentas, para nada.

Las visiones no habían acertado. ¡Menos mal! A causa del embarazo, las premoniciones de Killari habían sido de todo menos claras y, además, cambiaban continuamente. Las imágenes que se le aparecían en sueños eran como hojas escabulléndose en un torbellino. Tan pronto le mostraban el monasterio en llamas debido a los rayos provocados por su hija recién nacida como a los soldados

de monseñor atravesando la muralla.

Tobías se asomó al ventanuco de la torre para asegurarse de que las mujeres seguían en el patio montando guardia, tal y como se había decidido en la asamblea. Allí estaban, armadas con escudos y lanzas.

Bien.

Se acercó a su esposa y le tendió a la pequeña Inara. Mailen descansaba con los ojos cerrados. El color estaba volviendo a sus mejillas. Debería sentirse eufórico, todo había salido mejor de lo esperado, pero, entonces, ¿por qué no se relajaba? Volvió a asomarse a la claraboya. El grupo seguía allí. Todo estaba en orden. El sol brillaba con fuerza en el cielo despejado. Quizás fuera eso lo que le inquietaba. Entrecerró los ojos para mirarlo directamente.

Se suponía que el nacimiento de Inara llegaría marcado por numerosos rayos y truenos. Habían elegido el nombre de Inara, protectora del agua, porque su don iba a ser el de invocar a la tormenta, y ese sol de mediodía en mitad del cielo azul… lo turbaba. ¿Ni siquiera una nube? ¿Tan erróneas habían sido las premoniciones de Killari? ¿En qué más se habían equivocado?

Durante los últimos meses, Killari se había centrado en enseñarlo a bloquear. Le había costado mucho convencerla, ya que estaba convencida de que su propio padre había envejecido de forma prematura y enfermado al final por impedir las pesadillas de su mujer.

Tal y como lo veía Tobías, no era un mal trato. ¿Sacrificar un par de años de su propia vida para salvar la de su familia?

Killari le advirtió que bloquear una habilidad te secaba por dentro.

Te carcomía.

Al final tuvo que rendirse por Inara. No era solo la vida de Killari la que peligraba durante el parto, sino la de la niña también. Al nacer, las habilidades se mostraban en todo su esplendor. En el caso de una vidente, no había mayor problema, pero y ¿en el de un bebé que fuera un imán para relámpagos, rayos y centellas?

Tobías se había preparado concienzudamente para soportar el dolor mientras bloqueaba a su hija. Estaba listo para el temblor y los aguijonazos. Su tarea consistía en no oponerse al sufrimiento; por el

contrario, había que hacerle hueco en el interior de uno mismo y darle cobijo. Si luchabas contra el tormento, no funcionaba, había que aceptar la aflicción. Aceptar la aflicción. Tan simple y tan difícil al mismo tiempo.

Las veces que había conseguido bloquear a Killari, los músculos se le habían quedado tan agarrotados que ni siquiera había podido mantenerse en pie. Pálido y tembloroso, se había dejado caer al suelo.

Sin embargo, no notó nada por el estilo durante el parto. Había sido bastante rápido y, aunque sí le había dolido la cabeza, no había sido para tanto: apenas un ligero zumbido tras los ojos.

Tobías apartó la mirada del sol, era demasiado fuerte. Volvió a fijarse en el patio.

Vacío.

No había nadie.

¿A dónde habían ido?

Se giró hacia su mujer y vio que su semblante había cambiado. Estaba pálida y un par de lágrimas le atravesaban las mejillas.

—Ven con nosotras —susurró.

Él corrió a su lado.

Oyeron pasos acercándose por el pasillo.

Eran muchos.

La puerta se abrió con un fuerte estruendo y por ella entraron diez hombres armados con espadas y trabucos; fuera esperaban más.

Monseñor, tan arreglado y perfumado como siempre, apareció tras ellos.

—Bien, bien, bien —dijo acercándose al lecho. Se detuvo a un par de metros y arrugó la nariz, los olores del parto parecían asquearlo —. Killari, la gran sacerdotisa, la Oráculo, la Madre de las Tormentas, y ¿no viste que vendríamos? ¿Un ejército entero? —Dio la espalda a la familia y alzó la voz para que los que se agolpaban en el pasillo lo escucharan—. ¿Veis? ¡Las mujeres nunca podrán gobernar! No son racionales como el hombre, son sangre y entrañas, como los animales. El amor a sus crías les nubla la mente.

Mailen abrió los ojos y, al ver a los soldados, se incorporó sobre un codo y susurró a su hermana recién nacida que descansaba en

brazos de su madre:

—Te libero, pequeña.

El día se congeló de pronto.

La oscuridad se adueñó de todo como si alguien hubiera soplado la última vela en una noche sin estrellas o hubieran cubierto el sol con un paño de terciopelo. El descenso de la temperatura fue instantáneo y el vello de los presentes se erizó de improviso. El aire, cargado de una pesada energía, se movía entre los cuerpos haciendo que los ropajes, los escudos y las espadas bailaran.

El tapiz de terciopelo violeta con dibujos de los conquistadores españoles batiéndose en una justa que ocupaba todo lo alto de la pared empezó a zarandearse como sin unas manos gigantes e invisibles lo azuzaran.

—¡Apresadlas! —gritó monseñor, pero nadie se movió.

El silencio era tan atronador que gritaba.

De pronto, todo pareció explotar.

La luz cegadora se coló por cada rincón a la vez que un ruido ensordecedor los hizo saltar. Algunos se tiraron al suelo y se cubrieron la cabeza por miedo a que los rayos los alcanzaran; otros cerraron los ojos y se taparon los oídos para no presenciar lo que estaban seguros de que era el día del juicio final.

Tobías abrazó a su familia. ¿Era el don de Inara? ¡Dios mío! Se dio cuenta entonces de que él no había podido bloquear aquello. ¡Mailen! De ahí la fiebre y el mareo. ¡Su hija la había bloqueado!

—¡Shhh! Tranquila, cariño, tranquila —susurró Killari a la recién nacida, pero esta berreaba a pleno pulmón mientras los rayos y el granizo impactaban contra las paredes del torreón. A estas alturas, el patio y el huerto debían de estar inundados.

Un relámpago volvió a iluminar la estancia y Tobías vio cómo los soldados abrían la boca aterrorizados. Si gritaron, él no pudo oírlos. La tormenta lo engullía todo. El agua les llegaba por la rodilla a los que aún resistían de pie, hasta que una riada se coló por la puerta abierta y los barrió a todos. Tobías intentó aferrarse a Killari y a las niñas, pero una ola lo sumergió y lo golpeó contra algo, puede que contra el armario. Sintió un dolor agudo en las costillas y le faltaba el aire, aunque no sabía hacia dónde nadar para salir. No sabía dónde

era arriba y dónde abajo.

De repente, el agua empezó a descender y Tobías pudo sacar la cabeza. Tomó una gran bocanada de aire y las buscó.

—¡Mailen! ¡Killari! —gritó tragando agua.

La luz del sol volvía a iluminarlo todo y a su alrededor vio cuerpos que flotaban boca abajo. El nivel del agua decrecía rápidamente y pronto los cadáveres se amontonaron sobre el barro. ¿Dónde estaban? ¡Por Dios, que estuvieran bien!

Oyó el grito antes de verlas.

El llanto de Killari le heló la sangre. A duras penas se arrastró hasta el pasillo y vio a su mujer sujeta por dos soldados empapados. Un tercer hombre sostenía el cuerpecito sin vida de Inara. Le habían clavado una lanza en el estómago. Era demasiado pequeña para una pica tan grande. El soldado que la aguantaba miraba el cuerpo extrañado, sorprendido.

—Yo no… El agua… No la vi… —balbuceó.

Con lágrimas en los ojos, Tobías embistió contra el asesino, aunque varios legionarios lo detuvieron antes de que lo alcanzara.

El llanto de Killari era cada vez más fuerte y los rayos empezaron a caer de nuevo.

—¡Detente o te mato! —gritó un soldado apuntándola con su espada.

Varios rayos chocaron sobre el tejado como respuesta.

¡No! ¡A su mujer no!

El soldado alzó la espada y giró sobre sí mismo para asestar el golpe.

—¡La bloquearé! —gritó entonces Mailen intentando incorporarse desde el suelo enfangado. Tenía un corte que sangraba mucho en la ceja derecha y no consiguió ponerse en pie. La pierna izquierda descansaba sobre un ángulo imposible; estaba rota.

La niña apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos. Killari lloró de rabia ante la impotencia, pero los rayos y truenos la abandonaron. El sol volvió a brillar con fuerza colándose por cada ventanuco. Su propia hija la estaba bloqueando.

Todo había terminado.

# 30
# El abismo

***En la actualidad***
***Kalkahue***

«No me voy a casar con ese viejo pervertido». Martina ni siquiera escuchaba lo que explicaba el depravado aquel sobre el cuarto reto. Cerdo asqueroso, ¿cómo se le ocurría que ella, de quince años, se fuera a casar con un anciano como él? El vejestorio calló al fin y el público empezó a removerse en sus asientos.

—¡Es imposible! —gritó entonces una señora levantándose en las gradas centrales.

—¡Una mujer no puede saltar el Abismo! —le dio la razón otra.

¿Qué demonios era el Abismo? El nombre no sonaba para nada bien.

«Es la distancia entre las Agujas», pensó Leo acercándose despacio. Estaba muy pálido y temblaba ligeramente. ¿Dónde estaba Lucía? Agarró del brazo a su amigo, que apenas parecía sostenerse en pie, y buscó a sus hermanas. ¿Por qué no se habían quedado con él? Las encontró bajo la tarima discutiendo con los miembros del Consejo de forma acalorada. La abuela también estaba con ellas.

—Tranquila, la Diosa Madre lo arreglará —dijo Elba apareciendo a su lado—. ¿No te molesta la bandolera?

¡Los colgantes!

Se arrancó el bolso de cuajo y se lo colocó a Leo cruzado al cuello, de forma que percibiera el calor de las lunas llenas sobre su pecho. Se habían llenado durante el ascenso a la pirámide, aunque Martina no entendía muy bien cómo. ¿Le habían dado rapidez mientras se completaban?

El color regresó a las mejillas del chico.

—¿Mejor?

Leo asintió aferrándose a la bandolera.

—Calma —pidió el Supremo Sacerdote Solar alzando los brazos—. Killari la Valiente hizo cosas extraordinarias durante su Gran Prueba y Martina Ugarte es su descendiente. Además, no podemos bajar el nivel de la prueba por tratarse de una fémina, ¿verdad?

Los hombres del público aplaudieron, las mujeres, sin embargo, guardaron silencio. Los guardias retomaron el repicar de tambores y empezaron a marchar cuesta abajo por la calzada de aspecto romano. Colocaron a Martina, Leo y Elba a la cabeza de la comitiva rodeados de cientos de personas murmurando excitadas, como si fueran espectadores de las Olimpiadas.

Desde ahí no veía a sus hermanas o al Consejo. Debían de ir al final.

Observó a los Descalzos que los rodeaban por todos lados, flacos y sucios, algo asalvajados; aun así, sonreían. Claro, ellos no iban camino al matadero. Para distraerse, buscó a Gaia entre ellos, pero no la vio. ¿Dónde se habría metido la flacucha? Le vendría bien su incesante cháchara para distraerla de aquella pesadilla.

A lo lejos vislumbró las Agujas con sus picos nevados: eran impresionantes. Retorcidas y ondulantes, le volvieron a recordar la cornamenta de un alce.

Bastante más rápido de lo que le hubiera gustado, llegaron a la explanada entre los picos. Había que alzar la cabeza para ver las cimas, cubiertas en el momento con una espesa bruma.

«¿Cómo se supone que se salta esto?», pensó Martina mientras se acercaba al borde del acantilado. El fuerte viento la echó para atrás.

Ni siquiera entendía la prueba: ¿le pedían que subiera a uno de los picos y de ahí…? ¿De ahí qué, exactamente? Aquella distancia solo la podía salvar un maldito pájaro.

«Es imposible, quieren que falle. Atajo de cabrones».

Poco a poco, la gente se amontonó alrededor de la estatua del pelícano donde habían colocado la tribuna para los jueces sin escatimar en gastos: la tarima, cubierta por una tela dorada y piedras preciosas incrustadas, rodeaba la estatua y les daba a los miembros del Consejo una vista inmejorable del Abismo.

—¡Por Quillapa! —gritó Elba señalando hacia uno de los salientes

de la roca que hasta ese momento había estado cubierto por las nubes.

Sor Agustina, con las piernas hundidas en la nieve hasta las rodillas, los saludaba moviendo una mano en la que portaba ¿un machete? A su lado había una silla sujeta a una cuerda que colgaba de una polea y en ella ¡habían atado a Gaia! La niña intentaba patalear y gritar, pero la habían amordazado y amarrado con firmeza al asiento.

—¡Noooo! —gritaron Leo y Martina a la vez.

Si la cuerda cedía, la niña se despeñaría. Estaba sobre un desfiladero sin fin.

—¡Soltadla! —ordenó la muchacha, y la sádica de Agustina acercó el cuchillo a la cuerda que sujetaba la silla.

—¡Ven a buscarla! —gritó la monja—. ¡Que empiece el cuarto reto!

¿A qué demonios jugaban? ¿Cómo pretendían que subiera allí? Con los ojos cubiertos de lágrimas, Martina corrió hacia la empinada pared e intentó escalarla, pero era demasiado lisa y resbaladiza.

¡Era imposible!

Sus hermanas aparecieron corriendo a su lado.

—Ven, no mires. —Jadeaba Lucía intentando abrazarla, pero Martina no le dejaba.

—¡Es solo una niña! ¡Tenemos que ayudarla!

—¡Basta ya! —gritó Vera encarándose al público—. ¡Esto ha ido demasiado lejos!

El graderío era puro alboroto: los hombres gritaban como malditos *hooligans* y las mujeres se tapaban los ojos como si no lo quisieran ver, aunque entreabrían los dedos para no perderse detalle.

Gaia tenía los ojos abiertos como platos, muerta de miedo.

—Lo siento, lo siento… —sollozaba Martina dejándose caer al suelo.

—¿No quieres ver cómo cae, cariño? —Sor Agustina empezó a cortar la cuerda con lentitud. Estaba disfrutando.

Martina agarró una piedra y la lanzó con todas sus fuerzas; el pedrusco voló en el aire varios metros, pero, sin ni siquiera haber llegado a una cuarta parte del recorrido, empezó a descender hacia el suelo. El saliente donde estaban Agustina y Gaia quedaba demasiado arriba.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? —Reía la sádica—. Al fin y al cabo, solo es una Descalza, no merece esforzarse por ella, ¿verdad?

La rabia hizo que Martina temblara y esta vez agarró dos piedras y se las arrojó gritando. Las pequeñas rocas subieron primero para descender después sin llegar a su objetivo. Desesperada, con los ojos llorosos y la visión nublada, siguió gritando y lanzando piedras sin parar y, de pronto, una de ellas impactó de lleno en la cara de la monja. La roca había empezado a descender como había hecho el resto, pero tras caer varios metros, realizó una maniobra físicamente imposible: contradiciendo la fuerza de la gravedad, salió disparada hacia arriba como si alguien o algo la teledirigiera.

Agustina se pasó la mano por la mejilla en la que había impactado la piedra, estaba confusa. ¿Cómo demonios…? Martina tampoco lo entendía, pero lanzó un nuevo pedrusco y este volvió a hacer lo imposible y le dio a la monja en el pecho. La muchacha ya no gritaba. Concentrada, agarró dos piedras, se puso de pie, y las arrojó con decisión. Las dos dieron en el blanco: una en el brazo, la otra en la cara.

La psicópata ya no sonreía. Olvidándose de cortar la cuerda, se protegió la cara con ambos brazos. Martina disparaba sin cesar y todos y cada uno de los proyectiles alcanzaron a su presa. Sentía que podía dirigir las piedras donde quisiera: apuntó al parche de ojo y tres seguidas impactaron en él.

—¿Y ahora qué, bruja? —gritó, embriagada de tanto poder. Su cuerpo emanaba calor, sentía la sangre bombeando sus arterias. Todo su ser palpitaba.

La religiosa sangraba cada vez más y, percatándose de que estaba en peligro, empezó a retirarse, pero la nieve y el hielo no la dejaban avanzar con facilidad.

—Ni lo sueñes —susurró Martina, y recordando a Armando Ferrer el día de las patatas, cerró los ojos para concentrarse y elevó las manos, palmas hacia el cielo, a la altura de los codos. «Levantaos», ordenó a las piedras, y sus latidos retumbaron. Abrió los ojos y no se sorprendió al verse rodeada de cientos de piedras, cantos y guijarros. No quedaba nada en el suelo. La habían obedecido como las patatas habían seguido las órdenes de Ferrer. La sensación era

indescriptible, se sentía fuera de su propio cuerpo, como si pudiera hacer cualquier cosa.

—¿Cómo has…? —empezó Vera, pero se le cortó la voz y agarró a Lucía y a Elba para alejarlas de los pedruscos que empezaron a girar alrededor de Martina, silbando a toda velocidad. Su familia la observaba aterrorizada: Elba rezaba de forma atropellada mientras se escondía tras sus hermanas. Tan solo Leo permaneció a su lado: los dos juntos dentro del círculo que formaban las piedras flotantes como si estuvieran en el ojo del huracán.

—Para, por favor —le suplicó él de rodillas, aferrándose a la bandolera como si fuera un agarradero—. Esto no está bien.

Martina se acordó del tío Saúl, retorciéndose de dolor en el suelo mientras aquella monja sádica reía.

—Es una asesina —respondió con rabia mientras algunas de las piedras salían disparadas hacia arriba. Ni siquiera tenía que esforzarse, parecían tener vida propia.

La monja lloraba y suplicaba por su vida. Un nuevo golpe le despegó el parche del ojo y, aun a aquella distancia, un cuenco oscuro quedó al descubierto. Martina bajó las manos de repente. Todas las piedras cayeron al suelo a la vez. El poder la había abandonado: se había desinflado.

Leo se rodeó el estómago con los brazos con una mueca de dolor. Respiraba con dificultad.

—¿Qué te pasa? —Se inclinó a su lado preocupada.

Él no podía contestar, su boca parecía paralizada. ¿Qué tenía?

Martina se irguió de pronto y vio cómo Agustina intentaba huir a trompicones, pero el terreno helado no la dejaba avanzar. ¿Era ella quien agredía a Leo? No podía ser. A duras penas podía andar y, además, siempre tocaba a sus víctimas para quemarlas. Martina se giró a izquierda y derecha. ¿Quién demonios era? ¿Quién lo atacaba? Las gradas habían enmudecido.

¿La abuela?

Martina la buscó y cuando sus miradas se encontraron, la oyó con claridad en su cabeza.

«Tienes que parar».

Sintió un pinchazo a lo largo de toda la columna vertebral. ¡Joder!

¡Era ella quien los atacaba! Martina construyó el muro mental a todo correr y la dejó fuera.

Lo había hecho más rápido que antes.

Estaba aprendiendo.

Notaba los embistes de la abuela contra todo su cuerpo: la sacudía de los pies a la cabeza, pero ella no cedió. Rechinó los dientes con todas sus fuerzas y apretó los puños. Aguantaría.

Leo se ahogaba a sus pies. ¿Cómo podría incluirlo bajo su protección?

Lucía y Vera aparecieron corriendo y empezaron a tirar del cuerpo de Leo, alejándolo de ella.

—¿Así? —preguntó Vera, golpeándole el pecho.

—Más fuerte —dijo Lucía, colocando la mano sobre la frente del muchacho.

—¿Se pondrá bien? —balbuceó Martina asustada.

La muchedumbre ahogó un grito.

—¡Mirad!

—¡Se van a caer!

—¡Por Inti!

Martina miró hacia donde señalaba el público: sor Agustina había resbalado y, para evitar la caída, se había aferrado a la silla de Gaia. La cuerda que las sostenía parecía a punto de rasgarse.

—¡Suéltala! —gritó Martina poniéndose en pie de golpe. La sangre le hirvió de tal manera que los cientos de piedras que la rodeaban se levantaron con un leve silbido.

—¡Para! —gritaron sus hermanas a la vez.

El cuerpo de Leo empezó a sacudirse de forma compulsiva, como en un ataque epiléptico.

Sor Agustina se enderezó y empezó a escalar hacia el pico de nuevo. La muy bruja consiguió trepar un metro mientras Gaia seguía amordazada y atada a la maldita silla. Pensaba dejarla allí suspendida como había dejado tirado a su tío.

Psicópata.

Las piedras giraban cada vez más rápido.

Asesina.

Las lágrimas no le dejaban ver.

El remolino era ensordecedor. Ni siquiera oía a sus hermanas, que le agarraban las piernas desesperadas. Martina cerró los ojos y gritó con todas sus fuerzas durante una eternidad.

Cuando los abrió, ya no había ruido ni piedras.

El silencio era total.

Donde había estado sor Agustina había una montaña de unos dos metros formada por cientos de guijarros.

Y a sus pies yacía el cuerpo inmóvil de Leo protegido por sus hermanas.

# 31
# La jaula

***Año 1584***
***Convento de Kalkahue***

—¡Veinte! ¡He ganado! ¡Págame, Alonso! —gritó el soldado, levantándose de golpe del barril de madera podrida sobre el que estaba sentado. Llovía con fuerza y al alzarse, toda el agua que se había acumulado sobre su regazo en los últimos minutos cayó a la tierra enfangada. Sus pies se hundieron en el barro.

—De ninguna manera, novato. Lleva dieciocho. No te pases de listo conmigo —gruñó el otro soldado de pelo entrecano. Se caló el sombrero de cuero todo lo que pudo y se apretujó contra la muralla de piedra caliza intentando resguardarse del aguacero. No había manera. Quizás ni el casco hubiera podido con semejante chaparrón. De todas formas, hacía años que ya no lo usaban. Los novatos solían llegar con su loriga de malla bajo el jubón de cuero endurecido, pero para el segundo día ya se habían deshecho de las brigantinas. Cuando era tu vida la que estaba en juego, se aprendía rápido: el metal no tenía cabida allí.

Alonso escupió asqueado. Le dolían las piernas tras tantas horas de pie, pero era eso o sentarse sobre el lodazal prácticamente inundado. A este lado del muro no había nada más que fango. Los pocos árboles que quedaban estaban partidos, calcinados y podridos. Al principio se sentaban sobre barriles vacíos, pero pronto descubrieron que nada de madera resistía allí afuera. Y ni hablar de sentarse sobre algo metálico a menos que quisieras terminar como un pollo frito.

Al final, casi llegabas a acostumbrarte.

Casi.

No había visto el sol en seis años. Seis largos años.

Empezó a llover así, de aquella manera salvaje, insistente, incluso desesperada, cuando el ejército recuperó el convento y la lanza atravesó a la recién nacida. Fue un accidente, por mucho que las prisioneras no les creyeran. El compañero que mató a la niña no lo hizo adrede, ni siquiera la vio. La iban a llamar Inara, diosa del agua en indio. Nada más nacer, el cielo se oscureció y se vació sobre ellos. Fue terrible. Alonso pensó que no saldría de aquella.

La riada los arrastró a todos y la niña terminó atravesada por la pica. Alonso se santiguó ante el recuerdo. Era de los pocos que quedaban que hubieran presenciado lo ocurrido. Todos habían muerto. En estos seis largos años, la mayoría había huido y los habían atrapado. Desertores, los llamaba monseñor. Los habían traído de vuelta y los habían metido en la jaula. Alonso apartó la mirada del claro para poder ignorar la maldita caja metálica de dos metros de altura plantada allí en medio. No quería ver al pobre desgraciado en su interior.

Un nuevo relámpago volvió a impactar de lleno en la jaula y el hombre andrajoso y moribundo que yacía sobre la paja dentro de ella gritó de dolor.

—¡Diecinueve! —Sonrió el novato—. ¡Un rayo más y te gano!

—¡Cállate, idiota! —dijo Alonso—. ¿No ves que se ha despertado?

Alonso odiaba cuando revivían. Ya era bastante duro ver cómo los rayos impactaban contra sus cuerpos inconscientes, pero los alaridos… eran horribles. Y, lo que era peor, pronto llegarían los ruegos.

—¡Por favor! —gritó el hombre de la jaula—. ¡Matadme, os lo suplico!

Alonso apartó la mirada y, si hubiera podido, se habría arrancado las orejas. Otra noche más en que no podría pegar ojo. Si no fuera por el temor a terminar como aquel desgraciado que les imploraba por su muerte, hacía mucho que él también se habría largado.

El gran portón de madera de las murallas empezó a abrirse desde dentro. Con los años, habían llegado a la conclusión de que un hombre no aguantaría más de veinte descargas y los sustituían antes de que murieran, no fueran a perder el maldito poder. ¿No podían haber esperado al cambio de guardia?

—¡Es monseñor! —dijo el joven sin disimular su emoción.

Sería su primer reemplazo. Pobre incauto. Ya no volvería a dormir como hasta entonces. La primera vez siempre era la peor.

—¡Calla! —dijo Alonso, echando a andar—. Sígueme y no digas nada. Cuando nos ordenen bloquear, tú simplemente cierra los ojos y aprieta los puños y la mandíbula.

—¡Pero si yo sé bloquear! —se enorgulleció el joven.

Los dos soldados se acercaron al séquito que rodeaba al religioso. «Cada día está más gordo», pensó Alonso. Dos monaguillos se afanaban en levantarle la parte baja de la sotana para que no se embarrara. Algo inútil, ya que, con aquel viento y el diluvio, era imposible no mojarse y menos que un manto blanco como aquel no se ensuciara. Otros dos curas portaban los paraguas con los que tapaban a monseñor y tras él, bajo la lluvia, iban los dos inquisidores, los sabuesos de monseñor, Tres Dedos y el Mudo. ¿Cómo podía monseñor confiar en semejante calaña? ¡Se dedicaban a cazar soldados!

Tres Dedos llevaba una piedra de pizarra negra del tamaño de una sandía en los brazos. El Mudo empujaba a un prófugo encadenado, su última captura. Estaba sucio y harapiento. Aun así, Alonso lo reconoció: Hernán. No sabía que a él también lo hubieran capturado. Hernán también reconoció a Alonso y le dedicó una triste sonrisa. Era un veterano, sabía lo que se le venía encima.

El grupo avanzó hacia el centro del descampado donde el pobre moribundo seguía gimiendo. Al verlos, sonrió. Estaba celebrando que había llegado su hora.

—¡Liberad al pobre condenado! —ordenó monseñor deteniéndose a unos cinco metros de la jaula—. ¡Bloqueadlo!

Alonso fingió hacerlo y apretó puños y mandíbula con fuerza. Bloquear te dejaba hecho una mierda, no pensaba seguirles el juego. Con el rabillo del ojo, vio que el novato lo intentaba de verdad.

Idiota. No hacían ni caso.

El inquisidor al que llamaban Tres Dedos avanzó solo hacia la gayola y, con cuidado, tomó una de las manos del encarcelado. Este no se resistió; simplemente, sonreía embobado, aliviado al fin. Posó

la mano sobre la piedra y todos aguantaron la respiración. Al principio no pasó nada, pero al rato la roca pareció aclararse, como si hubieran prendido una luz en su interior. ¿Funcionaría esta vez? Alonso estiró el cuello para poder observar cómo la piedra cambiaba de color: de negra a gris oscura con algunas finas líneas blancas parecidas al cuarzo.

De pronto, sin previo aviso, un nuevo relámpago impactó en el hombre de la jaula haciendo que gritara como un cerdo. El novato y el inquisidor cayeron al suelo y la piedra voló por los aires como otras tantas antes. Alonso simuló estar mareado y dio un par de pasos tambaleantes con las manos en la cabeza. El novato quedó inconsciente sobre el lodazal.

—¡Dijisteis que esta vez funcionaría! —se enfadó monseñor.

—¡No podemos trabajar con rayos golpeándonos sin cesar! —se defendió Tres Dedos mientras el Mudo lo ayudaba a levantarse. Se masajeó las manos chamuscadas, asegurándose de que todavía le seguían quedando sus últimos tres dedos. Había perdido los otros siete, uno a uno, al acercarse a la jaula, intentando traspasar el maldito poder de la tempestad del cuerpo del hombre a la piedra.

El primero en atraer los rayos fue el que asesinó a la recién nacida Inara. Entonces nadie sabía que el pobre diablo había recibido el don de la niña al matarla. Enfermó de la noche a la mañana, sufrió fiebres muy altas y llagas enormes empezaron a cubrir su cuerpo. Lo aislaron por miedo a que fuera contagioso, y entonces llegaron los rayos. Destrozaron la sala que hacía de hospital. Monseñor mandó trasladarlo bajo tierra, a los calabozos. Estos se inundaron en cuestión de minutos, los guardias consiguieron sacarlo por los pelos. Estaba claro que lo habían maldecido, por lo que, al final, lo ejecutaron.

Aquello solo fue el principio: el verdugo que le había cortado la cabeza empezó a atraer a los rayos. Así fue como construyeron la jaula. El pobre estuvo allí encerrado diecisiete días durante los cuales recibió más de cincuenta centellas, quién sabe. Por aquel entonces, todavía no las contaban. El pobre se había convertido en un imán para las descargas. Al final, un amigo suyo, desquiciado por la situación, acudió al descampado una noche y le hundió la espada

en el estómago. Lo que este buen hombre ignoraba era que así él se convertiría en el nuevo imán.

El poder, tal y como lo calificaba monseñor, iba pasando de cuerpo a cuerpo.

Los soldados lo llamaban la maldición.

Nadie se atrevió a aliviar el sufrimiento de este tercer hombre, y así fue como monseñor empezó a utilizar a los desertores. Nadie en su sano juicio se ofrecía voluntario para ser el blanco de la furia del cielo. Había quien, a altas horas y borracho en la taberna alrededor de la chimenea, fanfarroneaba con dominar el don de la tempestad, aunque al alba parecían olvidarse de sus bravuconadas.

Por eso nadie tocaba a Killari, encerrada en lo alto del torreón. Su dominio era terrible. Si alguien la mataba, se quedaría con ese poder desmedido, escalofriante. No es que en los últimos seis años lo hubiera usado para algo más que para inundarlo todo, pero, aun así, la temían.

Y mientras tanto, el plan de monseñor parecía consistir en intentar traspasar el poder del enjaulado a un objeto en vez de a un humano, pero la maldita piedra de los inquisidores ¡no funcionaba!

—Necesitamos que alguien los bloquee mientras trabajamos —se quejó Tres Dedos.

—¿Y acaso no os he traído soldados? —gritó monseñor.

—¡Los soldados no valen! —negó el inquisidor—. No quieren sufrir, y para bloquear uno debe recibir el dolor. Solo hay una persona que pueda bloquear semejante poder.

Todos callaron.

Sabían a quién se refería: Mailen, la hija de Killari. Lo había hecho con su madre hacía seis años, pero nadie se atrevía a usarla.

—¿A qué esperáis? ¿A que nos ahoguemos bajo la lluvia? —gritó monseñor, enfadado, y dio media vuelta hacia las murallas. Su séquito lo siguió apresurado.

El Mudo se acercó a Hernán y le soltó los grilletes de las manos y los pies. Tres Dedos abrió la puerta de la jaula y todos se apartaron. Alonso bajó la cabeza. No podía mirar a su amigo a la cara. Si Hernán se negaba a entrar, entonces ellos dos tendrían que obligarlo.

Hernán empezó a caminar hacia la puerta abierta. Accedió a la caja metálica sin titubear y Alonso sintió un gran alivio. ¿Lo había hecho para ahorrarle el mal trago de tener que arrastrarlo? El agradecimiento por su amigo lo embargó. Se avergonzó de sí mismo, era un cobarde. Era el único de sus compañeros que quedaba. El resto al menos había intentado huir.

Una vez dentro, Tres Dedos cerró la puerta con llave y el Mudo se acercó para ofrecerle una daga a Hernán.

Siempre ocurría lo mismo: el recién llegado se negaba a tomar la daga y el inquisidor la dejaba sobre la paja. Al rato, un rayo impactaba en la jaula y el moribundo se aferraba a los pies del nuevo traspasándole la corriente eléctrica. Al final, el recién llegado apuñalaba al agonizante y vuelta a empezar.

Pero aquella vez no.

Hernán tenía su propio guion: aceptó la daga y, sin dudar, se la clavó en el estómago. Cayó de rodillas y murió al instante.

—No, no, no —maldijo Alonso.

—Lleva ya veinte —dijo Tres Dedos—. Hay que reemplazarlo.

Alonso sabía que no se lo perdonaría en la vida, pero no tenía otro remedio.

—Agárralo por las piernas —le dijo al Mudo señalando al novato, todavía medio embobado sobre el fango.

Tres Dedos abrió la jaula y arrastró el cuerpo de Hernán afuera, mientras Alonso y el Mudo levantaban al novato y lo introducían en ella.

Alonso no pudo mirar mientras el Mudo extraía la daga del estómago de Hernán y la depositaba con cuidado sobre la paja chamuscada y húmeda. Él también se dirigió hacia las murallas. Su turno estaba a punto de terminar.

—¡Alonso! —gimió el novato—. ¿Qué hacéis? No soy un desertor…

Le había advertido.

Le dijo que no lo bloqueara.

Pero estos jóvenes nunca escuchaban.

# 32
# La favorita

***En la actualidad***
***Kalkahue***

—¿Cómo lo has hecho? —Vera fue la única que se atrevió a hablar. El público, los soldados, el Consejo…, todos guardaron silencio. Martina observaba el montón de rocas que tapaba el cuerpo de Agustina con la esperanza de que asomara una mano o un pie.

«Por favor, que esté viva».

Pero nada se movió; parecía que el tiempo se hubiera detenido.

—¡Ayudadme! —pidió Lucía golpeando rítmicamente el pecho de Leo.

El muchacho, tirado en el suelo, tenía las manos retorcidas de forma grotesca, como si se hubieran congelado en mitad de un espasmo. La cuerda de la bandolera se le había quedado enganchada en varios dedos. Aguantándose las lágrimas, Martina la desenredó y se la colocó a la espalda. Sin necesidad de mirar en su interior, supo que los colgantes habían menguado, no percibía su calor. ¿Por qué no habían protegido a Leo como lo habían hecho con ella en la pirámide?

Los ojos de Leo, abiertos de par en par, no veían nada y la boca, inmovilizada en una mueca de pavor, babeaba sin que él se diera cuenta. Estaba inconsciente, pero de una forma antinatural, ya que su postura era rígida, artificial. Martina no podía oír lo que pensaba, su cerebro parecía desconectado; todavía respiraba, pero estaba completamente ido. Vera le limpió la saliva que le caía de la boca con su vestido y le cerró los ojos con la mano. Él no reaccionó, ni siquiera pestañeó.

—¡Es una traidora! —gritó uno de los asistentes.

—¿A quién le has robado esa habilidad?

—¡Embustera!

—¡Las mujeres no pueden mover objetos!

El público había enloquecido: los hombres gritaban y algunas mujeres parecían hacerles frente, el ambiente se estaba caldeando.

De pronto, los hombres que habían gritado cayeron al suelo gimiendo de dolor tapándose las orejas con ambas manos. Martina reconoció el gesto: era cosa de la Diosa Madre. De nuevo, había tumbado a su recién reemplazado séquito y se había colado en las cabezas de los que querían atacarlas.

—Constanza, ¡para! —se le enfrentó el Sumo Sacerdote Solar—. ¡No puedes atacar a un ciudadano! Legión, ¡bloqueadla!

Sin mediar palabra, la representante de la Legión de los Suspiros silbó y numerosas monjas subieron al estrado rodeando a la Diosa Madre, que hizo una mueca de disgusto hacia ellas. Lo que Martina había creído que era su séquito eran sus carceleras, y la estaban bloqueando todas a la vez.

—¿En qué bando estáis? —escupió la Diosa Madre.

—No queremos guerra, déjalo ya.

La abuela negó en silencio y los hombres del público intensificaron sus gemidos: unos cayeron desplomados al suelo, otros aguantaban a duras penas de rodillas.

—¡Elba! —la llamó de pronto la representante de la Legión—. ¡Bloquéala!

La orden pilló desprevenida a la cuidadora, que lloraba tras sus hermanas.

—¿Acaso no me has oído? ¡La legión te ha dado una orden!

Elba se pasó la manga del hábito por los ojos enrojecidos y, moqueando sin parar, fijó la mirada en la Diosa Madre, que tomó asiento casi de inmediato. Sus fuerzas parecieron flaquear y los hombres de las gradas dejaron de gemir.

¿Elba había bloqueado a la abuela? ¿Su institutriz sola había conseguido lo que decenas de monjas no habían podido?

—Constanza Ugarte, has cometido un acto de traición y como tal serás juzgada. —El Sumo Sacerdote Solar se dejó caer en la silla y cerró los ojos—. Lleváosla.

Elba se puso de pie y todavía con los ojos llorosos se acercó al

estrado donde varias monjas bajaron a la abuela. Se veía mareada, estaba muy pálida, y descendió los escalones con torpeza. Por primera vez a Martina le pareció una anciana vulnerable, no la reconocía. Se la llevaron por la calzada de piedra.

—¿Desde cuándo puedes mover objetos con la mente? —le susurró Vera al oído.

—¿Qué? —No la había visto acercarse. Buscó a Lucía con la mirada. La encontró masajeando el cuerpo de Leo, colocado sobre una camilla. Las monjas la ayudaban a transportarlo.

—¿A dónde lo…?

—¿Desde cuándo?

—No lo había hecho nunca.

—¿Qué más puedes hacer?

—¡Nada!

Vera la estudió en silencio y Martina levantó el muro mental con rapidez. Su hermana enarcó las cejas. ¿Se había dado cuenta de que la había bloqueado?

—Haz caso a Lucía —le susurró entonces y le dio un beso en la mejilla antes de alejarse hacia el estrado donde los miembros del Consejo que quedaban seguían deliberando.

¿Qué había sido eso? Martina se palpó la cara extrañada.

—Mi señor —gritó Vera dirigiéndose a la tribuna—, usted no va a casarse con mi hermana.

—¿Cómo osas? —Se levantó el Sumo Sacerdote Solar, indignado—. ¡Yo decidiré su destino!

—Ella no está a la altura de ese gran honor, mi señor —siguió Vera —, ni siquiera ha superado la Prueba, no ha saltado…

—Pero ha demostrado grandes cualidades —la interrumpió él—. Nuestra descendencia será invencible.

¿Descendencia? Martina quiso vomitar.

Apartó la mirada del viejo y sus ojos se toparon con los de Sebastián, que tenía la vista fija en ella. Tenía los puños apretados y había perdido su habitual sonrisa.

—¿Invencible? —dudó Vera—. Puede que sean fuertes, sí, pero mover objetos no gana guerras… Ver el futuro, sin embargo, es otro asunto…

—Tu difunta madre fue la última Oráculo que hemos tenido —se lamentó él.

—Antes de morir, mi querida madre me donó su poder. —Vera se apartó el cabello del pelo con un gesto aparentemente desenfadado y, a los ojos de Martina, totalmente calculado. Su hermana mentía, no tenía ninguna duda. Si de verdad supiera lo que iba a pasar, nunca habría accedido a volver a aquel lugar.

—Pero… cuando tu madre murió, tenías solo dos años…

—Y he tenido visiones desde entonces.

Se hizo el silencio.

—¡Detectora! Que venga una Detectora.

Una mujer vestida con hábito gris levantó la mano desde el fondo de la audiencia y la gente se apartó para que pudiera acercarse a la tribuna.

—Vera Ugarte, ¿posees el don de predecir el futuro? —preguntó solemne el viejo.

—Sí —respondió ella sin titubear.

—Verdad —exclamó la Detectora con una voz inexpresiva, de máquina. ¿Sería la misma cíborg que habían utilizado en el juicio de Elba? Físicamente eran tan iguales, copias todas ellas. Marrón para las Bloqueadoras, gris para las Detectoras.

—¡Espléndido! —se deleitó el Sumo Sacerdote Solar aplaudiendo, aunque paró de pronto—. Entonces, si puedes ver el futuro, ¡deberías saber que tu hermana se casará conmigo!

—En eso se equivoca, mi señor —lo corrigió, sonriendo coqueta.

—¡Es su deber casarse y darme descendencia!

—Sus hijos, mi señor, serán invencibles, pero no provendrán de alguien tan inestable como mi hermana, que ha tardado casi dieciséis años en mostrar algo fuera de lo normal.

—No lo hagas —susurró Martina dejando que las lágrimas resbalaran por su rostro. Sabía lo que su hermana estaba haciendo y no podía permitirlo.

—Mi amo—continuó Vera—, sé que soy su favorita, siempre lo he sido, ¿verdad? No mienta, no olvide que puedo leerle la mente.

—Bueno… —balbuceó el viejo verde sonrojándose—, ¿a quién no le gusta una mujer hermosa?

—Entonces, ¿me aceptará como esposa?

El viejo por poco se atragantó por la sorpresa. Todos aguantaban la respiración, aguardando el veredicto.

—Será un placer —dijo al fin, y así, Vera Ugarte, de dieciocho años, se comprometió a casarse con el Sumo Sacerdote Solar por la gracia de Inti, Dios del Sol que alumbra el camino de los hombres y da sombra al de las mujeres.

Mientras el público aplaudía entusiasmado, Martina lloraba en silencio por lo que le esperaba a Vera. Se había sacrificado por ella. Varias monjas la rodearon y los soldados se la llevaron por el camino que había tomado también la abuela.

No lo permitiría.

Martina echó a andar tras la comitiva hasta que Lin le cortó el paso.

—Te acompaño.

—Piérdete.

—Soy tu Bloqueadora.

—¿Desde cuándo?

Las dos se miraron durante una fracción de segundo y Martina vio que no había nada que hacer, no la dejaría en paz.

—Está bien, ¡vamos!

Martina, con Lin pegada a sus talones, corrió apartando a empujones a los que ya se retiraban.

—¿A dónde vamos? —preguntó la legionaria con la respiración entrecortada.

Rodearon la escultura del pelícano, pero Vera no aparecía por ningún lado. ¿Por dónde se habían ido? Siguieron corriendo y pronto llegaron a la cuesta pegada al muro de piedra que conducía al convento.

Allí no había nadie.

Martina, harta de la situación, saltó el muro en un arranque de impaciencia y aterrizó al otro lado, lleno como siempre de decenas de Descalzos con pies anaranjados que echaron a correr en todas direcciones.

—Eres muy rápida —se quejó Lin al aparecer a su lado bufando—. ¿Qué hacemos aquí?

—Exactamente —quiso saber Martina—, ¿qué significa que seas mi Bloqueadora?

—Te acompañaré a todas partes para evitar que uses tu poder.

—¿Por qué?

—Las Normas.

Claro, las Normas, como no.

—Y si, pongamos, quisiera hacer algo ilegal, ¿me lo impedirías?

—¿Cómo qué?

—Como bajar a la Mina.

Los ojos rasgados de Lin se abrieron ligeramente durante una milésima de segundo.

—No conozco ese lugar.

—Ya, claro…

De repente, Sebastián apareció de la nada como si se hubiera teletransportado. No saltó el muro como habían hecho ellas, ya que descendió del mismísimo cielo.

—¡Qué susto! —se le escapó a la muchacha, apartándose de él.

—¿Interrumpo algo? —Sonrió él—. ¿Nos das algo de intimidad, Legión?

—Sabes que no puedo dejaros solos…

—Entonces, tendrás que seguirnos… si puedes, claro. —Sebastián se acercó a Martina y, rodeándole la cintura con el brazo, se elevó en el aire ¡flotando!

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

No era capaz de decir nada más. Se agarró al chico con todas sus fuerzas y voló por primera vez en su vida. La segunda, si contaba el viaje en la Pecera.

¡Aquello era increíble!

Tenía la cara de Sebastián a centímetros de distancia, sus cuerpos estaban pegados y él no le quitaba los ojos de encima. Martina se concentró en lo que estaban sobrevolando: el bosque, un riachuelo… ¡Que dejara de mirarla así!

—Vigila por dónde vas, a ver si nos vamos a estampar contra un árbol.

—¿Tienes miedo, Martina Ugarte?

—¡Calla y bájame!

Con todo lo que estaba pasando y el muchacho seguía con sus bromitas… Pues que a ella la dejara en paz porque no pensaba jugar: tenía que ayudar a su hermana.

Descendieron a un par de kilómetros de donde habían dejado a Lin. No había nadie allí, tan solo árboles y la entrada a una cueva.

—No has cerrado los ojos —dijo él sorprendido posando los pies sobre la tierra húmeda—. Todo el mundo cierra los ojos la primera vez.

—¿Vera cerró los ojos? —preguntó apartándose de él bruscamente y arrepintiéndose al instante de sus estúpidos celos—. No me habías dicho que podías volar.

—No me preguntaste por mi habilidad. —Se encogió de hombros—. ¿Cómo creíste que me asomé a la ventana de la celda de Elba? No se puede llegar de ninguna otra manera hasta allí arriba.

Martina no lo había pensado. Había tantas cosas que no entendía de aquel lugar que no se había molestado en darles explicación a todas ellas; simplemente, las había aceptado. Qué tonta había sido ¡con todo!

—Y tú… —siguió Sebastián—. ¿Cómo has conseguido hacerle frente a la Diosa Madre?

—No hubiera aguantado mucho más…

—¿Más? ¡Ha sido eterno!

A Martina le extrañó. ¿No habían sido solo segundos?

—Y lo de las piedras…, ¿era la primera vez?

La chica asintió con la cabeza y él la miró fijamente.

—Mi primo Armando también puede hacerlo…

—Lo sé, nos lanzó patatas a Leo y a mí.

—¿Patatas? Martina Ugarte, eres una caja llena de sorpresas.

—Sebastián Ferrer, tú tampoco te quedas corto.

Se puso seria de golpe: Leo estaba en una especie de coma, lo había abandonado dejándolo solo con Lucía, Gaia podía seguir atada a una silla sobre un precipicio y querían casar a Vera con un viejo verde y ¿ella estaba tonteando?

—¿Se han llevado a mi hermana a la Mina?

—Sígueme.

Se dirigió a la cueva y Martina lo adelantó con facilidad. Ya se le

había ocurrido que aquel túnel podría ser un conducto a los laboratorios. Dentro estaba oscuro y Sebastián volvió a colocarse delante para guiarla. La chica tropezó con un par de piedras y él le dio la mano. Martina enrojeció y se alegró de que en aquella oscuridad él no pudiera verla. Tenía que concentrarse: había demasiado en juego.

—Por cierto —dijo Sebastián apretándole la mano—, nunca he volado con tu hermana.

A su pesar, el corazón de Martina dio un vuelco.

No se veía nada, pero Sebastián avanzaba confiado, parecía conocer bien aquel camino. Descendieron por una senda empinada durante muchos minutos hasta que se toparon con una pared de hormigón ligeramente iluminada. Siguieron aquella tapia a lo largo de un kilómetro, más o menos y, de pronto, se detuvieron. Sebastián palpó la pared durante unos segundos, accionó un punto concreto y el tabique se abrió como si se tratara de una puerta. Asomó la cabeza con cuidado y al comprobar que no había nadie, accedió a uno de los cientos de pasillos de la Mina. Ella lo siguió arrugando la nariz: maldito olor a desinfectante. Atravesaron decenas de pasillos secundarios, vacíos y mal cuidados: la pintura estaba desvencijada y las puertas de metal oxidadas, como si fuera una nave industrial abandonada. Aquello se parecía a la parte por la que habían huido la primera vez, pero ¿dónde quedaban los laboratorios con los bebés?

En una sala llena de cajas Sebastián se subió a la mesa colocada contra la pared y miró por una especie de tragaluz situado en la parte superior del tabique. Martina lo imitó y lo que vio por aquel ventanuco le heló la sangre: Agustina, entubada, estaba siendo operada por un par de cirujanos.

La sala era modernísima y el equipamiento médico parecía muy sofisticado. Todo era blanco: las paredes, las batas de los cirujanos, la camilla, las máquinas. Todo menos la sábana teñida de un rojo escarlata que cubría el cuerpo de la mujer. Era imposible no mirar esa mancha de sangre que se expandía a cada segundo.

—Bisturí —ordenó uno de los cirujanos, y el otro se lo pasó. El monitor emitió un pitido agudo y los dos hombres se giraron a observarlo. La raya de color rojo que mostraba la pantalla cayó en

picado.

—La perdemos —dijo uno de ellos—. Succiona, aquí y aquí, rápido.

—Dejadla —ordenó un hombre apoyado contra la pared—. Preocupaos solo por los óvulos. Extraed todos los que podáis.

Llevaba puesta una mascarilla quirúrgica y una bata azul de las de quirófano, pero el pantalón que se vislumbraba bajo ella no era el de un médico. Era oscuro, como el de un traje.

—¿No la vamos a salvar?

—Ahora está inservible, no podemos perder sus habilidades. Extraed los óvulos, ¡ya!

—Señor, podríamos salvarla si…

—¡Hazlo!

El monitor pitó de nuevo y, sin mediar palabra, los dos cirujanos se centraron en el cuerpo de la monja y se movieron con rapidez, extrayendo y metiendo tubos y manos. Martina y Sebastián se miraron horrorizados.

Los cirujanos trabajaron a contrarreloj durante cerca de media hora hasta que el monitor volvió a pitar; esta vez, la raya recta de color rojo que atravesaba la pantalla del encefalograma era totalmente horizontal, sin oscilaciones.

—Mierda, muerte cerebral —anunció uno.

—Mantenedla en coma. No querréis que se os muera y su habilidad pase a vosotros, ¿no? No duraríais ni cinco segundos —dijo el hombre apoyado contra la pared quitándose la bata de quirófano. Efectivamente, debajo no llevaba un uniforme médico, sino un traje con corbata incluida.

—Sí, señor —dijeron los dos cirujanos, y ajustaron los tubos que salían del cuerpo de Agustina.

Cuando se quedaron solos, uno de los médicos le dio un codazo al otro.

—Pensaba que era su preferida.

—¿Ese? Para tener una preferida debería tener sentimientos. Vamos, ayúdame, tenemos que congelar estos óvulos.

Martina se apartó del ventanuco temblando: ¿quiénes eran esos hombres y qué demonios hacían con las mujeres? Para ellos no eran personas, sino cobayas; peor, ni siquiera tenían vida: eran tan solo

habilidades.

# 33
# El túnel

***Año 1586***
***Convento de Kalkahue***

—Killari, tienes que comer. —Tobías le apartó el plato de cerámica con el maíz intacto y le acercó un puchero de sopa humeante—. Lo ha preparado Mailen, está deliciosa.

—¿Tres Dedos y el Mudo han conseguido traspasar el poder de la tormenta a la piedra? —preguntó sin tomar la cuchara que le ofrecía su marido.

—Primero la sopa —insistió él.

De mala gana, probó el caldo, pero Tobías se mantuvo terco. No diría nada hasta que comiera. Su mujer se estaba consumiendo en aquella maldita celda húmeda. Llevaba ocho años allí metida, dándole vueltas y más vueltas a lo que hacían o dejaban de hacer monseñor y sus inquisidores. Su cabello, antaño tan negro, lucía totalmente plateado, como el de una anciana, y apenas tenía cuarenta y dos años. A Tobías le daba igual el color de su pelo, pero le preocupaba la manera en la que se le marcaban las clavículas.

—Está muy buena, gracias —concedió al fin—. ¿Y bien?

—Tres Dedos es ahora Dos Dedos —sonrió él.

—Se lo tiene merecido. —Sorbió la sopa con apetito renovado.

—Parece que las piedras de los inquisidores sí funcionan, han conseguido absorber el poder de la tormenta, pero no resisten lo suficiente, terminan hechas añicos por los rayos —dijo pasándole un trozo de pan—. Lo ha amasado Mailen especialmente para ti.

—No lo conseguirán. —Sonrió ella dándole un mordisco al pan—. Los soldados nunca bloquearán a los rayos, es un sacrificio demasiado grande. No quieren morir pobres y, además, enfermos. Ni hablar.

—Ya no usan nada metálico por miedo a los rayos, las lanzas son de madera. —Tobías apartó la mirada.

—¿Qué pasa?

—Y las puntas de las lanzas son de una piedra de aquí, de la cantera…

—¡Me importan un bledo sus armas! —lo cortó alterada—. ¿Qué es lo que te guardas?

—Han traído mujeres para bloquear —suspiró.

—¿Mujeres? Son nuestras hermanas, no nos bloquearán. ¿Acaso no ha hablado Mailen con ellas?

—Buscan a las más pobres, a las desesperadas, las que no tienen qué comer y bocas que alimentar.

—No funcionará —afirmó tajante Killari—. ¿Qué pasará cuando enfermen? ¿Cuando pierdan los dientes uno a uno y envejezcan en dos días? ¿Cuidará entonces monseñor de sus hijos?

—Se están organizando entre ellas, se encargan del huerto y de la cocina…

—¿Y van a convertirse en prisioneras por un poco de comida? —lo cortó, incrédula—. ¿Qué hay de ser dueña de una misma?

—Tampoco lo eran fuera y aquí les permiten vivir sin depender de ningún hombre. Aprenden a leer y escribir y…

Killari lanzó el cuenco contra la pared. Estalló en pedazos al mismo tiempo que un relámpago cruzó el cielo diurno, hasta entonces libre de nubes. El permanente diluvio de Kalkahue solía remitir cuando la presa recibía visitas, por lo que los guardas dejaban entrar a cualquiera que le trajera algo para comer o para distraerla.

—¿Dónde está Mailen? ¿Por qué no ha venido?

—Mailen está muy ocupada. Ha hablado con monseñor, ¿sabes? Está dispuesto a dejarte salir si…

—¿Quién las enseña a leer?

Un viento gélido se coló por el ventanuco. La tregua había cesado: se acercaba tormenta.

—¿Ahora estás en contra de que mujeres analfabetas aprendan a valerse por sí mismas?

Un rayo estalló contra el ventanuco de la celda. Tobías saltó asustado. Killari no se movió.

—Te he preguntado quién enseña a leer a las mujeres que nos van a bloquear.

Tobías agachó la cabeza.

—Ellas no tienen la culpa, tienen derecho a una vida mejor…

Varios rayos impactaron sobre el tejado.

—¿Quién, Tobías, quién?

Los rayos impactaban sin tregua contra las paredes, el ventanuco y el tejado.

—¡Mailen! —gritó al fin él.

Killari se tumbó en el estrecho camastro de paja dándole la espalda y el silencio se adueñó de la celda.

—Dile a Mailen que el pan estaba muy rico y que le deseo lo mejor para su boda.

Tobías agachó la cabeza, rendido.

—No te he contado que se casa porque quería decírtelo ella misma. Mailen cree que quizás dejen que tú oficies la ceremonia.

—Monseñor lo hará de maravilla.

¿Monseñor oficiando la boda de su hija? Tobías estuvo a punto de negarlo, aunque no tenía ningún sentido discutir con una Oráculo. Si Killari había visto a monseñor casando a Mailen, así sería. Lo que su mujer parecía olvidar era que también su hija veía el futuro y todo lo que hacía, como colaborar con los Santos Hermanos o pasarles información valiosa sobre conquistas y derrotas que ocurrían muy lejos de allí, lo hacía por ellos. Mailen estaba construyendo un lugar donde los indefensos pudieran defenderse y los poderosos al final cayeran. Y él pensaba ayudarla.

—Te he traído algo más —dijo Tobías metiendo las manos en el hatillo de tela.

—No tengo hambre.

Ni siquiera se volvió y él decidió que era mejor dejarla tranquila. Depositó un libro grueso de tapas de cuero oscuro sobre el camastro junto a su mujer y, tras darle un beso en la cabeza, se marchó en silencio.

Una vez sola, Killari se giró y tomó el libro en sus manos: estaba encuadernado con esmero y en la portada, con una caligrafía dorada y muy elaborada rezaba «La ilustre historia de Kalkahue y el tratado

por el que fue fundada». Lo abrió con cuidado y se topó con la letra de su hija. ¿En eso andaba ocupada Mailen? ¿En escribir un libro de historia sobre aquel lugar? El manuscrito no estaba firmado y contaba con mapas muy precisos sobre las tierras que rodeaban el convento. ¡Cuánto había crecido en ocho años! Monseñor se había hecho con todo lo de alrededor. Se maravilló con el nivel de detalle del bosque. De pronto, vio su propio nombre en el texto: «En 1587, Killari Ugarte superó la Gran Prueba y abandonó así, junto a su marido, la villa de Kalkahue asentándose al norte, en la región de los lagos, donde vivió una próspera y larga vida». ¿La Gran Prueba? Nunca había oído hablar de ninguna prueba. ¿Eso era lo que negociaba Mailen con sus captores?

1587.

El año siguiente.

Fuera lo que fuera, no tendría que esperar mucho: el nuevo año llegaría en un mes.

Recogió el pan del suelo y, mordisqueándolo con ganas, leyó con avidez. ¡Por Quillapa! No solo en los mapas era específico el libro: narraba la historia de su familia, desde la ejecución en la hoguera de sus tías abuelas por parte paterna al otro lado del océano a la tortura sufrida por su abuela materna. ¿Cómo sabía Mailen todo aquello? No se lo habían contado, no querían que creciera con miedo.

Las visiones. Claro.

Se maldijo por su ceguera. Para ser una Oráculo, ni siquiera había sabido ver lo que había ocurrido en su propia familia.

—Papá tiene razón, cariño, sí que has estado ocupada —le dijo al viento, y siguió leyendo hasta bien entrada la noche.

La vela casi se había consumido para cuando llegó a la última página escrita. La seguían muchas más hojas amarillentas, vacías, esperando, al parecer, a contar nuevas historias.

Esa última hoja contenía un plano del patio trasero del convento. De la lavandería, situada a la izquierda del pozo, salía un camino hacia el exterior. Killari no recordaba ningún sendero. Acercó la vela al dibujo. No había duda: el mapa indicaba que se podía salir directamente al exterior sin tener que utilizar el gran portón de

madera.

¿Le había construido su hija un túnel para que huyeran?

# 34
# Innombrable

***En la actualidad***
***Kalkahue***

—Vamos. —Sebastián bajó de la mesa por la que habían espiado a los cirujanos sin hacer ruido y le tendió la mano a Martina—. ¿Quieres saber lo que busca realmente esta gente?

Asintió en silencio; estaba demasiado impactada para hablar. Lo que le habían hecho a Agustina… Ni siquiera habían tratado de salvarla, tan solo querían sus óvulos.

—¿Para qué…? —empezó, pero, con el dedo índice sobre los labios, Sebastián le indicó que guardara silencio.

«Luego», indicó moviendo la boca sin emitir sonido alguno, y salió por la puerta: más pasillos y más salas, todas iguales. Martina ni siquiera intentaba memorizar el camino y se dejó llevar mientras sus pensamientos volvían a la sala de operaciones: habían preferido extraer los óvulos de sor Agustina en vez de salvarla porque querían conservar su capacidad de electrocutar a la gente. Para ellos la monja no era una persona, sino una habilidad primero y un contenedor después. Estaba en coma y ¿eso era un buen trabajo? ¿Quién era aquel desalmado?

Se detuvieron en una sala de máquinas gigante que funcionaba a todo gas: numerosas turbinas giraban sin parar y en el centro había una roca alargada de cristal de la que salían infinidad de mangueras que extraían un líquido amarillento, como aceite sucio de motor.

—El Prisma —explicó Sebastián tocando el pedrusco. Martina lo imitó y apoyó la mano en el vidrio: estaba templado y parecía palpitar, como si estuviera vivo y escupiera aquel líquido de sus entrañas. Entonces, la reconoció: era la misma piedra que los soldados armados se habían llevado después de la Ceremonia en la

que se coló con Leo y Gaia. La roca ya no era transparente ni tan luminosa como al finalizar los rezos. Regresaba ya al que parecía ser su gris original, como si perdiera fuerza. A la muchacha le recordó a los colgantes lunares: cuando el tío Saúl se los daba eran plateados y finos, corrientes, y cuando sus hermanas se los devolvían estaban llenos de vida, cálidos como aquella roca.

—La están vaciando —dijo ella rodeando la roca—. Le están extrayendo las habilidades.

—¡Sí! Pero la pregunta es ¿para qué?

—Para el elixir —dijo de forma automática—. Mi tío también lo hacía.

Abrió el forro interno de su bolso de cuero y extrajo los colgantes lunares, fríos y planos, y se los mostró.

—De ellos también emana un líquido como este… —Agarró una de las mangueras que salían del Prisma—. Te hace olvidar tus problemas, tus enfermedades o tristezas.

Por fin lo entendió.

La Mina hacía lo mismo que el tío Saúl, pero a gran escala. Extraían la energía del Prisma para producir el elixir. La gente pagaría lo que fuera por aquello. Ella misma lo había visto en todos y cada uno de los circos: los clientes siempre volvían, cada vez más desesperados, cada vez más dispuestos a dar lo que fuera a cambio de otro sorbo.

A la muchacha le hervía la sangre: criaban humanos como pollos, descartaban a los que no tenían poderes y los dejaban crecer asilvestrados, sin nombre, sin educación, sin casa: los Descalzos. Y después, cuando crecían, a las chicas las fecundaban con uno, dos, tres…, a saber cuántos embriones, para a ver si conseguían niños con nuevas habilidades.

Producción en cadena de personas, solo que sin ni siquiera considerarlas como tal.

Martina apretó los puños. Tenían que salir de allí y denunciarlo.

—¿Mi abuela sabe esto?

—Todo el Consejo lo sabe.

—¿Por qué lo permiten?

—¡Porque somos sus prisioneros! —Sebastián levantó la voz—. No sé nada de lo que hay fuera de estos muros, ¡nunca he conseguido

salir! ¡Hasta hace unos días nunca había visto llover!

Igual que Leo.

Sebastián, Hijo del Sol y uno de los muchos vástagos del Sumo Sacerdote Solar, no se diferenciaba tanto de un Marcado. Era todo un engaño, la farsa perfecta. Bloqueadoras, Detectoras, Hijos del Sol, Hijas de la Luna…, no eran más que etiquetas sin importancia. Mientras la atención estuviera en qué grupo mandaba, nadie se rebelaría contra la Mina.

Los hombres se creían libres porque gozaban de mayor autonomía que las mujeres. Mientras ellas no pudieran andar solas por las calles o salir de noche o estudiar, ellos se creían superiores. Se reunían para entrenar, se casaban con mujeres mucho más jóvenes y tenían concubinas con las que no quería ni pensar qué hacían, pero ¿para qué?

Martina le dio una patada al Prisma.

—¡Todo esto para vender este maldito líquido en el mundo exterior!

—¿Les transfiere nuestros dones?

—No, les hace creer en sí mismos.

—¿Solo eso?

—¡Es como una droga! Cuando lo prueban, se sienten invencibles, que pueden con todo. Lo borra todo, lo cura todo.

—Entonces es un antídoto.

—No…, bueno, sí, también… —dijo ella sujetando los colgantes sin vida entre sus manos—. ¡Leo! ¡Pueden curar a Leo!

—¿Cómo? —Sebastián observó las medias lunas metálicas.

Martina tan solo había espiado el proceso desde la mirilla de la caravana y lo único que había visto era la espalda del tío Saúl sobre los colgantes y el frasco del elixir; no tenía ni idea de qué había hecho exactamente para obtener el líquido.

—En la Ceremonia rezamos para llenar el Prisma —intentó ayudar él, pero Martina negó con la cabeza. Saúl no rezaba, lo hubiera oído.

Agachándose frente al Prisma ya medio vacío, pegó los colgantes a la piedra. Tras unos segundos, los separó del pedrusco, pero no habían cambiado lo más mínimo, seguían tan fríos y plateados como siempre. Volvió a apoyarlos en la roca, cada vez más oscura, se estaba enfriando. ¡Pronto no quedaría nada para extraer!

Poniéndose de pie de un salto, buscó cualquier cosa que le sirviera. Abrió un armario metálico y encontró una caja de herramientas, agarró una llave inglesa, la más grande que vio, y arrodillándose de nuevo, golpeó con fuerza la junta del tubo donde se unían la manguera y la roca una y otra vez. El ruido de los golpes quedaba amortiguado por el zumbido del motor. Atizó el acoplamiento hasta que este se resquebrajó y un hilillo de fluido amarillento salió de él. Con mucho cuidado, colocó los colgantes justo debajo de la estrecha grieta. En cuanto el frío metal entró en contacto con el líquido, una abertura se formó en ellos y comenzaron a llenarse y calentarse. Era una sensación agradable. Martina percibió un cosquilleo que le bajaba desde la nuca hasta los pies. En cuestión de segundos, sujetaba dos bolitas blancas y palpitantes en sus manos.

—Con esto curaremos a Leo. —Sonrió aliviada.

—Te importa más el Marcado que tu propia hermana.

Martina iba a protestar, pero se dio cuenta de que apenas se había acordado de Vera. Sebastián se dirigió hacia la puerta y ella, guardando los colgantes palpitantes en el bolso, lo siguió en silencio. ¿Tenía razón? ¿Le importaba más un desconocido que su propia familia?

Atravesaron las mismas salas y pasillos que habían recorrido con anterioridad y no se toparon con nadie. Cuando llegaron a la cueva sin iluminar, el muchacho no le dio la mano, aunque ella se las arregló para seguirlo sin apenas tropezar. Salieron a la superficie y esta vez no volaron, sino que cruzaron el bosque caminando en silencio.

—Ya nos veremos —le dijo él a modo de despedida a las puertas del convento.

—¿Cuándo? —No quería que se despidieran así.

—No lo sé. —Levantó los hombros él, dándose la vuelta para marcharse.

—¡Sebastián Ferrer! —gritó—. ¿Vas a llevarme a dar otra vuelta por el cielo?

El muchacho rio a su pesar.

—¡No te lo mereces! —dijo sin girarse, aunque por el tono ella supo que sonreía.

—Si me llevas, ¡te enseñaré a lanzar patatas como tu primo!

A Sebastián se le escapó una carcajada mientras se abría el portón de madera y un grupo de monjas la rodeaba.

—¿Dónde has estado?

—¡No puedes salir sin tu Bloqueadora!

—¡Voy, voy, voy! —gritó Martina sin apartar la mirada del chico que se alejaba riendo.

De pronto, Sebastián dio un saltito y ¡pum!, echó a volar hacia la pirámide. ¡Increíble! Aún no se acostumbraba a verlo despegar como un cohete.

Las monjas llevaron a Martina a una habitación del torreón norte donde se encontraban Lucía, Lin y ¡Gaia! La pequeña tenía los labios sucios de chocolate y no parecía estar herida.

—¡Menos mal! —gritó corriendo hacia ella—. ¡Lo siento! Siento no haberte ayudado…

—¡*Graziaz* por *zalvarme*! —La niña le saltó al cuello y las dos rodaron por el suelo riendo.

—No puedes volver a escaparte de mí. —Era Lin interponiéndose entre ellas—. Son las Normas.

Martina iba a decirle por dónde se podía meter las estúpidas Normas, pero la visión del cuerpo de Leo tendido en la cama la detuvo.

Seguía petrificado como si se hubiera quedado congelado en medio de un terrible espasmo. Lucía estaba sentada a su lado, limpiándole la baba que le caía por la comisura de la boca. ¿Cómo había ocurrido? Un segundo estaba bien y, de repente, se retorcía en el suelo como si lo estuvieran electrocutando.

—¿Cómo está? —preguntó acercándose a él. Tragándose las ganas de llorar, extrajo los colgantes lunares palpitantes que acababa de llenar en la Mina con el líquido del Prisma y, dando la espalda al resto, los anudó al cuello de su amigo.

—Mejor —respondió su hermana cubriendo el cuello del chico con la sábana—. Lin, ¿me ayudas con las gasas húmedas?

—Yo puedo ayudarte… —empezó Martina, pero Lin se adelantó de forma apresurada.

—¿Qué quieres que haga?

—Mira, siéntate a mi lado. Eso es, apoya las manos aquí, muy bien. Genial, se te da bien esto. —Lucía envolvió las manos de la Bloqueadora con las suyas y le sonrió de forma cálida—. Tienes unas manos muy suaves.

Lin sonrió orgullosa y se concentró en la tarea de humedecer la frente del muchacho inconsciente. En cuestión de segundos, sin embargo, los párpados se le empezaron a caer como si le pesaran y bostezó de forma ruidosa.

—Qué calor hace… —dijo inclinándose un poco hacia delante.

—Sí, hace mucho calor y tu cabeza pesa cada vez más. —La voz de Lucía parecía salir de una sesión de hipnosis.

—Pesa… Pesa mucho…

—Si quieres, puedes dejarte caer… —susurró Lucía, y la sostuvo por los hombros hasta depositarla con cuidado sobre la cama. La acostó junto a Leo y se giró hacia su hermana pequeña.

—¿Qué le has hecho? —quiso saber Martina tocando la espalda de Lin con un dedo para asegurarse de que realmente estuviera fuera de juego.

—La he relajado hasta dormirse. Así hemos burlado a nuestras Bloqueadoras hasta ahora.

—¡Qué pasada! —dijeron Martina y Gaia a la vez.

—¿Cómo has llenado los colgantes? —cortó Lucía, incorporándose y apoyando las palmas de las manos en las mejillas de su hermana.

—En la Mina, con el Prisma.

Lucía guardó silencio.

—He roto el mecanismo. Un poco.

Lucía enarcó las cejas.

—Solo un poquito.

Lucía se separó de ella y bajó la voz:

—El tío Saúl nos dijo algo antes de morir.

Esta vez fue Martina la que no dijo nada.

—¿Te acuerdas de cómo te mandó a la caravana a por su cuaderno y luego te encerró?

Martina tragó saliva. ¿Qué si se acordaba de cómo la habían dejado sola mientras ella gritaba y el resto de la familia la ignoraba? ¿Si recordaba cómo una monja con un parche en el ojo había atacado al

tío y como este había caído al suelo convulsionando? ¿Cómo sus hermanas lo habían abrazado mientras ella lloraba sin poder hacer nada?

—El tío Saúl nos dijo que mamá quería que volviéramos aquí cuando tú cumplieras dieciséis años.

—¿Qué?

—Los cumples en una semana.

—¿Por qué… —le costaba encontrar las palabras— querría mamá traernos a semejante lugar?

De pronto, Lucía pegó un grito y se agarró la cabeza con ambas manos. Martina se abalanzó sobre ella.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

—¡Despierta a Lin! —rogó tapándose los ojos con ambas manos—. Viene alguien.

Martina zarandeó a Lin con brusquedad hasta que esta abrió los ojos desorientada.

—¿Dónde estoy…?

La puerta se abrió de golpe y una de las monjas de la Legión, con el hábito remangado y los mofletes encendidos, entró en la estancia seguida por otras dos Legionarias igual de alteradas.

Lin pegó un brinco y se despejó en un santiamén.

Lucía, sin embargo, se agarró al poste de la cama apretando los nudillos con fuerza. Tenía muy mala cara, estaba pálida, sudaba de forma exagerada y todo el cuerpo le temblaba.

—¿Estás bien? —Se agachó Martina a su lado.

—¡Tú! —gritó la de los mofletes colorados—. ¿Es cierto que has estado a solas con Sebastián Ferrer?

¡Oh, no! ¿Sabían que habían bajado a la Mina? ¿Habían encontrado la pequeña raja en la manguera del Prisma?

—Solo fuimos a dar una vuelta…

—¿Qué demonios estabas pensando? —La monja parecía un toro a punto de embestir—. ¡Has mancillado tu honor! ¿Quién querrá casarse contigo ahora?

—¡No quiero casarme!

—¡Silencio! Ya hemos aguantado bastante. No nos dejas otro remedio. De aquí en adelante serás una Innombrable.

—¡No! —gritó Lucía intentando levantarse en vano—. ¡Ha superado la Prueba! Es una Hija de la Luna y…

—Ya no. —La mujer entrelazó los dedos sobre su sucio delantal—. Cualquier ciudadano de Kalkahue podrá reclamarla como concubina.

—¡Una mierda! —gritó Martina, asustada. ¿Podían hacerle eso?

—Habértelo pensado antes de escaparte de tu Bloqueadora para irte con un chico.

El trío de monjas le lanzó una mirada iracunda a Lin, quien no parecía atreverse a respirar siquiera.

Lucía se echó a llorar:

—Solo tiene quince años…

—Espere. —El cerebro de Martina iba a mil por hora. Tenía que salir de aquel lío como fuera—. ¡Estoy prometida!

—¡Sandeces! —La monja portavoz la señaló con un dedo acusador —. ¿Quién osaría prometerse con alguien sin decoro alguno?

—Sebastián Ferrer —dijo con seguridad.

Lucía y Lin ahogaron un grito de sorpresa al unísono y las monjas entrecerraron los ojos todas a la vez. ¿Estaban decidiendo si la creían?

—Quien anda deprisa, tropieza —zanjó el tema la vieja saliendo de la habitación con las otras dos pisándole los talones—. Veamos qué dice él.

Tenía que encontrar a Sebastián antes de que lo hicieran aquellas arpías y convencerle de que… ¿se casara con ella? ¡Joder!

# 35
# La boda

***Año 1587***
***Convento de Kalkahue***

—Estás guapísima, cariño. —Tobías abrazó a Mailen con ternura—. ¡Nuestra hija se casa!

—¿No tienes calor con eso? —Killari señaló el vestido azul añil de terciopelo con piedras preciosas alrededor de la cintura y las mangas. No tenía duda de que se trataba de un agasajo de monseñor.

—Estoy nerviosa. —Cambió de tema Mailen sentándose en la cama con dosel. Se encontraban en sus recién adquiridos aposentos, cedidos por los Santos Hermanos como regalo de bodas.

—No tienes por qué. Tahiel es un buen chico, estaréis bien juntos —dijo Tobías acercándose a echar un vistazo a la ventana junto a su mujer.

El patio principal hervía de movimiento: las Bloqueadoras correteaban de un lado para otro colocando flores en cada rincón. Todas apreciaban a Mailen: las había enseñado a leer y a escribir y las protegía de los soldados de monseñor.

—Papá, no es por eso por lo que estoy nerviosa. —Abrió el pesado manuscrito por la última página, la que mostraba un mapa—. Volvamos a repasarlo, ¿dónde encontraréis la carreta?

—¿Otra vez? —Rio Tobías—. En el recodo del río, tras la cueva de cuarzo.

—¿A cuántos pasos de la cueva?

—¡A ciento doce pasos exactamente! Pero ¿eso qué más da? ¡Tú nos guiarás!

—Es por si acaso. —Se excusó ella—. Ya te he dicho que estoy nerviosa.

—Es casi la hora —dijo Killari—. Tobías, ¿por qué no bajas tú primero? Voy a retocarle la trenza.

—Está bien. —Besó en ambas mejillas a su hija y salió de la estancia.

Killari se sentó junto a Mailen en el borde de la cama y le soltó la trenza perfectamente anudada con suavidad. Después, le cepilló el pelo con delicadeza, sin prisa. Ninguna de las dos dijo nada. Poco a poco, empezó a trenzarle el pelo de nuevo.

—No vas a venir, ¿verdad?

Mailen negó con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra. Su madre siguió trenzándole el cabello en silencio.

—¿Y qué pasará cuando monseñor descubra que nos hemos escapado?

—Mamá, sabes tan bien como yo que los Santos Hermanos no harán nada. No saben cómo librarse de ti, nadie se atreve a ponerte una mano encima por miedo a recibir tu don. Lo llaman la maldición.

Killari sonrió orgullosa.

—Lo único que les interesa —siguió Mailen— es que la roca en la que han conseguido volcar los rayos se llene.

—¿Qué hacen con ella? No la utilizan para llamar a la tormenta.

—Cuando el mineral captura al rayo, cambia de color y se calienta. Después la rompen en pedazos y la venden como amuletos a nobles y a obispos. Pagan muy bien. —Hizo un ademán que abarcaba su vestido.

—¿Amuletos?

Se llevó las manos a la nuca y se desprendió de una fina cadena plateada con una pequeña piedra preciosa blanca como la leche que colgaba del extremo que le quedaba oculto tras el corsé. Se lo tendió a su madre, que lo tomó con una mezcla de temor y curiosidad.

—¿Qué hace?

—Les da una especie de fe ciega en sí mismos.

—Como si les hiciera falta. —Rio de forma amarga Killari—. Ya son dueños del mundo.

—Ya sabes que siempre quieren más.

La trenza estaba casi terminada, pero Killari se resistía a soltar el

cabello de su hija. Mailen se giró al fin y, mirando a su madre a los ojos, le dijo:

—Mamá, ya sé que crees que me he vendido a cambio de joyas y sedas, pero no es así. Aquí llegarán decenas, quizás cientos, de mujeres extraordinarias que han sido acusadas de brujería. ¡Fuera las queman! Aquí nos haremos fuertes.

Killari la observó con tristeza: era tan joven e ingenua.

—Monseñor no es tonto, cariño, os dividirá. Ya ha conseguido que unas bloqueen a otras. No lograréis… —empezó, pero Mailen le colocó un dedo sobre los labios.

—Dijiste que no lograría sacarte de la celda y mírate ahora. Dijiste que no se podía escapar de Kalkahue y ahora tenemos un túnel que ni siquiera los inquisidores conocen.

Killari rio a su pesar. Quizás no fuera tan inocente, a fin de cuentas.

—¿Cómo demonios conseguiste lo de túnel?

—Mamá, has hecho que llueva y truene cada día de los últimos nueve años. Digamos que ese estruendo continuo facilitó la labor. Los Santos Hermanos han construido un entramado de alcantarillado muy complejo para evitar las inundaciones, teníamos todo lo necesario.

—Pero papá y tú solos…

—¿Quién dice que lo hicimos solos?

Killari palideció de pronto. Si más personas conocían la existencia del túnel, monseñor terminaría por enterarse.

—Tranquila, mamá, nadie está al tanto de todo, ni siquiera yo. Es la única forma de que salga bien.

Killari no lo entendía. ¿Cómo que no conocía el plan? ¡Lo había ideado ella!

—¿Alguna vez has conseguido alterar el futuro? —susurró Mailen.

—¡Sabes que el destino no se puede cambiar! —Enrojeció Killari—. ¿Te has olvidado de lo que le pasó a tu hermana?

La habitación se oscureció de pronto como si hubieran cubierto el sol con un velo.

—Claro que no, mamá, me acuerdo de Inara todos los días. —Una lágrima solitaria recorrió la mejilla de la joven. Se la limpió con el pañuelo bordado y suspiró de forma profunda antes de continuar—:

Mamá, sí se puede.

Killari negó con la cabeza y unos rayos estallaron a lo lejos.

—¡No! —gritó levantándose de la cama—. ¿Me estás diciendo que pude salvar a mi hija y no lo hice?

—No, lo de Inara fue un accidente. No tenemos control sobre todo lo que ocurre, nadie lo tiene, pero si tenemos fe en nosotras mismas, podemos cambiar nuestro destino.

—¿La misma fe que tienen nuestros carceleros en los amuletos?

—Mejor. Nosotras no necesitamos un trozo de piedra para creer que somos capaces —dijo con convicción.

Killari se sorprendió de la energía que emanaba su hija. ¿Quién era ella para destrozarle los sueños? Mailen conservaba la esperanza que su madre había abandonado hacía mucho tiempo, cuando murió Inara. Acarició su cara con el dedo: tenía la determinación dibujada en el rostro. Las dos mujeres se fundieron en un abrazo y permanecieron así, en silencio, hasta que el sonido de las campanadas se coló por la ventana abierta.

Las nubes que cubrían el sol desaparecieron como por arte de magia.

Había llegado la hora.

—Una cosa más —dijo Killari—. ¿A qué viene lo de la Gran Prueba que has escrito en el libro?

—Si ellos tienen la fortuna, el poder y un amuleto que les asegura una ventura privilegiada, nosotras tendremos las historias. Serás una leyenda, mamá. Abrirás el camino para las que, como tú, quieran vivir en el mundo de fuera. Construyeles una guarida.

Killari asintió en silencio y su hija le anudó el colgante al cuello.

—Cuando me vaya —dijo Killari observando el cielo despejado—, nadie de Kalkahue podrá invocar la tormenta durante mucho tiempo.

—¡Ya ha llovido suficiente para quinientos años! —Rio Mailen, aunque pronto volvió a su habitual seriedad—. No estamos preparadas para la tempestad, mamá.

—Nunca se está preparada, pero, aun así, esta llega. Y llega fuerte.

Mailen meditó sobre las palabras de su madre.

Una única nube solitaria apareció en el horizonte.

—¿Qué has visto?

—Falta mucho todavía.

—¿La Gran Tormenta? —insistió su hija.

—¿Tú también la has visto? —Se sorprendió su madre.

Las dos callaron.

No había nada que ellas pudieran hacer para remediar lo que ocurriría en un futuro tan lejano. Esperaba que para entonces lo tuvieran más fácil.

La nube se acercó perezosa y se posó justo sobre su ventana.

—¿Un recordatorio de tu paso por Kalkahue? —Señaló con el dedo Mailen al cúmulo que ensuciaba el cielo primaveral.

—Una advertencia para que no os dejéis cegar por un firmamento soleado…

—Pero, mamá…

Esta vez fue Killari la que le posó el dedo sobre los labios.

—Y recordéis que, con solo desearlo, podréis cambiarlo.

Horas más tarde, durante los festejos de casamiento de Mailen Ugarte y Tahiel el Negro, cuando todos los habitantes de Kalkahue habían bebido más de la cuenta y bailaban y cantaban a viva voz, Tobías y Killari escaparon tal y como su hija había planeado. Ni siquiera las dos Oráculos sabían si sus caminos se cruzarían de nuevo, pero no les preocupaba, ya que habían aprendido que el destino no siempre está escrito de antemano.

# 36
# El novio

***En la actualidad***
***Kalkahue***

—¿Estás comprometida? —preguntó pasmada Lucía.

Martina tuvo que morderse la lengua para no delatarse frente a Lin. Su hermana podía haber adquirido nuevos e increíbles poderes, pero seguía siendo una crédula.

—Tranquila, Lin, nada de esto es culpa tuya, todo está arreglado entre Sebas y yo —la calmó Martina—. ¿Podrías darme un masaje para sosegar mis nervios, por favor?

Lin suspiró aliviada y aceptó de buen grado su cometido. Empezó a frotarle el cuello con determinación.

Lucía abrió la boca, comprendiendo al fin. Fingiendo interés, se colocó junto a Lin elogiando sus manos y poco a poco fue entrelazándolas con las suyas.

—Presiona aquí, eso es, y aquí…

En menos de un par de minutos, Lin volvía a roncar junto a Leo.

Las campanadas del torreón del patio dieron las doce, llamando a la misa de las novicias al mediodía. Eso le daba una hora de ventaja.

—Tengo que encontrar a Sebastián.

Martina entreabrió la puerta sigilosamente. No había nadie en el pasillo. En el convento ninguna se saltaba los rezos.

—¿Dónde lo buscarás?

Martina se dio cuenta en ese preciso momento de que no tenía ni idea de dónde vivía Sebastián.

—¿En el Templo del Sol? —probó.

—No, de día los hombres entrenan en el Coliseo, pero las mujeres no pueden entrar. —Lucía miró alrededor y le pasó la ropa doblada en una silla—. Es de Leo, te servirá, sois de la misma estatura.

Lucía suspiró como si haberle pasado una camisa y un pantalón le hubiera supuesto un gran esfuerzo. Su hermana seguía temblando y tenía unas marcadas bolsas de color morado bajo los ojos, estaba demacrada. ¿Cómo no se había fijado antes?

—Sabías que venía alguien… ¿Has tenido una visión?

Lucía asintió despacio.

—¿Desde cuándo ves el futuro?

—Desde que el tío nos donó su poder a Vera y a mí justo antes de morir.

Las dos se quedaron en silencio mirándose la una a la otra.

—¿Por qué no me lo dio a mí?

—¿Cómo? —Lucía bajó la mirada y buscó las manos de Leo para continuar con el masaje.

—El tío. ¿Por qué no me entregó su don a mí? Al fin y al cabo, yo era la única sin ninguna habilidad.

Lucía se encogió de hombros, no quería mirarla.

Ahí estaba de nuevo.

Ese algo que la separaba de sus hermanas.

¿Qué era lo que no querían que ella supiera?

—El tío Saúl —probó Martina— no quería que yo… ¿pudiera ver el futuro?

La cara de horror de Lucía le confirmó sus sospechas: había dado en el clavo.

—¡El tío no quería que yo supiera algo que va a pasar! ¿Qué? ¿Qué es eso que no queréis que sepa?

—Cariño, si no te das prisa, la Legión llegará antes que tú.

Lucía quería escabullirse de aquella conversación, pero tenía razón. Debía hablar con Sebastián cuanto antes.

—Vete, yo cuidaré de Leo, no te preocupes.

Martina se agachó y sacó el gran libro de cuero de Leo de debajo de la cama.

—Léele esto, le gustará.

—¿*Ilustre historia de la Comuna de Kalkahue y el tratado por la que fue fundada*? —Lucía acarició la portada como si fuera un ejemplar precioso.

Martina se desvistió y vistió a toda prisa: pantalones holgados y

una especie de blusón de marrón descolorido, agujereados y usados, pero de su talla. Bajó a todo correr hasta el establo sin toparse con nadie. Bendita misa. Ensilló al semental Neptuno en el carro y lanzó un saco bastante pesado a la parte trasera. ¿Qué demonios había dentro? ¡Otra vez patatas! La muchacha rebuscó entre los fardos almacenados en el suelo: todos eran de patatas. Y ¿si volvía a juntarse con Armando y se las volvía a lanzar? Entonces se acordó de que su abuela se había encargado de él y de que ella misma había arrojado cientos de piedras de una trayectoria imposible. ¿Cómo demonios lo había hecho? Tan solo recordaba la rabia, como si la dominara por completo. ¿Era eso lo que movía objetos? ¿La furia?

Cerró los ojos, respiró hondo y pensó en la Mina, en lo que les hacían a las mujeres ahí abajo. Notó cómo el odio le calentaba las entrañas. ¡Era la misma sensación que durante la Prueba! Visualizó los tubérculos en el aire como había hecho con las rocas.

¿Estarían flotando?

Entreabrió un poco el ojo derecho: el saco estaba tirado en la carreta, tal y como lo había dejado.

¿Para qué le valían sus poderes si no podía conjurarlos cuando a ella más le convenía? ¡Iban y venían a su antojo!

No tenía tiempo que perder. Subió varios fardos más al carro y, sudando por el esfuerzo, se arrodilló y se restregó la tierra del suelo en la cara, cuello y pies descalzos. Por último, se recogió el pelo en una especie de moño. ¿Parecería un chico? No tenía un espejo para comprobarlo, por lo que, de un salto, se colocó en la parte delantera de la carreta.

—Neptuno, bonito —acarició el lomo del caballo con cariño—, ¿me llevas al Coliseo?

Quince minutos después, habían llegado.

Había mucho alboroto: algunos soldados corrían, otros dormitaban sobre sacos esparcidos por el suelo y otros comían una especie de papilla de pinta no demasiado apetecible. ¿Se había adentrado en el campamento de los Hijos del Sol? Neptuno siguió avanzando despacio, sin vacilar, y la muchacha agradeció que nadie le prestara atención.

—¡Detente! ¿Qué traes? —preguntó un soldado que montaba guardia al final de la plaza, frente a una gran puerta dorada. Martina carraspeó: necesitaba sonar como un hombre.

—Patatas.

—Déjalas aquí —respondió el soldado.

—Las necesitan para el entrenamiento de hoy —improvisó ella.

—¿Tú sabes algo? —le preguntó el guarda al de al lado.

—¿Alguna vez nos cuenta algo esta gente? —Se apartó a un lado y abriendo el portón gritó—: ¡Carro va!

Martina reprimió una sonrisa y pensó que la seguridad de los soldados no era mucho mejor que la de las monjas. ¿Nadie desobedecía en Kalkahue? ¿Ninguno quería escapar?

Las puertas se cerraron cuando las atravesó el carro y ella descendió de un salto.

—Quédate aquí, no tardaré. —El caballo relinchó a modo de respuesta.

Estaban en un patio de arena y columnas blancas, una extraña combinación, como un templo que salía de las dunas. Las paredes eran rojizas y al fondo había una única puerta negra. Por lo menos, el camino estaba claro. Se dirigió hacia allí escondiéndose tras las columnas. Entornó la puerta negra para echar una ojeada y lo que vio la dejó con la boca abierta.

Aquello no era un centro de entrenamiento, ¡era un circo! Aunque no se parecía a los muchos que ella había conocido.

El techo era altísimo y, en lo alto, varios chicos volaban de una punta a la otra de la gran sala. Volaban, de forma literal. No era trapecistas que realizaran complicadas piruetas, no, no. Vo-la-ban. De verdad. Como los pájaros. ¿Volar era algo normal para los soldados? Cuando Sebastián la levantó en el aire, pensó que era uno entre un millón y ahora resultaba que lo de volar era como correr en el mundo exterior.

En el suelo de la gran sala, algunos muchachos hacían malabares con objetos que, contradiciendo a la física, nunca descendían. Otros realizaban piruetas físicamente imposibles. Ni siquiera en las Olimpiadas se veían aquellos movimientos. ¡Era increíble! ¡Una auténtica maravilla! Oculta tras una columna, nadie reparó en ella.

Se hubiera pasado horas observándolos, pero tenía que encontrar a Sebastián.

—Sebastián Ferrer, ¿dónde te has metido? —susurró ella.

—Detrás de ti, Martina Ugarte —contestó él dándole un susto de muerte.

—¿Qué demonios haces aquí fuera? —Se llevó la mano al corazón con la esperanza de que no se le escapara. ¡Su voz parecía una flauta desafinada! Iba a pensar que era idiota.

—¿Entrenar? —Sonrió él secándose el sudor de los brazos con una toalla.

Martina intentó no mirar, pero era difícil ignorar los músculos que sobresalían de la túnica sin mangas.

Sebastián inclinó la cabeza a un lado.

«¡Mierda! ¿Se había dado cuenta de que lo estaba observando? ¡Qué vergüenza!». Se ruborizó y a él se le ensanchó la sonrisa.

—¿Y bien? ¿A qué has venido, Martina Ugarte?

¿Por qué la llamaba siempre por su nombre y apellido y por qué le gustaba tanto que lo hiciera? «¡Concéntrate o serás la concubina de todos estos!».

—Por tu culpa me quieren convertir en una Innombrable, así que nos tenemos que casar. —Lo soltó de carrerilla, sin respirar.

—¿Te estás declarando, Martina Ugarte? —Estaba disfrutando de lo lindo.

—¡No!

—¿No? ¿Entonces no quieres casarte conmigo?

—¡Sí!

Sebastián estalló en una carcajada y Martina se dio media vuelta. ¡Se estaba burlando de ella!

—¡Martina Ugarte! —gritó el chico y ella se paró en seco, expectante, sin atreverse a girarse—. La Legión ya ha estado aquí, nos casamos en un mes.

Martina se contuvo para no saltar de alegría y siguió andando como si nada hacia la carreta.

—¿Y ya está? ¿No vas a darme las gracias? —Rio él a sus espaldas.

Tuvo que reprimirse para no sonreír y subió al carro incluso con un toque de elegancia. ¡Ja! Por una vez, no había quedado como una

completa lerda.

De pronto, Sebastián apareció junto a ella como caído del cielo dándole un susto de muerte. ¡Maldito pajarraco!

—A la boda vendrás más arreglada, ¿verdad?

Antes de que pudiera responderle, él ya había volado.

# 37
# El jarrón

***Año 1637***
***Convento de Kalkahue***

Ailin, una de las siete hijas de Mailen Ugarte, empujaba la silla de ruedas de madera en la que habían acomodado a su madre. Aunque las piernas le fallaran y el frío rara vez abandonara sus ya ancianos huesos, su mente seguía tan despierta y curiosa como la de sus numerosas bisnietas.

—Detente aquí —pidió Mailen.

—¿Aquí? —se extrañó su hija, apartándose un mechón de pelo canoso del rostro.

Se encontraban frente a la lavandería, bajo el canalón. La Legión de los Suspiros había dispuesto un bonito jarrón de cerámica con flores frescas sobre el alfeizar de la ventana, era precioso. Sus Bloqueadoras contaban con un taller de alfarería al lado de los establos y la verdad era que hacían auténticas maravillas.

—¿Avisaste a monseñor sobre el desagüe roto?

—Ya te he dicho que sí, pero ¿cuál es? —Ailin miró hacia arriba—. No lo veo. —Se separó de la silla para observar la canaleta más de cerca. ¿Dónde estaba la grieta que le había mencionado su madre?

—Pero… ¡no está roto!

Mailen sonrió pícara y su hija bufó exasperada. ¡Otro de sus enrevesados juegos! ¿A qué habían ido en realidad?

—¿A qué esperas? —preguntó divertida la anciana—. ¡Rómpelo!

—¡Mamá! —se quejó Ailin, sabiendo que al final cedería.

—Venga, hazlo por mí.

—¿No vas a cambiar?

—Ay, hija, ¿a mi edad? —Rio traviesa.

Ailin miró alrededor para asegurarse de que no viniera nadie. Por

mucho que Kalkahue fuera mucho más permisivo con las mujeres que el mundo exterior, incluso allí había que andarse con ojo. Como les decía su madre, «No tienen por qué saberlo todo». Tras cerciorarse de que estaban solas, tomó carrerilla, saltó con demasiada agilidad para alguien de su edad y se colgó del canalón. Este cedió al fin y se rasgó.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó aterrizando junto a su madre con facilidad.

—Observa, llegarán por allí.

Ni se molestó en preguntar quién llegaría. Su madre se pasaba la vida haciendo ese tipo de experimentos, analizando si el futuro se podía cambiar o si, por el contrario, el destino era inmutable. ¿Para qué? Ella y sus hermanas eran mucho más prácticas. Escribían lo que veían, bueno, la parte que les interesaba que los españoles conocieran, y se lo entregaban a monseñor. A cambio, gozaban de paz y seguridad.

Los oyeron antes de verlos.

Se trataba de una pareja que discutía. Más bien, él le gritaba a ella.

—¿Dónde estabas?

—Ya te lo he dicho, rezando con el resto de las Legionarias.

—¡Mentira!

Aparecieron por la esquina opuesta de la lavandería: él era un soldado del ejército de los Santos Hermanos, ella, una de las Bloqueadoras que conformaban la Legión. Ninguno de los dos se percató de que los observaban. Con las mejillas coloradas por la rabia y también por el vino, el hombre levantó el brazo para golpearla.

—¡Ahora! —ordenó Mailen.

Ailin no precisó de más información para entender lo que se esperaba de ella. Se coló en la mente del soldado e hizo que sintiera dolor. Un simple pinchazo bastó. El hombre se agarró la cabeza con ambas manos y dio unos cuantos pasos hacia atrás.

Justo en ese momento, monseñor y su séquito, compuesto por cuatro guardias y dos secretarios, aparecieron por la calzada principal.

—¡Menos mal que han llegado! —dijo Mailen—. ¡Necesitamos su

ayuda!

El joven religioso observó la escena con cautela. Llevaba poco tiempo en el cargo y todavía se estaba familiarizando con Kalkahue. Era el tercer monseñor con el que trataba su madre. Sin apresurarse, les hizo una reverencia a Mailen y Ailin.

—Buenos días, señoras —saludó cortés—. Si no es molestia, ruego me expliquen qué ha pasado.

—Querido —dijo Mailen—, estábamos aguardándolo para mostrarle el desagüe roto, mire, ahí arriba.

Monseñor echó un rápido vistazo al canalón y asintió en dirección a su madre. Ailin dudaba que creyera una sola palabra de lo que le contaba, estaba claro que el joven no tenía un pelo de tonto. En los pocos meses que llevaba en el puesto, las ganancias del convento se habían disparado.

—Ese malhechor de ahí ha aparecido de pronto —siguió— y se disponía a golpear a una de las hermanas. ¿No quedamos en que las Normas las protegerían?

Monseñor volvió a asentir en silencio.

—¿Quiere que lo metamos en la Jaula? —preguntó él con prudencia.

—¡No, por favor! ¡La Jaula no! —gritó desesperado el hombre—. ¡No lo volveré a hacer! ¡Lo juro!

—No creo que tengamos que llegar a tanto —respondió ella complacida—. Si usted redactara un nuevo estatuto que prohibiera la violencia contra las mujeres, bastaría. Ah, y añada también, por favor, que nada de alcohol.

—¿Ni siquiera vino?

—Decida usted. ¿Prefiere que recurramos a la Jaula?

—Redactaré los nuevos preceptos, mi señora —aceptó él resignado.

El grupo respiró aliviado: a nadie le gustaba la Jaula. Cada vez la utilizaban menos, era una práctica bárbara, de los tiempos de la Fundación. ¿Cuántos hombres habían muerto por los rayos? Aunque el don de la tempestad como tal hubiera desaparecido con su abuela materna, la gran Killari, aquellos desgraciados que encerraban en la Jaula seguían condenándose entre ellos, muy a su pesar. Seguían

matándose y pasándose la maldición de unos a otros, aunque ya no eran capaces de atraer rayos de verdad como contaban que lo hicieron los primeros enjaulados. Con cada traspaso, el don iba menguando; la Gran Roca, sin embargo, crecía cada vez más. Ailin esperaba que llegara el día en que pudieran prescindir de la Jaula. Sus hermanas y ella habían propuesto que la trasladaran a la gruta que se abría tras el bosque, bajo tierra, y monseñor lo estaba valorando. Todos agradecerían dejar de escuchar los gritos agónicos de los condenados y la producción de amuletos no se vería afectada. Seguirían fabricándolos con los pedazos de roca que volaban por los aires cada vez que un enjaulado moría.

Ailin resopló: era el precio de la paz, y ella estaba dispuesta a mirar para otro lado. Al fin y al cabo, los excomulgados no eran inocentes, sino asesinos y violadores. Aun así, ¿se merecía alguien morir por sus pecados?

—¿Precisa algo más? —preguntó monseñor, y Mailen negó satisfecha.

La comitiva se retiró llevándose al soldado detenido. La Bloqueadora escapó en dirección contraria.

—Ya te vale, mamá, podrías haberme avisado.

Ailin se disponía a llevar a su madre de vuelta a casa cuando llegó la visión. Vio cómo los muchachos llegaban por el lado del río y lanzaban el balón contra el precioso jarrón. Este se hacía añicos. Al abrir los ojos, se acercó al alféizar y colocó la vasija en el suelo. Así quedaría fuera de la trayectoria de la pelota.

Madre e hija se alejaron de la lavandería y se cruzaron con el grupo de chavales, algunos descalzos y otros con sandalias, que corría tras el balón. El calzado, o su falta más bien, marcaba a los huérfanos de Kalkahue. La Legión de los Suspiros intentaba alimentar y vestir a todos los niños, pero eran muchas las mujeres que llegaban con multitud de chiquillos. No había para todos. Por lo menos, no se los expulsaba tras la muerte de la madre; esa había sido la primera propuesta del primer monseñor, pero las mujeres se habían unido para proteger a los niños. Descalzos o no, en Kalkahue siempre tendrían un hogar.

Oyeron la pelota golpeando la ventana y a los chavales alejándose

hacia el lago.

—¡Salvado! —Rio Ailin.

—¿Crees que así lo has librado de su destino? —preguntó Mailen.

—¡Mamá! —se desesperó—. ¡Es solo un jarrón! Simplemente he evitado que los niños lo rompan. ¡No tiene un destino establecido!

—¿Estás segura?

Ailin no contestó y, molesta por las rarezas de su madre, empujó en silencio la silla de ruedas. Inmersa en sus pensamientos, no reparó en el ruido tras ellas.

Una mujer cargada con una cesta llena de ropa húmeda subía con esfuerzo la cuesta desde el río. Tan grande era el bulto que portaba que no vio el jarrón del suelo y, sin querer, le propinó una patada que lo rompió en mil pedazos. Desde luego… ¿A quién se le había ocurrido colocar semejante preciosidad en pleno camino?

# 38
# El tesoro

***En la actualidad***
***Kalkahue***

De vuelta al convento, el carro tirado por Neptuno en el que iba una obnubilada Martina se cruzó con un regimiento que ni siquiera vio. Iba en una nube. ¡Se iba a casar con Sebastián! Tampoco nadie reparó en el Descalzo harapiento que conducía el carro del convento. Si alguien se hubiera molestado en mirar, la expresión de felicidad del falso Descalzo la hubiera delatado. No solían sonreír demasiado. «¡Céntrate!», se repetía a sí misma. «¡Casi te declaran Innombrable!». Muy a su pesar, su cara de mema tenía vida propia y se negaba a disimular.

Neptuno la llevó de vuelta al monasterio sin ningún contratiempo y, tras dejarlo en los establos, subió las escaleras de dos en dos. Lucía no se iba a creer que Sebastián hubiera aceptado.

—Adivina quién… ¡Leo! —gritó al abrir la puerta.

¡Había despertado!

Todavía estaba pálido y sus manos se retorcían hacia abajo como si fueran garras, pero tenía los ojos abiertos, uno más que el otro, y parecía charlar con Lucía. Los dos estaban sentados sobre la cama con la espalda contra la pared y en sus regazos descansaba *Ilustre historia de la Comuna de Kalkahue y el tratado por la que fue fundada*.

—¿Cómo no me hablaste antes de este libro? —se quejó su hermana acariciando las hojas amarillentas como si fuera un tesoro —. ¡Es una maravilla! Cuenta la historia de nuestra antepasada Killari…

Martina no hizo ni caso mientras le describía el gran valor histórico y artístico del manuscrito y comprobó aliviada que Leo la escuchaba

emocionado. ¡Esos dos habrían vivido felices en una biblioteca!

—¡Mira estos mapas! Qué nivel de detalle. Y estos símbolos… —admiraba Lucía.

—Hay más… —señaló Leo intentando pasar páginas. Sus dedos en garra no se lo permitieron.

—Tranquilo, ya lo hago yo.

—¿Dónde estoy? —preguntó una adormilada Lin palpando el suelo en el que estaba tumbada, desorientada.

Martina aprovechó la distracción momentánea para entrar al baño. Todo su cuerpo temblaba y tuvo que reprimirse para no llorar. Se sentó sobre el borde de la gran bañera de porcelana y se tapó la boca con ambas manos. Comprendió en ese preciso instante que una parte de ella había temido que Leo no fuera a despertar jamás. Sintió un alivio como nunca antes, incluso más que cuando Sebastián había accedido a la boda liberándola de convertirse en una Innombrable.

Se desvistió con lentitud y dobló los harapos de Leo con cuidado. Se pasó su túnica azul de seda por la cabeza exhalando una, dos, tres veces.

«Él está bien, está bien», se repetía intentando calmarse.

Escuchó cómo llamaban a la puerta de la habitación.

—¡Elba! —gritó de alegría Lucía.

Martina salió corriendo del baño y se abalanzó sobre ella. Se abrazaron como si no se hubieran visto en días. ¿Cuánto había pasado? ¡Un día! desde la Gran Prueba.

—¿Qué te han hecho? ¿Dónde has estado? ¿Estás bien? —La muchacha le agarró la cara para asegurarse de que estaba de una pieza.

—Cariño, deja que respire. —La apartó con suavidad Lucía.

—Cántaro vacío, con solo aire hace ruido —dijo Elba cabizbaja—. Siento haber bloqueado a vuestra abuela. Yo…

—No digas tonterías. —La abrazó Lucía—. Te obligaron.

Elba sonrió aliviada.

—Me han asignado a mis niñas de nuevo, seré vuestra Bloqueadora.

—¡Por la gracia de Quillapa! —Bostezó Lin—. ¿Puedo retirarme,

Legión?

—A pan duro, diente agudo —sentenció Elba haciéndose a un lado para que la joven monja saliera. Lo hizo dando tumbos, parecía que no hubiera dormido en días cuando se había pasado el día despatarrada.

—¿Qué es esto? —Elba se sentó sobre la cama y tomó el manuscrito en sus manos—. ¡Por Inti!

Lo soltó como si quemara y, en apenas unos segundos, se lo apropió de nuevo: lo cerró de golpe y contempló la portada. Pasó una mano temblorosa sobre el nombre del autor: Luvemarleo Ciaratinao.

—¿Lo conoces? —susurró Martina.

Los ojos de Elba brillaban con una luz difícil de descifrar: ¿emoción?, ¿miedo? Lo volvió a abrir con sumo cuidado y se lo acercó hasta casi tocar la página con la nariz. Esta vez fue pasando las páginas mientras negaba con la cabeza.

—¿Qué pasa, Elba? —probó suerte Lucía, pero la institutriz no dijo nada. Mantenía la boca cerrada a cal y canto, los labios unidos en una fina línea.

Pasó las páginas despacio, muy despacio. Ni siquiera Martina se atrevía a interrumpirla. De pronto, se paró en una página cualquiera. A diferencia del resto del documento que estaba repleto de ilustraciones y texto, esa hoja apenas contenía nada escrito.

—22:22 —susurró.

—¿Qué? —Martina se abalanzó sobre el libro y empezó a buscar los malditos números.

Esos números otra vez no.

Fueron los causantes de la muerte del tío Saúl.

Otra vez no.

Pero, por desgracia, allí estaban. En la parte inferior de la página veintidós en la que se había detenido Elba. En vez de dos simples números, se veía claramente un 22:22. Había un poema sobre los números. Sin molestarse en leerlo, Martina giró el libro hacia Lucía y Leo.

—¡No puede ser! —dijo Lucía—. ¡Este libro es de la época de Killari! Tiene más de quinientos años…

—¿Quién te dio el libro, muchacho? —la interrumpió Elba, dándoles la espalda apostada en la ventana.

—La Legión, señora.

—¿Qué significa? —preguntó Martina.

—Llega lo inesperado y malogra todo lo pensado.

¡No! ¡Más refranes no!

—¡Elba! —se desesperó la joven—. ¿Qué significa?

—Léelo —ordenó sin ni siquiera darse la vuelta.

Fue Lucía la que lo leyó en voz alta:

—«Luz de sol templado en cielo eternamente despejado. / Velas que iluminan la noche. / Mar lejano, rodeado por Montañas Heladas que alejan al mundo. / Leo en el cielo una única nube pintada que sale de las entrañas de la tierra. / Que llueva, le canta Killari a la Luna, pues no le tiene miedo al agua. / Si ha de mojarse, lo hará, y el camino que surja hacia la libertad la guiará».

—Se refiere a Kalkahue, ¿no? —se aventuró Martina—. Por lo del cielo siempre despejado y las Montañas Heladas…

—Habla de cómo escapar de aquí, ¿verdad? —preguntó nerviosa Lucía.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Cómo? —se aceleró Martina. Siempre había odiado la poesía. Eso de describir una cosa queriendo decir otra se le escapaba por completo.

Lucía, todavía en silencio y con las mejillas coloradas por la emoción, releyó el poema. Martina aguantaba la respiración. ¿En serio explicaba cómo escapar?

—«Nube pintada que sale de las entrañas de la tierra» —señaló Lucía—. Se refiere a una nube de mentira, y las entrañas de la tierra…

—¡La Mina! —gritó Martina—. Pero ¿dónde dice lo de huir de aquí?

—Que llueva… —murmuró Leo.

—Que llueva… —repitió Lucía conteniendo las lágrimas de agitación —. Llovía cuando escapamos hace dieciséis años, ¿verdad, Elba?

La cuidadora no dijo nada, seguía dándoles la espalda.

—Por eso nunca llueve en Kalkahue —susurró Leo—. Los conductos del agua son la salida.

—¿Y dónde están esos conductos? —preguntó ávida Martina.

La muchacha ojeó el libro de forma apresurada.

—Mirad, ¡un mapa!

Lucía tomó el libro con cuidado y lo posó sobre la cama donde todos pudieran verlo.

—Hay muchos mapas.

Su hermana tenía razón: había un montón. Algunos eran indescifrables, con un sinfín de rayas superpuestas, pero otros mostraban cada recoveco del convento, del Palacio Solar, del Coliseo… Todo Kalkahue estaba dibujado al más mínimo detalle en aquellas páginas.

—¿Y estos iconos? —preguntó Lucía señalando el extremo de uno de los planos. Junto al torreón del Palacio Solar habían dibujado una nube y un ojo en miniatura.

—También hay muchos ojos —dijo Leo intentando pasar la página sin éxito.

Lucía lo ayudó y les mostró diminutos ojos por doquier.

Regresaron a la página del poema y lo leyeron de nuevo, entusiasmados.

Martina no los escuchaba. Apoyando la mano sobre el grueso papel, fue deslizando los dedos, palpando, hasta detenerse en la esquina inferior.

Allí estaban de nuevo, escondidos pero visibles.

22:22.

Otra vez.

Recorrió con el anular cada curva de los cuatro números.

Y ¿ahora qué?



# III
# 22:22

# 39
# Sofía Ugarte

***Veinte años antes***
***Palacio Killari, Kalkahue***

Sofía Ugarte se acariciaba el abultado vientre bajo la túnica de seda azul. Todavía faltaban varios meses para que diera a luz a su primera hija y la joven se preguntaba si dolería tanto como decían las otras mujeres. Claro que ella no era como las demás: veía el futuro, lo que iba a ocurrir en los próximos cinco minutos o en diez o veinte años. Ordenado, calmado y transparente como el agua de un arroyo en verano a veces, las menos; borroso y acelerado como un torbellino la mayoría. El futuro, el destino o lo que fuera era caprichoso; ella no elegía lo que iba a ver. Simplemente se le aparecía, de pronto y sin previo aviso.

Así supo que no se casaría y así se lo dijo a su madre recién cumplidos once años:

—Mamá, Quillapa Huillac me ha mostrado que no me casaré.

—Si la luna lo ordena, que así sea. —Constanza Ugarte ni siquiera levantó la vista del libro—. Ya sabes lo que tienes que hacer: escríbelo en el cuaderno.

—Y tampoco tendré hijos —mintió. Sus visiones le habían mostrado las hijas que tendría, pero quizás no estuviera todo escrito; quizás el futuro se podía cambiar, aunque fuera un poco.

—Serás madre, Sofía, es tu destino.

—¡Pero me lo ha mostrado la luna! —insistió la joven—. Tú siempre dices que sus designios son órdenes para nosotras.

—También te digo que no me mientas y mira el caso que me haces.

No era posible engañar a la Diosa Madre, la muy bruja sabía en todo momento lo que pasaba por la cabeza de todos. Aun así, su hija no dejaba de intentarlo. «Algún día —pensó—me saldré con la

mía».

—No, no lo harás —respondió divertida Constanza.

—¡Mamá! ¡Que no me espíes!

Menos mal que no podía acceder a sus visiones, los sueños eran solo para ella. Su madre era muy fuerte, pero ni siquiera ella lo aguantaría. Sofía tenía seis años la primera vez que vio su propia muerte. Tuvo pesadillas durante semanas. Ahora ya se había acostumbrado, aunque, todavía de vez en cuando, fantaseaba con alterarlo.

La niña que esperaba dio una patada en su vientre y Sofía botó de forma involuntaria.

—¿Has visto algo? —Era su madre, asomada en el umbral de la puerta, acechando como siempre—. Anótalo.

Le tendió el cuaderno azul garabateado para que escribiera en él.

—Ha sido una patada —respondió la joven masajeándose el vientre.

¿Qué aspecto tendría su hija? Ignoraba a quién habían usado como donante, prefería no saberlo. Se los imaginaba allí abajo, en la Mina, en sus despachos esterilizados, discutiendo con quien cruzarla, como si fuera una yegua. Quizás hubieran buscado fuera de Kalkahue, en el exterior había un mundo enorme con infinidad de posibilidades.

En sus visiones había visto gente de todo tipo: había regiones donde la gente tenía la piel negra y dientes muy blancos que vivían en desiertos sin fin y otras donde personas de todos los colores y vestimentas se apiñaban en ciudades con humo y torres de cristal enormes. Cómo le gustaría salir de allí y verlo con sus propios ojos.

Todas esas posibilidades. Si ella pudiera elegir…

—¿En qué piensas? —quiso saber la Diosa Madre. Con los años, Sofía había conseguido esconderle algunos pensamientos, aunque fueran unos pocos. A veces, si no le rozaba la piel, su madre no podía leerla.

—Pensaba en nombres de niño —mintió descarada.

—No digas estupideces, eres una Ugarte y tendrás una niña. —Constanza no era una mujer paciente—. ¿No te habías decidido ya por Lucía?

—¿Qué te parece Herminia? —la chinchó.

Su madre agarró el cuaderno emborronado y, bufando, salió de la habitación. Lo leería de cabo a rabo y, tras arrancarle las páginas que a ella le parecieran más interesantes, se lo entregaría a los de la Mina. Gracias a los cuadernos habían conseguido que no la casaran. Era la única Hija de la Luna de Kalkahue a la que habían permitido mantenerse soltera.

Puede que llegara el día en el que esa información le valiera para algo más: para escapar lejos y no volver jamás.

Sofía asió el bolígrafo y, pensativa, pintarrajeó los márgenes del otro cuaderno, el negro: el que siempre llevaba encima y su madre no conocía. Los números le salían de forma automática: 22:22, 22:22, 22:22.

Nunca podría cambiar aquello.

# 40
# Observando

***En la actualidad***
***Kalkahue***

Lucía, empapada en sudor y respirando de forma entrecortada, volvió a detenerse en mitad de la cuesta que subía al Palacio de Inti.

—¿Otra vez? —se preocupó Martina deteniéndose a su lado.

Habían caminado cerca de media hora, a paso lento, y Lucía estaba hecha un trapo. Su hermana culpaba a las visiones. Ese don era una mierda. Los repentinos fragmentos de imágenes que no podía descifrar le dejaban un constante dolor detrás de los ojos. Entre eso y adormilar todo el santo día a Lin, su hermana era una copia descolorida de sí misma.

Menos mal que no tenía que dormir también a Elba. La cuidadora había decidido quedarse a leer una vez más el tocho de Luvemarleo Ciaratinao y cuidar de Leo en vez de acompañarlas al Palacio Solar.

—¿Quiere que pidamos un caballo para llevarla, Hija de la Luna? —La siempre solícita Lin se había arrodillado junto a Lucía, que negó con la cabeza.

Lin tardó un par de segundos más de los necesarios en erguirse y cuando por fin lo hizo, se tambaleó como si estuviera mareada. Martina reparó en su aspecto. Su rostro demacrado parecía el de una enferma con muy mal diagnóstico. Aun así, se negaba a apartarse de ellas. A excepción de Elba, Lin era la única Bloqueadora que aguantaba todo el día de guardia. Las otras monjas incluso llegaban a desmayarse del esfuerzo de bloquear a Lucía.

Bloquear no afectaba por igual a todas. A Elba, por ejemplo, no parecía hacerle ningún efecto, aunque Martina sospechaba que no se esforzaba demasiado y simplemente las dejaba a su aire.

Estaba claro que tanto Lin como Lucía eran poderosas, pero daban

la impresión de haber menguado: ¿se estaban desgastando la una a la otra? ¿Lin intentando bloquear a Lucía y esta, a su vez, adormilándola?

Con paso tambaleante, Lucía atravesó el portón dorado y las otras la siguieron. Se adentraron en un oasis lleno de árboles frutales, fuentes de cerámica blanca con varios surtidores de agua, flores de todos los colores y olores embriagadores.

—Por aquí —les indicó una joven de piel lechosa y larga cabellera rojiza. Estaba vestida con tan solo una especie de túnica diáfana y sandalias de cordel que le llegaban hasta pasada la rodilla. Martina pensó que entre esa tela de lino fino y no llevar nada no había gran diferencia. ¿Sería una Innombrable? Se suponía que tan solo los hombres las podían ver. Desde luego, era tan guapa como las barraganas que se escondían bajo las sábanas de la Pirámide Solar.

La siguieron por un camino de mármol que serpenteaba por el jardín hacia la casa áurea del fondo. Observando el contoneo de la joven semidesnuda, Martina sintió rabia hacia los Hijos del Sol: hacían lo que querían con las mujeres, las exhibían o las escondían a su gusto. ¿Y ellos? Entrenando tan tranquilos en el Coliseo, sin tener que ir acompañados de ninguna Bloqueadora. Y ¿para qué entrenaban? ¡Ninguno se enfrentaba a los soldados de la Mina!

Atajo de cobardes.

—¡Dios mío! ¿Armando? —Lucía se paró frente a un joven sentado en una silla de ruedas con la cabeza cayéndole hacia un costado. Los ojos vidriosos parecían no ver y de la boca, ligeramente abierta, le colgaba un hilo de saliva. Otra mujer de cuerpo de escándalo y piel y cabello negros como el café empujaba la silla de madera. Vestía también una túnica translúcida. Soltó la silla y se agachó para pasarle un pañuelo bordado por la comisura de los labios al inconsciente Armando.

Las dos mujeres eran opuestas e iguales al mismo tiempo. Eran auténticas bellezas exóticas. ¿De dónde las sacaban?

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Lucía.

—Probó de la medicina de la Diosa Madre durante la Gran Prueba, Hija de la Luna.

Martina no pudo descifrar si la joven estaba enfadada o satisfecha.

Armando era un capullo, pero nadie se merecía aquello, ¿o sí?

—¿Sois Innombrables? —preguntó Martina, y se arrepintió nada más soltarlo. Las dos mujeres endurecieron el gesto.

—Perdonadla, no quería ofenderos… —intervino Lucía.

—No hay ofensa en una mujer que se atreve a preguntar lo que otras callan —la cortó la morena.

Lucía se ruborizó y murmuró una disculpa.

—Somos Conservadoras, servimos a los Hijos del Sol en lo que les haga falta. —La joven empujó bruscamente la silla bajo la sombra de un árbol, la cabeza de Armando se balanceó de un lado a otro hasta quedar colgada del todo. No se la levantó.

La de Armando no era la única silla de ruedas del jardín. Esparcidas entre los setos perfectamente podados asomaban una decena de mecedoras con hombres que parecían estar en trance; la abuela había dejado unas cuantas víctimas. Cada uno de ellos iba acompañado de otras Conservadoras, todas jóvenes y guapas. ¿En serio?

—Pobres —dijo Lucía y Martina no supo si se refería a los enfermos o a las cuidadoras. Desde luego, ella tenía bien claro a quien compadecía.

—¡Hermanas! —oyeron que las llamaban desde la terraza de la casa.

Vera, espectacular con una túnica de seda azul, tiara de diamantes y ojos excesivamente perfilados con lápiz negro, las saludaba alzando el brazo como una reina. A Martina le recordó el papel de adivina de su antiguo circo. Tan solo faltaba el humo del incienso rodeándola.

Dos Legionarias de hábito marrón la custodiaban. Lucía aceleró el paso al encuentro de Vera y, cuando se reunieron en el salón contiguo al mirador, se fundieron en un sentido abrazo. Vera hundió la cara en el cabello de Lucía. ¿Estaba susurrándole algo?

—¿Estás bien? No tienes muy buen aspecto, —Vera tomó la cara de su hermana mayor entre las manos.

—Tranquila, no te preocupes por mí, solo estoy un poco cansada.

Al separarse, le tocó el turno a Martina: el abrazo fue mucho más breve; ninguna de las dos parecía cómoda.

—Vosotras, fuera —ordenó Vera a las Bloqueadoras, y cerró las puertas que daban al jardín dejando a las monjas de hábito marrón al otro lado del cristal. Lin las miraba con recelo, pero no dijo nada. ¿Por qué no había protestado? A Martina nunca la había dejado sola por voluntad propia. A veces la acompañaba hasta el baño por miedo a que se volviera a escapar. Vera era una de esas personas a las que la gente obedecía sin tener que gritar o amenazar.

—¿Desde cuándo mueves objetos con la mente? ¿Es tu primera habilidad? ¿Haces algo más? —Directa al grano. Su hermana no perdía el tiempo.

—Solo lo hice en la Prueba, no me ha vuelto a salir. —Martina se alejó de ella; no le gustaba cómo la observaba, como un gato que ha atisbado un ratoncillo.

Lucía le contó a Vera lo que habían descubierto en el libro: el poema con el 22:22, que creían que la lluvia podía ayudarlas a escapar y que para ello tenían que encontrar los desagües de Kalkahue. Vera escuchaba en silencio mientras hacía girar un tenedor de cerámica que estaba sobre la mesa.

Sin previo aviso, Vera lanzó el tenedor directo a la cara de Martina, que tuvo que saltar a un lado para esquivarlo.

—¡Detén esto!

—¿Estás loca?

—¿Qué haces? —Lucía se interpuso entre las dos.

—¿No lo ves? —Vera se hizo con un cuenco de cerámica que había sobre la mesa—. Si ella es la clave, tendremos que averiguar cómo funciona, qué la activa…

Vera levantó el brazo que sujetaba la vasija para que sus hermanas y las Bloqueadoras, que habían pegado las caras al cristal de la terraza, lo vieran bien. ¡Les estaba mostrando lo que le iba a arrojar!

—Quiero que lo detengas. —Vera apartó a Lucía con delicadeza—. Tranquila, es capaz de frenarlo.

—¡Luci! —gritó Martina—. ¡No puedo hacerlo! ¡Estás loca!

Vera lanzó el recipiente y Martina, con la espalda contra la pared, tuvo que protegerse con las manos para no recibir el golpe en la cara. El cuenco chocó con sus antebrazos y gritó de dolor.

—¡No lo estás intentando! —Esta vez Vera escogió un cuchillo y

Martina estudió la distancia que la separaba hasta el balcón; tenía que alejarse de ella, pero no se atrevía a darle la espalda, era capaz de lanzarlo. Siempre había sido una burra con ella y cada vez que podía le daba collejas, pero aquello era demasiado hasta para Vera. ¡Su hermana había enloquecido! Vale que el cuchillo no era metálico, sino de la cerámica negra con la que hacían todo en aquel maldito lugar, pero estaba bien afilado y ella no tenía ninguna intención de averiguar en su propia piel si cortaba o no.

—No, no, no… Deja eso, por favor… —Lucía reaccionó al fin e intentaba arrebatarle el cuchillo cuando la puerta doble del salón se abrió de golpe y Sebastián entró sonriente.

—¿A qué jugamos?

—Déjanos solas, Sebas, esto no es asunto tuyo. —Vera seguía sin soltar el cubierto.

—¿Y dejar que apuñales a mi prometida? —Sebastián se acercó hasta Martina y le levantó el brazo con delicadeza. Un hilillo de sangre se deslizaba desde la muñeca, justo donde había impactado la vasija. No era un corte profundo y el joven lo limpió con su propia túnica.

—Puedes respirar, tranquila.

Martina se dio cuenta entonces de que estaba aguantando el aire en su interior y lo soltó de golpe, haciendo un ruido involuntario que sonó como una pedorreta. Sebastián levantó las cejas, sorprendido, y ella enrojeció sin remedio. ¡Qué vergüenza!

—Vera, tu futuro marido está en camino y no le hará ninguna gracia ver a vuestras Bloqueadoras encerradas en el balcón. —Sebastián abrió la puerta doble de cristal y dejó entrar a las mujeres de hábito marrón justo antes de que el Supremo Sacerdote Solar apareciera con sus galas doradas, cara empolvada de blanco y peluca de lord inglés. Si lo que pretendía era tener un aspecto distinguido, no lo conseguía, ni de lejos. A Martina le recordaba cada vez más a un payaso jubilado.

—Queridas —el viejo se acercó a su futura esposa, que le tendió la mano para que se la besara—, qué visita más inesperada.

—Amor mío —sonrió coqueta ella dejando el cuchillo sobre la mesa —, son mis damas de honor, tendrán que ayudarme con los

preparativos de la boda, ¿no?

—¡Por supuesto! —El vejestorio besó a Lucía en la mejilla y Martina ladeó la cara para recibir su beso; esperaba poder disimular la repugnancia que le producía el viejo que, sin embargo, la abrazó con ternura—. ¡Felicidades! ¡Otra unión entre los Ferrer y las Ugarte! ¡Grandioso!

Martina enrojeció aún más y se apartó del ridículo anciano. ¿En serio no entendía que una boda entre dos chavales de dieciséis años no era algo para celebrar?

—Amor mío —Vera rozó la mejilla del viejo de forma provocativa—, estoy ansiosa por casarme contigo. ¿Cuánto más tenemos que esperar? ¡Adelantemos la boda!

Martina y Lucía se miraron extrañadas; ¿qué maquinaba?

—Eh…, querida… —el viejo se quedó descolocado.

—¿No te estarás echando atrás, amor? —Vera fingió que iba a romper a llorar y Martina puso los ojos en blanco: ¡se veía a la legua que era teatro! Ni siquiera aquel ingenuo mordería el anzuelo.

—¡Tonterías! —El viejo sacó pecho—. Nada menguará mi amor por ti.

Y, una vez más, había subestimado a su hermana: lo manejaba a su antojo, aunque en este caso no sabía si atribuirle todo el mérito a Vera; el viejo verde era estúpido.

—Uy, ya es casi la hora de la Ceremonia.

—Yo acudiré con mi prometida. —Sebastián agarró del codo a Martina—. ¿Vamos?

Agarrándole la mano, el joven la dirigió hacia la terraza, Martina lo siguió, pero fingió que le picaba la nariz para soltar la mano. ¡Todos los estaban mirando! No estaba acostumbrada a andar de la mano de nadie y menos con público. Sebastián no se dio cuenta y siguió caminando con su habitual desparpajo.

En el balcón, el chico alzó su rostro hacia el cielo y luego se giró hacia ella: ¡iban a volar! Martina disimuló la sonrisa que por poco se le dibujó en la cara e intentó calmar su excitación exhalando pausadamente. Ya había volado antes, ¿por qué se ponía tan nerviosa? Sentía las miradas de sus hermanas clavadas en la espalda.

Con movimientos lentos pero confiados, él la rodeó por la cintura. Martina se ruborizó y, avergonzada, ocultó la cara concentrándose en sus pies.

—¿Preparada?

Martina afirmó sin levantar la cabeza y notó cómo él la acercaba todavía más hacia sí. Estaban cuerpo contra cuerpo y sus hermanas seguían mirando. ¿Por qué no despegaba de una vez?

—Se te ha vuelto a olvidar respirar —dijo Sebastián, divertido, y ella le dio un pisotón.

El chico soltó una carcajada y despegaron hacia el cielo como si no existiera la gravedad. Martina se aferró a él con todas sus fuerzas mientras se reía a carcajadas. Era maravilloso verlo todo desde arriba: los caminos del jardín dibujaban una cuadrícula perfecta que solo era visible desde el aire. La gran pirámide del Templo del Sol apareció imponente ante ellos y vieron cómo se empequeñecían las Agujas, se estaban alejando…

—¡Podríamos escapar volando! —gritó Martina. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Sebastián volvió a reír y pegando la boca a su cuello le susurró:

—¿Te crees que no lo he intentado? Te digo lo mismo que le dije a Vera: es imposible atravesar las Montañas Heladas, incluso volando. El viento es demasiado fuerte.

Claro. A Vera sí se le había ocurrido lo de escapar volando. Martina maldijo su ceguera.

—Quiero hablar con Leo —dijo de pronto él.

Lo miró extrañada: lo había llamado Leo y no Marcado.

—¿Por qué?

—Es tu amigo, ¿no?

Ella asintió y el joven pegó su boca a su cuello produciéndole un cosquilleo que se extendió por todo su cuerpo.

—Quiero hablar con él.

Sebastián se detuvo y quedaron flotando en el aire, en silencio, muy cerca el uno del otro. El viento también parecía haberse detenido, expectante. Martina cerró los ojos para poder pensar con claridad: el olor y su cercanía la desconcertaban.

«¡Céntrate!».

Estaban hablando de Leo. No se esperaba aquello, ¿qué quería de él? Abrió los ojos y lo estudió detenidamente: ¿podía fiarse? Había accedido a casarse con ella para ayudarla. Le debía una, pero, al mismo tiempo, Leo estaba muy débil todavía…

—Martina Ugarte, ni siquiera me das la mano delante de tus hermanas y ¿quieres que nos casemos?

Mierda. Sí se había dado cuenta.

—Sé amable con él —dijo al fin—. Está en el convento.

Sebastián fue perdiendo altura poco a poco y estaba a punto de aterrizar tras el muro de la abadía cuando la muchacha le indicó que volviera a tomar altura.

—No está ahí.

—Pero si acabas de decir…

—Sube.

El chico obedeció y ascendieron hasta sobrepasar la torre más alta del convento. Martina giró la cabeza hacia la derecha e izquierda como si esperara encontrar a su amigo a vista de pájaro.

—Por allí —señaló hacia el bosque—. Hacia allí…, no…, por ahí…, baja, baja más, más…

Perdieron altura poco a poco y se adentraron en un pinar. Avanzaban más despacio, ya que los huecos entre los altos pinos eran cada vez más estrechos.

—¡Allí!

Efectivamente, sentado a los pies de un gran árbol, Leo leía el viejo libro sobre la historia de Kalkahue. Aterrizaron a su lado con suavidad.

—¿Cómo lo has encontrado? —preguntó Sebastián, sorprendido. Estaban en mitad del bosque. Ella se encogió de hombros. No podría explicar cómo había sabido que Leo estaría allí; simplemente, lo sintió.

—¿Y Elba? —preguntó Martina sentándose junto a Leo en el suelo.

—Cuando me he despertado estaba solo.

—¿Soléis venir aquí a menudo? —preguntó Sebastián mirando alrededor.

—Es el único lugar sin ojos —contestó Leo.

—¿Sin qué?

Leo señaló el mapa de la página que estaba leyendo. En él aparecían el convento y el bosque trasero sin ningún icono. Martina buscó los siempre presentes ojos en blanco y negro que adornaban todos los planos del libro y tan solo encontró uno en el borde inferior del arbolado.

—¿Dónde queda esto? —preguntó señalando el ojo dibujado.

Leo cerró el libro con cuidado y, levantándose con torpeza, echó a andar renqueando ligeramente. Martina y Sebastián lo siguieron en silencio. Tras unos minutos, Leo se detuvo junto a la última línea de hayedos.

—Es aquí.

Martina miró alrededor. Árboles a un lado y un claro con flores silvestres al otro. Allí no había ningún ojo. La chica recogió una rama del suelo y empezó a agitar las hojas caídas. Ni siquiera sabían qué buscaban. ¿Un ojo? Se acercó a los árboles y palpó los troncos. De repente, se le ocurrió mirar hacia arriba. Fue entonces cuando lo vio: una diminuta bola blanca escondida entre las ramas.

¡Claro! ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Los ojos eran cámaras de vídeo. Los de la Mina los estaban espiando.

—Vámonos, aquí no hay nada.

Con el corazón latiendo con fuerza, ella dio media vuelta para adentrarse en el bosque, la zona segura. La zona sin cámaras. Para su sorpresa, los chicos la siguieron sin más.

¿Quién era el tal Luvemarleo Ciaratinao y cómo había descubierto el escondite de todas aquellas cámaras de vídeo?

# 41
# Constanza Ugarte

***Diecinueve años antes***
***Palacio Killari, Kalkahue***

—Suéltalo ya, ¿quieres? —dijo de sopetón Constanza Ugarte haciendo que su hija Sofía se irguiera de golpe.

—No sé de qué me hablas —respondió tensa, dejando sobre la servilleta de lino la cuchara que no había tocado la sopa recién servida.

Su madre, sentada frente a ella en la enorme mesa de madera del salón palacial, no hizo ademán de haberla oído y siguió sorbiendo el guiso como si nada.

—¿Te vas por un chico? ¿Es eso? —atacó de nuevo.

¿Cómo sabía que se iba a marchar? ¡Por Quillapa! ¡Solo faltaba un día! ¿Lo había descubierto a falta de un solo día?

La joven Bloqueadora de catorce años llamada Elba se emocionó visiblemente separándose de la cuna de la pequeña Lucía, dormida junto a la ventana.

—A la mujer casada el marido le basta.

—No me voy a casar, Elba.

—Pero… no puede irse sin marido…

—¿Nos dejas un momento, aprendiz? —Constanza arrojó los cubiertos sobre la mesa—. Claramente, hasta tú puedes entender que se trata de una conversación privada, ¿cierto?

—Por supuesto, cómo no, me marcho, no pretendía… —Se apresuró a decir la inexperta Legionaria dirigiéndose hacia la puerta. Se le notaba el miedo que le producía la Diosa Madre. Sofía estaba acostumbrada a las reacciones de temor que provocaba su madre y Elba todavía era una niña. Debería haber previsto que cedería a la presión.

—No puedes irte, aprendiz, es tu labor bloquearnos en todo momento. —Sofía habló con la voz controlada, aparentando tranquilidad. Ya no temía a su madre, pero no era estúpida. Sabía que tenía que andarse con mucho cuidado, no podía permitir que se quedaran a solas. Había demasiado en juego: la vida de todas ellas.

Inconscientemente, su mano derecha rozó su tripa; todavía no se le notaba, aunque pronto no podría disimularlo. Estaba ya de tres meses, Vera estaba en camino.

—Vete, ¡ahora! —La Diosa Madre se levantó de su asiento y a la joven Bloqueadora le faltó tiempo para escapar.

—¡Quédate! —rogó Sofía, pero Elba, tapándose las orejas con las manos, ya se había escabullido.

¿Y ahora qué?

Las aprendizas no siempre podían bloquear a la Diosa Madre: tenían que hacer turnos entre ellas para poder aguantarlo y, tras varias horas, les quedaba un insistente dolor de cabeza en la parte posterior del cráneo. Elba era muy buena bloqueando, la mejor que hubiera conocido, pero le faltaba confianza en sí misma. No conocía su propio potencial.

—Por fin solas. —Sonrió la madre y su hija se concentró en un único pensamiento: «Me marcho, me marcho, me marcho». Su madre hizo una mueca de disgusto.

—¿Qué te he hecho yo para que quieras irte?

—Eso te pasa por escuchar lo que no debes.

—Está bien —dijo la madre pasándose la servilleta de tela por los labios—. Cuéntamelo tú. ¿Por qué te quieres marchar? ¡No me digas que te has enamorado!

No podía permitirse mostrarle la verdad a su madre. Tenía que distraerla mientras enviaban a alguien.

Aunque la huida no estuviera programada hasta el día siguiente, no tardarían en llegar, siempre estaban vigilando.

Solo en aquel salón habían ocultado cuatro ojos de cristal. Los había ido encontrando uno a uno. Esperaba que ellos no lo supieran. Justo frente a ella, disimulado entre las florituras del marco del gran cuadro, el óleo que mostraba la firma del tratado de paz entre Mailen Ugarte y los Santos Hermanos, se encontraba el que más le

había costado descubrir. Aquella diminuta canica negra que todo lo veía pasaba desapercibida entre las innumerables filigranas del recuadro.

—Y bien, ¿vas a explicarme de qué va todo esto o te vas a quedar mirando la pared?

La puerta del salón se abrió de golpe y varias monjas de la Legión de los Suspiros entraron en la estancia sacudiendo sus delantales polvorientos de tierra; venían directamente de la huerta.

Sofía suspiró aliviada. Por los pelos.

Una, dos, tres, cuatro Bloqueadoras. ¿Serían suficientes? Ella había pedido diez.

—Legión —las llamó la Diosa Madre bruscamente—, es una charla privada, vuelvan más tarde.

—Lo siento, Constanza. —La más anciana de las recién llegadas tomó asiento—. Las Normas han cambiado, no podemos dejaros sin compañía.

—¿Cómo que han cambiado, Rufina?

—Sabes que ya no respondo a mi antiguo nombre…

—¡Déjate de tonterías! ¿Qué ha cambiado?

Sofía tragó saliva. Ya no había vuelta atrás.

Se aferró a la servilleta que sostenía en su regazo y reforzó su muro mental.

—Las órdenes vienen de abajo —susurró la mujer que ya no respondía al nombre de Rufina.

—¿De la Mina? —A Constanza le falló la voz y contempló a su hija como si la viera por primera vez.

Sofía la observaba con cautela: ¿lo sabía? No le podía permitir entrar en su mente. Apretó la servilleta y construyó un nuevo muro que protegiera sus pensamientos.

—Qué ciega he estado… Mi propia hija… ¿Les has contado lo de la rebelión?

Sofía notó la embestida de su madre. Estaba intentando acceder a su cabeza, ¡cómo dolía! Las cuatro integrantes de la Legión gritaron antes de desmayarse como piezas de dominó.

Las había tumbado a todas.

—¿Cómo has podido traicionar a tu propia madre?

Sofía se agarró la cabeza con ambas manos. ¡Su madre la estaba taladrando! Notó cómo un hilillo de sangre le bajaba por la nariz. ¡No aguantaría mucho más!

De pronto, un portazo.

Una decena de Bloqueadoras rodeó a Constanza. Una de ellas desenrolló un pergamino.

—Como castigo por conspirar contra la honorable villa de Kalkahue, de aquí en adelante la Diosa Madre estará acompañada en todo momento, noche y día, dormida y despierta, por diez Legionarias. La Gran Oráculo e Hija de la Diosa Madre podrá abandonar el Palacio Lunar y establecerse por su cuenta con una única Bloqueadora.

Sofía Ugarte se limpió el hilillo de sangre con la servilleta de lino mientras se dirigía tambaleándose hacia la puerta. Ni siquiera se molestó en mirar a su madre. Sabía que nunca la perdonaría, aunque le estuviera salvando la vida. O eso era al menos lo que esperaba.

# 42
# La llamada de la triada

***En la actualidad***
***Kalkahue***

Las pequeñas ramas y las hojas caídas del bosque crujían bajo sus pies. El grupo caminaba en silencio: Martina no se atrevía a levantar la vista, no fuera a encontrarse con otra cámara de videovigilancia escondida en algún árbol. Leo, cabizbajo como de costumbre, renqueaba a su lado y Sebastián los seguía a escasos pasos.

—¿Ya estamos seguros? —preguntó este al fin—. Llevas cinco minutos callada. Has visto algo.

—Tranquila, aquí no hay ojos de cristal —dijo Leo sentándose sobre las hojas del suelo. Abrió el pesado libro y buscó hasta dar con la página del mapa del bosque en el que se encontraban: ningún ojo en blanco y negro adornaba la ilustración.

—¿Quién es Luvemarleo Ciaratinao? —preguntó ella, sentándose también.

—El autor —respondió Leo como si fuera obvio.

—Sí, pero ¿quién es? ¿Cómo demonios sabe dónde esconden las cámaras?

—¿Las qué? —quiso saber Sebastián.

—Las cámaras —respondió Martina, y al ver que los otros dos ponían cara de no saber lo que eran, empezó a gesticular de forma exagerada—. Son unos aparatos que utilizan los de la Mina para espiarnos, son… ¡sus ojos! Ahora mismo habrá un tío sentado ante un montón de pantallas mirando todo lo que pasa en Kalkahue, ¡todo! —Agarró el libro y empezó a señalar los ojos dibujados en casi todas las páginas del manuscrito—. En el convento, en las Agujas, en tu Coliseo… ¡Todo está vigilado! —se desesperó—. ¡Es imposible

huir!

Sebastián se sentó a su lado.

—Mira esto. La Mina está llena de ojos.

—¿Se espían a sí mismos? —se extrañó ella.

Cerró el libro de golpe y miró fijamente a Leo. ¿Quién había escrito aquel manuscrito y le había dado, además, aspecto de antiguo?

—No sé quién fue Luvemarleo Ciaratinao —respondió él a la pregunta no formulada.

«¿Fue?», pensó la muchacha. «¿Y si todavía estuviera vivo?».

—No puede ser. Está muerto.

«¿Y si es de la Mina? ¿Cómo si no sabe todo esto?», pensó ella.

—¡No es de la Mina! —se alteró Leo apretando los colgantes lunares que llevaba al cuello. Las dos medias lunas estaban planas y grises, pero no se había desprendido de ellas desde el ataque epiléptico de la Gran Prueba. Al fin y al cabo, los colgantes lo habían curado y parecía que los considerara su amuleto.

—¡Parad! —gritó de pronto Sebastián interponiéndose entre los dos —. ¿Os estáis comunicando mentalmente?

Martina ni siquiera se había dado cuenta de que no lo había preguntado en voz alta. Con Leo le salía natural hablar así.

—Eso ahora no importa —contestó—. ¡No podremos escapar con tanta cámara!

—¿Qué no importa? —Sebastián se levantó de un salto—. Toda la vida creyendo que los hombres no podíamos poseer los poderes de la mente y resulta que ¡es otra de sus mentiras! —Se arrodilló junto a Leo—. ¿No te hicieron la prueba al nacer?

—No la superé.

—Entonces…, naciste sin ningún don y… ¿Desarrollaste tu habilidad más adelante? Tiene que ser eso. ¿Desde cuándo oyes los pensamientos de los otros?

—Solo la oigo a ella.

«Menos mal», pensó Sebastián, aliviado, y Martina lo escuchó en su interior alto y claro. Se puso en alerta de inmediato. ¿Qué les escondía el que se suponía que era su aliado?

—¿Por qué has pensado que menos mal? —preguntó apartándose de él.

—¿Qué? —Se sonrojó Sebastián.

—¡Yo sí puedo oír al resto! ¿Qué es lo que no quieres que sepamos?

Sebastián se ruborizó aún más y aquello fue suficiente para Martina: les ocultaba algo. ¡Estúpida! Lo había llevado directamente hasta su amigo sin ni siquiera conocer sus verdaderas intenciones. Tenía que sacar a Leo de aquella emboscada. Con decisión, lo levantó del suelo de un tirón, se colocó por debajo de uno de sus brazos y echó a andar, ayudándolo, en dirección al convento.

—¡Martina Ugarte! —le gritó Sebastián caminando tras ellos.

Sintió un cosquilleo en su estómago al oír cómo la llamaba, pero no paró. Si su instinto le decía que huyera, lo haría.

—¡Martina! —gritó de nuevo Sebastián—. A veces…, ¿no piensas algo…, quizás…, bueno…, puede que de mí… que no te gustaría que yo supiera?

Ella se detuvo de pronto: a todas horas.

Le daría algo si Sebastián pudiera oír sus pensamientos. Entonces, ¿le estaba diciendo que a él también…?

«Yo diría que sí», pensó Leo a su lado. «Creo que a él también le gustas».

Del susto, Martina lo soltó de golpe y cayó sobre las raíces de un árbol.

—¡Perdón!

Sebastián se acercó y entre los dos ayudaron a Leo a acomodarse contra el tronco. Ninguno de los dos miraba al otro y nadie dijo nada.

—El 22:22 —se atrevió Leo al fin—. ¿Qué quiere decir?

—¿El qué? —preguntó Sebastián sentándose en el suelo junto a los otros dos—. ¿Os estáis volviendo a comunicar mentalmente?

Martina tomó el libro de Leo y buscó la página veintidós y le señaló el 22:22 escrito en la parte inferior. Le habló del poema y de cómo creían que era una pista para escapar. Sebastián quiso saber por qué cuatro doses diminutos les habían llamado la atención y la chica le explicó que era una hora que ella presentía cada día. No le dijo que cuando era pequeña le quitaron su colgante lunar por ver esos malditos números o que su tío murió exactamente a esa hora. Eso

se lo calló.

—Esa hora —susurró Leo—. ¿Es de noche?

—Sí, son las diez y veintidós de la noche.

Sebastián y Leo parecían confusos, así que lo intentó de otra forma. Los relojes de Kalkahue eran relojes solares o de arena. Nadie decía que era tal hora y no sé cuantos minutos.

—Justo después de la meditación de la Rutina del Ocaso. Cuando os vais a dormir.

Aunque no se lo había dicho a nadie, Martina había seguido sintiendo el 22:22 también allí. Incluso en ese mundo mágico percibía la llamada. ¿De quién? Ni idea. ¿Para qué? Tan solo le había traído desgracias. Todos los días de sus casi dieciséis años de vida había esperado que aquel momento diario significara algo. Era como si alguien dijera su nombre y ella se giraba hacia la voz sin poder evitarlo. Solo que no había nadie. No había ninguna voz, tan solo silencio y cuatro malditos números.

—No sabía que esa sensación tuviera nombre —dijo Leo ensimismado—. 22:22.

—¿Qué sensación? —se extrañó Sebastián—. Yo nunca he sentido nada antes de dormir, ¿tú sí?

—Como si me llamaran —susurró Leo.

«¿Quién?», pensó Martina conteniendo la respiración.

«Mi madre».

«¿No estaba muerta?».

«Sí, era una Contenedora de la Mina. Murió al darme a luz. Cada noche, después de la Rutina del Ocaso, siento la necesidad de mirar hacia el cielo, como si hubieran pronunciado mi nombre».

—Ahora sí lo estáis haciendo, ¿verdad? —preguntó Sebastián, intrigado. El sonido amortiguado de las campanadas del convento se coló entre los árboles del bosque—. Tenemos que irnos —dijo levantándose—, la Ceremonia está a punto de empezar.

El redoble se intensificó y a Martina le pareció que el volumen también iba en aumento. ¿Podían callarse de una vez? Se tapó las orejas con ambas manos, pero el sonido seguía perforando sus tímpanos.

—¡Me va a explotar el cerebro!

—¿Por qué? —se extrañó él como si el estruendo no lo molestara.

¡Pero sí parecían cañonazos!

Martina cerró los ojos con fuerza y fue entonces cuando empezaron las imágenes. Vio a Lin en una de las salas de operaciones de la Mina. Estaba inconsciente y entubada, como lo había estado sor Agustina. ¿Le estaban extrayendo óvulos a ella también? No. ¡Eran órganos! ¡Le estaban sacando sus órganos!

Abrió los ojos horrorizada y las imágenes del quirófano desaparecieron tan pronto como habían llegado. El sonido de las campanadas volvía a ser agradable, lejano. ¿Qué había sido aquello? ¿Una pesadilla estando despierta?

—¿Estáis bien? —preguntó Sebastián dándole suaves palmaditas en los mofletes a Leo.

El chico había palidecido y tenía muy mala cara. Los dedos de sus manos volvían a estar rígidos como cuando lo atacó la abuela tras la Gran Prueba. Fueron tan solo unos segundos, ya que recobró la movilidad de los dedos y su mano salió disparada hacia los colgantes lunares que llevaba al cuello. Las dos esferas se habían llenado y brillaban con una luz dorada.

¡Leo había conseguido completar los colgantes lunares!

«¿Tú también lo has visto?», pensó la muchacha, y Leo asintió de forma casi imperceptible.

«¿Eso ha sido una visión?».

Leo volvió a asentir.

El tañido de las campanas se extinguió a lo lejos.

—¿Podrás volar hasta la Ceremonia? —preguntó Sebastián—. Si no vamos, empezarán a buscarnos.

Martina se mareó al intentar incorporarse y Sebastián la agarró por la cintura para ayudarla. Ahora entendía por qué Lucía estaba tan cansada. Las visiones te dejaban hecha polvo.

—No podemos dejarlo solo —consiguió decir con voz ronca.

—Estoy bien —dijo Leo, y la verdad era que el color había vuelto a sus mejillas. Los dos colgantes lunares que llevaba al cuello se habían encogido. ¡Se había recuperado utilizándolos!

—Volveremos a por él —la tranquilizó Sebastián, y agarrándola con suavidad despegó hacia el cielo.

Esta vez Martina cerró los ojos y no disfrutó del viaje. Volvía a ver una y otra vez las imágenes de Lin siendo vaciada en la Mina. ¿Era una visión? ¿Ahora tenían visiones? ¡No entendía nada! Un día era capaz de levantar cientos de piedras del suelo, al día siguiente no conseguía mover ni una patata; a veces oía a todas las personas de su alrededor, otras, todo era silencio. Y ahora… ¿veía el futuro?

—Te das cuenta de que Leo y tú estáis conectados, ¿no? —le preguntó Sebastián pegando la boca a su oreja. Sintió un escalofrío que la recorrió de arriba abajo.

—Conectados, ¿cómo?

—Hace un rato lo has encontrado en el bosque sin saber dónde estaba, os podéis comunicar mentalmente, algo que se supone que ningún hombre puede hacer. Y lo del 22:22, sea lo que sea eso.

«Y las visiones», pensó ella, aunque no lo dijo. Tenía la sensación de que se le estaba escapando algo evidente, como cuando olvidas un nombre y se queda colgado en la punta de la lengua, pero el cerebro no es capaz de recordarlo.

A veces creía que podía incluso sentir un vínculo con Leo. Otras veces, sin embargo, le parecía que él era todo lo contrario a ella: paciente, meticuloso, obediente… Le recordaba a Lucía. Incluso se parecían algo físicamente, ¿no? Era difícil ver más allá de sus cicatrices y quemaduras. Llamaban tanto la atención que el resto de los rasgos pasaban a un segundo plano.

—Martina Ugarte —le dijo Sebastián acercando la cara a la suya—. ¿Has sabido lo que pensaba de ti todo este tiempo y no me has dicho nada?

¿Lo que pensaba de ella? ¡Pero si no tenía ni idea! Martina intentó colarse en su mente, pero no funcionó. ¡Sus poderes estaban estropeados! Solo funcionaban cuando menos falta le hacían.

—Y ¿qué es eso que piensas exactamente? —intentó, pero solo consiguió que Sebastián rompiera a reír.

—Menudo morro —contestó él sonriendo mientras descendía con delicadeza junto a la estatua del pelícano. Tocó la piedra desgastada y abrió el conducto subterráneo. Martina se dejó guiar por el pasadizo pedregoso iluminado con antorchas hasta llegar a la gruta donde se encontraban todos los habitantes de Kalkahue dispuestos

en siete círculos. Estaban rezando con los ojos cerrados y ni siquiera los abrieron cuando los recién llegados caminaron hasta el círculo exterior. La que sí los abrió y los mantuvo bien fijos en Martina fue Vera. Estaban una enfrente de la otra, en lados opuestos del mismo aro. Entre ellas, suspendida en el aire, estaba la gran roca a la que llamaban Prisma: palpitaba como si le hubieran insuflado vida. Su color blanquecino, casi transparente, le hacía parecer cuarzo. Pronto la enchufarían a unas mangueras en la Mina y extraerían el líquido que la hacía tan preciada.

El brillo que desprendía el Prisma era tan intenso que Martina tuvo que entrecerrar los ojos para que no la cegara. Percibió movimiento a su espalda: los círculos se estaban deshaciendo, había terminado. Rompió la formación de forma apresurada y enfiló hacia afuera. Sebastián se colocó a su lado.

—¿Tenemos prisa?

—Tengo que encontrar a Lin.

—¿Para qué? —preguntó él, extrañado.

Ella no contestó, no quería contarle lo de la visión hasta que no lo entendiera mejor. Alguien los agarró a ambos por los codos y al girarse vieron a Vera, que les sonreía con los brazos abiertos. El vejestorio del Supremo Sacerdote Solar estaba a su lado. Parecía su perrito faldero.

—¡Felicidades por vuestro compromiso! —exclamó con exageración Vera—. Mi prometido me estaba comentando cuán maravilloso sería si pudiéramos celebrar las dos bodas juntas. ¿A que sí, querido? —Por la cara de pasmado del viejo, él no había dicho nada por el estilo, pero afirmó de todas formas. Era la marioneta de su hermana —. Querido, sigue tú, yo arreglaré los detalles con la joven pareja.

Nada más decirlo, Vera se colocó entre los otros dos y los condujo hacia un pasadizo que se bifurcaba a la derecha: era algo más estrecho que el pasillo principal y estaba igual de mal iluminado, con alguna que otra antorcha desperdigada.

El Supremo Sacerdote Solar hizo como le había ordenado y siguió hacia afuera con el resto de la comitiva.

—Solo tenemos unos segundos —susurró Vera—. Dime la verdad, ¿cuántos poderes tienes?

—¡Ninguno! —gritó la joven.

¿Cómo se atrevía a interrogarla así cuando ellas no le contaban nada? ¡Ni siquiera le dijeron que tenían una abuela!

Vera la observaba con cara de pocos amigos, pero Martina no cedió.

—Por favor, es muy importante. ¿Cuántos?

—¡No puedo controlarlos! —confesó al fin.

—No te he preguntado si los controlas, solo quiero saber cuántos.

—Uno —respondió Martina de mala gana—. Lancé las piedras en la Gran Prueba, eso es todo.

—Dos —la corrigió Sebastián—. Puede leer la mente.

Vera palideció y a Martina le embargó la rabia. ¿Qué le ocultaban que fuera tan malo como para que su hermana temblara de miedo por el simple hecho de creer que ella pudiera averiguarlo?

—Tranquila —dijo—, tampoco lo controlo, puedes seguir escondiéndome lo que sea que no queréis que sepa.

—Escúchame —susurró Vera agarrándola por los hombros—. Si obtienes otro poder, vendrás a buscarme, ¿vale? Aunque sea en plena noche, pero ven. ¿Lo harás? Te lo ruego.

Martina nunca la había visto tan intensa. El cambio en su hermana la desconcertó.

—¿A qué viene esto? ¿Por qué crees que obtendré otro poder?

Vera se quedó callada: estaba sopesando si contestarle o no con la verdad.

—Nos lo dijo el tío Saúl antes de morir. Dijo que cuando obtuvieras tu tercer poder… alguien de la familia… moriría.

La cabeza de Martina iba a explotar: ¿eso era lo que les había dicho el tío? ¿Por qué no lo compartieron con ella? Ella podía haberlo evitado de haberlo sabido… ¡Dios mío! ¡No, no, no! ¡La visión de Lin! Era el tercer poder…

—¡Allí están! —gritó el Supremo Sacerdote Solar apareciendo de pronto con cuatro soldados de la Mina. Iban armados con pistolas y llevaban esos extraños cascos metálicos que les cubrían toda la cabeza. Martina retrocedió unos pasos de forma instintiva; Vera, sin embargo, sonrió de oreja a oreja.

—¡Querido! —dijo acercándose al viejo de forma coqueta—. ¿Me

echabas de menos?

La joven intentó abrazarlo, pero este la apartó bruscamente.

—¡Eh! —gritó Martina—. ¡Deja en paz a mi hermana!

—Es mi prometida —dijo él— y ya es hora de que empiece a comportarse como tal. Lleváosla.

No quedaba ni rastro del anciano dócil que su hermana creía manejar a su antojo y el rostro de Vera así lo reflejó: palideció de pronto y los labios le temblaron. Dos soldados la agarraron por los brazos y tiraron de ella.

Por encima de su cadáver.

Martina tomó carrerilla y saltó sobre la espalda de uno de los soldados. Intentó arañarle la cara, pero con el casco le fue imposible. Entonces, le golpeó el pecho con todas sus fuerzas, aunque notaba una especie de protección metálica bajo el uniforme. Le daba igual, le daba igual si no le hacía nada, le daba igual si sus nudillos sangraban. ¡No dejaría que se llevaran a su hermana a la Mina! Otro soldado la levantó en volandas como si no pesara nada y la retuvo contra la pared clavándole el codo entre los omoplatos.

—Lleváosla también a ella —dijo el Supremo Sacerdote Solar con aire cansado—. Que las preparen a las dos.

—¡No! —gritó Sebastián—. Padre, ¡por favor!

—¿Por favor? —perdió la paciencia él—. ¡A este paso estas niñas van a acabar con Kalkahue! Somos los guardianes del equilibrio…

—Pero ¿qué equilibrio? ¡Es todo mentira!

El Supremo Sacerdote Solar abofeteó a su hijo con rabia.

Por un momento se hizo el silencio, aunque no duró mucho. Se escuchó un breve pitido seguido de un anuncio de megafonía:

—La pequeña se queda —dijo una voz de hombre—. Traed solo a la segunda.

—Por supuesto, por supuesto —respondió el vejestorio haciendo varias reverencias en dirección a la pared.

Martina reconoció la voz: era la del desalmado que ordenó extraerle los óvulos a sor Agustina aun estando en coma. El anciano no era la marioneta de su hermana: obedecía al ejecutivo sin escrúpulos, el que mandaba a otros ensuciarse las manos mientras él iba impoluto con su traje y corbata. El miedo dio paso a la rabia:

odiaba a aquel hombre. Él era el verdadero enemigo. Un regusto amargo a bilis le subió por la garganta, pero no trató de combatirlo: le recordaba a la Prueba, a lo que sintió antes de levantar todas esas piedras. Cerró los ojos e intentó robarles las armas a los soldados.

Nada.

No consiguió nada. Ni un temblor. Ni un movimiento.

Nada.

—Dejad que me despida de mi hermana —pidió Vera recuperando parte de su aplomo.

El Supremo Sacerdote Solar asintió y los soldados soltaron a las chicas, que se abrazaron como no lo habían hecho nunca.

—Lo siento, lo siento, perdona —se disculpó Martina llorando.

La rabia la había abandonado y el miedo volvía a dominarla. Iban a inseminar a Vera como habían hecho con la monja sádica y ella no sabía cómo evitarlo.

—Siempre has sido la más valiente de las tres —le susurró al oído —. Cuida de Lucía.

# 43
# El contrato

***Dieciocho años antes***
***La Mina. Kalkahue***

—Aquí le dejo su pluma, señorita Ugarte —dijo el señor Warren Biths, director ejecutivo de la Mina, de forma pomposa.

Sin que hiciera ninguna falta, el sexagenario retocó el lazo de su corbata perfectamente anudada. Cuidaba su apariencia al más mínimo detalle; el resultado, sin embargo, no era el esperado: su calvicie quedaba oculta bajo una peluca canosa que, aun siendo de cabello real, era ridículamente evidente; su traje hecho a medida no conseguía disimular su incipiente barriga y el enjuague bucal mentolado que pretendía eliminar el tufo a puro y *whisky* que desprendía su boca no hacía más que intensificar los olores.

Habían estado celebrando su adquisición.

Sofía Ugarte los despreció por ello, pero se obligó a alejar esos pensamientos. Aquello era un negocio. Ofrecía sus servicios a cambio de libertad: ella les adelantaba que una pandemia mundial estallaría en un lugar llamado China y ellos contaban con años de ventaja para sacarle provecho. A cambio, pudo abandonar el Palacio Lunar y establecerse por su cuenta sin tener que casarse.

—Le estamos muy agradecidos por haber frenado el complot de la Diosa Madre.

Sofía lo ignoró y se concentró en el contrato ante ella mientras apretaba los colgantes completados, el suyo y el de su hija, bajo la mesa. Su calor la ayudaba a pensar.

«Prestaciones de Sofía Ugarte, Gran Pitonisa de Kalkahue, en adelante, S. U., a La Mina: S. U. se compromete a dar a luz a una hija cada año y medio».

—¿Cada año y medio?

—Nuestros expertos harán que su figura no se resienta…

—Cada dos o no hay trato.

—Querida, ya hemos firmado el contrato y… Pero ¿qué hace?

Sofía se levantó de pronto y se dirigió hacia la puerta. Warren Biths suspiró de forma exagerada.

—¡Está bien! ¡Cada dos!

Ella lo miró con cierto aire teatral. No pensaba quedarse tanto tiempo en Kalkahue, pero si firmaba sin rechistar, sospecharían. Corrigió la duración y siguió leyendo.

«S. U. acudirá semanalmente a La Mina para entregar colgantes lunares completados y mensualmente para la entrega del cuaderno de visiones. S. U. vivirá en su propia residencia junto a sus hijas, tres Bloqueadoras y cuantos criados solicite».

—Me las arreglo bien con Elba, no necesito más Bloqueadoras.

—Su madre cuenta con nada menos que diez Legionarias…

—No soy tan poderosa como ella.

—Tiene usted una hija y otra viene en camino. Sabe que cada una debe tener su propia Bloqueadora.

Sofía calculó sus opciones en silencio. Nunca conseguiría escapar con tres monjas controlándola a todas horas.

—Mi hija tiene apenas un año, no creo que…

—Lucía tiene ya catorce meses y su segunda hija… ¿Cómo ha decidido llamarla, Vera? —Se atusó el bigote—. Precioso nombre. Como iba diciendo, su segunda hija llegará en seis meses. Déjenos ayudarla. Su vida será más fácil con tres Bloqueadoras.

Era una batalla perdida.

Tendría que ocuparse de las monjas por sí misma. Podía hacerlo. No todas eran tan supersticiosas como Elba. Quizás incluso encontrara a alguna que quisiera escapar. ¡Alguna tenía que querer vivir su propia vida!

Asintió como si no le importara el asunto y siguió leyendo.

«S. U. se compromete a llevar una vida libre de estrés con una dieta saludable y ejercicios especialmente diseñados para ella: estiramientos de la Rutina del Despertar y la meditación de la Rutina del Atardecer».

—¿Qué es el estrés?

Warren Biths estiró el cuello para ver dónde lo ponía.

—Es un sentimiento de… ¡tensión! que nos agarrota —hizo un gesto con las manos—, tanto por fuera como por dentro. Nos hace sentir frustrados y nerviosos.

Afirmó con la cabeza, parecía muy satisfecho con su explicación. Sofía se preguntaba qué más les daba si ella se sentía frustrada.

¿Era para que no soñara con escapar?

«S. U. se compromete a llevar una vida plena mediante el cultivo de su mente femenina (lectura, escritura) y de su creatividad (arte, danza) a través del programa diseñado por los expertos de la Mina».

El contrato incluía una tabla repleta de actividades para la siguiente lunación. La querían ocupada todos los días. En el novilunio, por ejemplo, querían que preparara una pomada antiinflamatoria a partir de la ortiga, que bordara un tapiz y que perfeccionara su vals. ¿Quién diseñaba esas estupideces?

—Más que una vida plena, si hago todo esto, seré estresada.

—Oh, querida —rio Warren—, querrá decir que estará estresada.

Biths sonrió como si tuviera enfrente a una niña y Sofía deseó por millonésima vez que hubiera sido él quien hubiera crecido aislado en aquella mentira. Sin embargo, ella también sonrió de forma conciliadora y habló con su habitual voz dulce y comprensiva.

—Por supuesto, tiene usted razón. De todas formas, si estoy ocupada con estas actividades tan… educativas, no podré avisarles de la próxima rebelión de mi madre.

—Oh, no se preocupe por eso. Es precisamente para incentivar su poder que debe alejar el aburrimiento. Usted céntrese en mantenerse alegre y entretenida, y nosotros nos encargamos del resto.

A Sofía le extrañó que se opusiera. Había aceptado sin rechistar que aumentara el periodo entre partos y ahora ¿se negaba a que se saltara esas tonterías?

Apretó los colgantes contra la palma de su mano para que la ayudaran a descifrar lo que de verdad le estaba contando. Le afilaban la mente.

De pronto, lo vio.

El estrés podía hacer que no llenaran el Prisma.

Era cierto. Cuando ella estaba ansiosa o sin saber qué hacer… no podía controlar tan bien su habilidad. Un temperamento calmado pero, al mismo tiempo, distraído facilitaba el dominio de la clarividencia.

Volvió a evaluar sus opciones. Quizás no estuviera todo perdido.

—Está bien, prometo no aburrirme, pero preferiría… luchar a bordar.

—¿Qué? —se escandalizó él.

—Enséñeme a luchar como los hombres. Quiero correr, saltar, escalar…

—¡Se ha vuelto usted loca! ¡Está usted embarazada! —Biths se levantó de un salto—. Lo siento, querida, pero esto no es negociable: los límites existen por una razón. Los hombres tienen su sitio y las mujeres el suyo. No es ni mejor ni peor, cada uno cumple su función.

Sofía se preparó para el órdago: empezó a negar con la cabeza y a respirar de forma ruidosa. Tenían que pensar que estaba alterada, que no colaboraría.

—No firmaré, no es justo, ¡no lo haré! —gritó entonces.

—Pero ¿qué está diciendo? —palideció—. Usted mejor que nadie sabe cómo funcionan las cosas aquí. Los Hijos del Sol enloquecerían si la vieran luchar, ellos también querrían otras cosas… Podrían volverse contra las mujeres… ¡El equilibrio es lo que mantiene Kalkahue!

—¡No haré nada de esto! —dijo lanzando el contrato al suelo.

Biths enrojeció de pronto y, por un instante, Sofía pensó que se había sobrepasado. ¿Y si le retiraban el trato? Estaba a punto de retractarse cuando los ojos de Biths se movieron de forma involuntaria hacia el gran espejo colgado en la pared. A simple vista, parecía un espejo normal y corriente. ¿Había alguien detrás? ¿Estaba preguntando a quien de verdad controlaba aquello si podía aceptar el trato?

—Volvamos a empezar, querida, estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo —dijo sonriendo como si no hubiera perdido la compostura. Recogió el contrato del suelo y lo colocó en la mesa de nuevo.

Sofía tamborileó con los dedos sobre la mesa. Era ahora o nunca.

—Tenéis dos opciones: la primera, permitir que mantenga el aburrimiento a raya entrenando como un hombre en el Coliseo. —Observó al ejecutivo que, esta vez sí, consiguió mantener su rostro impasible—. O… dejadme como hasta ahora, bordando, leyendo, pintando, únicamente con Elba.

El silencio se estiró entre ambos. Warren Biths se rascó la barbilla, pensativo. ¿En serio se estaba planteando dejarla con una sola Bloqueadora?

El teléfono sonó de pronto haciendo que los dos saltaran en sus asientos. Biths lo descolgó sin decir nada y escuchó a su interlocutor en silencio.

—Está bien —dijo tras colgar a los pocos segundos—. Si entrega los colgantes completados cada semana, permitiremos que siga usted solo con Elba.

¡No podía creerlo! Disimulando su sorpresa, Sofía asintió de forma casi imperceptible y Biths sonrió aliviado.

—Tendremos que hacer algunos arreglos con Elba. Nos la llevaremos un par de días.

—¿Para qué?

—Nada, no se preocupe, volverá como nueva.

¿Que no se preocupara por una joven de dieciséis años que se desvivía por su hija y era tan inocente como una niña?

—Exijo que me expliquen por qué necesitan a Elba, lleva tiempo siendo mi Bloqueadora.

—Si Elba va a ser su única Legionaria, tal y como usted misma ha solicitado, tendremos que aumentar su capacidad de bloquear.

—¿Cómo?

—Mediante un tratamiento hormonal de alta tecnología que no le producirá ningún daño.

Sofía asintió despacio y se refugió en el contrato. ¿Podía fiarse de ellos?

No, pero ¿qué otra opción le quedaba? Tenían que escapar de allí costara lo que costara.

Pasó la página del documento para ganar tiempo:

«Contraprestaciones de la Mina a Sofía Ugarte, en adelante, S. U.:

»La Mina se compromete a liberar a S. U. de las siguientes obligaciones:

»-Asistir a la Ceremonia diaria.

»-Residir en el Palacio Lunar junto a la Diosa Madre.

»-Casarse con un Hijo del Sol».

—¿Está de acuerdo? —preguntó Biths, esperanzado.

No podía rechazar aquella oportunidad: ¡una única Bloqueadora!

Cuidaría de Elba, no dejaría que aquellos desalmados le hicieran nada.

Con decisión, asió la pluma sobre el escritorio y firmó.

—Ah, hay otra cosa… —dijo ella levantándose—. No, déjelo, no es nada.

—No, no, díganos, ¿qué le preocupa?

—Saben que mi madre volverá a intentarlo, ¿verdad?

—Ya hemos reforzado el material de las compuertas…

—El plástico no aguantará, tan solo el metal.

—Sabe que el metal está prohibido en Kalkahue desde…

—Y ¿en la Mina también? —preguntó Sofía encogiéndose de hombros—. Ustedes sabrán, yo solo digo que el plástico no aguantará. Que pase una buena tarde.

# 44
# El plan

***En la actualidad***
***Kalkahue***

Martina corrió sin mirar atrás. No se detuvo al llegar al bajo muro frente a la estatua del pelícano ni la frenó la cuesta adoquinada que subía colina arriba. Le ardían los pulmones del esfuerzo y las lágrimas no le dejaban ver con claridad, pero no bajó el ritmo. ¿Una de sus hermanas iba a morir porque ella había adquirido un tercer poder?

—¡Otra cámara!

Giró de forma brusca atravesando un seto y enfiló un estrecho camino de tierra anaranjada. ¿El tío Saúl siempre supo que ella tendría más de un poder? ¿Por qué no se lo dijo? ¡Nada de esto habría pasado si no hubieran vuelto a Kalkahue! Ella era de lo más corriente antes de llegar allí y ahora se había convertido en una bomba de relojería. ¿Sus hermanas morirían si ella tenía otra visión? ¿O la de Lin había sido suficiente para condenarlas?

Una nueva cámara colgaba de la rama de una gran higuera que bordeaba el sendero. ¡Estaban por todas partes!

Volvió a girar en dirección contraria, saltó el seto hacia el otro lado y se topó con una pequeña plaza ovalada que no había visto nunca. En el centro había un pozo y del arco de piedra caliza que lo rodeaba colgaba otra cámara. La chica se escondió tras unos arbustos quedando, esperaba, fuera del rango de visión del aparato.

—Piensa, piensa…

Tenían a Vera. En esos momentos la estarían bajando a la Mina para inseminarla. Tenía que pararlo como fuera. ¡Ni siquiera sabía dónde estaba! Miró alrededor: la pintoresca plaza estaba desierta. El suelo, de mármol grisáceo, tenía dibujos de figuras humanas que

narraban alguna batalla épica con rayos y hombres enjaulados. Había cuatro bancos de madera, uno por cada punto cardinal, y un seto, podado a la perfección, circundaba todo el conjunto.

De pronto, oyó pasos tras ella. Se puso tensa, ¿tan rápido la habían encontrado? Vio sus pequeños pies sucios a través de las hojas del arbusto en el que se escondía. Solo eran Descalzos correteando.

—Menos mal —suspiró.

Los ignoró y se concentró en cómo salvar a Vera. Necesitaba ayuda. El Supremo Sacerdote Solar se había llevado a Sebastián y la había dejado sola en uno de los pasadizos de la Ceremonia. Para cuando consiguió salir, no había nadie. Lo mejor sería buscar a Lucía y, entre las dos, ¿asaltar la Mina? ¡Era una locura!

Alguien empezó a remover las ramas del arbusto tras el que se encontraba escondida. Vislumbró dos pares de pies descalzos: unos pequeños y otros mucho más grandes. Con cuidado, asomó la cabeza. ¡Eran Leo y Gaia! Tiró de ellos hacia su escondite.

—¿A qué jugamos? —preguntó Gaia, risueña.

«Hay que bajar a la Mina a por Vera», pensó Martina.

«Busquemos a Lucía», pensó Leo. «Ella sabrá qué hacer».

«No», negó con la cabeza ella. «¡Mis hermanas pueden morir porque tengo un maldito tercer poder! Estamos solos».

—¿Tienes chocolate? —probó suerte la niña, ajena al nerviosismo de los otros dos.

—No, lo siento, cariño —contestó palpando los bolsillos vacíos de su túnica.

Leo le tendió su mochila. ¡Siempre tan previsor! Nerviosa, la abrió de forma brusca y volcó su contenido por el suelo. El libro de su amigo y las chocolatinas que había ido robando de la despensa del convento salieron desperdigados. Gaia pegó un grito de alegría y se puso a recogerlos. Martina abrió el libro por cualquier lado.

—¿Sabes dónde estamos?

Leo empezó a pasar las páginas con calma hasta dar con el dibujo de la plaza. Había un ojo dibujado justo sobre el pozo y una flecha señalaba hacia su interior. ¿Sería una de las entradas a la Mina? Leo asintió en silencio.

—¡Quita! ¡Es mío! —gritó Gaia.

La niña forcejeaba con unos cuantos brazos delgaduchos que asomaban del otro lado del arbusto y le querían arrebatar su botín. Martina salió de su escondite y unos diez Descalzos escaparon en todas direcciones. ¿Cuántos eran?

A la chica se le ocurrió una idea.

—¿Queréis chocolatinas? —gritó en alto y, poco a poco, las cabezas empezaron a aflorar por todas partes: detrás del pozo, de los bancos, del seto. Diez, quince, veinte…

—Tengo un montón en el convento —dijo retrocediendo tras los arbustos para escapar del rango de la cámara—. Poneos aquí, sí, por aquí.

Los Descalzos la siguieron con gestos de desconfianza y mantuvieron la distancia.

—Si venís… de excursión con nosotros, os daré todo el chocolate de las monjas.

—No es una buena idea —dijo Leo colocándose a su lado.

—¿De excursión a dónde? —preguntó un Descalzo pecoso.

—Bajaremos por el pozo —contestó Martina sin darle mucha importancia.

—¿Quieres bajar a la Mina de día? —se extrañó una Descalza con el pelo muy corto.

¡Los Descalzos conocían la Mina y cómo llegar a ella!

—¿Habéis bajado alguna vez?

—¡Ascensor baja todo el rato! —gritó uno del fondo.

—¡No le digáis mi nombre! —les regañó la niña de pelo corto.

—¿Te llamas Ascensor?

—¡Está prohibido elegir nombre! —gritó un Descalzo más alejado.

—¡Va contra las Normas! —le respaldó otro niño pelirrojo y rechoncho.

La niña que se llamaba Ascensor empezó a marcharse y Martina le lanzó una chocolatina.

—¡Yo me llamo Laboratorio! —gritó el pecoso.

—¡A mí me llaman Gordinflón! —dijo el pelirrojo, olvidándose de las Normas que acababa de mencionar.

Martina repartió los dulces entre los Descalzos que se le acercaron.

Habían elegido como nombres las palabras que escuchaban al bajar a la Mina. No todos eran tan miedosos como Gaia.

—Necesito vuestra ayuda. Os necesito para rescatar a mi hermana de los laboratorios subterráneos.

Los niños se miraron entre ellos.

—Nosotros solo entramos de noche y cogemos… alguna cosa —dijo Ascensor—. Nada más.

Martina se preguntó qué podían desear tanto como para colarse en un sitio custodiado con soldados armados. Si querían comida, la despensa del convento estaba a rebosar de alimentos. No había nada que…

«El Prisma», pensó Leo a su lado. «Ellos también querrán el líquido dorado».

Martina estudió a los niños con atención: ¿tan pequeños y adictos? Físicamente eran como Gaia: delgados y sucios, pero tenían un descaro del que carecía su amiga.

«El Prisma es lo que les da esa valentía para elegir nombre y bajar a la Mina», pensó Leo.

—Os daré lo que queráis —lo intentó Martina.

—Nos pillarán —dijo un Descalzo, y se alejó corriendo.

Otros lo siguieron. Al final solo quedaron tres: Ascensor, Laboratorio e Incubadora.

—Te ayudaremos a bajar —dijo Ascensor—. Con una condición.

—No sé si podré acercarme al Prisma… —confesó Martina.

—No es eso —contestó Ascensor—. Gaia dice que quieres escapar de Kalkahue.

La pequeña se sonrojó al verse mencionada por su indiscreción y se escondió detrás de Leo.

—Llévanos contigo.

Martina no se esperaba eso. Había llegado a creer que todo el mundo en Kalkahue estaba feliz con el rol que le había tocado vivir, pero ¿cómo conformarse cuando te decían que no valías nada? ¿Que no te merecías ni siquiera un nombre?

—¿Es verdad que los niños de ahí fuera tienen sandalias? —preguntó Laboratorio.

Martina asintió en silencio y sonrió al recordar la obsesión del tío

Saúl por el calzado. Ella nunca lo entendió; hasta llegar a Kalkahue, claro. Se acordó de sus botas de cuero. ¡Las adoraba! Le fascinaban los distintos tipos de calzado y sus nombres.

—Al calzado para hacer deporte lo llaman zapatilla —explicó la joven—, el que se usa cuando hace frío y es alargado se llama bota y si solo llega hasta aquí, botín.

Los Descalzos y Leo la escuchaban maravillados como si, en vez de zapatos, hablara de algún tipo de prodigio.

—Te llevaremos hasta la entrada —dijo Ascensor decidida—. Después, nos marcharemos.

Se dieron la mano y, para asombro de Martina, lo primero que hizo el trío de Descalzos fue cegar la cámara. La dejaron mirando hacia arriba.

—Vendrán por la noche a arreglarla —dijo Incubadora.

El grupo bajó por una escalera que descendía por el interior del pozo. Ni siquiera había agua en él, era parte del decorado de Kalkahue. Una vez abajo del todo, se abría una gruta estrecha y mal iluminada por bombillas polvorientas que seguía descendiendo. Tras diez minutos llegaron a una puerta metálica que ignoraron.

—Por ahí llegarías al Prisma —explicó Laboratorio—. Ahora mismo lo estarán vaciando.

Aquellos Descalzos sabían más de lo que ocurría en Kalkahue que la mayoría de sus ciudadanos.

—Es por ahí —dijo Ascensor—. Cruza la puerta y atraviesa todo el pasillo hasta el final. Después, gira a la derecha. Hay cinco laboratorios. Tu hermana estará en alguno de ellos.

—Pasillo y a la derecha —repitió Martina al grupo de niños que se alejaba ya—. ¡Esperad! Llevaos a Gaia.

La niña estaba muerta de miedo, pero negaba con la cabeza.

—Yo voy con vosotros —susurró temblorosa.

Martina le pasó la mochila de Leo y le dijo que su cometido era cuidar del libro hasta que ellos volvieran.

—¿Soy la guardiana del libro de Luvamerleo? —preguntó la niña con los ojos abiertos como platos?

—Luvemarleo —la corrigió Leo.

—Eso he dicho, Luvamerleo.

—Lu-ve-mar-leo —repitió Leo marcando cada sílaba.

—Lu-ve-mar-leo —repitió Gaia concentrada.

El grupo se dividió al fin y Leo y Martina entraron en la Mina. El pasillo que les había descrito Ascensor estaba desierto, por lo que la primera parte del plan fue bien. Los problemas empezaron al girar a la derecha: dos guardas con pistola custodiaban la puerta de uno de los laboratorios.

«Y ahora ¿qué hacemos?», pensó Leo.

«Si pudiera levantar sus armas así…», pensó Martina mientras alzaba las manos.

Para sorpresa de ambos, los dos soldados dieron un brinco hacia arriba y se quedaron suspendidos en el aire.

—¡Por Inti! —se le escapó al chico.

Martina bajó los brazos asustada y los soldados se desparramaron por el suelo. ¿Había sido ella? ¿Sus poderes funcionaban de nuevo?

—¿Qué ha sido eso? —preguntó uno de ellos levantándose y desenfundando su arma. El otro lo imitó. Echaron a andar despacio hacia la esquina en la que se escondían Martina y Leo, que se apartaron rápidamente. La chica cerró los ojos y visualizó las pistolas en el aire. Las hizo girar en su cabeza y las apuntó hacia sus dueños.

—Pero ¡qué demonios! —oyó que gritaban.

—¡Da la alarma!

Se escucharon pasos precipitados. Leo asomó la cabeza: los soldados huían en dirección contraria y sus dos armas flotaban en el aire, apuntándolos. Martina echó a correr hacia el laboratorio y al llegar donde las pistolas, las agarró con cuidado. Eran más pesadas de lo que había imaginado. Le dio una a Leo, que la observó horrorizado y, empuñando la otra, entró al quirófano.

Vera estaba tendida inconsciente en la camilla mientras un anestesista le ajustaba la máscara de oxígeno a la cara. Dos enfermeras lo acompañaban.

—¡Apartad! —gritó Martina apuntándolos con la pistola.

—¡No podéis estar aquí! —dijo el doctor.

Una alarma estridente empezó a sonar en aquel preciso instante y el médico, envalentonado porque la ayuda estaba en camino, se les acercó.

—Vamos, deja el arma, puedes hacerte daño —dijo.

«Joder, joder, ¿qué hacemos?», pensó ella, nerviosa. «¡Nunca he disparado un arma!».

«Usa tu poder, utiliza las manos», pensó Leo a su lado.

«El poder, sí, el poder».

Soltó una de las manos de la pistola y el doctor dio un paso más hacia ella, confiado. La chica agitó la mano como si espantara una mosca y el anestesista salió disparado varios metros hacia la pared, donde se estampó contra una mesa metálica llena de artilugios quirúrgicos.

—¡Hostia! —gritó entre asustada y emocionada.

—Vera —la apremió Leo—. Sácala de aquí.

—Toma —le dijo Martina tendiéndole su pistola. Necesitaba ser más suave en sus movimientos. Concentrándose tan solo en su hermana, levantó las manos con toda la delicadeza que pudo y el cuerpo se alzó en el aire algo más rápido de lo que había pretendido. Con cuidado, empezó a andar muy despacio hacia atrás y el cuerpo la siguió.

—Vete delante —pidió.

No quería apartar los ojos de Vera, no la fuera a golpear contra algo. Atravesaron el pasillo con paso ligero y, al girar a la izquierda, Leo se chocó con Elba.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó sorprendida la Bloqueadora.

Se oyeron pasos de gente corriendo por detrás, los estaban persiguiendo.

—¡No os paréis, joder! —gritó Martina.

Estaba perdiendo la concentración y el cuerpo de Vera subía y bajaba como en una montaña rusa. Alcanzaron la puerta de salida a duras penas y la cerraron tras ellos. Leo tiró las pistolas al suelo.

—¡Agarradla! —gritó Martina justo antes de que el cuerpo de su hermana se desplomara sobre los brazos extendidos de Leo y Elba.

Empujó las manos con todas sus fuerzas contra la puerta imaginando a los soldados que corrían hacia ella. Se oyó un golpe seco al otro lado. ¿Los había derrumbado a todos?

Leo, tan blanco como la leche, se tambaleó hacia un lado y por poco soltó a Vera.

«¿Estás bien?», se preocupó Martina.

El chico agarró los colgantes lunares que pendían de su cuello: resplandecían, nunca los había visto brillar de semejante manera. Eran dos pequeñas lunas con vida propia. En unos segundos, perdieron todo su destello y Leo recuperó su color habitual.

«Vamos», pensó el chico, y entre los dos alzaron a la inconsciente Vera y empezaron a subir hacia la superficie. Martina no se atrevía a moverla con el poder de su mente en un espacio tan escarpado y angosto. Una cosa era levantar piedras y otra muy distinta transportar a su hermana en bata de hospital por una gruta empinada.

De pronto, pequeñas manos empezaron a aparecer por todos lados. Eran Gaia, Ascensor, Laboratorio e Incubadora. ¡Los habían esperado! Entre todos, subieron a Vera hasta la plaza y la tumbaron en un banco.

—¿Qué le han hecho a mi niña? —balbuceaba Elba arrodillada junto al banco.

—¿Qué hacías en la Mina? —le preguntó Martina.

—Nunca es igual saber la verdad por uno mismo que tener que escucharla por otro —dijo Elba acariciando el rostro de Vera.

Los refranes otra vez no, ¡por Dios!

—¡Ahí están! —gritó una monja rechoncha que se acercaba por el camino de los rosales. Los cuatro Descalzos desaparecieron en menos que canta un gallo. Diez novicias de la Legión de los Suspiros llenaron la plaza. Lin también iba con ellas.

Martina levantó las manos e intentó tumbarlas, pero no funcionó. ¡La estaban bloqueando!

—¡Hija de la Luna! —bramó una de ellas—. ¿Osas atacar a tus propias hermanas?

—¡Solo me defiendo! —gritó ella—. ¿Por qué les hacéis el trabajo sucio a los de la Mina? ¿No sabéis lo que os hacen?

—¡Silencio! —la cortó la monja—. Serás juzgada por quebrantar el equilibrio de Kalkahue.

—¡Lin! —volvió a intentarlo Martina—. ¡Quieren extirparte órganos sanos! ¡Mira a mi hermana! A unas las preñan como si fueran vacas y a otras ¡os vacían!

Lin observó el cuerpo inconsciente de Vera sobre el banco y su rostro reflejó miedo. Elba palideció y se tapó la cara con las manos. Tenía muy mal aspecto. No iría a desmayarse, ¿no?

«Me quedaré con ella», pensó Leo arrodillándose junto a la cuidadora.

—No tiene por qué ser así —empezó Martina acercándose a las monjas—. Podemos salir todas juntas de este lugar, estamos en el mismo bando…

—Aquí no hay bandos —la cortó otra novicia—. No queremos guerra…

—¡Apartaos! —gritó de pronto Elba, levantándose y apuntando a las monjas con la pistola.

¿De dónde demonios había sacado el arma? ¡Mierda! Debía de haberla recogido cuando Leo se deshizo de ellas en la gruta. Elba con ese trasto era un peligro, ¡se le podría disparar!

Las novicias se hicieron a un lado y Elba pasó entre ellas.

«¿Qué hacemos?», pensó Leo, asustado.

«¡Joder!», pensó Martina. «Vamos tras ella».

Cargaron a Vera entre los dos y avanzaron con cuidado por el pasillo que iba abriendo su cuidadora.

—¡No se os ocurra seguirnos! —gritó con voz aguda Elba. La mano que sujetaba el arma temblaba ligeramente, pero nadie se interpuso en su camino.

—Esto no tenía que pasar así —se lamentó una de las monjas a su paso—. Tu madre, Sofía Ugarte, dejó una profecía sobre vuestro regreso.

Elba disparó al aire. Pero ¿se le había ido la olla?

La detonación hizo que las monjas corrieran desperdigadas por todos lados y alguna que otra se tropezara por el camino. Tanto rezar comiendo chocolatinas todo el santo día no podía traer nada bueno. Una de las más ancianas, sin embargo, no se movió.

—¿De qué pro-pro-fecía ha-hablas? —tartamudeó Elba.

—De la que auguraba el retorno de las Ugarte cuando la pequeña estuviera a punto de cumplir dieciséis años.

Elba cerró los ojos y se masajeó la sien con la culata de la pistola.

«¿Está bien?», se preocupó Leo.

Martina le lanzó una mirada exasperada. ¿Cómo demonios iba a estar bien? ¡Se estaba rascando la cara con un arma!

—Elba, ¿no es mejor que me des eso? —lo intentó Martina con su tono más dulce.

—Y ¿qué más decía la profecía? —preguntó la Bloqueadora ignorando a la muchacha. El tartamudeo había desaparecido.

La monja introdujo la mano en su hábito y extrajo un paño bordado, doblado con cuidado y atado con un cordel dorado. Elba se lo arrebató y lo abrió con brusquedad: el paño y el cordel cayeron al suelo y apareció un papel amarillento en su interior. La institutriz lo leyó con avidez.

—¿Qué dice? —quiso saber Martina, nerviosa. ¿Sería acerca del tercer poder? ¿Explicaría cómo salvar a sus hermanas?

—Que el Marcado de los establos es el elegido que salvará Kalkahue —anunció la monja a pleno pulmón para que todo el mundo lo oyera.

«¿Yo?», pensó Leo, asustado.

—¿Él? —se sorprendió Elba.

—Salvar Kalkahue, ¿cómo? —preguntó Martina, desconfiada.

Ella no quería proteger aquel lugar, ¡quería huir de él! Y si fuera por ella, lo quemaría para que no pudieran seguir cometiendo esas atrocidades contra mujeres y Descalzos.

Vera empezó a removerse en sus brazos. ¿Estaba despertando?

—Ey, tranquila. —La sujetó—. ¿Estás bien?

—Yo… —empezó, pero una tos repentina le impidió seguir—. Yo… también lo he visto.

Las monjas escondidas tras los arbustos asomaron la cabeza.

—¿Has visto cómo Leo trae la paz a Kalkahue? —preguntó la anciana, esperanzada.

—No —dijo Vera intentando erguirse—. He visto cómo Leo nos salva a todas nosotras de la Mina. Leo nos preparará para la guerra.

# 45
# Productos

***Diecisiete años antes***
***La Mina. Kalkahue***

—¿Puedo pasar? —preguntó Sofía Ugarte con timidez asomando la cabeza por la puerta entreabierta del despacho. Sabía que llegaba pronto y que encontraría a Manuel Peña ocupado al teléfono. Era el responsable más joven que la Mina había tenido hasta el momento: no llegaba a los cuarenta. Parecía un surfista que un buen día hubiera decidido vestirse con traje y corbata.

Sofía nunca había salido de Kalkahue ni había visto el mar, mucho menos a un surfista, pero desde que a los quince o dieciséis años tuvo una visión sobre un grupo de jóvenes surfeando una ola gigante, se habían convertido en su fantasía juvenil. Curiosamente, Manuel reunía todas las cualidades que su imaginación adolescente había conjurado.

Alto, atlético y de piel curtida por el sol, no parecía darle importancia a su físico. Su cabello rubio y ondulado le llegaba por los hombros y lo solía llevar de forma desenfadada, atado en un moño descuidado. Además, tenía hoyuelos.

El anterior director de la Mina, el señor Warren Biths, era sexagenario, calvo y lucía una incipiente barriguita. El relevo de dirección llegó a los pocos días de la firma del contrato con Sofía, ¡qué coincidencia! A veces se preguntaba cómo podían considerarla tan estúpida. Acaso pensaban que, por reunirla una vez por semana con su fantasía adolescente, ¿caería rendida a sus pies? ¿Que ya no querría huir?

Ella ya no creía en esa clase de amor. ¿Alguna vez lo había hecho?

No.

Eso podía agradecérselo a su madre: «Solo te buscan porque

ansían tu poder».

Y, aun así, a veces se sorprendía a sí misma observando los hoyuelos de Manuel. ¿Cómo habían descubierto su debilidad por los hoyuelos? Probablemente tenían una ficha sobre ella con todo lujo de detalles. A quién quería engañar: esa gente tenía mucho más que un simple fichero sobre ella, tenían toda su vida documentada al con minuciosidad. Incluso estaban al tanto de lo del surf, y eso no se lo había contado a nadie. Lo había escrito en su diario, pero había quemado las hojas justo después, no era tan ingenua…

¡Los ojos de cristal!

La habrían visto escribirlo. Para nada servía quemarlo después.

Tenía que descubrir la ubicación de cada ojo, no solo en Kalkahue, sino también en cada rincón de la laberíntica Mina.

Empezaría por aquel despacho. Estaba segura de que el espejo de la pared escondía uno de esos ojos: alguien podía verla por allí. Tanto Biths como Peña miraban hacia allí cada vez que ella les hacía una pregunta a la que no sabían cómo responder.

—Sí, lo entiendo, convendría que lloviera para limpiar los conductos, pero… no es así de fácil… —Manuel, al teléfono, sonrió a Sofía mientras le indicaba mediante un gesto que pasara—. Ya…, sí…, claro que lo entiendo, pero… ¡entiéndeme tú! Eso perjudicaría la producción y andamos algo retrasados este mes… ¿Cómo que las tuberías no aguantarán? ¡Si nunca llueve! ¿Cómo que por eso? ¡No tiene ningún sentido!

Manuel puso los ojos en blanco y volvió a sonreírle con cara de bobalicón. ¿Le habrían ordenado que la sedujera o solo que la distrajera? Si quería jugar, jugaría. Sofía le sonrió coqueta y se giró hacia la librería que ocupaba gran parte de la pared a un lado de la mesa. Aunque le dio la espalda, no dejó de sonreír, no fuera que también la estuvieran observando en aquel momento. Había descubierto dos ojos de cristal en aquel despacho: uno escondido en la maceta sobre el escritorio y otro en el espejo. Le faltaba registrar la biblioteca.

Si quería que su plan funcionara, no podían verla antes de tiempo.

Fingiendo interés, fue leyendo los lomos de los libros. Estaban ordenados por temática primero y alfabéticamente después. Era una

colección extraña: ejemplares de economía y ventas en la parte inferior y libros sobre longevidad y fertilidad en la parte superior.

La primera vez que soñó con la Mina no era más que una niña y pensó que se trataba de un lugar prohibido lleno de misterios. Hacía ya tiempo que se había percatado de que no era más que una fábrica. Un negocio donde el beneficio lo obtenían de los habitantes de la capa superior. ¿Cuántos de los ciudadanos de Kalkahue lo sabían? ¿Tan solo su madre y el resto de los miembros del Consejo? ¿O era sabido por todos y les daba igual vivir en un mundo de mentira?

Ahí estaba el tercer ojo de cristal: en el lomo de un libro titulado *Embarazos múltiples sin riesgo*. Ignoró la diminuta canica negra lo mejor que pudo mientras calculaba su rango de visión. Sí, definitivamente, podía ver la puerta. No podría utilizar aquel despacho, al menos que adivinara cómo cegarlos.

Disimulando, Sofía extrajo otro libro cualquiera y se sentó en el sofá de cuero al otro extremo de la oficina. *El ciclo de vida del producto: gran oportunidad de marketing*, de Theodore Levitt. Cerró los ojos y lo abrió por la mitad. Era una de sus herramientas para forzar visiones: escogía un párrafo al azar y se dejaba transportar por su contenido. El manual de economía se había abierto por la página cincuenta y dos y decía lo siguiente:

«CVP (CICLO DE VIDA DEL PRODUCTO)

»Evolución de las ventas de un artículo desde su lanzamiento hasta su retirada.

»Prolongación del ciclo de vida del producto

»Las compañías se esfuerzan por alargar la vida del producto todo lo posible. Esto se debe a que es mucho más barato mantener un producto en el mercado que retirarlo y lanzar otro nuevo».

Sofía no tuvo ninguna visión al leerlo, aunque tampoco la dejó indiferente. Algo en aquel párrafo aparentemente aséptico la perturbaba. Alargar la vida de un producto.

Producto.

¿Eso era ella para aquella gente?

¿Por eso los obligaban a estirar en la Rutina del Despertar, a comer apio en todas las comidas y a meditar al atardecer? ¿Para que

vivieran más?

Notó que sus mejillas se sonrojaron y que Manuel la estudiaba con atención. Sofía pasó las páginas del libro bostezando y el directivo volvió a concentrarse en la conversación telefónica.

—Te digo que, si de repente se pone a llover, la producción se resentirá durante días, puede que semanas… ¡Pues abre las compuertas sin que llueva! ¿Cómo que no se puede?

Manuel acababa de mencionar cómo la lluvia afectaría a la producción. Si los Productos eran ellos mismos, ¿en qué les afectaba que lloviera? ¡No eran malditas plantas! Las emociones le estaban impidiendo ver con claridad.

«Céntrate». Sofía extrajo los tres colgantes lunares palpitantes del bolsillo de su túnica de seda, el suyo y el de sus dos hijas, y dejó que su calor la envolviera. Su corazón se calmó al instante y su mente recuperó la objetividad y la distancia que le permitió verlo por fin.

Los habitantes de Kalkahue eran los Productos.

Cuanto más vivieran los Productos, mayores beneficios.

A eso se refería el manual de economía: querían alargar el ciclo de vida de los Productos porque cuanto más vivieran los habitantes de Kalkahue, más Ceremonias celebrarían y más veces llenarían el Prisma. La gran roca gris que crecía y se volvía transparente funcionaba igual que los colgantes lunares: se llenaba con las habilidades de los que rezaban. De hecho, Sofía había conseguido librarse de la Ceremonia a cambio de entregarles a los de la Mina los colgantes completados cada semana.

—¿No puedes abrir las malditas compuertas sin que llueva? —Manuel estaba perdiendo la paciencia, algo inusual en él.

¿A qué compuertas se refería? Sofía había explorado cada rincón de aquel laboratorio subterráneo y nunca se había topado con unas compuertas.

Tenía que encontrarlas.

Y ¿qué relación guardaban con la lluvia?

—Haz las pruebas que hagan falta, ahora no puedo hablar… Vale, mañana. Buenas noches.

—¿Por qué no quieres que llueva? —preguntó con inocencia.

—Tonterías. —Sonrió él tras colgar el teléfono—. Es por las Normas: el sol le dará a Kalkahue un ósculo eterno o… por toda la eternidad… o algo así.

—¿De cuándo son esas Normas?

—¿Quinientos años?

—¿No es tiempo de cambiarlas?

—Si fuera tan simple… —Se rascó la barbilla él—. Hace mucho que no ha llovido en Kalkahue. Si de repente lloviera, los Pro… las personas se estresarían y eso dificultaría mi trabajo. ¿Te apetece un té kombucha helado?

—¡Claro! —respondió Sofía ocultando sus emociones de nuevo. Había estado a punto de llamarlos Productos. ¿Por qué le molestaba tanto? Él era uno de ellos, ¿qué esperaba? ¿Que la tratara como a una persona en vez de a como una mercancía?

—¿Qué tal las niñas? —cambió de tema él.

—Bien, muy bien. Elba es un tesoro con ellas, será una gran madre algún día.

—Claro que sí.

Mentira.

Los colgantes volvían a avisarla. ¿Por qué mentía sobre algo así? Sofía le dio un trago a su bebida. ¿Creía que Elba no sería una buena madre?

—En serio, ha nacido para ser madre, no veas lo bien que se le da.

Manuel se quedó mirando la etiqueta de su botellín.

—Le gustaría tener gemelos, ¿sabes?

—Mejor no la animes —susurró él.

—¿Por qué no?

—No puede tener hijos.

—¿Cómo lo sabes?

—Ninguna Bloqueadora puede.

Sofía no acababa de entender lo que le estaba diciendo. Era verdad que las novicias no solían tener hijos, pero ella siempre había asumido que era por su voto de castidad, no porque no pudieran.

—¿Por las Normas?

—No se puede…

—Os habéis saltado el reglamento conmigo, ¡haced una excepción

también con Elba!

—No es lo mismo…

—¡Sí, lo es! Debería haberme casado con un Hijo de Sol, no lo he hecho; debería vivir con mi madre en el Palacio Lunar, ¡tengo mi propia casa! Debería asistir cada noche a la Ceremonia, hace meses que no voy…

—¡Ya le han practicado la histerectomía! —la interrumpió Manuel.

—¿Cómo…? ¿Qué?

—Se le extrajo el útero al convertirse en tu única Bloqueadora…

Sofía sintió que le arrancaban el estómago, como si la hubieran vaciado de pronto, sin previo aviso. Aunque ni siquiera pestañeó, sus entrañas rugían.

¡Por la luz de Quillapa!

Elba era una cría. Una joven de dieciséis años a la que esos desalmados habían extirpado un órgano sano. Cuando firmó el contrato se la llevaron durante una semana, dijeron que era para prepararla… ¡Por Inti!

—Me dijisteis que era un tratamiento hormonal que no le produciría ningún daño.

—¡Y no sufrió! Ella ni siquiera lo sabe… Bloquear desgasta muchísimo, ¡te consume por dentro! Tú pediste una única Bloqueadora y… era la única forma.

Sofía reprimió una arcada. ¿Insinuaba que era su culpa? Se levantó y se dirigió hacia la puerta mordiéndose el labio. No podría aguantar mucho más: de un segundo a otro el llanto iba a salir en cascada; su dique interior, el que había construido desde niña, se resquebrajaba.

¡Elba nunca sería madre por su culpa!

La habían abierto en canal sin su consentimiento y la habían privado de algo que la muchacha deseaba más que nada. Y ella, ¡la Gran Pitonisa!, ¿no había visto nada? ¡Llevaba años planeando aquello y no había sido capaz de anticipar lo que le harían a la Bloqueadora que cuidaba de sus hijas! ¿Qué más había pasado por alto? Nunca conseguiría llevarles la delantera, por muchas visiones que tuviera. Siempre habría algo que se le escaparía.

Manuel la observaba con el ceño fruncido. Tenía que recomponerse. Apretó los colgantes lunares con el puño, pero esta

vez no funcionaron. Aquello era demasiado. Las primeras lágrimas se asomaron a sus ojos y Sofía abrió la puerta. No pensaba llorar delante de Manuel y de quienquiera que la espiara por los malditos ojos de cristal.

—¡Sofía! —la llamó él.

¿Qué quería? ¿Disculparse por pertenecer a una organización criminal que las trataba como a ratas de laboratorio?

—Se te olvidan los colgantes.

Sofía se contuvo para no lanzárselos a la cara y, sin delatar el volcán que luchaba por brotar en su interior, los depositó sobre la mesa con delicadeza.

—Hasta la semana que viene, Manuel.

Tenía que huir de aquel lugar como fuera.

# 46
# Salvar Kalkahue

***En la actualidad***
***Kalkahue***

A pesar de que había caído la noche, el patio del convento bullía de movimiento: monjas regordetas corriendo de un lado a otro cerrando los accesos a la Mina, Descalzos harapientos cegando cámaras y Martina intentando encontrar algo con lo que enfrentarse a los soldados armados con pistolas. ¿Azadas? ¿Palas? ¡Ni siquiera eran metálicas! No aguantarían un asalto. Tampoco es que una lanza de metal tuviera mucho que hacer contra armas de verdad. Menos mal que Vera había tenido una visión en la que ellas ganaban, porque ahora que intentaba prepararse para la batalla parecía ¡una locura!

Su hermana había conseguido convencer a la Legión para que se rebelara contra la Mina, aunque no todas estaban de acuerdo y el patio se asemejaba a un gallinero alborotado.

—¡Esto no es a lo que se refería Sofía Ugarte con salvar Kalkahue! —gritó una de las más ancianas—. Ella vaticinó la paz, ¡no la guerra!

—¿Entonces no convoco al Consejo? —preguntó una joven novicia con la cuerda que ascendía hasta las campanas entre las manos.

Martina aguantó la respiración. Ahora que no coincidían en qué debían hacer, ¿quién decidía? La Legión de los Suspiros se debatía entre dos opciones: seguir la profecía de Sofía Ugarte de hacía dieciséis años o una visión reciente de la hija de esta, que también era Oráculo. Con los puños apretados, la monja más encorvada de todas asintió con la cabeza y el resto la imitó en cascada. La novicia tiró de la cuerda: las campanas tronaron en medio de la oscuridad y su sonido se alzó por encima del alboroto del patio.

El Consejo había sido convocado.

Y ¿ahora qué? Martina era incapaz de quedarse quieta. Debería reunirse con sus hermanas, quizás Vera hubiera despertado. Tras contarles su profecía a las monjas, se había vuelto a desmayar. Lucía estaba con ella en uno de los aposentos.

Tenía que contarles lo del tercer poder. No podía aplazarlo más.

—¡Martina Ugarte! —gritó Sebastián aterrizando en la mitad del patio—. He oído que has estado ocupada: intrusión a la Mina, agresión múltiple y ahora…

Ascensor e Incubadora pasaron corriendo entre los dos portando un cubo lleno de martillos.

—¿Ejército de Descalzos? —Rio él. Giró alrededor y se puso serio—. Por fin vamos a luchar, pensaba que este día no llegaría nunca. ¿En serio tu madre vaticinó nuestra victoria?

La miraba esperanzado. ¿Cómo decirle que ni siquiera había leído aquel trozo de papel ajado?

—Sebas, qué más da. ¿Quieres huir de aquí, sí o no?

Él estalló en una carcajada y, pillando a Martina por sorpresa, la abrazó por la cintura. La chica se ruborizó y se quedó paralizada.

—¿Nunca tienes miedo, Martina Ugarte? —le preguntó antes de darle un tímido beso en los labios. Se quedaron un rato abrazados mirándose el uno al otro hasta que el bullicio de su alrededor les hizo volver a la realidad.

—¡Organizaré a los Hijos del Sol! —gritó él antes de salir disparado hacia el cielo.

Martina estuvo a punto de retenerlo, pero no dijo nada.

—¿Que no tengo miedo? —susurró para sí misma—. Nunca en mi vida he tenido tanto.

Había llegado la hora.

Tomó carrerilla y salió disparada hacia la habitación donde se habían refugiado sus hermanas. Abriendo la puerta de golpe, soltó de bofetón:

—No os lo he contado todo, he tenido una visión.

Sus hermanas y Elba, de pie en mitad del salón, pegaron un bote involuntario.

—¿Cuándo? —gritó Vera cerrando de golpe el libro de Luvemarleo.

Lucía le dio un codazo y abrazó a Martina.

—No te preocupes por eso —le dijo—. No tiene importancia.

No lo había entendido.

—¡Es mi tercera habilidad! —insistió Martina con los ojos llorosos—. ¡No podéis enfrentaros a la Mina! ¡Os puede pasar algo!

Pero no se atrevió a decir «Una de las dos puede morir».

«Por mi culpa».

«No es culpa tuya», pensó Leo desde un rincón de la habitación. Martina ni siquiera lo había visto. Se había sentado en el suelo, bajo la ventana. La chica se acomodó a su lado y soltando la pala y la azada que había escogido como armas, le dio la mano. Leo tenía muy mala cara.

«No estás muy contento con esto de ser el elegido, ¿eh?».

—No pasa nada —continúo Lucía frotándose las manos de forma algo compulsiva—. Persuadiremos al Consejo para que nos ayuden contra los de la Mina y todo irá bien.

¿Cómo? ¿Persuadir? Si su hermana lo había visto, no había necesidad de…

Oh, no.

¿Por qué no se había dado cuenta antes?

¡Vera se lo había inventado! No había tenido ninguna visión sobre Leo dirigiendo al pueblo de Kalkahue contra la Mina. ¡La Legión tenía razón! Aquel no era el plan de su madre, ¡era el plan de su hermana!

—¿Es todo mentira? —gritó nerviosa.

—Ssshhhhhhh.

—¿Vamos a enfrentarnos a los de la Mina con esto? —preguntó alzando la pala que había dejado tirada en el suelo.

—¿Qué querías que hiciera? —contraatacó Vera—. ¡Me levanté y Elba tenía a las monjas encañonadas! Fue lo que se me ocurrió para salir de aquella situación.

—Cuando la partera es mala, le echa la culpa a la luna tierna —se defendió Elba, aunque Vera la apartó de un manotazo sin hacerle caso.

—¡Necesitamos ayuda para defendernos de la Mina!

En eso tenía razón. Ellas solas no eran nada contra la corporación subterránea, pero sin una premonición real que les diera la victoria,

¡el plan era un completo suicidio!

—Y ¿qué diablos dice la profecía verdadera? La de la Legión —preguntó Martina.

—Antes de nada —le dijo Lucía tendiéndole el papel amarillento—, respira.

¿Que respirara? ¿Qué demonios quería decir con eso?

«A las 22:22 un Descalzo de piel oscura y rostro calcinado a la Mina llegará. El chico, tranquilo y feliz vivirá: de los caballos se encargará y una buena educación recibirá. Su vida y la de Kalkahue entrelazadas quedarán: si el chico muere, la guerra comenzará. Mientras el chico viva, la paz se mantendrá. Cuando, dieciséis años después, las Ugarte regresen, la lluvia también regresará y el Consejo al Marcado Elegido nombrará. Todos juntos Kalkahue salvarán».

—Pero… aquí dice que ¡la guerra comenzará cuando Leo muera! —gritó Martina perdiendo los papeles.

Lucía la abrazó con fuerza, en parte para tranquilizarla y en parte para evitar que se lanzara contra Vera.

—¿Qué querías que hiciera? —se disculpó a su manera Vera—. Me colé en la mente de las monjas y vi que pensaban en Leo, en no sé qué de un elegido y algo de una guerra. Es lo primero que se me ocurrió. ¡Esas malditas rimas me confundieron!

«Tampoco es su culpa», pensó Leo desde su rincón, y Martina regresó a su lado.

«No dejaré que te pase nada». Todas guardaron silencio. «Naciste a las 22:22», pensó Martina. «No sé cómo, pero eres la clave de todo esto».

«Yo no quiero ser nada, quiero volver al establo».

—¡No lo dices en serio! —se le escapó a Martina en alto y todas se les quedaron mirando fijamente.

—¿Cuándo naciste, chico? —preguntó Elba.

—No lo sé.

—¿Qué significa el 22:22? —lo intentó Vera.

—No lo sé.

Elba abrió mucho la boca y corrió hacia ellos: le arrancó la profecía a Martina, se la acercó a los ojos, se lanzó a por el libro, lo abrió de

cualquier manera y pegó la nariz a una hoja y lo cerró de nuevo como si le hubiera quemado.

—Pero ¿qué haces? —la regañó Vera.

—Tenemos que ir a ver a vuestra abuela, ella es la única que lo puede confirmar —dijo Elba.

—Confirmar ¿qué?

—Lo que quería vuestra madre.

Las trompetas y los tambores empezaron a sonar a lo lejos: el ejército de los Hijos del Sol se había puesto en marcha.

—Nos quedamos —zanjó Vera—. Tenemos que convencer al Consejo para que nos apoyen contra la Mina.

—¿Lanzas contra metralletas? —insistió Elba.

Su cuidadora tenía razón. ¿Cómo iban a poder ellas contra un ejército armado?

—Necesitamos a la Diosa Madre —la apoyó Martina.

No pensaba llamarla abuela, ni siquiera le había dado la mano, pero no podía obviar lo evidente: sin ella sería imposible derrotar a la Mina. Con su increíble poder y con las Bloqueadoras apoyándolas, sin embargo, tenían posibilidades.

—¡Lo que necesitamos es al Consejo de nuestro lado! —se obstinó Vera.

—¡Necesitamos a la Diosa Madre! —gritó Martina.

—Las dos tenéis razón —terció Lucía—. ¿Qué os parece si primero convencemos al Consejo y después vamos donde la abuela?

Elba salió de la habitación dando un portazo.

—Y a esta, ¿qué bicho le ha picado? —preguntó Martina.

—Siempre fue rara —dijo Vera.

—No seáis así —la disculpó Lucía—. Elba era una cría cuando escapó con nosotras de este lugar, era más joven que Lin. Y volver después de dieciséis años y que te acusen de traición, te quemen… Elba ha pasado por demasiado últimamente…

—¡Todas nosotras! —la cortó Vera—. ¡Casi me inseminan!

—Voy a por ella —cedió Martina—. Vamos, Leo.

Era verdad que todas lo habían pasado mal, pero su institutriz era la más débil, siempre lo había sido.

Salieron al patio donde el redoble de tambores parecía hacer

temblar los muros de piedra. El ejército llegaría en cualquier momento. El nerviosismo de las monjas era palpable: algunas se abrazaban llorando, otras rezaban y alguna que otra engullía chocolatinas sin parar.

—¡Elba! —la buscó Martina.

Leo la vio primero, salía por la puerta trasera del patio. ¿A dónde demonios iba? Echaron a correr tras ella. Se adentraron en el bosque del convento. El camino, cubierto de raíces y hojas secas, ascendía ligeramente.

—¡Esperadme!

Era Gaia. Quería ayudarlos, decía, con ojos llorosos y manos temblorosas. Martina sentía un enorme afecto por la niña y precisamente por eso, no dejaría que los acompañara.

—Ya tienes una misión, Gaia, proteger el libro. ¡Vuelve al convento y escóndelo!

—¡El libro de Luvemerlao!

La Descalza dio la vuelta y se adentró en el convento.

«No hay forma de que lo diga bien», pensó Martina. «No es tan difícil: lu-ve-mar-leo».

Leo se quedó quieto en el sitio: «Son nuestros nombres. Lucía, Vera, Martina, Leo».

Martina también se detuvo.

Su mente daba vueltas como un torbellino: ¿qué unía a sus hermanas y a Leo? El 22:22 en la profecía de Sofía Ugarte y el 22:22 en el libro de… ¡Santo cielo! ¡Su madre! ¡Su madre había escrito el libro y lo había firmado con los nombres de sus hijos… ¡De sus cuatro hijos!

Martina miró a Leo como si lo viera por primera vez.

«¿Somos… hermanos?».

# 47
# El tío Saúl

***Diecisiete años antes***
***Kalkahue***

Sofía Ugarte se sentó plácidamente en el bajo muro de piedra contiguo al camino, frente a la estatua del pelícano, esperando. Con disimulo, palpó la mochila de cuero oscuro colgada a su espalda. Lo tenía todo preparado. No había nadie, estaban todos en la Ceremonia.

Por si la estuvieran observando, colocó la mano a modo de visera e hizo como si admirara el cielo que se ruborizaba al despedir al sol poniente. Los de abajo debían de pensar que le había dado por disfrutar de la vista de las Agujas. Era verdad que era su sitio favorito: ni el Palacio Lunar ni la Pirámide del Sol podían competir con semejante vista. ¡Si tan solo fuera real!

Las campanas del convento repiquetearon a lo lejos, estaban a punto de llegar. O eso esperaba. Llevaba ya un par de meses acudiendo cada día a la misma hora a ese preciso lugar y lo único que había visto eran atardeceres idénticos los unos a los otros. No tenía forma de saber cuándo ocurriría, pero sabía, a ciencia cierta, que los hechos que había visto cientos de veces en su cabeza sucederían.

Era la pieza del puzle que faltaba. Lo que haría que todo encajara.

Estiró el cuello para contemplar la Aguja más cercana, aparecerían por allí.

—¡Corre! —gritaría el bajito resoplando y el joven alto y desgarbado emergería tras él. El más pequeño sería el primero en morir; no había nada que ella pudiera hacer, el chico era torpe y se caería de bruces al suelo a la altura de la estatua del pelícano. Sería un blanco fácil para el soldado: dos tiros, uno en el muslo derecho,

otro directo al corazón. El larguirucho, gritando y llorando, se volvería hacia el cuerpo del amigo y el militar, acercándose con paso decidido, lo alcanzaría en la frente. Una única bala, moriría al instante. Nadie echaría de menos a dos Descalzos que no hacían nada de provecho. Rondaban ya la veintena y ni siquiera se habían presentado voluntarios para convertirse en soldados. Como si fuera poco, estos dos eran especialmente problemáticos, ya que habían descubierto muchos de los pasadizos de la Mina y subían y bajaban a su antojo, como si el lugar les perteneciera. Los militares habían decidido intervenir y ella había resuelto impedirlo. Cambiaría el futuro por primera vez en su vida. No es que no lo hubiera intentado antes, pero nunca con éxito. Esta vez sí, lo lograría. Más le valía conseguirlo, por ella y por sus hijas. Un escalofrío le recorrió la espalda y notó que las palmas de la mano le sudaban: ya era hora de dejar de ser una mera espectadora.

La Diosa Madre siempre le había advertido que no se podía cambiar el futuro, que el destino ya estaba escrito, pero quizás, solo quizás, su madre no quería que ella lo intentara porque, si se podía…, ¡había tantas cosas que quería modificar!

Cada vez que la muerte de los muchachos se mostraba en su mente, añadía más detalles a la escena de su cuaderno. Había llegado a contar los pasos que darían los jóvenes, cada grito, cada llanto; sabía a dónde se dirigiría el soldado, hacia dónde miraría y hacia dónde no.

—¡Corre! —se escuchó de pronto.

Aunque lo hubiera estado esperando, el grito la asustó.

¡Estaba ocurriendo! ¡Había llegado el día!

Con el corazón latiéndole acelerado, y tal y como había planeado, se agazapó tras la escultura y escuchó con atención: oyó el ruido sordo del primer chico golpeándose contra el suelo y el primer disparo llenó el aire. ¡Ahora! Estiró el brazo y, agarrando al larguirucho de su camisola desgarrada, lo atrajo hacia ella. Con la mano libre, tocó la pata del pelícano y los dos entraron en la cavidad que se abrió bajo la roca. El segundo disparo se oyó amortiguado, lejano. ¡Por la Gracia de Inti! Lo había logrado: había alterado el futuro.

La oscuridad en la cueva era completa y, en el silencio que la llenaba, la respiración agitada de los dos parecía estridente. Sofía esperó a que el joven asimilara lo que había ocurrido, no sabía cómo reaccionaría.

—¿Miki…? —sollozó él.

—Ha muerto.

El descalzo rompió a llorar y ella lo abrazó:

—Lo siento.

—Me has salvado —dijo al fin él, apartándose desconfiado—. ¿Por qué?

Sofía percibió su recelo: su vida no había sido fácil. Para la gente de Kalkahue, los Descalzos no eran más que despojos y para los de la Mina se trataban de experimentos fallidos. Decidió ser sincera o todo lo franca que se pudiera; no quería asustarlo.

—Necesito tu ayuda para esconder a mi tercera hija.

—¿Tercera? —El joven se rascó la cabeza, confundido—. Sé quién eres… Tú no tienes tres niñas, solo dos.

—En algo más de un año daré a luz y moriré justo después.

—¿Morirás?

Ella asintió.

—Si lo sabes…, ¿por qué no lo evitas?

—Llevo viendo mi muerte desde los seis años.

El joven guardó silencio.

—¿Sabes cuándo moriré yo?

El chico era valiente, no todo el mundo se atrevía a preguntar por su propia muerte. Había acertado con él, la ayudaría.

—Ibas a morir hace cinco minutos, Saúl.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—No hay muchos Descalzos que se arriesguen a elegir nombre, las Normas lo prohíben.

—Yo no nací para ser un esclavo.

Sofía sonrió y, tas abrir la mochila que llevaba a la espalda, extrajo un par de botas de cuero altas que le tendió. Él las palpó con cuidado, acariciándolas. Nunca había visto nada parecido, ni siquiera los Hijos del Sol tenían un calzado semejante. En aquel clima era suficiente con unas simples sandalias. La muchacha las había

mandado hacer especialmente para él, eran de su talla.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó cauteloso.

—Escapar con mis hijas.

Saúl abrió muchos los ojos, pero no dijo nada. Cualquier habitante de Kalkahue hubiera afirmado tajante que aquello era imposible y, sin embargo, los ojos del Descalzo brillaron con determinación.

—¿Sabes cómo?

Sofía asintió despacio.

—¿Tú no vienes?

—Mi destino ya está escrito.

—¿Y el mío no?

—Acabo de cambiarlo.

Saúl se la quedó mirando fijamente. Tras unos segundos, agarró las botas y le tendió la mano.

—Trato hecho.

# 48
# La única manera

***En la actualidad***
***Kalkahue***

—Leo Ugarte… —susurró Martina.

—No puede ser. —Negó con la cabeza él antes de salir disparado colina arriba hacia los estrechos abedules por donde había desaparecido Elba.

—¡Leo!

Martina lo siguió y estaba a punto de alcanzarlo cuando un estruendo a sus espaldas hizo que ambos se giraran. Habían ascendido unos cuantos metros y tenían una vista inmejorable del patio del convento.

¡El ejército de los Hijos del Sol había derrumbado la puerta de entrada!

Pero ¿qué demonios? ¡Se suponía que Sebastián iba a mandar a sus soldados para ayudarlas!

—¡Mis hermanas! —gritó ella, asustada. Se disponía a volver sobre sus pasos cuando su cuidadora apareció de entre los árboles y la agarró por el brazo.

—Piensa —le susurró apoyando su frente contra la de la joven—. Nosotras solas no podemos con ellos, ¡es un ejército entero! Necesitamos a la Diosa Madre.

Martina se giró hacia el patio donde el Guardián avanzaba hacia el pozo del centro. Y ¿Sebastián? ¿Dónde se había metido?

Vera y Lucía salieron a su encuentro. Miraban alrededor. Seguro que la estaban buscando.

—No puedo dejarlas solas. —Se retorció, soltándose de su institutriz.

«Elba tiene razón», pensó Leo. «Necesitamos el poder de tu

abuela».

«De nuestra abuela», pensó ella. «¿Sabrá la abuela que tiene un cuarto nieto?».

—Las Ugarte habéis traído la desgracia sobre Kalkahue —bramó la voz del Guardián en el patio—. Por eso, os condenamos a morir en la hoguera.

Martina gritó con todas sus fuerzas, pero su aullido quedó enmudecido por el trueno que resonó por todo el firmamento. El cielo se iluminó con un gran relámpago y un fuerte viento empezó a barrerlo todo: los soldados y las monjas cayeron al suelo como fichas de dominó. Martina tuvo que agarrarse al tronco de un abedul para no resbalar. Leo y Elba no tuvieron tanta suerte y se desparramaron por el suelo.

La lluvia caía con tal fuerza que casi arañaba la piel. Aquello no era una tormenta normal, parecía la ira de un dios enloquecido.

Como si las gotas de lluvia le quemaran la piel, Leo se arrastró bajo la copa de un frondoso pino, aunque, tal y como diluviaba, era en vano.

«Haz que pare», pensó asustado. Se aferraba al tronco del pino como si su vida dependiera de ello. Los colgantes lunares, convertidos en pequeñas lunas llenas brillantes y palpitantes, parecían haber cobrado vida propia y tiraban de la cadena que el chico llevaba al cuello hacia el cielo como si quisieran unirse a la fiesta.

En el patio, la lluvia también hacía estragos. La tierra se había enfangado en cuestión de segundos y el pozo expulsaba agua marrón como si fuera un géiser. La mayoría de los soldados se habían dado a la fuga, pero unos pocos, armados con escudos y lanzas de madera, resistían.

El Guardián seguía al mando.

—¡Apresadlas! —gritó—. ¿Dónde está el Marcado? ¡Encontradlo!

Los soldados corrieron al interior del convento.

¿Buscaban a Leo?

Vera colocó a Lucía a su espalda y se encaró con el Guardián; empezó a gritarle, pero era imposible entender lo que decía con aquel vendaval.

Martina tiró de los otros hacia ella y los tres se tumbaron boca abajo en el suelo enfangado. Así al menos el viento dejaría de zarandearlos. Se estaban empezando a formar riadas que arrastraban piedras, hojas y ramas a su paso. Un tallo con espinas que rodaba ladera abajo le golpeó la pierna y le arañó la piel, pero se lo arrancó sin dejar de mirar al patio.

El Guardián extrajo una especie de pañuelo del bolsillo superior de su pechera, deshizo el nudo de la tela y mostró un trozo de papel amarillento. Martina y Leo se miraron incrédulos.

¿Otra profecía?

Elba les dio un par de codazos mientras pataleaba sin control a su lado. ¿Qué demonios…? Martina vio el gran tronco afilado deslizarse cuesta abajo directamente hacia su cuidadora, apenas estaba a un metro de distancia.

—¡Nooooo! —gritó con todas sus fuerzas agitando los brazos y tanto Elba como el tronco salieron disparados hacia el extremo opuesto. La pica se partió en dos al golpear a los abedules y su institutriz quedó tendida boca abajo en un charco.

No, no, no.

La joven corrió hasta ella y le dio la vuelta con el corazón desbocado. «Elba no, por favor».

Respiraba. Estaba inconsciente, pero respiraba.

«Mierda de poderes», pensó escupiendo barro. «¿Cómo demonios voy a ayudar a mis hermanas si no sé cuándo van a funcionar?».

«Funcionan cuando estamos juntos», pensó Leo acercándose en cuclillas a través del lodazal.

¿Juntos?

Martina repasó las veces que había movido algún objeto o había oído los pensamientos de alguien… ¡Era cierto! Cuando lanzó las piedras en la Prueba, al rescatar a Vera de la Mina… ¡Leo siempre estaba allí!

Cerró los ojos y elevó las palmas con suavidad.

El cuerpo de Elba quedó suspendido en el aire.

Con la vista fija en su cuidadora y sin apenas respirar por la concentración, giró las manos con cuidado y el cuerpo quedó tendido en vertical. Expulsó todo el aire, aliviada, y se levantó sin

mover las manos. «Sujétala por este lado», pensó mientras se posicionaba en el lado opuesto.

—¿Preparado? —preguntó nerviosa.

—¿Para qué? —respondió él asustado.

—A la de tres. —Sujetó con fuerza a Elba—. No la sueltes.

—Martina…

—Uno…

—¿Y la profecía del Guardián?

—Dos…

—Tenemos que ayudarlas…

—¡Tres!

Leo cerró los ojos justo cuando Martina los impulsó a los tres hacia adelante. Avanzaron varios metros de golpe, elevándose unos cuantos palmos del suelo. Se detuvieron a media ladera, donde la riada por poco los tumba.

«Concéntrate».

Un poco más.

Los propulsó de nuevo y esta vez el progreso fue hacia arriba más que hacia adelante.

Estaban… ¿volando?

Antes de que tuviera tiempo de asimilarlo, la gravedad entró en acción y el salto se vio interrumpido de pronto. Se acercaban al suelo a demasiada velocidad. La muchacha intentó impedirlo, pero lo consiguió a medias: alteró el rumbo hacia las ramas de los abedules, que frenaron la caída mientras les rasgaban la piel.

—¿Estás bien? —preguntó poniéndose en pie de nuevo y asegurando a Elba con más fuerza.

—Tienes que subirnos más —dijo Leo negando con la cabeza, como si él mismo no estuviera de acuerdo con lo que estaba proponiendo.

Un árbol enorme, arrancado de cuajo, con sus raíces y todo, rodaba ladera abajo, arrastrándolo todo a su paso. Iba directo hacia ellos. De la impresión, Martina saltó haciendo que los tres se elevaran un par de metros, pero no fue suficiente. Pronto empezaron a descender.

—¡Sube más! ¡Más! —gritó Leo, alarmado.

Martina lo intentó con todo su ser, aunque no funcionó. Seguían bajando.

—¡Joder! ¡Joder! —Se asustó ella.

—¡Súbenos! ¡Tú puedes!

Cuando estaban a punto de tocar el suelo, una ráfaga de aire los lanzó de nuevo hacia arriba. Estaban en mitad del cielo y de la tormenta: se habían elevado hasta el ojo del huracán.

—¡Por Inti! —gritó él.

—Pero ¿qué demonios? —Martina se aferraba al cuerpo de Elba con todas sus fuerzas—. No he sido yo, no soy yo…

—Respira, tranquila —susurró Leo intentando mantener la calma.

«Tú puedes».

—¡No sé volar!

El viento los agitaba a su antojo, eran como hojas dibujando círculos involuntarios en el cielo.

«Mira, allí. El templo del Sol. Llévanos allí».

Martina dirigió toda su atención hacia la pirámide y dieron un par de tumbos en la dirección correcta. No estaba segura de si ella era o era el viento quien los impulsaba.

Por Dios, que llegaran ya.

Las gotas rabiosas contra sus rostros les impedían ver y sus cuerpos temblaban desbocados. Avanzaban a trompicones y a la chica le costaba cada vez más aferrarse a los otros dos. Sus brazos se escurrían por la lluvia y el insistente tambaleo.

Puede que no fueran más que segundos, pero se le hicieron eternos.

El aterrizaje fue mejor de lo esperado y apenas se hicieron algún que otro rasguño en las manos y las rodillas.

Empapados, agotados y temblando de arriba abajo, se refugiaron en el interior del templo. No había ningún guardia. ¿Habían ido todos al convento?

Elba balbuceó algo; estaba volviendo en sí.

—Tranquila, estás a salvo. Estamos bien.

—Vamos —contestó la cuidadora intentando incorporarse. Tenía la cara, y seguramente el cuerpo, lleno de magulladuras, pero, aun así, seguía luchando. ¡Cuánto había cambiado! ¿Cuántos años tenía?

Lucía había dicho que escapó de Kalkahue siendo más joven que Lin y habían pasado otros dieciséis años. ¡Tan solo treinta y dos! ¡No podía ser! ¡Aparentaba más de cuarenta! Martina siempre la había conocido con el pelo canoso y algo entradita en carnes y había dado por hecho que era mayor que el tío Saúl.

—No podemos detenernos ahora —ordenó Elba, levantándose al fin. Se dirigió cojeando a las escaleras de caracol.

«Tu madre podría haber inventado una profecía como hizo Vera y ahorrarnos todo esto», pensó Leo.

Martina se detuvo en seco. No era propio de Leo hablar así.

«Nuestra madre», pensó ella.

«No. No me llevó con vosotras. Me dejó aquí solo».

Le dio la mano y tiró de él. Notaba la angustia que sentía su hermano. Creía que lo habían descartado.

«¿Por qué soy un Marcado?», se preguntó, deteniéndose ante la puerta de la celda tratando de cubrirse la mejilla quemada con mechones de pelo mojado.

—¡Entrad! —los empujó Elba, nerviosa.

La celda estaba igual de vacía que cuando la había ocupado la cuidadora unas semanas atrás: la estrecha cama de paja a un lado y el ventanuco al otro. La abuela estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas. La habían despojado de su túnica de diamantes, pero, aun vestida con un hábito marrón raído, conservaba su elegancia. Era parte de su esencia: una bruja refinada y fiera.

—Me merezco lo de bruja —dijo con una sonrisa, pillándolos desprevenidos—. Siento mucho todo lo que habéis pasado. Los tres. Mi hija tan solo quería protegeros. También a ti, Elba.

La abuela ya no sonreía e incluso parecía a punto de… ¿Iba a llorar? Martina no daba crédito.

—Entonces, ¿es verdad? —preguntó con voz ronca la institutriz. Sus ojos se llenaron de lágrimas que intentó limpiar con la manga del hábito embarrado. El resultado fue que se ensució toda la cara.

—¿Qué es verdad? —quiso saber Martina.

¡No entendía nada!

—Siempre tan curiosa. —Sonrió de nuevo la abuela—. Siento no haberme acercado antes, mi niña. Vuestra madre…

—¡Esto no es una maldita reunión familiar! —gritó Elba fuera de sí ¡rascándose la cara con la culata de la pistola! ¿No se la habían quitado?

¡Seguía teniendo la puñetera arma!

—¿Sofía me engañó? —sollozó Elba—. Mi profecía… ¿era mentira?

Martina y Leo contemplaban la escena atónitos: ¿había una cuarta profecía? ¡Su madre se había dedicado a repartir profecías por todo Kalkahue como si fueran malditos caramelos! Y ¿por qué no había dicho nada hasta entonces?

—Mi hija quería lo mejor para todos, te lo juro…

—Sofía nos utilizó para salvar a… ¿A él? —preguntó señalando a Leo con su arma.

Martina se situó entre Elba y Leo. No le gustaba nada cómo lo observaba. Su mirada se había vuelto oscura. No la reconocía.

—Suelta eso, por favor —le susurró.

La Diosa Madre se levantó y se colocó frente a Elba.

—Mi hija no supo lo que te hicieron hasta que fue demasiado tarde…

—La Gran Pitonisa Sofía Ugarte —escupió rabiosa Elba—, la que salvó la vida de Saúl, la que supo que volveríamos justo ahora, ¿no pudo ver que extirparían el útero a su Bloqueadora de dieciséis años?

Martina por poco se cayó hacia atrás de la impresión. ¿Habían vaciado a Elba siendo adolescente? ¡La visión de Lin! ¿Vaciaban a todas las Bloqueadoras?

—¡22:22! —exclamó de pronto Elba apuntado con el arma a Leo—. ¡Naciste a las 22:22 de aquella noche! Es su hijo, ¿verdad? Por eso Sofía no vino con nosotros, se quedó para darlo a luz a él… ¡Son mellizos! De ahí les viene todo…

«¡Mellizos!», pensaron Martina y Leo a la vez.

—Ellos no tienen la culpa —dijo la abuela alejando a los hermanos de la Bloqueadora—. Mírame a mí, es conmigo con quien estás enfadada.

Elba se acercó tanto a la abuela que sus respectivas narices se tocaron y le colocó la pistola contra la mejilla. Martina no se atrevía a respirar. Le daba miedo moverse o decir algo y que a Elba se le

disparara el arma.

—Sofía me dijo que yo también era especial, que la Mina querría asegurarse mi descendencia… ¡Mentira! ¡Todo era mentira! ¡He cuidado de sus hijas como si fueran mías! Y ¿para qué? Todos estos años…

Se apartó de pronto de la abuela y empezó a llorar de forma incontrolada. Hipaba, gemía y sollozaba, todo a la vez.

«Atendedme», oyeron en su mente tanto Martina como Leo. La abuela les estaba hablando solo a ellos.

«Vuestra madre dio su vida para salvaros. Teníais que crecer separados para poder sobrevivir, teníais que ser capaces de controlar vuestros poderes antes de activaros el uno al otro. Leo, siempre he cuidado de ti, pero tú no podías saberlo. Si no, ellos también lo sabrían».

Martina notaba la emoción de su mellizo, se había quedado petrificado. La chica lo abrazó con fuerza y la tormenta pareció tomarse un respiro.

«Martina», siguió la abuela. «Eres tan Ugarte como tus hermanas. Nunca dudé de ti, siempre supimos de lo que serías capaz. Todo ha sido por protegeros».

Esta vez fue ella la que notó que se tragaba su propia garganta: un agujero sin fondo apareció en su lugar. Las lágrimas asomaron a sus ojos. ¿Su familia la consideraba una más?

«Los dos sois especiales, pero vuestro don puede ser peligroso si no lo dominái s, por eso tenían que pasar dieciséis años. Era la única manera que encontró vuestra madre. El plan era escapar juntos por los conductos de evacuación de la lluvia».

«¿Era?», preguntaron los mellizos.

—¿Qué les estás diciendo? —Elba apuntó a la abuela entre los ojos.

—Nada.

—¿Crees que soy idiota? ¡Ya no soy una adolescente inocente! ¡Era una niña que confiaba en vosotras! ¿Cómo pudisteis? ¡Todos estos años soñando con el hijo que me prometió Sofía!

Martina tragó saliva: ¡Ermenegildo!

Dios mío.

No había sido una broma para Elba.

—Sofía no te mintió —susurró la abuela.

Elba bajó la pistola y sus ojos se iluminaron.

—Entonces, ¿la Mina miente? ¿No me vaciaron?

—Tu hijo nació hace…

—¿Qué?

—Tienes un hijo. Cuando te vaciaron, guardaron tus óvulos y…

—¿Otra mujer ha tenido a mi hijo?

—Sofía descubrió a quién inseminaron…

—¿Otra mujer ha tenido a MI hijo?

Nadie dijo nada.

Leo apretó la mano de Martina y ella lo atrajo hacia sí. No quería que Elba reparara en él. Parecía un volcán a punto de estallar.

—¿Le dieron a MI hijo a otra? ¡MI hijo! ¡El MÍO! ¡MÍO! ¡A otra!

Entró en bucle, gritando como una posesa al aire mientras agitaba la pistola arriba y abajo. La abuela aprovechó la ocasión para alejarse unos pasos, manteniendo a sus nietos tras ella.

«Recordadlo siempre: sois dueños de vuestro destino, no todo está escrito. Os quiero».

El disparo hizo que Martina se echara al suelo empujando también a Leo.

La abuela cayó hacia un lado con las manos sobre su corazón, donde la había alcanzado la bala.

La sangre empapó el hábito en cuestión de segundos.

—No te mueras, por favor, no te mueras —susurró la chica acercándose al cuerpo moribundo de la anciana. Sostuvo su cara entre sus manos temblorosas mientras Leo presionaba la herida.

«Te lo ruego, no nos dejes», suplicó él, llorando.

A pesar de la respiración entrecortada, la abuela les sonrió a ambos.

«Os quiero. Cuidad de vuestras hermanas».

Constanza Ugarte cerró los ojos y la vida abandonó su cuerpo con un último suspiro. Detrás de ellos, Elba gritó de dolor y cayó al suelo con un golpe seco.

Con delicadeza, Leo colocó las manos de la abuela sobre el pecho ocultando el agujero de bala y a Martina se le quebró el corazón. Las lágrimas bañaban el rostro de su hermano y ella apretó la mandíbula

con todas sus fuerzas para no dejar escapar las suyas. Si empezaba a llorar, no podría parar.

—Muévete —ordenó Elba con la voz rasgada.

La Bloqueadora tenía un aspecto horrible. No era capaz de incorporarse y, temblando de los pies a la cabeza, se arrastraba por el suelo hacia ellos. Había perdido todo el color de la cara y apenas podía sujetar la pistola con la que trataba de apuntarlos. Con la mano libre, se presionaba los ojos mientras rechinaba los dientes.

—Aparta, Martina.

Ni loca.

La chica cubrió a su hermano por completo. No pensaba perderlo a él.

A Leo no.

El muchacho intentó salir de la protección de su melliza, pero ella lo retuvo con fuerza.

Elba siguió avanzando.

De pronto, el arma se le escurrió entre los dedos y quedó inconsciente sobre la fría piedra.

Fue entonces cuando se abrió la puerta.

# 49

# Elba

***Dieciséis años antes***
***Unas semanas antes de la Gran Tormenta***
***Kalkahue***

Cuando Sofía Ugarte entró a hurtadillas en plena noche por la puerta que comunicaba el salón con el jardín, la luz de las estrellas apenas iluminaba el suelo repleto de juguetes de sus dos hijas. Tropezó con el caballo de madera y, para evitar golpearse la abultada tripa donde pataleaban los mellizos contra la mesa, se apoyó con más fuerza de la que pretendía en la estantería contra la pared. El jarrón de cerámica cayó desde lo más alto y se rompió en mil pedazos.

—¡Por Quillapa! —susurró maldiciendo el estruendo.

¿Qué le diría a Elba? ¿De dónde podía venir vestida completamente de negro en mitad de la noche? No podía contarle que Saúl y ella estaban cegando las cámaras de la Mina. La pobre ni siquiera sabía lo que eran.

La casa permaneció en silencio.

No le extrañó que sus hijas siguieran durmiendo, pero ¿y la joven?

Se acercó a su habitación y, conteniendo la respiración, abrió la puerta un poco, lo justo para poder ver la cama.

Vacía.

No estaba en su habitación.

Asustada, corrió al cuarto de sus hijas y el alivio la embargó cuando las vio dormir abrazadas en la gran cuna. Por un momento había temido que Elba se hubiera enterado de que le habían extirpado el útero en la Mina y hubiera decidido vengarse. ¡Elba nunca haría algo así! Adoraba a Lucía y a Vera. Y entonces, ¿a dónde había ido?

¿Y por qué no podía desprenderse de esa angustiosa sensación

que la atormentaba a cada momento?

Era culpa.

La culpa por haber permitido que se la llevaran.

—¿Debería contárselo? —preguntó a la oscuridad.

Era lo correcto.

Tenía derecho a saber que ya no podría ser madre.

Tenía que contárselo.

Quizás estuviera con un chico. Al fin y al cabo, era una adolescente. No, Elba no. Era demasiado tímida.

Por otro lado, ¿qué sentido tenía decírselo ahora?

Ya no se podía remediar y si se enteraba, no aceptaría escapar con sus hijas, y sin Elba Saúl no las podría bloquear y los encontrarían. El plan no funcionaría sin ella. ¿Estaba anteponiendo la vida de sus hijas a la de la joven que se desvivía por ellas?

—¿Cómo puedes ser tan ruin? —volvió a preguntar al aire.

Se desvistió en su habitación y se puso el pijama. Regresó al salón, donde se sentó a esperar a Elba. Tomó su cuaderno y empezó a redactar lo que le diría. La iba a destrozar, pero se lo debía.

La joven llegó una hora más tarde y también eligió la puerta del jardín como entrada. Sofía encendió una vela y Elba pegó un brinco involuntario.

—Lo…, lo…, lo siento, señorita.

—Tranquila, no te asustes, solo quiero saber qué ha pasado para que salieras en plena noche.

Parecía a punto de llorar.

—Pe-pe-pensé que… no tardaría tanto. Lo siento mucho.

—¿A dónde has ido?

—A la Mina, señorita.

¡Por Quillapa! ¿Se lo habían dicho?

Elba se recolocó el velo, nerviosa.

—Estaba asustada, señorita.

—¿Por qué? —susurró Sofía.

—¿Se acuerda del tratamiento que me hicieron hace unas lunas?

Sofía se quedó petrificada.

—Desde entonces, no he sangrado, señorita, nunca, y quería saber si me pasaba algo, pero no se preocupe, todo está bien —dijo,

sonriendo feliz.

—¿Qué quieres decir?

—El mismísimo director de la Mina me ha explicado que… soy especial. ¡No lo digo por alardear, señorita!

—Ya sé que no. —Tragó saliva Sofía—. ¿Y qué más te ha dicho?

—Van a hacerme más pruebas, dicen que no cualquiera podría bloquear a tres Ugarte y creen que podría incluso bloquear a… —bajó mucho la voz—, a la Diosa Madre, pero ¡yo no quiero, señorita! Yo estoy bien con ustedes hasta que tenga a mi hijo.

—Respecto a eso, tengo algo que decirte…

—Ya me lo han contado. —Sonrió con la cara iluminada como una niña el día de su cumpleaños—. Será ¡un chico! Y tendrá grandes habilidades.

Sofía no entendía nada, aquello no podía ser. ¿A qué jugaba Manuel Peña?

—¿Podría preguntarle al futuro, señorita? ¿Podría decirme si tienen razón? ¿Tendré un niño?

Sofía cerró los ojos y buscó en el porvenir. Lo que vio le heló la sangre. Otra mujer tendría el niño de Elba. Habían utilizado los óvulos de Elba para inseminar a otra persona. ¡Por Inti!

—Cariño, lo que la Mina te ha dicho no…

Otra visión llegó de pronto.

Era de aquel mismo momento, solo que un poco más tarde.

Apenas unos instantes.

Elba le gritaba por haberle ocultado la verdad y, en su desesperación, la apuñalaba en el vientre.

Sofía abrió los ojos asustada y se aferró al sillón en el que estaba sentada.

—¿Qué? ¿Qué ha visto, señorita? ¿Está bien? No tiene buena cara…

—Tu hijo será muy poderoso.

Elba la abrazó emocionada y Sofía no pudo evitar que las lágrimas brotaran.

—No llore, señorita, yo nunca las abandonaré.

# 50
# La gran tormenta

***En la actualidad***
***Kalkahue***

Cuatro soldados armados accedieron a la celda. Dos apuntaron a los mellizos mientras los otros dos inyectaban una jeringuilla con un líquido transparente en el cuello de Elba, que se agitaba de forma involuntaria, inconsciente sobre el frío suelo.

El hombre trajeado entró después.

Era el desalmado de la Mina, el que ordenó que le extrajeran los óvulos a sor Agustina.

—¿Qué le estáis haciendo? —preguntó Martina.

—Un potente somnífero —explicó el hombre caminando hacia el camastro. Cojeaba ligeramente—. Ahora mismo, el poder de vuestra abuela está arrollando su cuerpo.

«Sabe que somos hermanos», pensó Leo.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

Se escuchó un pitido.

—Otro —ordenó el hombre sentándose sobre la cama, y uno de los soldados inyectó de nuevo a Elba.

¿Qué demonios le estaban suministrando?

—Es por su bien —dijo el hombre observando a Elba con evidente curiosidad—. Tan solo alguien como ella podría soportar el tremendo poder de la Diosa Madre. No creeríais que elegimos a cualquier Bloqueadora para Sofía Ugarte, ¿no? En cuanto a quién soy, vamos, ¿en serio no me reconoces?

Sonrió de forma exagerada y dos hoyuelos se marcaron en su rostro. A Martina le resultó vagamente familiar… ¡Dios mío!

—¡Señor Torres!

—¡Bravo! —exclamó él, eufórico.

—No puede ser…

—En realidad, no me llamo Torres y mi esposa no me ha abandonado…

—¿Cómo pudo engañar a Vera?

—¿Cómo crees que lo hice?

—Con una Bloqueadora —susurró Martina al entenderlo. El tío Saúl dijo que no había podido ver nada y le preguntó a Elba si había intervenido.

—¡Excelente! —Rio él—. No creímos que fuera tan fácil, nos llevamos a diez Legionarias por si acaso, pero Vera ni siquiera intentó leerme. En cuanto vio la cartera con las fotos de la comunión de mis supuestos hijos, no le hizo falta nada más. ¿Y qué me dices de que Agustina llegara justo a las 22:22? Otra gran idea. Vamos, admítelo.

Martina negaba, incrédula.

—La profecía de vuestra madre así lo quería: debíamos encontrar a Saúl justo a las 22:22, y lo cumplimos a rajatabla.

—¿Por qué?

—Pregúntaselo a ella. ¿Quién soy yo para defraudar a su audiencia? Saúl llevaba dieciséis años esperando su muerte y Elba otros tantos esperando que apareciera el traidor. No soy yo quien repartió falsas advertencias por doquier. Pero ¿qué modales son estos? Perdonad que no me haya presentado como es debido, me llamo Manuel Peña, el mismo al que tanto vuestra madre como vuestra abuela dieron por muerto hace dieciséis años. Estuve en tu parto, chico.

Leo dio un respingo.

El hombre rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta y esta vez sacó un papel doblado que empezó a extender.

—Sofía elaboró un plan meticuloso, casi perfecto, durante años. Creemos que la primera vez que supo que tendría mellizos fue a los seis años. Al menos, ahí empezó a dibujar el 22:22 en su cuaderno.

¿Con seis años? ¿Su madre había preparado todo aquello desde niña?

—Vuestra madre sabía lo supersticiosos que podían llegar a ser los Productos y lo utilizó a su favor. Prometió a cada uno lo que quería:

la paz a la Legión de los Suspiros, más poder a los Hijos del Sol, una fortaleza al Guardián, un hijo para la pobre Elba… Hubiera sido una buena madre si no la hubiéramos vaciado, ¿no crees?

Fue como un bofetón: la sangre que corría por las venas de la joven se aceleró haciendo que sus mejillas enrojecieran. Leo le dio la mano y apretó con fuerza mientras Manuel los observaba con toda su atención.

«Te está provocando, quiere que saltes».

«Al cuello le voy a saltar», pensó Martina, pero, sin embargo, se contuvo. El tacto de Leo la calmaba. Incluso la tormenta había reducido su intensidad: los rayos parecían impactar algo más lejos.

—Mi profecía es la única verdadera —dijo Manuel desdoblando varios folios.

—¿Y si te engañó a ti también? —se le escapó a ella.

—No lo creo. —Sonrió—. Esta carta la robé del cadáver de tu madre.

Leo soltó la mano de su hermana por la impresión y decenas de rayos impactaron contra el techo.

—¡Bien hecho, Martina! —Rio Manuel, encantado—. ¡Qué poderío!

¿A qué se refería aquel idiota? ¡Ella no había hecho nada!

—¿Queréis que os la lea? —Consultó su reloj de muñeca—. Habrá que hacer tiempo hasta que terminen ahí afuera. «Mamá, cuando mis hijas vuelvan, no provoques a la Mina. No hagas nada por lo que puedan encerrarte. Bajo ningún concepto puede Elba visitarte en tu celda. Si eso llegara a ocurrir, se habrá enterado de lo que le hicieron en la Mina y yo no evité, y te culpará por ello. Mamá, te matará, y todo nuestro plan habrá fracasado. Elba podría soportar tu don. No es como el resto de las Legionarias; cuando bloquea no encierra en don en su interior, ¡lo desvía! La Mina está averiguando cómo utilizarlo en su favor. Quieren despojarnos de nuestros poderes, pero, tranquila, no lo conseguirán. He descubierto cómo impedirlo: evita la tormenta. Te lo ruego, saca a mis hijos de aquí antes de que estalle la tormenta. Por favor, cuida de Leo, dile que lo quiero y que su destino está asegurado. Me he encargado de ello. Te quiero. Sofía».

A Martina se le erizó el vello de la piel. ¿Cómo que la única forma

de salvarse era evitando la tormenta que estaba en pleno apogeo? Observó la impetuosa lluvia a través del ventanuco: el cielo se iluminaba por completo cada dos segundos. Más que relámpagos, parecían fotógrafos disparando a las estrellas que se habían escondido tras las nubes, asustadas.

Intentó que la tempestad bajara de magnitud, pero no consiguió nada. No tenía ningún control sobre aquello. Se sentía como una mera espectadora. Leo le dio la mano de nuevo y la lluvia amainó ligeramente. ¿Recuperaba el control cuando él la tranquilizaba?

Manuel aplaudió encantado.

«Elba dijo que mamá te llamó Niña de la Tormenta cuando naciste», pensó Leo.

¡Cierto! Lo había olvidado, aunque seguía sin encajar… Aquello era ajeno a ella.

«Martina, puedes invocar a la tempestad», pensó él. «Nadie lo hacía desde Killari».

«Cuando levanté las piedras del suelo en la Gran Prueba fue diferente, sentí el poder…, estaba dentro de mí, estaba vivo… Esto… ¡no soy yo!»

Manuel, ajeno a su conversación, se remangó el pantalón y les mostró sus piernas deformadas y totalmente quemadas.

—Con las prisas por colocarte en una de las incubadoras mientras los rayos caían como flechas a vuestro alrededor, chico, tu abuela se olvidó de registrar los bolsillos de su difunta hija por si le había dejado algo. También se olvidó de mí, claro. Me abandonó, inconsciente, mientras las llamas lo devoraban todo.

—Ojalá te hubieras quemado entero —susurró Martina.

—Ese era el plan de tu madre —dijo Manuel rascándose las rodillas —, pero, por aquel entonces, ya me había aficionado a llevar vuestros maravillosos colgantes lunares. Les debo la vida. —Se abrió el cuello de la camisa y les mostró las pequeñas lunas. Eran idénticos a los de sus hermanas—. Los tuyos brillan más —dijo, y movió la cabeza en dirección a Leo.

Uno de los soldados se le acercó y le arrancó la cadena que llevaba al cuello de cuajo para entregársela al ejecutivo.

—¿Qué haces? —gritó Martina.

—Asegurarnos de que no intentéis nada contra nosotros, claro —sonrió—, aunque debo decir que no sois los más espabilados. ¿Por qué no le habéis quitado el arma a Elba?

¡Joder! Ni se le había pasado por la cabeza… Todo había ocurrido tan rápido. ¡No cometería ese error dos veces! Martina alzó las palmas de la mano y las armas de los soldados se elevaron, pero la violenta tos que atacó a Leo de golpe la hizo parar.

—Veo que todavía no lo entiendes, preciosa —dijo Manuel—. Fuiste tú quien lo dejó catatónico durante la Gran Prueba, no tu abuela. Por eso os separó vuestra madre, para que no mataras a tu hermanito siendo una cría. ¿Todavía no ves de lo que eres capaz? Tú le hiciste eso, preciosa —dijo señalando la cicatriz que atravesaba la mejilla de Leo—. Un rayo lo alcanzó nada más nacer.

¿Qué? ¡No era verdad!

«No es culpa tuya», pensó Leo tapándose el rostro.

«¿Lo sabías?», pensó ella, horrorizada.

Los rayos caían por doquier. Que pararan, ¡por Dios! La tempestad la ignoró y siguió arrasando con todo.

—Imagínate a tu hermano como a una antena parabólica que sintoniza cualquier poder que hay alrededor y a ti como el mando a distancia que lo ejecuta. Lo que ocurre es que, a menos que la antena esté protegida —Manuel señaló los colgantes lunares y los hizo tintinear—, puede romperse. Y por eso sé que no intentaréis nada de aquí a la Ceremonia. ¡Marchando!

Dos de los soldados levantaron a Elba y salieron por la puerta. Manuel los siguió cojeando:

—Tranquilos, no harán nada; si no, el chico muere.

Los otros dos soldados bajaron las armas y abandonaron la celda, dejándolos solos.

—¿Esta era la única manera? —le preguntó Martina al cuerpo sin vida de su abuela.

¡Siempre había alternativas! ¿No?

Estaba segura de que la abuela sabía que Elba la mataría. Su forma de hablarles lo demostraba, se había despedido de ellos.

«Se ha sacrificado por nosotros», pensó Leo arrodillándose junto a ella.

«Y mamá», pensó Martina. «Y el tío Saúl. Todos sabían que iban a morir y no dijeron nada. No hicieron nada».

Leo acariciaba el rostro de la abuela con suavidad, como si, en vez de muerta, tan solo durmiera. Martina se limpió las lágrimas que empezaban a brotar con un manotazo. Si dejaba que el dolor saliera a la superficie, no podría volver a encerrarlo.

—¿Venís? —los llamó Manuel desde las escaleras—. Que haya esperado dieciséis largos años no significa que vaya a esperar mucho más.

Fuera, la tormenta había empeorado. ¡El ruido era ensordecedor!

Descendieron las escaleras de la pirámide con cautela, intentando resguardarse de las gotas de lluvia que los golpeaban con violencia.

Al llegar abajo, los montaron en un todoterreno. El suyo no era el único vehículo que circulaba por los caminos inundados. Mirara por donde mirara, soldados de la Mina capturaban a algún Hijo del Sol o Hija de la Luna y los introducían en furgonetas. ¡Los estaban cazando como a animales! ¿Habrían escapado Vera y Lucía? Vio a unos cuantos Descalzos esconderse entre los árboles. Los soldados de la Mina no les prestaban atención. No los buscaban a ellos; querían tan solo a los Productos, a los que tenían algún poder. ¿Para despojarlos de sus habilidades? Algo así había entendido de la carta de su madre, pero ¿eso se podía hacer?

Se detuvieron frente a la estatua del pelícano y los soldados los condujeron al interior de la gruta donde otros tantos ciudadanos de Kalkahue avanzaban mojados y asustados hacia la cueva donde solían celebrar la Ceremonia.

—¡Martina! ¡Leo! —gritaron sus hermanas desde el centro de la cavidad, al lado del Prisma y de un estrado de madera que no estaba ahí la última vez que habían acudido a la Ceremonia.

Los soldados iban amontonando a los cautivos alrededor del escenario donde se alzaba una especie de altar. No había escapatoria.

—Leo —susurró Vera cuando los mellizos las alcanzaron—, nuestra madre repartió distintas profecías, todas sobre ti.

Sus hermanas observaban fijamente al muchacho, que no se atrevía a levantar la vista. Martina le dio la mano para infundirle

ánimos.

—¡Dios mío! —Se tapó la boca Lucía.

—¿Eres…? —empezó Vera, pero se le quebró la voz.

—¡Pues claro que lo es! —Rio Lucía—. ¡Pero si son iguales! ¿Cómo no lo hemos visto antes?

—¿Eres… nuestro hermano? —preguntó al fin Vera.

Leo asintió sin poder pronunciar ni una palabra y Lucía y Vera le saltaron al cuello emocionadas, riendo y llorando a la vez.

—¡Tenemos un hermano!

—¿Sois mellizos?

—¡Qué ciegas hemos estado!

—¿Lo sabe la abuela?

Martina y Leo se miraron.

—¿Qué pasa?

Vera y Lucía escudriñaron la cueva en busca de la Diosa Madre.

—¿Dónde está?

Indiferentes a la exaltación de la familia, varios soldados emplazaron la camilla con la inconsciente Elba a sus pies. Lucía se arrodilló junto a ella.

—¿Qué le han hecho?

—Elba ha… —Martina no encontraba las palabras— matado a la abuela.

Lucía ahogó un grito mientras Vera negaba en silencio.

—¿Cómo…? Elba nunca…

—Es imposible.

Martina se arrodilló junto a su cuidadora y comprobó que respiraba. Estaba ardiendo.

—Los de la Mina le extirparon el útero cuando tenía dieciséis años. Elba no lo sabía, pensaba que podría ser madre…

—¡Ermenegildo! —dijeron a la vez Vera y Lucía, comprendiendo al fin.

Los cuatro lloraron abrazados mientras la cueva se seguía llenando de soldados y ciudadanos empapados. La tormenta no daba tregua.

—La profecía de mamá era cierta —susurró Vera al fin.

—¿Cuál de ellas? —preguntó Martina, confusa.

—La que nos contó el tío Saúl antes de morir, la que decía que

alguien de la familia moriría con el tercer poder.

No eran sus hermanas las que habían corrido peligro, sino la abuela. Martina ni siquiera se había parado a pensar en ella. Hasta entonces, su familia se reducía a sus hermanas.

Ahora había perdido a una abuela.

Y había ganado un hermano. Apretó con fuerza la mano de su mellizo. A él no lo perdería. De ninguna manera.

—Bienvenidos a la última Ceremonia —anunció Manuel Peña subiendo al estrado—. Kalkahue se fundó con la tempestad de los ocho años de manos de Killari Ugarte por la muerte de su recién nacida, Inara, y hoy su descendiente, Martina Ugarte, ¡nos obsequia con la Gran Tormenta anunciada hace más de quinientos años!

Los habitantes de Kalkahue le dedicaron miradas hostiles. ¡Ella no estaba haciendo nada! Martina aprovechó la envergadura de la roca gigante que tenían enfrente para esconderse lo máximo posible de la multitud.

«¡Eso es!», pensó Leo a su lado. «¡Si toco el Prisma, tus poderes no me afectarán y podrás arrebatarles las armas!».

A Martina se le iluminó la cara.

Como si la maldita roca hubiera oído el plan, empezó a cambiar de color y a elevarse en el aire.

¡Mierda!

En un par de movimientos precisos, un par de soldados conectaron varios tubos transparentes del cuerpo de Elba a la roca flotante.

—Preparaos —anunció solemne Manuel—. El don de la Diosa Madre está preparado para ser donado. Por fin ha llegado el momento por el que hemos esperado dieciséis largos años.

# 51
# Martina

***Dieciséis años antes***
***Una hora para la Gran Tormenta***
***Kalkahue***

—Elba, llévate a mi pequeña Martina, por favor —rogó Sofía Ugarte, sudada y tumbada sobre su gran cama, entregándole a su hija recién nacida, todavía ensangrentada por el parto. La joven hizo ademán de levantarse de su lado con la niña en brazos, pero Sofía, incorporándose de pronto, la detuvo. Apoyó la frente en el diminuto cuerpo envuelto en la sábana y, llorando, le dijo que la quería más que a su propia vida.

—Mi niña de la tormenta, mi preciosa niña… —balbuceaba sin dejar de sollozar.

Elba miró extrañada hacia afuera: el cielo nocturno que se apreciaba por el gran ventanal que daba al jardín estaba tan estrellado como cada noche.

Sofía besó a su hija en la coronilla y, sin poder contener el llanto, se la confió de nuevo a la Bloqueadora, que no parecía fiarse de que esta vez fuera la definitiva. Llevaban diez minutos repitiendo la misma escena.

—El que mucho se despide tiene pocas ganas de irse —dijo Elba arropando a la recién nacida contra su pecho.

—Tenéis que iros, por favor.

—¿Está segura, señorita? Podemos quedarnos aquí…

—Mis hijas te avisarán cuando llegue el momento de volver, ¡recuérdalo!

—Pero… usted vendrá después, ¿no?

—Sí, sí, solo tardaré un par de días, hay algo que debo hacer antes.

Elba, tan confiada por lo general, no parecía del todo convencida.

—Es que no he podido avisar al señor de la Mina. Esta semana tenía otra prueba… para lo de mi hijo.

—Eres muy especial y tu hijo también lo será, pero debes tener paciencia. ¿La tendrás?

A la joven se le iluminó el rostro.

—La tendré, señorita.

—Bien. —Sonrió de forma forzada Sofía—. Bien. Ahora, vete, por favor. Necesito descansar.

—Por supuesto, señorita.

La Legionaria salió al fin con la pequeña adormilada en sus brazos.

—Perdóname, Elba, perdóname —susurró Sofía entre las lágrimas que le caían por la cara.

Extrajo de la mesilla de noche el informe de la Mina sobre su Bloqueadora.

Era una entre un millón.

Cuando le extirparon el útero, los científicos esperaban encontrárselo lleno de fibromas. Así había sido con el resto de las monjas de la Legión. El de Elba, no. Estaba sano y perfecto.

Le hicieron más test y todos ellos dieron el mismo resultado: Elba gozaba de una salud de oro acorde a sus dieciséis años.

Bloquear no la enfermaba como al resto.

Y bloqueaba nada menos que a la familia Ugarte.

La Mina había creado un equipo de investigación dedicado exclusivamente a ella: querían saber qué la diferenciaba del resto.

Cuando las monjas de la Legión bloqueaban, encerraban al don que querían coartar en su interior y la habilidad solía contraatacar enfermándolas: mareos, vómitos, dolores de cabeza… que con el tiempo evolucionaban a enfermedades autoinmunes y tumores.

Elba no parecía guardar el don en su interior, lo desviaba.

La Mina estaba estudiando cómo sacarle provecho a semejante habilidad y habían programado una prueba para el día siguiente: «Interacción entre la sujeto 123X4596 y el Prisma».

¿Qué pasaría si Elba pudiera no solo desviar los dones, sino dirigirlos a donde quisiera? A la Mina ya se le había ocurrido aquella pregunta y Sofía se había propuesto que nunca pudieran

responderla. Si fueran capaces de trasladar los dones a su antojo, los Productos no serían necesarios. Sus hijas, su madre… Ni siquiera se atrevía a pensar lo que podrían hacerles.

Se oyeron unos golpes en el cristal.

Saúl, que había estado aguardando en el jardín a oscuras, entró en la habitación por la puerta corredera y colocó una mochila sobre la cama.

—Todavía estás a tiempo de venir con nosotros.

Sofía apartó las sábanas de golpe. Con decisión, le entregó el informe a Saúl y extrajo las botas de la mochila. Intentó calzárselas, pero su abultado vientre se lo impedía. Saúl se agachó de inmediato y la ayudó.

—Vamos —dijo ella limpiándose los mocos con la manga del camisón—. Tenemos que llegar antes de las 22:22.

Apoyada en él, bajaron por el conducto privado que unía la casa con la Mina. Ya se habían ocupado de las cámaras del ascensor, por lo que no los verían llegar. Si alguno de los guardas de la sala de monitores fijara su atención en la vivienda de Sofía Ugarte, la vería descansando en el sofá.

El parto no estaba programado hasta dentro de seis días.

Llegaron al quirófano según el plan. Sofía se tumbó sobre la camilla y se quedó mirando un punto en la pared.

—Por favor, diles a mis hijas que las quiero. Tú serás lo más parecido a un padre que tendrán.

Saúl no tuvo tiempo de responder, ya que las contracciones empezaron de nuevo haciendo que la parturienta se doblara a causa del dolor. Él le dio la mano y, tal y como habían ensayado, empezó a indicarle que respirara con rapidez.

—Es la hora, te voy a donar mi poder.

—No digas tonterías, concéntrate en respirar. ¿Es normal que haya tanta sangre? —Estaba asustado.

La parte baja del camisón estaba tan empapada que había empezado a gotear sangre. Saúl corrió hasta la estantería y agarró una, dos, tres toallas, pero una vez de vuelta junto a la camilla no supo dónde ponerlas y las dejó caer al suelo para agarrarle la mano.

—Para, por favor. Los dos sabemos que moriré esta noche.

—¡Dijiste que el destino se podía cambiar! —gritó él, alejándose.

—No es esta la parte que quiero alterar. —Se abrazó el vientre con ternura—. Lo hago por él.

—¡Podemos llevárnoslo! ¡Voy a buscar a Elba!

—¡No! ¡Por favor!

—No puedo hacerlo, lo siento, no puedo hacerlo… —Saúl se dejó caer al suelo contra la pared y sollozó sobre sus rodillas.

—Acércate.

El joven siguió llorando durante un par de minutos que a Sofía se le antojaron eternos, pero no lo apremió. Tenía que ir a ella por su propio pie.

Limpiándose los ojos llorosos con la túnica, se levantó al fin y se aproximó a la camilla. Sofía se quitó el collar que llevaba puesto y se lo ofreció. Entrelazados entre sí, los colgantes lunares de sus hijas, blancos y brillantes, latían llenos de fuerza.

—Dame tus manos.

Saúl obedeció y ella las tomó entre las suyas. Colocó los colgantes sobre las palmas de él y dobló sus dedos sobre las lunas llenas.

Sofía empezó a susurrar algo para sí misma mientras él la observaba con cautela. Poco a poco, Saúl pareció relajarse hasta alcanzar una especie de estado de trance.

—Este don que te entrego os mantendrá a salvo. Lo hago para protegeros, para que puedas estar siempre un paso por delante de los que os buscarán sin descanso. Ahora, vete.

Sin ni siquiera despedirse, él le soltó la mano y, en aparente estado de hipnosis, abandonó el quirófano.

—No tienes que seguir escondiéndote, Manuel, ya puedes salir.

La puerta que daba a la sala adjunta se abrió lentamente y Manuel Peña, el responsable más joven que había tenido la Mina, salió de ella luciendo su mejor sonrisa como si fuera un niño al que hubieran pillado en una travesura.

# 52
# La primera de todas

***En la actualidad***
***Kalkahue***

Los constantes rayos habían resquebrajado la cubierta creando pequeños agujeros por donde se colaba la tormenta: los destellos de los relámpagos parecían imitar las luces de una gran discoteca y los rugidos de los truenos hicieron que la gente apilada en la gruta se encogiera. Estrechas cascadas se formaron por doquier en cuestión de segundos.

Había cuerpos mojados y doloridos por todos lados: Hijas de la Luna enredadas en el suelo, Hijos del Sol trepando por las paredes intentando escapar, Bloqueadoras rezando por las esquinas, soldados con lanzas de madera enfrentándose a militares armados con pistolas…

Un par de rayos cayeron a la vez en el techo y Vera colocó las manos en el rostro de Martina.

—Respira y haz que pare —le pidió señalando hacia arriba. Cada vez caía más agua, ya les cubría hasta las rodillas.

—¡Que no soy yo!

—Leo, ven aquí. Lucía, ponte aquí.

Entre los tres la envolvieron y empezaron a marcar las inspiraciones y exhalaciones como en una sesión de meditación. Para su sorpresa, la tormenta amainó.

¡Joder! ¿En serio la provocaba ella?

—¡Si mantenéis la calma, no os pasará nada! —dijo Manuel desde el estrado.

—Me obliga usted a sacar a colación la profecía de la Gran Pitonisa —gritó el Supremo Sacerdote Solar avanzando torpemente entre la muchedumbre.

—Llega usted tarde —respondió Manuel—. La Legión de los Suspiros, el Guardián…, todos han mostrado sus profecías y son ¡todas falsas!

El caos pareció detenerse de pronto y un murmullo incrédulo recorrió la cueva.

—¿Cómo osa? —gritó el Guardián desde el extremo opuesto—. ¡Hemos esperado dieciséis años para la Fortaleza de los Soldados de Hierro que nos prometió la Gran Pitonisa!

—Y nosotros —respondió Manuel— hemos esperado nada menos que quinientos años a que la profecía de Mailen Ugarte, fundadora de Kalkahue y Primera Gran Oráculo, se cumpliera. ¡Este vaticinio nos libera a todos! No más Ceremonias ni colgantes, ¡nada! ¡Seréis libres!

El murmullo se convirtió en tumulto.

Libres ¿cómo exactamente? ¿Y quién era Mailen? ¿La fundadora no era Killari?

—Mailen es su hija —susurró Leo—. Apenas se la nombra en el libro.

—¡La profecía es cierta! —gritó el Guardián, indignado—. ¡Todo se ha cumplido! El nacimiento del Marcado, el regreso de las Ugarte, la tormenta…

—Tormenta que fue anunciada por Mailen Ugarte hace más de quinientos años —respondió Manuel, calmado. El ejecutivo extrajo una hoja plastificada de su chaqueta, carraspeó y, comenzó a leer—: «Para las hijas de mis hijas y todas las que vendrán después, una advertencia: resguardaros de la tormenta. Mi hermana Inara nació con el don de la tempestad y lo arrasó todo sin querer, incluso a sí misma. No se puede controlar al huracán, ni a la inundación, son caóticos e impredecibles. Mi madre, la Gran Killari, portadora también de ese poderoso don, la lloró durante años, anegando Kalkahue con su pena.

»Nuestro hogar no es perfecto, pero al menos es seguro. Es por eso por lo que he alejado a la tempestad de aquí; en un mundo reducido como el nuestro no hay cabida para el caos. Ninguna de nosotras invocará a la tormenta, por ahora. Llegará el día, lejano aún, en el que regresará dividida en dos. A su madre le digo: utiliza

tu visión para separarlos y cuídate bien de que invoquen a la tormenta. Si, aun así, arribara el día en el que el cielo agujerea la tierra sin cesar y consiguen que la noche cerrada se convierta en día, no luchéis.

»Los Santos Hermanos habrán dado con la manera de prender el Prisma. No es una simple roca. Lleva dentro la vida de aquellos que murieron golpeados por los rayos, tiene alma y voluntad y, aunque todavía lo ignoren, puede ser usado para mucho más que extraerle el líquido dorado. Nada se puede hacer contra lo que ya está escrito. Con amor, Mailen Ugarte».

Los mellizos se miraron. De ahí había sacado su madre la idea de evitar la tormenta.

Como respuesta, la lluvia arreció todavía con más fuerza y nuevos orificios aparecieron en el techo. ¿Cómo demonios pudo saber una mujer que vivió hacía quinientos años que el cielo agujerearía la tierra?

—¡Para, por favor, Martina! —pidió nerviosa Vera con el agua a la altura de los muslos.

—¿Y… si no es ella? —susurró Lucía agarrándose al codo de Leo para no ser arrastrada por la corriente cada vez más vigorosa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vera ofreciéndoles un brazo para que se aferraran a él.

—La carta de Mailen menciona que la tormenta volvería dividida en dos —susurró Lucía mirando de reojo a Leo, que había cerrado los ojos como si, al no ver, todo el horror fuera a desaparecer.

Martina apretó con fuerza la mano de su mellizo y miró hacia arriba, hacia los agujeros.

«Un respiro, por favor. Un respiro».

El cielo pareció aclararse algo.

¿Era él? ¿Era Leo quien hacía que lloviera así?

—Estamos a punto de adentrarnos en una nueva era —siguió Manuel, ajeno al creciente desasosiego de los presentes— que se puede equiparar con la mismísima creación del Prisma, y una de vosotras, la primera de todas, la creadora de las Normas que os protegen y mantienen el equilibrio, lo dejó por escrito para salvaguardaros a todos: no luchéis. Estamos aquí para hacer un

trato pacífico, favorable para todas las partes.

Una nueva grieta en la bóveda hizo que se formaran más cascadas y el nivel del agua empezó a subir de forma vertiginosa. La muchedumbre se revolvió inquieta.

—¡Dejadnos salir! —gritó una Hija de la Luna con el agua por la cintura.

—¡Vamos a morir! —gritó un Hijo del Sol golpeando a un soldado armado que le devolvió el puñetazo con la culata del rifle.

—Vuestra madre —señaló Manuel a las Ugarte agitando la carta de Mailen en el aire— os separó por este trozo de papel, misiva que ha ido pasando de madre a hija sin que nosotros lo supiéramos, hasta que Sofía cometió un error fatal y nos la sirvió en bandeja muriéndose al nacer su único hijo.

Cinco rayos seguidos golpearon la bóveda y el cielo se oscureció tanto que la noche pareció regresar de repente.

Leo temblaba de los pies a la cabeza.

—Mírame, Leo —le dijo Martina obligándolo a abrir los ojos—. Nos está provocando, tú mismo lo has dicho. No lo permitas.

—Chico —lo llamó Manuel con la vista fija en él—, ¿quieres saber por qué te dejó aquí solo? ¿Por qué salvó a sus niñas abandonando a su único hijo? Eras tan pequeño e indefenso, sin nadie que te cuidara ni te quisiera.

Martina notó que le costaba mantenerse de pie. No era solo que el agua les llegara ya por las axilas: se estaba formando un remolino alrededor de ellos.

—Sofía Ugarte… —siguió Manuel—, ¿quieres saber por qué lo arriesgó todo? ¡Por los Descalzos! Logró que abriéramos las compuertas de par en par. Los mocosos podían haber huido, pero… ¡no quisieron! Sacrificó a su familia, incluida a sí misma, para salvar a… quien no quería ser salvado. Eligió a los Descalzos frente a su propio hijo.

El agua sucia que lo inundaba todo pareció cobrar vida de pronto. Ya no solo crecía a un ritmo frenético, sino que formaba corrientes invisibles que se enredaban en piernas y brazos que luchaban por mantenerse a flote.

El torbellino a los pies de Martina la aprisionó por los tobillos y por

mucho que pataleaba, no conseguía zafarse. El agua la sumergió unos segundos que se le hicieron eternos y cuando por fin consiguió salir a la superficie, tosió con violencia. Intentó quitarse el barro de los ojos para ver algo.

—¡Leo! —gritó buscándolo a ciegas—. ¿No ves que está mintiendo?

«¿Cómo lo sabes?», pensó él. «Me dejó aquí solo por algo».

«Por favor, detenlo».

«No puedo. Está dentro de mí. Mamá me abandonó porque soy peligroso. Soy la tormenta».

De pronto, la noche se hizo día.

El silencio que se había adueñado de la cueva era tan extraño que retumbaba. La tempestad había terminado como si la hubieran apagado con un interruptor.

Estaba desorientada. ¿Dónde…? ¿Cómo…?

—¡Martina!

Vera, con el rostro empapado de lágrimas, llegó a su lado.

—¿Has visto a Lucía? —preguntó asustada.

—¡Aquí! ¡Estoy aquí! —Su hermana mayor nadaba hacia ellas.

—¿Y Leo? —preguntaron las tres a la vez.

Lo vieron cuando los soldados lo subieron al estrado. Tenía varios dardos tranquilizantes en el cuello.

—Cabrones —escupió Vera—. Podían haber detenido la tormenta durmiendo a Leo mucho antes. Nos quieren heridas y asustadas. No vamos a caer en su juego, Martina, tráelo de vuelta.

La chica elevó las manos con cuidado, sin apartar la mirada de su mellizo.

Nada.

—¡Mierda! No funciona con Leo dormido, es él quien me da mis poderes… ¡Sin él no puedo levantarlo!

—¡Quema! —gritó una mujer.

—¡El agua está ardiendo! —la secundó un hombre.

¿Se estaba calentando el agua mugrienta?

El ascenso de temperatura se percibía sobre todo alrededor del cuerpo a la deriva de Elba, que parecía iluminado por un potente foco submarino. Si una persona religiosa observara la escena desde uno de los muchos agujeros del techo, bien podría haber anunciado

la aparición de la Virgen. A pesar del oleaje que se formaba por las numerosas cascadas, la superficie de agua que rodeaba a Elba era lisa, casi transparente y ardía. Su piel se estaba enrojeciendo y pequeñas ampollas empezaban a cubrir sus brazos desnudos.

A Martina se le erizó la piel de ambos brazos. Presentía la cercanía del 22:22.

Fuera lo que fuera lo que se les venía encima, ocurriría a esa hora.

# 53
# Leo

***Dieciséis años antes***
***Unos minutos antes de la Gran Tormenta***
***Kalkahue***

—Si sabías que estaba aquí, ¿por qué no has dicho nada? —preguntó Manuel Peña acercándose a la camilla.

—Por la misma razón que tú no has llamado a los guardias o que no les dijiste a los de la Mina que esperaba mellizos. Sabes que mi hijo será especial y lo quieres solo para ti.

Él rio encantado.

—¡Tu don es increíble! Por cierto, ¿cómo se te ocurre cedérselo a ese pobre diablo? Esperemos que no se muera antes de que lleguemos hasta él.

—Saúl es más fuerte de lo que crees, lo soportará.

Dejó escapar un grito, las contracciones se estaban acelerando.

—Tan lista para algunas cosas y para otras… Un don cedido es muy inestable, no podrá controlarlo y lo machacará físicamente. ¿Crees que no lo hemos intentado antes? Ningún Producto lo tolera.

Sofía respiraba con dificultad, el dolor era inaguantable. Manuel se acercó al interfono de la pared y apretó el botón.

—Parto en curso. Que baje una Bloqueadora al quirófano seis.

—En camino —respondió una voz de mujer inexpresiva. Bien podría ser un contestador automático.

Manuel le apartó el pelo sudado que se le había pegado a la frente.

—En serio, ¿cuál era tu plan? Llevas meses pirateando nuestras cámaras y ¿para qué? ¿Pensabas tenerlo sola y salir de aquí caminando?

—¿Para quién trabajas?

Él volvió a reír.

—La Gran Pitonisa, el Oráculo que todo lo conoce, ¿no sabe quién quiere llevarse a su hijo?

—¿Cuánto te han prometido? ¡Puedo darte más!

—No se traiciona a una corporación como la Mina tan solo por dinero. Tenemos planes para tu hijo.

Unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación.

—¡Adelante!

Una Bloqueadora de unos cincuenta años y vestida con hábito y velo marrón entró en el quirófano y se acercó a la camilla de forma apresurada. Manuel Peña consultó el reloj de pared.

—Prepárala, el niño nacerá a las 22:22.

—Sí, señor.

La Bloqueadora sonrió con dulzura a Sofía. Costaba reconocerla sin su túnica revestida de joyas. Cubierta como una monja común, parecía una de ellas.

—¿Este era tu plan, mi niña?

Para cuando Manuel se dio cuenta de que se trataba de la Diosa Madre, esta ya se había colado en su mente y le había paralizado el cuerpo.

—No te pases, mamá, lo necesitamos —dijo Sofía con dificultad. Su respiración era muy irregular y le ardía la piel de todo el cuerpo—. Que dé la orden, que abran las compuertas.

—¿Las compuertas? No necesitas que abran ese armatoste para que puedan huir…

—Mamá, hazlo por los niños, quiero que conozcan otra vida.

—¿Los Descalzos? Ay, hija mía, no saldrán…

—Dales la oportunidad, por favor.

Constanza negó en silencio, pero se giró hacia Manuel, que se retorció de dolor y no tardó ni un segundo en encender el radiotransmisor que llevaba colgado del cinturón.

—¡Abrid las compuertas!

—¿Señor? No estoy autorizado…

Constanza le quitó el transmisor y lo apagó.

—Tendrás que ser más convincente si no quieres vivir el resto de tus días como un vegetal al que le cuelga la baba de esa preciosa boquita tuya.

Estiró el brazo y le colocó el transmisor frente a la cara. Apretó el botón.

—Soldado, si no abrimos las compuertas, el sistema colapsará. Está todo hablado con mantenimiento desde hace semanas. ¿No lee los informes que les envío?

—Pero, señor, no está permitido…

—¡Que las abras, joder!

Apretó el botón de nuevo y el transmisor se apagó. Manuel ni siquiera pudo pedir clemencia. Cayó desmayado al suelo, donde su cuerpo inerte dio tumbos de un lado a otro hasta que al fin dejó de moverse.

Constanza se acercó a su hija y le levantó el camisón: había demasiada sangre.

—¿No había otra forma? —dijo tragándose las lágrimas—. Podrías haberme pedido ayuda…

—¡Y lo hice! ¿Cómo si no sabías que me encontrarías aquí? ¿En serio creíste que Elba encontró la profecía en el cubo de la basura por casualidad?

Su madre sonrió a su pesar hasta que un gemido de Sofía la llevó de vuelta a la realidad.

—Tenemos que llamar a una Bloqueadora. Sabes lo peligrosos que son los partos sin supervisión.

—Mamá, siento mucho que tengas que pasar por esto, pero necesito que salves a mi hijo y lo escondas en las incubadoras. Nadie más que tú puede saber que es mío. ¡Nadie!

—¿Me estás pidiendo que te deje morir para salvarlo a él?

—Eres la única que puede hacerlo.

Constanza gritó como un animal herido.

—¡Eres mi hija!

Sofía empezó a sufrir espasmos y su madre la abrazó con fuerza.

—Tranquila, cariño, tranquila.

—Duele mucho…

Constanza, con lágrimas cayéndole por el rostro, empezó a susurrar algo inteligible y el cuerpo de su hija comenzó a relajarse poco a poco.

—Por favor, Sofía, todavía estás a tiempo, ¡mira en el futuro!

¡Busca otra salida!

—Mamá, te quiero.

—Te lo ruego, no te rindas, ¡dime cómo ayudarte!

—Leo y Martina no pueden estar juntos. Al menos no hasta que crezcan y puedan controlarlo.

—No hables, tranquila, concéntrate en respirar y ¡pregunta al futuro! ¡Por Quillapa!

—No puedo, se lo he cedido a Saúl.

La Diosa Madre se tapó la boca con las manos para ahogar un grito.

—Pero ¿qué has hecho? —Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Lo usará para proteger a mis hijas. Así no las encontrarán hasta que llegue el momento.

—¡El don se rebelará contra él y lo aniquilará como a un parásito! Por eso la Mina no nos mata…

—No si es cedido… ¡Aaaah! —Sofía se agarró el vientre con ambas manos—. Mamá, escucha, ya viene. No creo que haya habido nunca alguien como ellos.

—¿Ni siquiera Killari? —se sorprendió.

El cuerpo de Sofía comenzó a temblar con fuerza.

—Ni siquiera tú —susurró su hija.

Constanza se quedó inmóvil.

—Mamá, hay algo más, sé a quién inseminaron con …

—Si son tan poderosos, ¿cómo se te ocurre mandar a las niñas con tan solo una Bloqueadora y un Descalzo no mucho mayor? ¡Llévate a Rufina!

—Tiene que ser Elba —susurró Sofía respirando con dificultad.

—Rufina nos ayudará…

Sofía no pudo continuar, una tos repentina la atacó de pronto.

—Ya viene, cariño, veo su cabeza, ¡respira!

Constanza nunca había ejercido de matrona, aunque había presenciado numerosos partos. Era al nacer cuando los ciudadanos de Kalkahue mostraban la intensidad de su poder. Las novicias decían que se encargaban de partos dobles: el del niño o niña, por un lado, y el de la habilidad que los acompañaba, por otro. Por eso las Normas obligaban a que varias Bloqueadoras estuvieran

presentes. Si no, la madre se quedaba indefensa ante la explosión de poder del recién nacido.

La camilla empezó a temblar y el aire del quirófano se volvió sofocante. ¿Qué clase de don era aquel? Sofía gritó de dolor y agarró a su madre del brazo.

—¡Escúchame! ¡No tenemos tiempo! Cuando estén juntos, Martina podrá imitar cualquier don que se utilice ante ella: si alguien cura, podrá curar; si alguien lee la mente, ella también podrá…

—Por favor, ¡para! ¡Ya viene! ¡Prepárate!

—Y no solo los poderes femeninos, mamá. Si alguien vuela, ella podrá volar; si alguien lanza un objeto…

—¡Imposible! —negó incrédula.

—Mamá, dile a Elba que lo siento, dile que tiene un hijo… ¡Aaaahhh!

—Tranquila, cariño, tú solo respira…

—Dile que no pude…

La espalda de Sofía se arqueó de forma violenta y su madre tuvo que agarrarla para que no se cayera de la camilla.

El suelo empezó a temblar y un par de estallidos golpearon el techo. Constanza se tambaleó y cayó de rodillas. Intentó incorporarse, pero una nueva descarga la lanzó contra la pared. La camilla salió disparada en dirección contraria.

—¡Sofía! —gritó su madre consiguiendo levantarse al fin. Su hábito estaba empapado por el agua sucia y furibunda que se colaba por debajo de la puerta. Estaban bajo tierra, ¿cómo demonios había entrado el agua hasta allí? ¡Que Quillapa las tuviera en su gloria!

—Mamá… —Sofía se aferró con fuerza a las barras laterales—, asegúrate de que Leo tenga una buena vida, pero no te acerques a él. ¡Cuídalo, pero sin que lo descubran!

Una nueva sacudida arrojó a la Diosa Madre contra la pared.

—¿Todo esto es por las compuertas?

—No es la Mina, es Leo. —La camilla empezó a vibrar de forma violenta mientras el techo parecía recibir latigazos de acero—. Que aprenda a leer y a cabalgar y… no permitas que le hagan daño… Y dile que le di un nombre, dile que se llama Leo… Mamá, protégete, la tormenta ya está aquí.

# 54
# Libre

***En la actualidad***
***Kalkahue***

Los soldados subieron a la inconsciente Elba al estrado y la colocaron en el altar dispuesto en el centro. A Leo lo habían dejado en una esquina del escenario, olvidado, todavía con el dardo tranquilizante clavado en el cuello. A Elba, sin embargo, la rodearon y comenzaron a atarla de pies y manos al altar. Le conectaron multitud de cánulas a los brazos, la cabeza, el estómago… La estaban enlazando al Prisma.

¿Qué iban a hacerle?

—¡Dejadla en paz! —gritó Martina con todas sus fuerzas, y en el vacío que quedó tras la tormenta, su voz reverberó por toda la cueva.

—No le va a pasar nada —dijo Manuel Peña—. Llevamos mucho tiempo esperando esto, nadie tiene por qué salir herido hoy.

Hizo un gesto con la mano y un soldado le inyectó algo en el cuello a Elba; su espalda se arqueó de forma exagerada. Su cuidadora gritó de dolor mientras su cuerpo brincaba, se estiraba y se contraía, todo a la vez, como una muñeca de trapo a la que le estuvieran haciendo vudú. Si no fuera por las cuerdas que la unían al altar, se habría caído al agua. Los tubos que le salían de todas partes botaban en todas direcciones haciendo que pareciera una marioneta enloquecida.

—¡Quema! —Despertó de pronto. Lloró moviendo la cabeza de un lado a otro. Su piel estaba cubierta de ampollas y sus ojos totalmente en blanco. ¿No veía?—. ¡Duele! ¡Duele mucho!

Un hilillo de sangre empezó a brotar por sus oídos.

—¡Dejadla! —pidieron Martina y sus hermanas. Tan solo mirarla

encogía el alma—. ¡Parad!

—Puedes terminar con esta agonía —le dijo Manuel a Elba—. Tan solo tienes que expulsar el don de tu interior.

Ella empezó a toser de forma brusca y echó espuma por la boca.

¡Le estaba dando un ataque!

—¡Expúlsalo!

—¡Quítamelo! ¡Quítamelo! ¡Duele!

—¡Lánzalo! ¡Arrójalo lejos!

De pronto, Elba gritó con todas sus fuerzas como si la estuvieran destripando. Martina y sus hermanas no pudieron contener el llanto.

Cuando el grito cesó, su cuerpo inerte quedó tendido en el altar.

¿Había… muerto?

Tan solo se escuchaba el constante goteo del agua que caía de los boquetes de la cubierta.

Un destello iluminó la cueva.

Provenía de Elba.

El centelleo emanaba de su cuerpo y pasó veloz a los tubos, que se llenaron de luz.

De luz pura.

Viva.

No se trataba del líquido amarillento que solían extraer del Prisma, sino de luz crepitante. Energía intensa, potente, chisporroteante, que alcanzó la roca suspendida en cuestión de segundos y la transformó.

El Prisma se elevó hasta casi rozar el techo y su tamaño se duplicó. Su brillo era tan intenso que Martina tuvo que entrecerrar los ojos para observarla. Ya no era una luna palpitante, sino un pequeño sol radiante. Convirtió la noche cerrada en día en cuestión de segundos.

Mierda.

—Tal y como escribió Mailen Ugarte —susurró Martina.

—No puede ser —negaba Vera—. Mamá lo dejó todo preparado, esta puta tormenta no puede ser nuestro final. Mailen tiene que estar equivocada.

—¿Por eso escondió mamá la carta? —preguntó Lucía.

—Eso es—sentenció Vera—. Mamá no quería que nos rindiéramos y no lo haremos. Preparaos.

Apretó las manos de sus hermanas por debajo del agua sucia y Martina se irguió para intentar infundirse valor. Sin Leo, ¿qué podía hacer ella?

—¡Funciona! —gritó Manuel eufórico con varios dedos sobre el cuello de la Bloqueadora—. ¿Estás bien?

Ayudó a incorporarse a una Elba desorientada, pero, por lo demás, ¡ilesa! Las ampollas, la sangre… habían desaparecido por arte de magia.

—¿Ves? —siguió él sentándose a su lado—. Te dijimos que eras especial. Nosotros no te mentimos. Fue Sofía la que te utilizó para salvar a sus hijos. Fue ella quien nos pidió que fueras su única Bloqueadora sabiendo lo que eso supondría. ¿Nos ayudarás?

Elba carraspeó antes de hablar.

—Quiero a mi hijo.

—¡Por supuesto! Él…

—Mi hijo —repitió—. Mío. Quiero ser yo quien lo tenga.

Manuel tardó un segundo en reaccionar.

—Claro que sí, lo podemos arreglar, pero antes… —Se levantó y se dirigió a los habitantes de Kalkahue desperdigados por la superficie del agua—: Podéis donar vuestro poder aquí y ahora y marcharos sanos y salvos o morir. Es vuestra elección.

Donarlo, ¿cómo?

La gente se revolvió inquieta.

Algunos negaban y se alejaban como podían del estrado, pero otros se fueron acercando. Los soldados ayudaron a subir a un hombre y dos mujeres.

—¡No os fieis! —gritó un Hijo del Sol que se aferraba a una roca para no hundirse.

—Adelante —le dijo Manuel al soldado a su izquierda.

El militar disparó en plena frente al Hijo del Sol. Un orificio insignificante, apenas visible, del que ni siquiera salió sangre y que, sin embargo, lo mató al instante.

Su cadáver empezó a sumergirse y la gente de su alrededor se alejó nadando histérica.

—¡AAAAHHHH! ¡Quema! —gritó el soldado que había disparado retorciéndose sobre el estrado. Un hilillo de líquido viscoso, oscuro,

brotó de su nariz y el hombre cayó de rodillas—. ¡Duele!

—¿Veis? —siguió Manuel como si fuera un profesor dando una lección a sus alumnos—. Esto es lo que pasa cuando se termina con el huésped de forma brusca y se roba el don. Producto y habilidad desperdiciados. No queremos esto.

El soldado se golpeó la cabeza contra la tarima una, dos, tres veces. Si no fuera por el casco, se la habría abierto como un melón.

—Podrían dormirlo… —susurró Lucía.

El militar empezó a morderse a sí mismo y a Martina le pareció que ¡se arrancaba un dedo y lo escupía! Sus compañeros apartaron la mirada, pero nadie hizo nada. Si terminaban con su agonía, serían ellos los que tuvieran que hacer frente al poder robado.

Para alivio de todos, el hombre se tiró al agua sucia y se sumergió de lleno. No luchó por salir a la superficie y el peso de su equipo militar le sirvió de lastre.

—Elba —dijo Manuel—. Reclama sus dones.

La cuidadora dudó.

—Eres mucho más poderosa que todos ellos, has transformado el don de la Diosa Madre, nadie en el mundo entero es capaz de conseguirlo. ¡Reclama lo que te pertenece!

Elba negó con la cabeza.

¡No estaba todo perdido!

—¡No lo hagas! —gritó Martina, esperanzada.

Elba dio un respingo y buscó aquella voz con la mirada. Observó a las hermanas Ugarte sorprendida, como si no supiera qué hacían allí, cubiertas hasta el pecho de agua mugrienta y humeante.

—Las hijas de Sofía —comentó Manuel—. Las preciosas niñas que tú has cuidado toda tu vida, lejos de tu propio hijo, que ha crecido aquí solo. La Oráculo que todo lo veía te quitó lo que más querías para protegerlas a ellas.

El gesto de la Bloqueadora se oscureció.

—¿No has esperado bastante ya? —siguió él, apoyando las manos sobre sus hombros. La colocó frente a los voluntarios que habían subido al estrado—. Reclama sus dones, te pertenecen.

—¡Dádmelos! —gritó de pronto Elba.

Su voz mutó, no parecía ella…, ni siquiera parecía humana. No la

reconocía.

Martina se estremeció, aquella mujer había dejado de ser su cuidadora. Algo en ella había cambiado. No eran solo las pupilas exageradamente dilatadas o sus manos como garras. Era toda ella. Se había convertido en… un depredador.

—¡Tómalo!

—¡Es tuyo!

Gritaron el hombre y una de las mujeres arrodillándose frente a ella, pero la segunda mujer, una de las Legionarias, dio un paso atrás. ¿Se había arrepentido?

—Reclama lo que es tuyo —susurró Manuel, ofreciéndole una daga a Elba.

¿Qué pretendía…?

En un abrir y cerrar de ojos, Elba tomó la daga y se la clavó en el estómago a la monja, que cayó de rodillas sobre el estrado. Pasó sobre el cuerpo ignorando cómo se retorcía de dolor y las buscó a ellas de nuevo. Ya no había sorpresa en su mirada, ni siquiera reconocimiento, tan solo odio. Martina notó cómo se le helaba la sangre.

Elba dio un par de pasos tambaleantes hacia atrás y un hilillo de sangre brotó de su nariz. Manuel se apresuró a entregarle un pañuelo de tela para que se limpiara.

—La ha matado para absorber su poder —susurró Vera sin apenas mover los labios.

—Dios mío —se estremeció Lucía.

—Tenemos que sacar a Leo de allí —murmuró Martina sin dirigir la mirada hacia el estrado donde su hermano seguía tirado en el suelo, olvidado. Si lo veía…

Las tres Ugarte permanecieron quietas como estatuas, conscientes de que todo pendía de un hilo.

Martina buscó una salida desesperada. Recorrió cada roca de la maldita cueva en busca de la solución y su mirada se cruzó con la de Sebastián en el extremo opuesto. Ojalá pudiera usar la telepatía en ese momento. Miró a Sebastián primero y a Leo después. Lo hizo varias veces con la esperanza de que el chico lo entendiera, pero este se sumergió sin más.

Mierda.

¿Qué iban a hacer? Las verían si nadaban hacia el estrado, estaban enfrente.

—Mirad —susurró Lucía.

Sebastián había emergido justo donde yacía Leo y con sigilo lo estaba empujando hacia el agua. Los soldados no se dieron cuenta. Todos los ojos seguían fijos en Elba y en las pequeñas bolas de luz que subían por los tubos. Había obtenido los poderes de los tres que habían subido al estrado.

Sebastián sujetó a Leo contra su pecho y, de espaldas, nadó hacia unas rocas puntiagudas que se alzaban tras el estrado.

—Vamos —susurró Martina, e intentando no atraer atención, nadó hacia el mismo lugar. Sus hermanas la siguieron.

Una vez tras la roca, la muchacha saltó sobre Sebastián y lo abrazó con todas fuerzas mientras sus hermanas sujetaban a Leo.

—¿Te alegras de verme, Martina Ugarte?

Lucía le quitó el dardo a Leo y empezó a masajearle las mejillas para que despertara.

—¡Espera! —Vera la agarró por la muñeca—. En cuanto lo despiertes, la tormenta volverá. Sebas, ¿puedes subirnos ahí arriba sin que nos vean?

Su hermana señalaba hacia uno de los pasadizos, puede que fuera en el que Martina y Leo habían espiado la Ceremonia hacía no tanto, aunque parecía que hubiera pasado una eternidad.

—La duda ofende. —Sonrió él con esa cara de pillo que tanto le había llegado a gustar a Martina y la rodeó por la cintura.

Aunque nada le hubiera gustado más que salir volando con él de allí, lo apartó con delicadeza.

—Súbelas primero a ellas, no vaya a despertarse Leo con el movimiento; vamos, id.

—Bien —aceptó Vera colocándose a un lado de Sebastián—. Date prisa, Lucía, no tenemos todo el día.

—Luego volverás a por ellos, ¿verdad? —se aseguró la mayor de las hermanas.

—¿Crees que dejaría aquí sola a mi prometida?

Sebastián se inclinó hacia Martina y le dio un beso fugaz en los

labios.

Dios, esa sonrisa.

Antes de que la chica se hubiera recuperado, ya habían despegado.

Martina lanzó una mirada furtiva al estrado. Las bolitas de luz seguían ascendiendo por los tubos hacia el Prisma y unos cuantos cuerpos se amontonaban sobre el escenario. ¿Los que se negaban a ceder su don? Varios soldados empujaron los cadáveres al agua como si fueran bultos sin importancia en vez de personas.

—Esto no es lo que mamá hubiera querido —susurró.

Su madre se había sacrificado no solo por ellas, sino también por los Descalzos.

Quizás no solo hubieran vuelto a por Leo.

Puede que Sofía quisiera que terminaran con todo aquello.

Lo había preparado todo desde que tenía seis años. Era un plan meticuloso. Había ido colocando cada pieza como en un puzle gigantesco.

¿Todo se había ido a la mierda porque Manuel Peña había encontrado una carta en la que decía que evitaran la tormenta?

¡No tenía sentido!

El tío Saúl le dijo que ella era libre.

Libre.

—Despierta, Leo. Vamos, te necesito.

El chico volvió en sí poco a poco y al principio todo fue bien.

—Tenemos que ayudarlos —señaló ella, y en cuanto el cerebro adormecido de su hermano comprendió lo que ocurría en el estrado, la oscuridad volvió a engullirlo todo menos al Prisma, que seguía centelleando en lo alto, bailando al son del viento que se había levantado de pronto.

En el otro lado de la caverna, se empezó a levantar oleaje y la gente se removió nerviosa.

—Tranquilo, tranquilo —le pidió Martina.

«Está dentro de mí. Yo soy la tormenta. No puedo pararla».

Una ola demasiado grande comenzó a tomar forma en el otro extremo. Se oyeron gritos por todas partes y algún que otro disparo.

—Leo, mamá quería que acabáramos con esto.

Él puso cara de pánico.

—¿Cómo lo sabes?

—¡La abuela nos dijo que nuestro destino no estaba escrito! Y la carta no tiene sentido y…

La creciente cercanía de la ola gigantesca que arrasaba con todos a su paso y no tardaría en alcanzarlos no la ayudaba a expresarse con claridad.

Sebastián descendió de pronto y abrazó por la espalda a Martina.

—Pero ¿qué haces? ¡Sube!

Mierda. Ya no le daba tiempo. Había bajado a por ellos y se había quedado atrapado.

—Nos vemos al otro lado. —Le sonrió aferrándose a ella con determinación y respirando lo más hondo que podía.

Martina se abrazó a Leo.

Fue como adentrarse en el ciclo de centrifugado de una lavadora. En la primera vuelta, Martina perdió a Leo, en la segunda, se despegó de Sebastián.

«Leo, detén esto».

«No puedo».

«Claro que puedes».

Tras cuatro vueltas seguidas, Martina no sabía si estaban hacia arriba o hacia abajo.

Se obligó a parar.

Abrió los ojos bajo el agua y el brillo del Prisma la guio. Pensó en Sebastián, y con un movimiento controlado de manos, lo condujo hacia la superficie. Después, se impulsó a sí misma y a su hermano. Sacaron la cabeza del agua y respiraron con todas sus fuerzas. Leo sangraba por la nariz. Había usado el poder sin que Leo tocara el Prisma.

«¡Lo siento!».

Aquello era un caos. No había abajo o arriba, derecha o izquierda. Todo era lluvia, viento, rayo.

Vió a Sebastián asido a uno de los salientes de la roca, él al menos estaba a salvo.

«No puedo controlarlo», pensó Leo. «Deja que me ahogue u os mataré a todas».

Leo se sumergió y Martina lo imitó.

«¿No ves que soy la tormenta? ¡Déjame!».

«Nunca».

Martina notaba cómo le ardían los pulmones, pero si Leo no salía, tampoco lo haría ella. No pensaba dejarlo solo.

«¡Martina!».

«Nunca te dejaré».

El brillo del Prisma iluminaba incluso el fondo cenagoso, chisporroteaba como si cientos de rayos bailaran en su interior.

«¡Allí! ¡Están allí!», pensó Lucía nadando en vertical hacia ellos.

Iba de la mano de Vera.

¡Habían saltado! ¡Sus hermanas habían saltado desde la gruta en las que se habían resguardado por ellos! Cuando los alcanzaron, Martina las abrazó con toda su alma. ¿Cómo había podido dudar de ellas? Vera la sujetó con fuerza y Lucía se aferró a Leo.

«Estamos juntos en esto», pensó Lucía.

«¡No! ¡No podéis! Martina, ¡sácalas de aquí!».

Las tres negaron a la vez.

Leo empezó a subir hacia la superficie y sus hermanas lo siguieron aliviadas. Una vez fuera, alcanzaron la roca puntiaguda que sobresalía un par de metros. Martina le dio la mano a Leo y mantuvo a los cuatro a flote. Lucía abrazaba a su hermano para que la habilidad de su melliza no le afectara. La tormenta amainó algo. Tras ellos se oían gritos y lamentos. ¿Cuántos se habrían ahogado ya? Martina alejó ese pensamiento y se dirigió a su hermano.

—¿Te acuerdas de lo que nos dijo la abuela antes de morir? ¡Que el destino no está escrito! Sea lo que sea, ¡podemos cambiarlo!

Leo se quedó pensativo y su rostro fue mudando de expresión.

—En la carta que Manuel Peña robó a mamá… decía que había asegurado mi destino… Es lo contrario que nos dijo la abuela…

La lluvia rebajó aún más su intensidad y las olas menguaron.

—¿Mamá mintió? —susurró Leo reflexivo—. ¡Mamá quería la tormenta! Escribió que mi destino estaba asegurado y ¡era mentira!

—¿Para qué querría mamá esto? —preguntó con delicadeza Lucía.

Vera miró alrededor y se detuvo en el Prisma. Estaba enorme.

—Por eso —dijo señalándolo—. Parece a punto de explotar y los soldados llevan cascos…

—¡Metálicos! —gritó entendiéndolo Martina.

El rostro de Leo se iluminó.

Lentamente, el chico elevó las palmas hacia arriba y fue el primer sorprendido cuando su cuerpo empezó a brillar imitando el destello del Prisma. Leo dejó que la electricidad lo recorriera entero. Sus hermanas también lo notaron: se les erizó el vello y sus cabellos cobraron vida. Los mechones mojados se alzaban hacia el Prisma, bailando. Leo se concentró en sus melenas ascendentes, su movimiento hipnótico lo guiaba.

Tenía una familia.

Una familia que lo quería.

No lo habían abandonado.

Habían vuelto a por él.

Llamó primero a la lluvia y esta acudió en forma de miles de gotas diminutas.

Suaves esta vez.

Llamó después al viento, que hizo que el Prisma se balanceara a su ritmo.

Por último, invocó a los rayos.

Como cada día de su vida, Martina no tuvo que mirar el reloj para saber que la cuenta atrás había terminado.

Leo tampoco.

A las 22:22, ni un segundo antes ni uno después, el chico dirigió toda la energía acumulada hacia la roca flotante. El estallido fue estremecedor. La ira de mil rayos golpeando una piedra viva, repleta de almas condenadas. Martina nunca supo si los gritos que le helaron la sangre fueron de los muertos o de los vivos. Cuando rodearon la roca puntiaguda que los protegía, olía a quemado y los cuerpos uniformados flotaban boca abajo. El estrado había volado por los aires y no había ni rastro de Manuel Peña o de Elba. El nivel del agua descendía con rapidez, ya que el muro norte de la cueva se había derrumbado y de entre los escombros, se vislumbraba un sendero que bajaba hacia el valle.

Eran las 22:23.

# 55
# Los Descalzos

***Dieciséis años antes***
***Unos minutos antes de la Gran Tormenta***
***Kalkahue***

—¡Vámonos! Aquí no pasa nada —dijo un niño pecoso y harapiento de doce años al que sus amigos llamaban Yan.

—Yo me quedo —contestó decidida la niña de pelo muy corto.

La llamaban Nura, tenía trece años y era la mayor del grupo. El resto de los niños, unos veinte en total, los observaban en silencio, acurrucados contra las húmedas paredes de la gruta. Estaba muy oscuro y a las velas que habían llevado les quedaba poco para consumirse.

—¿Hasta cuándo vamos a esperar? —insistió Yan—. ¡Llevamos horas! ¡Si seguimos aquí, los de la Mina nos encontrarán!

Se levantó de un salto y tiró de sus dos amigos. El trío empezó a alejarse y el resto comenzó a inquietarse.

—¡Ya era hora! —susurró para sí Nura.

Era la señal que había estado esperando.

—Volved —los llamó levantándose y destapando varias cajas de cartón que había mantenido escondidas en una esquina—. Tomad, hay para todos.

Los niños se abalanzaron sobre las mochilas como hienas sobre un animal moribundo.

—¡Zapatos! —gritó uno.

—¡Y comida! —gritó otra—. ¡Comida rica!

—¿Qué es esto? —preguntó el niño pecoso sujetando un billete en las manos.

—Eso se llama dinero y es necesario para sobrevivir fuera —explicó Nura.

Sofía Ugarte había sido muy clara: «Espera hasta que el trío de amigos se aleje, entonces, explícaselo todo». La Oráculo había organizado hasta el último detalle y Saúl llevaba meses adiestrándola para que no se le olvidara nada.

Esperaba hacerlo bien.

—Escuchadme, nos marcharemos en grupos. A medida que os vaya llamando, acercaos, tomad vuestro sobre y poneos aquí. ¡Gumi, Yan y *Kimchi*!

El trío de amigos liderado por el pecoso se acercó y se quedó mirando con la boca abierta el sobre que les tendía.

—¿Qué pone ahí? —preguntó Gumi.

—¡Son nuestros nombres! —le respondió Yan dándole una colleja.

Nura sintió un agujero en el estómago. Se suponía que todos habían aprendido a leer. ¡El plan dependía de ello!

—Sabéis leer, ¿no? —preguntó.

—Un poco —contestó el pecoso enrojeciendo.

Tenía que comprobarlo. Nura abrió el sobre y extrajo los papeles de su interior. Señaló la segunda línea.

—Lee.

Gumi y *Kimchi* no se atrevieron a levantar la vista. Yan, sin embargo, tomó los papeles y tras unos segundos con el ceño fruncido dijo:

—Familia de acogida: Gutiérrez.

—Bien.

Nura respiró aliviada y siguió repartiendo sobres a los grupos. Cuando llegó al último, vio su propio nombre junto al de Lea y se le encogió el corazón. Su amiga no había venido. Tenía miedo. Saúl les había contado lo que les harían los de la Mina si se quedaban, pero Lea había preferido esconderse en el bosque tras el convento; decía que allí nunca la encontrarían. Decía que evitaría los ojos de cristal y así se mantendría a salvo.

De pronto, la compuerta metálica empezó a pitar.

—¿Qué es eso?

—¿Nos han descubierto?

—¡Socorro!

Los niños gritaban y corrían como locos tropezando unos con otros

en la estrecha gruta. Nura silbó con fuerza y los hizo callar.

—Es la hora. ¡En fila!

El grupo se colocó tal y como les había indicado y, nerviosos, observaron cómo se elevaba el enorme portón oxidado.

—Encended las linternas, ¡ahora! —ordenó Nura—. ¡La linterna, Gumi, no te comas el bocadillo!

Gumi se ganó otra colleja de Yan y, tras varios segundos más, todos dirigieron sus haces de luz hacia la oscura cavidad que se había abierto en la gruta.

A la derecha, delimitado por una barandilla a un lado y por la pared por el otro, se apreciaba el camino que los sacaría de Kalkahue. Yan y su grupo se dirigieron hacia allí con paso vacilante.

—¡Buena suerte! —les deseó Nura sin poder contener la emoción —. ¡Vamos, los siguientes!

Los grupos fueron saliendo poco a poco hasta que se quedó sola en la gruta.

Observó su sobre: Nura y Lea. Tan solo en eso se había equivocado Sofía. Ella tendría que arreglárselas sola. Se colocó una mochila a la espalda, la otra en el pecho y, encendiendo su linterna, echó a andar.

—¡Espérame!

Era Lea corriendo a oscuras por el pasadizo.

Nura pegó un brinco y corrió al encuentro de su amiga. Se abrazaron como si no se hubieran visto en una eternidad y las dos lloraron de alivio. Ya no tendrían que seguir solas.

Abrazadas, salieron de Kalkahue sin mirar atrás.

# 56
# Epílogo

***En la actualidad***
***En algún lugar del amplio mundo***

—¡Id a un hotel! —interrumpió Vera lanzándoles una camiseta mojada a la cara. Sebastián y Martina se separaron de golpe y, al tener las piernas enredadas el uno sobre el otro, por poco se caen de las sillas de *camping* donde llevaban un buen rato besándose.

—¿Qué hay de cena? —bromeó él, y Vera le lanzó un pantalón vaquero empapado esta vez.

—Tú, ¡a colgar la ropa! —Lo señaló—. Tú, ¡conmigo!

A ninguno de los dos se les ocurrió discutir e hicieron como se les había ordenado. Él se alejó hacia el área de tender y ella siguió a su hermana hacia la escuela improvisada que habían montado.

—¿De qué país es capital Londres? —preguntó Lucía a un grupo de cuatro niños que iban desde los seis hasta los diez años.

—¡Europa! —respondió con la mano levantada Gaia.

—¡Eso no es un país! —Rio una niña de pelo muy corto atándose con esmero los cordones de sus zapatillas blancas. Las llevaba impolutas.

—¡Cállate, Ascensor!

—¿Qué dijimos sobre nuestros antiguos nombres, Gaia? —intentó pacificar al grupo Lucía.

—Que ahora Ascensor se llama Andrea, pero es que Ascensor siempre se ríe de mí.

Vera siguió andando y rodearon la carpa de los animales. Los rugidos de los leones llegaban amortiguados al otro lado de la espesa tela blanca y roja.

—¡Abrimos con vuestro espectáculo, guapas! —les gritó un hombre vestido de domador que salía de la tienda.

—¡Pues súbenos el sueldo, guapo! —Sonrió coqueta Vera y siguió caminando sin detenerse.

—¡Por ti lo que quieras! —dijo el hombre admirándola, y las dos hermanas sonrieron dándole la espalda.

No necesitaban el dinero. Su fuente de ingresos no era el espectáculo de clarividencia, sino el Elixir de la Vida, tal y como lo habían rebautizado. Los obligaba a trasladarse con bastante frecuencia, ya que, una vez que lo probaban, volvían a por más, desesperados, pero eso ya no era un problema. Cada mudanza se había vuelto una aventura para su nueva familia. Leo, Sebastián y los cuatro Descalzos querían verlo todo. ¡Una fábrica sucia y maloliente les parecía fascinante! A Martina le recordaban al tío Saúl y a su afán por descubrir cada pedazo del mundo, sin importar lo pequeño o feo que fuera.

Lin no estaba tan entusiasmada con el Nuevo Mundo, tal y como el resto llamaba a todo lo que estaba fuera de Kalkahue.

La Legión no quiso acompañarlas.

Tampoco se atrevieron la mayor parte de los otros clanes: ni los Hijos del Sol, ni las Hijas de la Luna, ni los seguidores del Guardián… No fue el caso de las Innombrables o los Descalzos. En cuanto explotaron las compuertas de la Mina, se escurrieron por los conductos del agua en pequeños grupos que desaparecieron sin dejar rastro. Martina esperaba que pudieran empezar una nueva vida donde fuera.

Ellas se marcharon al día siguiente.

Ni siquiera esperaron a que se secara el lodazal o enterraran a los muertos. La Mina había sufrido un duro golpe, pero una corporación semejante se recuperaría.

No eran tan ilusas como para pensar que no las buscarían.

Antes de marcharse, Lucía había intentado convencer a todo el que quiso escucharla de las bondades del mundo exterior: les habló de zapatos a los Descalzos y de igualdad a las mujeres.

No sirvió para nada: preferían su cárcel dorada. La libertad los atemorizaba.

—¿Qué demonios comerán? —preguntó Martina mientras dejaban atrás las Agujas—. Los de la Mina les suministraban todo.

—No es asunto nuestro —afirmó tajante Vera sin girarse siquiera—, mamá dio su vida para que pudiéramos escapar. No vamos a dejar pasar esta oportunidad.

Vera y Martina se detuvieron frente al árbol donde Leo parecía meditar con las piernas cruzadas y los ojos cerrados.

—¿Has visto algo?

—Nada de los de la Mina.

—Ya llevas mucho rato —dijo Vera quitándole con delicadeza el rosario de bolitas palpitantes que portaba en la mano.

Martina lo besó en la mejilla y ocupó su lugar.

—¡Me toca!

Extrajo su propio rosario del bolsillo, apagado, sin brillo, y se concentró en el futuro buscando amenazas. Las bolitas que formaban la cadena empezaron a templarse poco a poco. Ya no era suficiente con una sola luna colgada del cuello. Entre toda la familia, llenaban multitud de bolitas cada día. Tendrían que idear nuevos métodos para almacenar el elixir.

Martina observó cómo se alejaron Leo y Vera, en silencio. Si el chico no fuera encorvado, serían más o menos de la misma estatura. Vera parecía vacilar si pasarle o no el brazo por encima del hombro. Al final lo hizo y un rayo estalló a lo lejos. Su hermana apartó el brazo con rapidez y Leo hundió aún más su cabeza.

—Tranquilo —susurró Martina—. No pasa nada.

Leo se giró hacia ella con una tímida sonrisa.

La conexión que los unía era cada día más fuerte.

Resulta que su madre no los había separado al nacer porque Martina pudiera hacerle daño a su mellizo. La Gran Tormenta corría por las venas del chico. Mailen Ugarte lo había predicho hacía más de quinientos años. El final de su carta, el que indicaba que no se podía luchar contra el destino, era una especie de aviso que su madre supo interpretar.

Entre las dos tejieron la trampa en la que cayó la Mina. Cuanto más insistían las dos Oráculos en que debían evitar la Gran Tormenta, más se esforzaron Manuel Peña y sus hombres en provocarla. Al final, los habían engañado como a los niños, señalándoles aquello que no deberían hacer para que lo hicieran.

Claro que el precio había sido alto.

Demasiado.

Su madre había dado su vida para salvarlos.

¿Por qué no lo había evitado? ¿Qué parte del futuro se podía cambiar y qué parte era inalterable?

Martina no sabía qué pensar. Por un lado, se suponía que ellos eran dueños de su destino y que nada estaba escrito, pero, por otro, todas y cada una de las profecías de Sofía Ugarte se habían cumplido. Todos en Kalkahue consiguieron lo que querían.

La Legión de los Suspiros firmó su ansiado tratado de paz y redactó nuevas Normas donde se reconocían los derechos de la ciudadanía al completo, incluidos los Descalzos. Quedaban abolidas, además, las Contenedoras y las Innombrables.

Los seguidores del Guardián se quedaron con la Mina para construir su preciada fortaleza y los Hijos del Sol mantuvieron su pirámide y el Coliseo. Además, se decidió que ya nadie bloquearía a nadie, para alivio de monjas e Hijas de la Luna.

—Mamá, lo lograste, estamos a salvo —dijo Martina mirando a una nube lejana. El pequeño cúmulo estaba solo en el firmamento. Le recordó al solitario nimbo que se veía desde la celda de la torre de Kalkahue. Resulta que era cosa de Killari la Valiente, o eso decía el libro de Leo. Antes de huir, Killari dejó la nube como recordatorio del poder de la tempestad que un día tuvieron y que, al parecer, tanto ella como su hija sabían que volvería.

La nube tenía forma de jirafa.

El tío Saúl hubiera dicho que era un elefante solo para llevarle la contraria y hacerle rabiar.

Lo echaba de menos.

Y a la abuela.

Y a Elba.

Ni siquiera encontraron su cadáver. No fue la única. La cueva de la Ceremonia se destruyó por completo y la riada se llevó numerosos cuerpos.

Martina alejó esos pensamientos y cerró los ojos para intentar ver lo que les depararía el futuro, aunque, fuera lo que fuera, no pensaran acatarlo.

Si algo habían aprendido era que no todo estaba escrito.



¿Te ha gustado esta historia?

Anímate a dejar una reseña, son de gran ayuda para autoras independientes.

¡Gracias! Eskerrik asko!

Este ejemplar ha sido publicado de forma independiente.

# AGRADECIMIENTOS

A los que habéis leído las mil y una versiones del manuscrito sin quejaros.

Mila esker, bihotz bihotzez.

A Gabi, la primera lectora.

A las dos Ainhoas, por su increíble paciencia y apoyo.

A Txiki, por más muerte y destrucción.

A Joxe por los mejores *emails* del mundo.

A Levi, por el 22:22.

A María R. Coco por sus correcciones, consejos y ánimos.

Eskerrik asko, neskak beti hor egoteagatik.

A Iñi, el último lector.

PD: ama, la próxima será policiaca… o no.



Arantzazu Viteri Garay (1983, Arrasate, País Vasco) es licenciada en Humanidades y Comunicación.

*El regreso de las Ugarte* es su primera novela. La idea de este libro nació durante el tiempo que vivió en Chile, desde donde viajó por distintos países de Sudamérica.

Las ruinas de Chan Chan, en el norte de Perú, los ritos ancestrales del imperio Chimú y su culto a la luna le recordaron a los aquelarres vascos. De ese vínculo surgió el mundo oculto de Kalkahue.